

Perspectivas del cambio histórico en la intelectualidad mexicana, 1857-1910.

Ortiz-Delgado, F. M.

Cita:

Ortiz-Delgado, F. M. (2011). *Perspectivas del cambio histórico en la intelectualidad mexicana, 1857-1910* (Tesis de Licenciatura). Universidad de Guanajuato, Guanajuato, México.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/francisco.m.ortizdelgado/27>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/psro/Uax>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



Tesis de pregrado en historia
Perspectivas del cambio histórico en la intelectualidad mexicana, 1857-1910
Francisco Miguel Ortiz Delgado

Director de tesis: Mtro. Miguel Ángel Guzmán
Sinodales:
Dr. Javier Corona Fernández
Lic. Doralicia Carmona Dávila

Perspectivas del cambio histórico en la intelectualidad
mexicana, 1857-1910.

Tesis de licenciatura en historia.

Universidad de Guanajuato.

División de Ciencias Sociales y Humanidades.

Francisco Miguel Ortiz Delgado.

Índice.

Introducción.....	4
I. El cambio y la historia.....	17
II. Progreso y política.....	51
III. Progreso, economía, ciencia e industrialización.....	99
IV. La decadencia.....	132
Conclusiones.....	157
Fuentes y referencias.....	167

Agradecimientos

Quisiera agradecer a todas las personas que de una forma u otra secundaron a que se llevara a buen término este trabajo, a aquellos que con o sin su consentimiento otorgaron ideas para la elaboración del mismo. Agradezco en especial y primeramente a mis asesores la maestra Doralicia Carmona Dávila y el maestro Miguel Ángel Guzmán López. La maestra Doralicia fue de indispensable inspiración para considerar varios tópicos aquí tratados, la guía que otorgó para abordar los temas desde distintos ángulos se antoja invaluable, fueron inapreciables las sugerencias de textos y autores que proporcionó a lo largo de toda la indagación, gracias por su buena disponibilidad. El maestro Miguel Ángel realizó comentarios y observaciones de enorme utilidad sobre la redacción y el estilo, sin sus sugerencias prácticas este trabajo hubiera probablemente perdido su rumbo al caer en temas fuera de sus propósitos y límites, fueron inestimables sus orientaciones en el área filosófica, gracias por su apoyo. Gracias igualmente al doctor Javier Corona Fernández por su revisión de la obra y su apoyo al proyecto.

Introducción

La realización de este trabajo fue motivado por un interés hacia el recuento y la reflexión en torno a las ideas que han empujado los cambios que acontecieron y siguen aconteciendo en México, cambios como fueron la industrialización, la modernización o el crecimiento poblacional, pero también para conocer las transformaciones que fueron dándose en cuanto a la manera de pensar dentro de un grupo social, político o intelectual.

En un principio tuve la idea de elaborar una historia de las ideas en la nación mexicana, mas esto podía prestarse a imprecisiones además de que podía caer en la realización de una historia meramente descriptiva de las corrientes ideológicas, científicas o filosóficas que habían permeado en el México de fin del XIX; así que éste no era el caso, no tenía intención de hacer una historia del liberalismo, del misticismo, del socialismo, del comunismo, del positivismo, o cualquier otro ismo en el país. Además de que realizar esto implica una labor titánica, si el objetivo es hacerlo de manera rigurosa y extensiva. Opté por la elaboración de un trabajo que analizara los escritos del mundo intelectual mexicano pero vinculándolos además con los procesos políticos, económicos y sociales del país. Tampoco quise hacer de ello una historia de las mentalidades que bien podría prestarse a una ambigüedad temática.

Analizamos entonces categorías que son trascendentales para la comprensión de cómo conciben el mundo un cierto grupo de personas. Las categorías revisadas fueron las de cambio, permanencia, progreso, decadencia, tradición e historia. Abordamos una temporalidad clave para el afianzamiento de ciertas ideologías en México como fue la época de la Reforma y de la Intervención. Una época convulsa en la lucha ideológica en la que no sólo está presente el combate entre liberales y conservadores sino también, ya desde antes del Porfiriato, el de positivistas, anarquistas, socialistas, idealistas, existencialistas, etc. Ya durante la dictadura apreciamos los inicios y apogeos de los neoconservadurismos y los nacimientos e inserciones de las ideologías que empujaron el estallido de la Revolución. El conocimiento de todo esto y el relacionarlo con los acontecimientos políticos, científicos, sociales e incluso artísticos es lo que permitirá crear una historia de México más acabada. Los intelectuales abordados fueron Manuel Payno, Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, Francisco Bulnes, Antonio García Cubas, Justo Sierra Méndez y Victoriano Salado Álvarez, en quienes se centró la indagación presente.

Delimitamos entonces el enfoque de la indagación a un conjunto de personajes que tuvieron gran impronta en la vida de la nación y que asimismo son reconocidos como pertenecientes a un grupo social, el de los intelectuales. Sin que todos los aquí estudiados sean afines a una única ideología, todos en cambio reflexionaron y dejaron plasmados sus pensamientos, en mayor o menor medida, sobre el devenir histórico. El concepto de

intelectual lo tomo en el sentido que lo hizo Gramsci en su interesante texto *Los cuadernos de la cárcel*, donde para el italiano los intelectuales son producto de un grupo social, quien los establece como tales para otorgarse a sí mismo como grupo, homogeneidad en lo político, lo económico y lo social.¹ Cada uno de los estratos tiene hombres que las fundamentan ideológicamente, aquellos que proporcionan argumentos para la conservación de los privilegios de una clase social o para la lucha por los derechos de otra clase. Los hombres que sustentan a un régimen, o lo atacan, por lo general no se proclaman ellos mismos como los defensores de un grupo social sino ese mismo grupo los reconoce y los eleva a una posición en que los reconoce como intelectuales. Por este motivo es que deben de estudiarse a los intelectuales como en conjunto.

Los pensadores de la nación establecieron las bases y las justificaciones del poder o de la lucha de ciertos grupos sociales, emergentes o antiguos. Claro que Gramsci establece que todo ser humano es intelectual por el solo hecho de pensar, de ser *homo sapiens*, por el hecho de realizar actividades reflexivas con una concepción del mundo, pero afirma que “no todos tienen en la sociedad la función de intelectuales”.² Es a algunos de estos hombres a los que abordo aquí, a los que tuvieron aquella función que los caracterizó, esas funciones que les otorgaron una calidad y una capacidad para incidir en la opinión de gobernantes y pueblo. Tales funciones son también la difusión de los problemas de algún sector de la población, la difusión de la cultura, de la ciencia, el fomento del bienestar de la gente, el dirigir a la gente, la economía o el cultivo del arte en un país, de expandir la educación. Es a los que realizan estas actividades a quienes tomamos en conjunto para analizar sus escritos y desentrañar su pensamiento, además de sopesar la influencia que tuvieron sus ideas, en especial tras la expansión del medio de comunicación por excelencia del XIX: la prensa.

Los pensadores mexicanos analizados estuvieron muy vinculados con la política de su tiempo, por lo que fue indispensable conocer la impronta que las actividades políticas tuvieron en su ideología. Empero la obra aquí presentada no es una historia política, nos dirigimos a otro rumbo, dilucidamos los distintos matices con que aquellos hombres interpretaron su pasado y su presente. Esos matices también estuvieron marcados por la influencia de la ciencia, que tanto permeó en la ideología de la época, y que lo sigue haciendo. Entonces lo que hicimos fue considerar una variedad de temas para darle una mayor pluralidad y coherencia al relato de la historia de la idea del cambio en el siglo XIX y principios del XX. El propósito primordial en esta investigación fue otorgar una reflexión, una interpretación y un recuento de las diferentes ideas de los intelectuales en torno a la historia y sus cambios y permanencias. Así como interpretar y dar cuenta de sus ideas sobre la relación que la historia tiene con el progreso, la política, la economía, la

¹ Gramsci, Antonio, *La formación de los intelectuales*, Colección 70, número 2, Ángel González Vega, traductor, México, Editorial Grijalbo, 1967, p. 21.

² Ídem, p. 26.

ciencia, la industrialización, la moral y la decadencia. Esperamos haber logrado, en alguna medida, ese propósito.

Categorías.

El “cambio en sí” (sin importar si los hombres analizados escribieron de uno progresivo o uno regresivo) es estudiado y lo tomo como todo lo que se mencione sobre el desenvolvimiento humano, las transformaciones materiales y subjetivas de los pueblos e individuos, las modificaciones de las relaciones de poder o las permutaciones en el pensamiento de las culturas. Para mayor simplificación entenderemos el “cambio” como lo consideraba Bertrand Russell; “...el hecho de que una cosa fuera verdadera en un tiempo y falsa en otro (llamada a veces la «concepción de Cambridge»), algo que surge de la nada podría ser un cambio”.³ Entonces, estudiamos las reacciones de los intelectuales ante los cambios del mundo que presenciaron –en todos los ámbitos pero en especial la historia-, así como la vinculación que hicieron de los mismos con su interpretación del devenir histórico.

Concibiendo el estudio de la “*dinámica de las sociedades humanas*” como el objeto de la *ciencia* histórica. O más bien uno de sus objetos, quizá el principal, por consenso. Tomo entonces al cambio histórico como cualquier transformación que se de en el ámbito de las sociedades humanas. Por lo que aquí analizaremos las perspectivas de los intelectuales en torno a los hechos y acontecimientos, que conforman al cambio histórico. Considero los hechos y acontecimientos en el sentido que los describió Pierre Vilar. Los hechos de masas: demografía, economía, fenómenos de mentalidades. Los hechos institucionales: derecho civil, constituciones, etc. Acontecimientos: “aparición y desaparición de personajes, de grupos [...] que toman medidas, decisiones, desencadenan acciones, movimientos de opinión [...] modificaciones de los gobiernos, de la diplomacia, cambios pacíficos o violentos”.⁴ Cabe señalar y poner en claro no nos propusimos estudiar todos estos hechos y acontecimientos que conforman el cambio histórico sino, como ya se refirió, el propósito fue estudiar las opiniones de los intelectuales con respecto a esos cambios históricos y realizar una vinculación reflexiva con los hechos que acontecieron en la época de aquellos hombres.

Además, como categorías que explican (o que los pensadores utilizaron para explicar) al mismo cambio histórico estudiamos dos conceptos más. Uno, que es el progreso, es la idea de que todas las transformaciones, o al menos la mayoría, son para una mejora de la humanidad, y la otra, la decadencia, que es concebir las transformaciones como en el sentido inverso: regresivo, degenerativo.

³ Charlton, Sir William, “Cambio”, en *Enciclopedia Oxford de filosofía*, Carmen García Trevijano, traductora, Madrid, Editorial Tecnos, 2001, p. 143.

⁴ Vilar, Pierre, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Grandes Obras del Pensamiento Contemporáneo, núm. 33, Dolores Folch, traductor, Barcelona, Ediciones Altaya, 1999, p. 43.

Hemos tomado el concepto de progreso como todo lo que los eruditos hayan referido en cuanto al avance, el caminar hacia adelante, la mejora, el perfeccionamiento, etc., en cualquier área, sea científica, artística, ideológica, filosófica, política o moral de la sociedad y la humanidad. Esto con la finalidad de obtener una visión que no sólo se quede en la reflexión sobre el avance material e industrial. “Mejoramiento a lo largo del tiempo, especialmente la perfección gradual de la humanidad. [...] la creencia en el progreso reconoce una progresión temporal única de todos los pueblos, desde los más <primitivos> hasta los más avanzados, que usualmente es nuestra propia sociedad.”⁵ Y así es como entendieron generalmente el progreso los mexicanos del siglo XIX y principios del XX. Podemos afirmar que el ideal de progreso ha sido de una importancia fundamental en Occidente, importancia dada que México heredó como parte de su ser. En toda la historia contemporánea esta noción forma parte indispensable de la vida cotidiana y de las vidas nacionales. En este periodo todo proyecto político, moral o religioso necesita, si quiere aparecer y ser eficaz, debe plantearse como necesario para el cambio histórico.⁶

El progreso también es una idea fundamental porque como dijo John Bury “ha servido para dirigir e impulsar toda la civilización occidental”, pero como nos dice este mismo autor, no hay que olvidar que el progreso es una de las ideas que dirigen al mundo, mas es una idea que pertenece al conjunto de las que “no puede probarse su verdad o su falsedad. Creer en ella exige un acto de fe.”⁷ Es decir, es un ideal, es un dogma, es algo *bueno* y deseable, en lo cual creen un conjunto de personas. Tomado en este sentido, en ese progreso creyeron prácticamente todos los mexicanos del siglo XIX, de ahí la importancia del estudio del susodicho concepto en este país. A diferencia de la Edad Antigua y de la Edad Media, el progreso juega un papel esencial en la Historia Moderna, el cual cobró aún mayor peso en el XIX, y en especial en México, por obra de la influencia comteana y de los avances de la ciencia y la industria. Es un peso que debe ser calibrado, en especial si hacemos caso al pensamiento que dice que las ideas son las que rigen al mundo.

La decadencia es un concepto íntimamente relacionado con el cambio histórico, y es una contraposición al progreso. Esta idea no sólo está presente en gran parte de la producción historiográfica de occidente, sino que también es parte del vocabulario cotidiano, en ambos sectores es usado para designar a un estadio individual o grupal al que no se desea llegar. Con esta connotación la emplearon los pensadores mexicanos, empero hay que puntualizar que mayoritariamente aplicaron el adjetivo de decadente a los pueblos y a las naciones. Es decir, por lo general no aplicaron esta idea a lo individual ni a lo social sino que era una

⁵ Solomon, Robert c., “Progreso”, en *Enciclopedia Oxford de filosofía*, Carmen García Trevijano, traductora, Madrid, Editorial Tecnos, 2001, pp. 863-864.

⁶ Nisbet, Robert, *Historia de la idea de progreso*, 2.- ed., Enrique Hegewicz, traductor, Barcelona, Editorial Gedisa, 1991, p. 19.

⁷ Bury, John, *La idea del progreso*, El libro de Bolsillo, núm. 4490, Elías Díaz, Julio Rodríguez Aramberri, traductores, Madrid, Alianza Editorial, 2009, pp. 9-17.

noción predominantemente estatal, aplicada a los estados-nación, las civilizaciones y cualquier entidad política.

Por ello es que aquí consideramos decadencia principalmente como el “Proceso de desintegración de las estructuras y los valores de una cultura, una unidad política, una sociedad, etc.”, y en ese etcétera tenemos que agregar la decadencia artística y de las costumbres, de las que versaron menos los pensadores. Esos aspectos que implican declinación en un pueblo están relacionados con el cambio histórico porque precisamente la decadencia es producto de la incapacidad de ese pueblo, cultura o nación, para “perseverar históricamente en su ser o de la presión de agentes extraños o de ambas cosas a la vez.”⁸

Teniendo en gran medida como origen el impacto del derrumbe del Imperio Romano, la decadencia fue difundida por hombres como Montesquieu, Rousseau y Edward Gibbon. Los mexicanos volvieron a presentar estas ideas occidentales de decadencia e incluso comentaron frecuentemente la historia de la Antigua Roma y su inevitable caída como ejemplo histórico a evitar. Además de ese, consideraron otros ejemplos de culturas en decadencia o que ya desaparecieron, así como consideraron los medios para evitar cualquier declive en la vida de una nación, cuestiones que aquí se abordarán. La historia de la idea de la degeneración tiene un capítulo remarcable en el siglo XVII occidental; es cuando se suscita en Francia la controversia –literaria en un principio- entre los que defendían la visión de que el mundo moderno es peor que el de la Antigüedad y los que decían que era mejor. Capítulo que explica “la rebelión contra el yugo intelectual del Renacimiento; el bando de los modernos, que fueron los agresores, representaba la liberación de la crítica respecto de la autoridad de los muertos”.⁹ En ese siglo iniciaron las refutaciones de que el mundo Moderno era menos que el Antiguo por ello mismo comienzan a triunfar las argumentaciones que conciben a la humanidad como en continua mejora. Esta misma idea es la que predomina en la actualidad, y que predominaba en los mexicanos del XIX. El triunfo de la idea de mejora y progreso explica la escasez de elaboración de tratados sobre la decadencia en la época Contemporánea, pues esta es una idea que, comparándola con la producción de tratados y libros sobre el progreso, se queda corta. Pero sabemos que esto no significa que ya no se hable de decadencia y degeneración.

Arquitectónica.

Por motivo de los diferentes conceptos a estudiar este trabajo fue escindido en cuatro capítulos. El primero de ello fue dedicado al cambio y la historia primordialmente. Los cuales son abordados primordialmente en su sentido filosófico e histórico, es decir, en cómo entendieron y definieron el cambio los diferentes pensadores. Ahí describimos el concepto de cambio histórico y de historia que cada uno de ellos tuvieron –en la medida en que esto nos fue posible-, así como abordamos la influencia que tuvieron las ideas

⁸ *Enciclopedia Salvat Diccionario*, tomo 4, Barcelona, Salvat Editores, 1978, p. 1010.

⁹ Bury, John, *La idea del progreso*, Op. Cit., p. 87.

providencialistas, fatalistas, positivistas, cristianas, evolucionistas, materialistas, etc., en la elaboración de la susodicha categoría. Este capítulo está subdividido en apartados que abordan el pensamiento sobre el cambio en cada uno de los pensadores, un pensador por sub-sección.

El progreso es estudiado en los capítulos II y III, esto por ser la categoría con la que más veces se expresaron y de la que con más frecuencia especularon, por ende otorgamos más espacio a esta categoría. La razón de la abundancia de deliberaciones sobre el progreso es la conocida boga del positivismo en México y la creciente industrialización del país en la época. En el segundo capítulo el progreso es abordado desde el ámbito político, es decir, la vinculación que tuvo esa categoría con el discurso político y con la historia política. En el tercer capítulo fueron analizadas la ciencia, la economía y la industrialización y su impacto en la idea de progreso, pues causaron grandes transformaciones en este y otros ideales y ámbitos.

Al cuarto capítulo le pertenece la categoría de decadencia. Este apartado está subdividido en dos secciones, una que analiza someramente lo que entendieron y comentaron por la degeneración del hombre mexicano, es decir, el declive de la moral y las costumbres del país. La siguiente que repasa lo que apreciaban nuestros autores de decadente en diferentes culturas y entidades políticas de fuera de esta nación, el cómo interpretaron la caída y la desaparición de los pueblos, y algunas de sus sugerencias de cómo evitar el declive en México. Para así completar su visión del cambio y desarrollo histórico.

La investigación fue llevada a cabo mediante una revisión a los textos que elaboraron determinados intelectuales mexicanos. Después de la recopilación de lo que estos redactaron en cuanto a las categorías propuestas, entonces pudimos distribuir la información recabada en los diferentes capítulos y con ella construimos un discurso que diera cuenta de la misma indagación. Tomamos los diferentes textos buscando lo referente al cambio, al progreso y a la decadencia. Aunque esos textos fueran de índole literaria, periodística o discursos de diversos tópicos pude encontrar comentarios y las opiniones de sus autores en lo relativo a las mencionadas temáticas. Igualmente de la ausencia de comentarios de un autor con respecto a algún tópico, podemos inferir y reflexionar profusamente.

Los intelectuales.

En esta revisión tomamos a ocho pensadores representativos en diversos ámbitos de la vida cultural en el país. Esos ocho hombres profesaron el liberalismo, un cierto conservadurismo o un positivismo, según su propia y particular etapa intelectual. A través del análisis de sus escritos recogimos sus opiniones, perspectivas y teorías con respecto al cambio histórico, así como hacia el progreso y la decadencia en la humanidad. Estos individuos pertenecieron a diferentes círculos y fueron influidos por una amplia gama de

autores y acontecimientos que nos otorgarán una mayor visión de lo que redactaron sobre estos temas. Recogí las percepciones de Manuel Payno, Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, Francisco Bulnes, Antonio García Cubas, Justo Sierra Méndez y Victoriano Salado Álvarez, en sus escritos realizados entre 1857 y 1910, incluyendo sus obras literarias y periodísticas.

También fueron revisados escritos de otros letrados como Joaquín García Icazbalceta o Luis González Obregón, pero este estudio se centra en la producción de los ocho personajes mencionados, que proveen de un conjunto de reflexiones que podría parecer heterogéneo pero que puede tomarse en conjunto por el sólo hecho de ser individuos que pertenecieron a la misma época y a la misma nación, que todos ellos se movieron en mayor o menor medida en los ámbitos políticos (teniendo estrechos vínculos con la cúpula gobernante del México de aquella temporalidad) y que todos ellos también realizaron aportaciones –de una manera u otra- a la historiografía mexicana.

Se podrá apreciar en este trabajo la ausencia de ideólogos conservadores de viejo cuño, esto es debido a que tanto el liberalismo como el positivismo mexicanos pertenecieron a un proyecto político de nación que fue diferente al de los conservadores, y en gran medida opuesto al de aquellos, no en sus objetivos sino en el medio para alcanzar las metas comunes como el progreso del país. Los estudiosos liberales y positivistas fueron los que tuvieron mayor preeminencia, en general, durante la época estudiada.

Escogimos a autores variados para obtener precisamente un panorama más plural. Así tenemos a un abogado, literato y político como fue Payno; a un pedagogo, literato, investigador y jurisconsulto como Ramírez; a un general, político, filósofo y hombre de letras que fue Riva Palacio; a otro gran literato, funcionario público y difusor de la cultura como fue Altamirano; a un ingeniero, crítico de la historia y político como Bulnes; a un afamado geógrafo, difusor de la ciencia y funcionario público, García Cubas; a un poeta, filósofo, abogado e historiador como Justo Sierra; y a otro abogado y hombre de letras como fue Salado Álvarez. Esto mismo muestra la diversidad del siglo XIX, y el carácter multidisciplinario de sus eruditos. La revisión de los ideólogos conservadores puede pertenecer a un trabajo ajeno a este pero que en gran medida lo enriquecería; puntualizamos entonces que la selección de los personajes aquí estudiados no estuvo determinada por inclinaciones ideológicas sino por fines pragmáticos: reflexionamos en torno a hombres inclinados predominantemente al liberalismo y al positivismo.

El punto de partida de este estudio es 1857, es a partir de ésta época que apreciamos un incremento de la actividad intelectual pues hay un mayor número de individuos que se ocupan de cuestiones filosóficas e históricas. Punto más importante es que, entre 1857 y 1867, se experimenta el fin de la proliferación de las ideas conservadoras mexicanas y con ello viene el auge de otras interpretaciones de los acontecimientos humanos; con el fracaso de la Intervención Francesa vemos la desaparición de los intentos generalizados por

instaurar un régimen monarquista o conservador y con ello provino la modificación de toda una forma de concebir la historia y el avance humano. Consideramos como término cronológico de éste estudio 1910, por ser un año que es punto de inflexión no sólo en lo social y lo político sino también en lo ideológico. A partir de éste tiempo las ideas positivistas ya habían venido perdiendo su auge y los ideólogos mexicanos comenzaban a argumentar otras corrientes, otras concepciones del desarrollo humano.

Los intelectuales mexicanos del XIX y del XX no conformaron un grupo compacto del que se pueda decir que tuviera un origen ideológico en común. Sin embargo, hubo una generación en el XIX, la de los liberales, que se nutrieron de una rica amalgama de tendencias filosóficas y teóricas que los llevaron a poseer un gran bagaje cultural común. También los pensadores no pertenecientes a la rama liberal poseían una, igual de fuerte, base educativa, en especial el grupo conservador antiguo que a diferencia de los positivistas, sí poseyeron una formación en la cultura clásica o al menos lo hicieron notar con mayor énfasis.

Las corrientes ideológicas que influyeron en ellos, en mayor o menor medida, fueron las ideas de la Ilustración, el liberalismo, el heroísmo, el positivismo, el utilitarismo, la teoría de la evolución, el organicismo y el socialismo, influyeron porque de ellas bebieron para construir sus formas de apreciar la historia, a esas corrientes las secundaron o las atacaron, o tomaron de ellas lo que acomodara a sus intereses o inclinaciones ideológicas personales, mas sin formar un eclecticismo propiamente hablando. Para la elaboración de las perspectivas de los letrados de la segunda mitad del siglo decimonónico y principios del XX, sobre el devenir histórico y el transcurso del tiempo tuvieron que converger las corrientes citadas y además de aunar a ellas los acontecimientos que se venían sucediendo en el México de su tiempo y en el pasado del mismo, así como hubo mucho de lo que denominaríamos *sabiduría del pueblo*, esa sabiduría que encontramos en las costumbres, dichos e historias de la cultura popular.

Recordemos que la mayoría de los pensadores del XIX fueron grandemente movidos por las ideas de la Ilustración y de la Revolución Francesa; hablaban de democracia, igualdad, derechos, constituciones, libertad., de manera tan frecuente, que estas palabras se convirtieron en lugares comunes en las obras de propaganda, periodismo, historia y literatura de la época, inclinación que aún perdura. La conciencia histórica de aquellos hombres fue desarrollada a partir de la influencia base que representaron los escritos de Voltaire, Montesquieu, Rousseau, entre otros sobresalientes del Siglo de las Luces. No todos los letrados mexicanos los leyeron, pero si la impronta no fue directa con certeza fue indirecta.

Los ideales de la Revolución Francesa muchas veces fueron invocados aunque después los métodos revolucionarios fueron denostados, en especial por los conservadores y los positivistas mexicanos que vieron en ellos símbolos de anarquía, creándose así una posición

muy particular ante las revoluciones y lo que representan para el cambio histórico (véase capítulo II, *Pensamientos sobre la historia de México* y capítulo IV, *El mexicano y su decadencia*). Los Robespierre y los Danton fueron apreciados por ellos como los déspotas más crueles, empero necesarios. El liberalismo que propugnaban algunos pensadores era una consecuencia de los cambios de gobierno, pues a fin de cuentas era una nueva filosofía que explicaba y construía las nuevas formas de relaciones sociales creadas a partir de las transformaciones que fue viviendo el ser humano a partir del siglo XVIII como la creencia en el progreso (ya anterior al positivismo que a veces aparece como un fanatismo por el progreso), el reemplazo de la religión por la ciencia, la propagación de los “conceptos de iniciativa individual y control individual” y las marcadas mutaciones materiales.¹⁰

La corriente liberal, producida por los ideales y trabajos de una clase, los de la burguesía, fue una de las impulsoras de las mismas ideas de la Ilustración, de las aspiraciones de la Revolución Francesa, y con ello del individualismo y del progresismo, tan presentes en la mentalidad de los intelectuales mexicanos del XIX. Autores como Adam Smith, Hume o Diderot, que fundamentaron el liberalismo fueron bien conocidos. Casi ningún mexicano se adscribió al heroísmo o individualismo histórico cuyo principal exponente fue Thomas Carlyle, pero esta teoría causó bastante eco en el país y fue bastante comentada o refutada por varios pensadores (véase capítulo IV, *La degeneración y desaparición del Estado en la historia. Otras naciones*).

El positivismo fue la filosofía que más permeó después de 1867, tras la Guerra de Intervención, llegando a constituir una fuerte oposición al liberalismo y posteriormente escindiéndose en varias ramas, sus detractores o seguidores leyeron o tuvieron que leer a Augusto Comte, a Laffite, a Littré, etc., creando argumentos para contrariar o desarrollar los escritos de estos personajes. Luego, leyeron a los propios seguidores de Comte en Europa, y los admiraron, como a Taine o a Renan. Del utilitarismo conocían a profundidad a Bentham y a John Stuart Mill. Hasta hubo debates sobre la lógica de qué autor se debía de implementar en la Escuela Preparatoria, si una de un positivista ortodoxo o la del utilitarista Mill. Los utilitaristas eran considerados comúnmente en México como positivistas, sin que por lo general hubiera mayores distinciones, igual sucedió con los evolucionistas como Herbert Spencer y T. E. Huxley. La teoría de la Evolución desarrollada por Charles Darwin y otros, causó por igual enorme impacto, y el evolucionismo fue llevado al campo de la historia y la sociología como lo hicieron Spencer y otros, llegando a confundir evolución con progreso (véanse las citas de Justo Sierra al respecto) o conduciendo a tomar a las naciones o al mundo como un organismo, es decir, conduciéndolos al organicismo.

El socialismo fue estudiado por varios mexicanos, pero entre los que aquí revisamos, no encontramos ningún seguidor de esa corriente, sin embargo tampoco se dedicaron a

¹⁰ Laski, H. J., *El liberalismo europeo*, Breviarios, no. 81, Victoriano Miguélez, traductor, México, Fondo de Cultura Económica, 1939, pp. 11-12.

atacarlo (a excepción de Ramírez quien criticó explícitamente algunos de sus argumentos, véase cap. III, *Cambio material, la industrialización*) sino que escribieron sobre ese socialismo indirectamente y poco, aunque hayan conocido los textos de Marx y de Engels. El materialismo histórico causará mayor impresión en las generaciones mexicanas subsiguientes. El anarquismo fue una corriente que impactó en la mentalidad de varios intelectuales renombrados pero que no parece haber afectado mucho a los que aquí se estudian, a excepción quizá de Bulnes, quien habló con mayor reiteración sobre la anarquía.

Para la formación de las ideas que tuvieron los hombres analizados tuvieron que converger todas las doctrinas mencionadas, y otras, no menos importantes, como el pensamiento cristiano, que es escatológico y que por lo mismo forma una visión particular de los acontecimientos, así como el historicismo y el existencialismo en sus fases iniciales, representado el primero por Dilthey y el segundo por Kierkegaard o Nietzsche en quienes ya paraban mientes los mexicanos, sobre todo en los inicios del siglo XX, cuando se buscaban opciones para enfrentar al positivismo dominante.

Antecedentes ideológicos e influencias.

En los escritos de los pensadores que hemos analizado no hay una construcción original sobre el devenir humano ni desarrollaron una nueva teoría sobre el cambio histórico, sin embargo, tenemos la posibilidad de reconstruir sus visiones a través de los diversos comentarios que sobre el transcurrir de los siglos y que sobre la historia realizaron. En las diferentes formas en que se hayan expresado podemos recoger sus posturas con respecto a lo mencionado e ir trazando a grandes rasgos una historia de las ideas predominantes en la clase intelectual mexicana y el cómo las entendieron e interpretaron.

El significado de cambio, transformación, avance, desarrollo, progreso, degradación o decadencia, que tuvieron todos los estudiosos puede calificarse a grandes rasgos como similar porque rara vez cada uno dio explícitamente sus propias definiciones, y entonces podemos vernos forzados a tomar el significado más básico de esas categorías. Empero la interpretación, es decir, lo que significó cada una de las categorías fue diferente en cada uno. La dificultad radica en lo que se acaba de mencionar, que en escasísimas ocasiones los pensadores dieron su definición de aquellos conceptos, haciendo ardua la tarea de conocer con mayor profundidad su pensamiento al respecto del tema que nos compete, no obstante, los indicios que nos otorgaron –intencionalmente o no- pueden ser suficientes para una revisión sobre las perspectivas en torno a la historia.

Mas en todas sus consideraciones sobre el cambio y el devenir podemos apreciar sus influencias, los autores en que se basaron para realizarlas y sus aportaciones originales. Cuestión interesante es reiterar que el bagaje cultural de la mayoría de aquellos hombres del XIX, consistía también en una sólida formación clásica, en especial dentro de los más

renombrados liberales y conservadores, no igual dentro de los positivistas quienes se profundizaron con mayor énfasis en la lógica, los estudios científicos y los adelantos de que las obras de especialización de su tiempo hablaban, fue perdida entonces mucho de aquella formación durante el Porfiriato (y recuperada en parte con el vasconcelismo y otros grupos intelectuales de finales de la dictadura).

Entre los letrados existía un abundante conocimiento de las obras de la Antigüedad clásica, es evidente que muchos leyeron las obras de griegos como Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Píndaro, Safo, Platón, Aristóteles, Estrabón, etc., lo que podemos comprobar al recoger los diseminados comentarios que sobre esas obras efectuaron. Payno, Altamirano, Ramírez, Riva Palacio, entre otros, dominaban la historia de la Roma antigua, sus inicios, su apogeo y su decadencia, lo que también aportó para la construcción de sus percepciones sobre la historia en especial por el peso y prestigio que significó y significa el Imperio Romano. No sólo sabían la historia básica de Roma sino que la leyeron de los originales, hablaron y comentaron el estilo de los historiadores como Tácito, Tito Livio, Julio César, Cicerón, Salustio, Suetonio, etc., y de los poetas y dramaturgos como Horacio, Ovidio, Virgilio, Plauto, Terencio, entre otros, lo que demuestra su amplia formación. Formación que lamentablemente fue desapareciendo poco a poco dentro de los intelectuales mexicanos -y mundiales- posteriores, cortando las posibilidades de una más amplia percepción de los hechos históricos, y es que la erudición histórica bebida en sus originales también tuvo su aportación para el establecimiento de las posturas ideológicas, opiniones y visiones que se tuvieron en torno al cambio.

Lo que no secundó a una mayor muestra del pensamiento de los estudiosos mexicanos del XIX ni probablemente tampoco contribuyó a que elaboraran sus propias teorías fue su dedicación a múltiples actividades –desde lo político hasta lo militar- y a su estudio de múltiples áreas del saber humano –pasando por varias ciencias-. No pudieron arribar a una especialización, en el sentido que posteriormente adquiriría esta palabra, y por ende, tampoco a reflexiones muy profundas u originales en estos temas.

Examinando a cada uno de los intelectuales en particular encontramos clara y explícitamente sus influencias, en muchas ocasiones ellos mismos declararon a cuál corriente o a qué autor siguieron, pero a veces aunque lo hayan declarado, no siguen al pie de la letra las enseñanzas de la ideología o el autor del que aseguran se inclinan, y otras veces aunque no los mencionen, se nota que los siguieron. Por ejemplo, Manuel Payno escribió que él se decantaba hacia la teoría democrática y la positivista “tratándose de la política”.¹¹ Ciertamente aquel literato siempre mostró su apoyo al gobierno del pueblo, hacia el constitucionalismo y hacia la creencia de que es el gobierno quien puede brindar a la sociedad un progreso y una mejora, como aseguraría el positivismo social.

¹¹ Payno, Manuel, *Crónicas de teatro, Crónica nacional*, Obras completas III, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, p. 265.

El maltusianismo¹² fue una corriente que influyó mucho en Payno, llevándolo a deliberar sobre cuestiones como la pobreza, la barbarie, la evolución, la sobrepoblación, la supervivencia del más apto; en sus escritos hizo comentarios sobre el creador de la mencionada corriente diciendo de él: “Malthus, el filósofo fatalista que ha contado los asientos del gran banquete humano en el que muchos no tienen señalado lugar”¹³, en esta forma tan literaria resume la doctrina del economista inglés. La existencia de anotaciones sobre sus fuentes, disgregadas en todas sus obras, permite reconstruir el bagaje cultural de cada uno de los intelectuales, ayudando a comprender sus ideas con respecto al tema que aquí analizamos.

Como ejemplo de las citas y autores que los intelectuales disgregaron en sus escritos mencionaremos algunas de las referencias explícitas de unos autores. Ignacio Ramírez cita directamente a Rousseau y a de Maistre en un artículo de *El Mensajero* del 22 de julio de 1871, cita a Platón en otro artículo del mismo periódico pero del 17 de agosto de 1871, a Adam Smith lo menciona en el mismo artículo y en otro de *El Precursor*, realiza una amplia deliberación sobre el socialismo, el comunismo y la *Internacional* en un artículo de *El Mensajero* de 1871.¹⁴ Vicente Riva Palacio, por su parte, menciona directamente en su obra *Los Ceros* a múltiples filósofos, historiadores y literatos: Macaulay, Spencer, Comte, Mill, Proudhon, Bain, Renan, entre muchos otros, comentándolos y criticándolos.¹⁵ Ignacio Manuel Altamirano, en un discurso de 1857, hizo patente que leyó a Mably, a Montesquieu y a Rousseau; en un discurso ante la Academia de Ciencia y Literatura en 1870, nos recuerda a Bacon, a Galileo, a Descartes, a Leibniz, a Fontenelle, a D’Alembert y a Voltaire; a Francis Bacon lo estudió más pues en otro discurso, de 1881, lo comenta con mayor profundidad; y en un discurso ante la Suprema Corte de Justicia, en ocasión de los funerales de Ignacio Ramírez, habló de los conocimientos de Ramírez con respecto a Hegel, Molleschot y Spencer.¹⁶ Francisco Bulnes habla explícitamente de Michelet, de Victor Hugo, de Marx, y en su obra *Las grandes mentiras de nuestra historia*, refiere a los economistas Bastiat, Le Roy, Beaulieu, Stuart Mill, y en otros de sus textos cita a Byron, Adam Smith, Sand, Balzac, Alejandro Dumas, Rousseau, Voltaire y Proudhon.¹⁷

¹² Malthus (1766-1834) proponía que para controlar el aumento de la población se debían emplear medios morales como la abstención del matrimonio por parte de aquellos que no pudieran mantener a sus descendientes, esto con el fin de evitar el hambre universal ante la segura escasez de alimentos por el crecimiento geométrico de la población.

¹³ Payno, Manuel, *Barcelona y México en 1888 y 1889*, Barcelona, Tipo-litografía de Espasa y Compañía, 1889, p. 344

¹⁴ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, México, Centro de Investigación Científica “Jorge L. Tamayo, A. C.”, 1984, p. 154, p. 177 y p. 305.

¹⁵ Riva Palacio, Vicente, *Cuentos del general. Los ceros, galería de contemporáneos*, México, Promexa Editores, 1979. (Citas a lo largo de toda la obra).

¹⁶ Altamirano, Ignacio M., *Obras completas I, Discursos y brindis*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 30, p. 215, p. 293 y p. 303.

¹⁷ Quiriarte, Martín, “Prólogo”, en *Páginas escogidas*, Biblioteca del Estudiante Universitario, no. 87, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, p. VI.

Victoriano Salado Álvarez hizo ver que conocía directamente a Condorcet y a Rousseau.¹⁸ Justo Sierra en su texto *Evolución política del pueblo mexicano* menciona y comenta a Comte, a Littré y a Rousseau,¹⁹ y conoció con profundidad la obra de Lamartine y las acciones de Robespierre. Estos son algunos de los nombres que los eruditos mexicanos mencionaron en sus obras, a otros no los mencionaron pero conocemos de su influencia. Tampoco hemos de olvidar que entre ellos también se influían, así tenemos a un Altamirano influido por Ramírez y a éste a su vez lo influyeron Prieto, Payno y el Doctor Mora, obteniendo una formación aún más amplia, de la que podemos disfrutar las generaciones posteriores.

¹⁸ Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano/3*, tomo 3, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 71.

¹⁹ Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, 2.- ed., Colección "Sepan Cuantos...", no. 515, México, Editorial Porrúa, 2009, p. 217 y p. 282.

I. El cambio y la historia.

Antes de comenzar hay que tener en cuenta los comentarios que hizo José Gaos en cuanto a la historia de las perspectivas, de las ideas, los cuales son de gran utilidad para asimilar mejor el entendimiento que tenemos sobre los ideales y percepciones dominantes en nuestra época, y en épocas anteriores.

Nuestra idea del mundo, tomémosnos a nosotros mismos como nos tomemos, desde los presentes hasta como seres humanos, es una idea originada e integrada *históricamente*: sus ingredientes son de datas diversas; la idea integrada por unos está, incluso, en trance de desintegración de ellos y reintegración por otros; nuestra idea del mundo *no* es, en suma, una idea *estática*, sino una idea en movimiento histórico, que es un movimiento de mutación o mudanza, paulatino o repentino; o una idea *histórica* en este sentido. Y por lo mismo, la única manera de tratarla ya de conocerla, es el hacer la *Historiografía de ella*.¹

Así entonces la perspectiva de los intelectuales, como de cualquier persona, fue y es una en constante cambio. En México las ideas no sólo fueron modificándose por obra de las diferentes ideologías que arribaban al país sino que fueron cambiando en cada uno de los individuos conforme pasaba el tiempo, esto por motivos diversos. Y como aquí se verá, la historia de la política en México no debe de separarse de la historia de la filosofía, ni de la historia de la ciencia, sus relaciones son evidentes. Por esto y porque todos los pensadores estudiados participaron y comentaron la política del XIX, y principios del XX, por ello vamos a dilucidar cómo concibieron el devenir, cuáles fueron los factores que para ellos más influyeron en el cambio histórico y cómo definió cada uno de ellos a la historia, tratando así de construir una historiografía de las perspectivas, de las ideas.

Manuel Payno

Este hombre pragmático, envuelto en la política y en los senderos de la literatura tuvo tiempo de plasmar sus ideas referentes al desarrollo histórico.² Tuvo tiempo para demostrar su nostalgia por el pasado y sus deliberaciones con respecto a la historia, las cuales pasamos a revisar.

La historia y el tiempo son irrepitibles para Payno, como una película que nunca puede ser vista de nuevo, pero sí recordada. La mezcla entre lo historiográfico y lo literario en este

¹ Gaos, José, *Historia de nuestra idea del mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 6.

² Manuel Payno (1810-1894), Secretario general durante la presidencia de Mariano Arista y jefe de sección del Ministerio de Guerra (1840), secretario de la Delegación mexicana en Sudamérica (1842), Ministro de Hacienda en la presidencia de José Joaquín Herrera (1850), inculcado en el golpe de estado de Zuloaga y su adhesión al Plan de Tacubaya, fue apartado de la política por ello durante un tiempo (1857-1862), reconoció al Imperio de Maximiliano, senador en 1882, cónsul en España (1886-1891).

autor nos legó reflexiones sobre la historia bastante elocuentes y peculiares. En su obra *Los bandidos de Río Frío* el narrador, que es el mismo Payno y no un personaje más de la trama, saca a la luz una reflexión sobre la irrepitibilidad de las épocas. La nostalgia sale a relucir cuando recuerda las calles de la ciudad de México y dice “Imposible mencionar a San ángel sin recordar tiempos que pasaron y que, como las golondrinas de Béquier, no volverán.”³

En otro pasaje de la misma novela nos otorga una importante deliberación acerca de la teoría de Carlyle, el *heroísmo*,⁴ a la que parece darle el beneficio de la duda, pues indicó argumentos a favor de la teoría, “¿Hay hombres superiores en este mundo? ¿Nacen unos para mandar y otros para obedecer, como decía Aristóteles?”⁵, se preguntó nuestro autor, haciéndonos recordar la teoría aristotélica que justificaba la esclavitud. Estas preguntas las planteó en ocasión de un personaje de su novela, quien era de ascendencia noble pero que desconocía este hecho, lo cual no le impedía imponerse sobre los demás hasta con una sola mirada.

El personaje es ficticio empero lleva a Payno a pensar que sus características se aplican por igual a personas reales y con ello se puede dar base a la teoría del *gran hombre*, “Hernán Cortés se presentaba ante miles de indígenas valientes y aguerridos, y en vez de aniquilarlo como pudieron haberlo hecho mil veces, caían a sus pies de rodillas”, puntualiza en su misma novela, dando pie a que pudiéramos pensar en la posibilidad de la predestinación de ciertos hombres para ser grandiosos y cambiar al mundo. “Francia, la nación más ilustrada, más inteligente, más activa, más descontentadiza del mundo, estuvo años dominada por la voluntad de Napoleón”, dice, y tiene razón en subrayar el espíritu crítico de los franceses, y se sorprende que un solo hombre pudiera sojuzgarlos y dominarlos –con sólo palabras en muchas ocasiones, como cuando Bonaparte desembarcó en las costas continentales y convenció a los soldados enviados a detenerlo para seguirle e iniciar el período de los Cien días-, y que ese individuo cambiara la faz de Europa y del mundo parece para el mexicano obra del Destino.

El cambio y la transformación humanas, para Payno, parecen ser promovidos en gran parte por la voluntad de los grandes hombres o al menos así lo demuestran para él algunas páginas de la historia. Hizo notar su probable intención de adjudicar al Destino la culpa de que algunos hechos ocurran, o al menos eso parece. Aunque por lo regular, eso de recurrir a la fatalidad, en ocasiones podía ser un recurso retórico. En Payno no lo podemos asegurar, varias veces menciona en sus textos a la Providencia y al Destino.

³ Payno, Manuel, *Los bandidos de Río Frío*, 19.- ed., Colección “Sepan cuantos...”, número 3, México, Editorial Porrúa, 1999.

⁴ Thomas Carlyle (1795-1881) desarrolló su teoría de los *grandes hombres* en libros como *Los héroes* (1841) en donde expone que los avances de la humanidad son debidos a los impulsos de las personalidades grandiosas y a sus hechos. En sus textos *El cartismo* (1839) y *Pasado y presente* (1843), elogia al feudalismo y ataca a la democracia por su ausencia de héroes o dirigentes a quienes seguir

⁵ Payno, Manuel, *Los bandidos de Río Frío*, Op. Cit., p. 79.

El 22 de Octubre el archiduque Maximiliano marchó á Orizaba, con el propósito decidido de embarcarse en la fragata Dándolo que lo esperaba y tenía hasta sus calderas encendidas; pero estaba escrito, como dicen los musulmanes, no se embarcó, y se fué á encerrar á Querétaro.⁶

Recurrir al fatalismo es una buena manera para escapar de las explicaciones profundas de los acontecimientos históricos pero también es una buena manera de aderezar a una narración de misticismo y religiosidad.

Manuel Payno escribía sus comentarios sobre hechos de la historia como cronista o como poeta, es decir, o despreocupado por profundizar eruditamente en las causas de los acontecimientos u otorgándole a los hitos de la historia rasgos de misterio, fatalismo y grandiosidad. No era verdaderamente positivista aunque haya declarado -en pocas ocasiones- que trataba de buscar y seguir las leyes positivas por las que se regía la humanidad. Sí creía en el progreso, siempre colocando en un mayor nivel a las culturas *civilizadas*, por sobre las *primitivas*, como si algunos pueblos no hubieran participado en el avance de otros y como si valieran menos por este hecho, “El hombre primitivo es el más horrendo, el más feroz de todos los animales”, decía, situándolo en un nivel por debajo del resto de los humanos, quitándole su participación en los procesos históricos y agrega:

[...] con una inteligencia muy limitada, ocioso, cruel, lleno de supersticiones las más repugnantes [...], inútil para todo trabajo que no sea la caza ó la pesca, refractario á toda mejora material y moral, y formando marcado contraste con el hombre civilizado será un eterno enigma, no su vida, sino su procedencia y su emigración á islas y continentes situados á una inmensa distancia de los puntos de donde se cree ha tenido principio la distribución de las razas humanas en la superficie de la tierra.⁷

El maestro tenía prejuicio hacia los ahora denominados pueblos *sin historia*, los pueblos que aún no desarrollan un nivel tecnológico y cultural igual al de otras naciones, pues no solo los llama primitivos sino que tampoco cree en la posibilidad de progreso de esas culturas, en ningún ámbito, y por ende se priva de considerarlos dentro de la historia del hombre. Evidentemente no llegaría a conocer las nuevas explicaciones del origen y procedencia de esas culturas, ni tuvo intención de vincularlos con los procesos históricos del resto de la humanidad como posteriormente se haría. Payno continuó escindiendo en razas a los hombres, considerando a unas superiores a otras -como veremos de nuevo más adelante-, lo cual es muestra de seguir apreciando a la historia en forma progresiva, donde algunas razas están más adelante que otras, unas se quedaron estancadas y otras francamente están en retroceso hasta que desaparecen.

⁶ Payno, Manuel, *Barcelona y México en 1888 y 1889*, Op. Cit., p. 65.

⁷ Ídem, p. 79.

En sus deliberaciones en torno a la historia, a las épocas y a los cambios encontramos una división muy peculiar e interesante en cuanto a las etapas de la historia de México. Así como los historiadores pueden dividir las épocas de la humanidad en base a la religión – como antes y después de Cristo- o en base a las formas de producción –esclavismo, feudalismo y capitalismo- así Payno nos otorga una escisión en base a la comida que más se consumía en el país. Una forma muy original y literaria de apreciar el devenir de una nación, donde son los alimentos que más son consumidos los que marcan una época. Es en una obra literaria, la novela corta *El hombre de la situación*, en donde obtenemos esta reflexión. El narrador, que es el propio autor, formuló una pregunta a la cual llamó filosófica y dijo: “¿qué cosa es mejor y más preferible: el gazpacho y los chorizos de Extremadura, del tiempo virreinal; los chiles rellenos y la carne frita de la independencia, o las papas al vapor y la Carlota rusa de la República?”, de estos platillos nos dice que “representan tres edades, tres épocas distintas, y que simbolizan quizá la paciencia de los antiguos, el ardor y constancia de nuestros padres y el desorden y vanidad nuestra.”⁸

Son la Colonia, la Independencia y la República representados por los manjares y por el modo de vivir en cada una de esas etapas, cuestión de la que nos pide Payno seguir dilucidando. Nótese también que a la última etapa, a la República, la considera en términos inferiores que las otras dos al adjudicarle rasgos de desorden y vanidad, estableciendo que en México quizá se experimentaba un retroceso en las costumbres. Una reflexión más en torno a la historia en la que lamentablemente no profundizó más.

En su estudio sobre los cambios, las vicisitudes, los sufrimientos y los logros de las naciones Manuel Payno concluye una perspectiva no muy optimista. La apreciación que hace de la historia de las civilizaciones siempre conllevó calificativos poéticos y grandilocuentes, no es la excepción su juicio sobre el devenir de los pueblos. “La vida de las naciones es como la del hombre. Apenas se indaga su historia cuando se encuentra que un día de placer y de gloria es seguido de años de penas y contratiempos”, aseguró, el devenir de un país no es igual que el de una persona, pero al literato se le antojó apropiada esa comparación, acordemente con las visiones organicistas que también pululaban en aquel tiempo. Aunque el equiparar a una civilización con un organismo, en este caso un hombre, era hecho, entre otras cosas, para buscar leyes que pudieran establecer cuándo una nación puede nacer o morir, Payno lo hizo para hacer ver a sus lectores que la existencia es tan desgraciada para la vida de una nación como para la de un hombre.

La España ha gastado su vida en combates con los árabes, con los turcos y con los franceses, y no es sino desde el año 1815, cuando ha cesado la terrible lucha entre las dos naciones latinas, que de una manera ó de otra y por distintos caminos han propagado el culto cristiano y la civilización. Si se fueran á reunir y encerrar en cofres los tesoros que se han gastado, y á depositar en un gran

⁸ Payno, Manuel, *El hombre de la situación*, 2.- ed., Colección “Sepan Cuántos...”, no. 605, México, Editorial Porrúa, 2004, p. 86.

estaque la sangre derramada en estas guerras fratricidas, quedaría el mundo lleno de horror y espanto.⁹

Los pueblos aquí tienen una existencia llena de angustias y sacrificios, que es propia de cualquier nación, el literato lo llevó al extremo de decir que para los pocos momentos de gloria y felicidad era indispensable muchísimos más llenos de contratiempos. El devenir para este intelectual es entonces tanto progresivo como regresivo, carente de movimiento para algunos pueblos como los que denominó primitivos y lleno de sufrimientos y vicisitudes para cada nación, existencias que son coronadas por breves momentos de felicidad.

El cambio histórico lo concibió impulsado en parte por el Destino, en parte por el probable impulso incontrovertible de los grandes hombres y en parte por el progreso, hacia el cual no siempre depositó demasiada confianza pues estableció que en muchos lugares y épocas no pudo alcanzarse por diversos motivos, como los malos gobiernos. La historia fue por igual nostalgia y padecimiento para este hombre.

Ignacio Ramírez

El Nigromante¹⁰ fue un autor que menospreció la búsqueda del significado del cambio y del devenir en el sentido metafísico, pues el intelectual era un fatalista, empero esto mismo es muestra de sus ideas con respecto a la historia. Atacó directamente el estudio de la metafísica aseverando que “Los trabajos abstractos e hipotéticos sobre la causa primera, no solamente tratándose del origen del universo, sino en todas materias, conducen a los más opuestos absurdos”, incluyendo las especulaciones de lo que puede ser el tiempo o el devenir. Esta aseveración puede poner a Ramírez dentro de los positivistas, mas no es exacto, sólo lo hace tener una característica de ese grupo -el menosprecio a lo metafísico- pero no lo hace positivista (aunque en otras ocasiones haya declarado seguir los principios de esa corriente, o se haya declarado a sí mismo como tal, más como moda de seguir la corriente que por convicción). Y es que más adelante afirma:

El terreno es tan estéril, que no han sido más felices los ensayos de una metafísica fundada en la física, como la formulada por la escuela de Locke y Condillac; ni los de una metafísica matemática como la de Augusto Comte. Entre nosotros, uno publicó un cuaderno, queriendo enmendarle la plana a Dios;

⁹ Payno, Manuel, *Barcelona y México en 1888 y 1889*, Op. Cit., p. 459.

¹⁰ Ignacio Ramírez (1818-1879). Con Guillermo Prieto y Vicente Segura fundó el periódico *Don Simplicio*, donde escribió con un tono hiriente e irónico y donde comenzó a utilizar su seudónimo de El Nigromante. Impartió clases de literatura y derecho en el Instituto Científico de Toluca. Durante la dictadura de Santa Anna (1853-1855) fue un asiduo escritor de artículos feroces contra el gobierno lo cual lo llevó a la cárcel. Diputado por Sinaloa en el Congreso Constituyente de 1856-1857. Tras la Guerra de Reforma fue Ministro de Justicia, Instrucción Pública y Fomento dentro del gobierno de Juárez. Atacó a los intervencionistas franceses desde el periódico *La Chinaca* (1862-1867). Apoyó el Plan de Tuxtepec a favor de Porfirio Díaz (1875). Magistrado de la Suprema Corte de Justicia hasta su fallecimiento (1876-1879).

aplicó su inteligencia suprema a la fabricación de cigarros, y le salieron faroles chinos; a la limpia de atarjeas, y dejaba en piedras lo que sacaba en lodo.¹¹

En definitiva, El Nigromante era un pesimista, un fatalista que ni en algunos principios que él profesaba creía fielmente, no por ello dejaba de ser congruente consigo mismo, pero era un escéptico por naturaleza. Hasta a las filosofías aceptadas en aquella época como más progresivas las ataca y son blancos de sus ingeniosos dardos. Asimismo fue un hombre pragmático que no era muy dado a las especulaciones, sino a dar ejemplificaciones prácticas, consejos para el momento, propugnar investigaciones empíricas y útiles para la sociedad... Y cuestionó la enseñanza de la metafísica “¿no es una desgracia para la juventud ocuparla un año en suponer que existe el Ente, y en suponerle al Ente ante todo lo que se le antoja?”¹², en un país que requería las energías para emplearlas en otros asuntos. En un artículo periodístico, publicado en *El correo de México*, agrega que las ciencias metafísicas “no son sino enfermedades, aberraciones de la inteligencia y que van cayendo con la teología”, y propone que para que la ciencia verdaderamente tome ciertos hechos humanos del pasado como materia de estudio habían que tener o verdad, o belleza, o necesidad.

La verdad es el alma de la historia; la belleza es el cuerpo de la literatura; la necesidad es la vida del derecho. Por demás está insistir en que para este ramo como para los otros, se debe de proceder de lo conocido a lo desconocido; de lo propio a lo ajeno; y dejar que los hechos bien clasificados y expuestos hablen por sí solos.¹³

Historia, literatura y derecho son de las principales ramas que debe atender el mexicano, y esto, quitándoles lo metafísico. Cabe subrayar también el carácter que le da a la disciplina histórica como búsqueda de la verdad sin connotaciones moralizantes ni poéticas ni nacionalistas (aunque en otros pasajes la mención de pasajes de la historia de México, por parte de este autor, sea francamente patriótica como los elogios a los héroes de guerra).

En otro artículo –uno de 1875, de *El federalista*-, en ocasión de las leyes proteccionistas hacia el comercio, las cuales se estaban promulgando en México, hizo notar la influencia que tuvo en él Montesquieu, en cuanto a la concepción de la historia y el carácter de los pueblos y naciones. Cuestionaba esas leyes aduciendo que por más que fueran bienintencionadas jamás suplirían las habilidades innatas de los pueblos.

¿A dónde vamos a dar si por medio de subvenciones y de prohibiciones queremos amanecer músicos y cantores como los italianos; explotadores de acuerdo con los ingleses y alemanes; reyes de la moda como los parisienses;

¹¹ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas I, Escritos periodísticos I*, México, Centro de Investigación Científica “Jorge L. Tamayo, A. C.”, 1984, p. 61.

¹²Ibíd.

¹³Ídem, p. 47.

fabricantes en marfil como los chinos; y vendedores de arenques como los holandeses? ¿Será esto realizable?¹⁴

Montesquieu aseguró que las leyes deben de ser elaboradas según las costumbres y formas de ser de cada pueblo, deben ser “tan ajustadas a las condiciones del pueblo para el cual se hacen, que sería una rarísima casualidad si las hechas para una nación sirvieran para otra”,¹⁵ y en esto concuerda Ramírez, pues el barón recalcó que las leyes deben de establecerse por la razón humana, y el mexicano no veía que las que imponían el proteccionismo en México fueran razonables, porque a su ver no traerían beneficio alguno. En el Nigromante, como en el pensador francés, cada pueblo tiene una habilidad innata que no puede estimularse por ningún medio, mucho menos con legislaciones prudentes, habilidad que caracteriza a las culturas, que determina su economía y con ello su historia. Parece asomarse la creencia de Ramírez en el destino, en una predeterminación del devenir debida al carácter, clima, geografía y genética de los pueblos; aseguró que había un “destino materializado en el clima y en el suelo y puesto en movimiento por todas las revoluciones que siempre viven en la humanidad aun cuando no las conozca la historia”, y esas revoluciones son parte indefectible en el cambio histórico para este autor.

La cuestión del Destino volvió a ser recurrente en la obra de Ramírez; a veces pareciera que, como en muchos otros de sus colegas, el referirse a esta cuestión era más bien un recurso literario. El providencialismo no fue una de sus inclinaciones ideológicas pero esto no le impidió aseverar que en ocasiones intervenía en la historia un factor indeterminado, que no era otro mas que el Destino o Sino; empleó estos conceptos en su discurso sin que jamás adquirieran una connotación religiosa, teológica o metafísica, sino que tenían más bien una carga de azar, de indeterminación, pero también, y principalmente, esas palabras tenían una función de embellecimiento del discurso. Así, realizó un comentario bastante ocurrente y avisado sobre la historia de las naciones y de México.

Hay naciones que, como algunas mujeres, tienen que entregarse a los caprichos del destino para alcanzar la felicidad y su engrandecimiento; entre aquéllas se encuentra la República mexicana; el cómplice de su juventud aventurera es el partido progresista.¹⁶

Es el destino como dador de vicisitudes, como impedimento para rastrear las causas verdaderas de ciertos hechos de la historia y es asimismo el comparar (de nuevo, y como se ha visto de muchos otros intelectuales de la época, sin que por eso lleguen a ser comentarios de índole propiamente organicista) el devenir de una nación con la vida de una persona, esto con intenciones didácticas y hasta poéticas.

¹⁴ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, México, Centro de Investigación Científica “Jorge L. Tamayo, A. C.”, 1984, p. 32.

¹⁵ Montesquieu, Barón de, *El espíritu de las leyes*, Libro I, Capítulo III, De las leyes positivas.

¹⁶ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas I, Escritos periodísticos 1*, Op. Cit., p. 155.

En un artículo de 1868 escribió comentarios acerca de la historia de las sociedades y de la naturaleza de las mismas, esclareciendo lo que entendía por una sociedad avanzada o civilizada diferenciándolas de las bárbaras, y explicando el porqué de tales divergencias. Según Ramírez “El hombre existe en sociedades pequeñas y en sociedades numerosas; en las pequeñas suele llegar a un alto grado de ilustración, pero también con frecuencia se mantiene en la barbarie”, lo cual puede llevarnos a recordar las sociedades pequeñas pero altamente estilizadas de las polis griegas o las también pequeñas pero *primitivas* tribus del norte de América o del África subsahariana. Continúa en el mismo artículo –de *El Semanario Ilustrado*– que “Las sociedades numerosas no son posibles sin elementos complicados que suponen una civilización superior por defectuosa que sea”, luego, para Ramírez puede haber sociedades superiores aunque no sean perfectas, la superioridad tecnológica, cultural o de cualquier índole no brinda, según su interpretación, ninguna perfectibilidad. Por otra parte, esos elementos complicados que construyen a una sociedad numerosa son el azar, la guerra, el comercio y/o la colonización. Y agrega que la durabilidad de las civilizaciones numerosas no es amplia, y que lo único que sobrevive a la desaparición de aquellas son algunos monumentos disgregados.¹⁷ En esto último podemos contradecir al autor al citar que no sólo ruinas sobreviven a las sociedades numerosas extintas, por igual perviven el arte, la cultura, la religión o la lengua, traspasadas a otros pueblos, ya sean vecinos, conquistados o conquistadores.

En otro de sus pasajes el Nigromante nos provee de una interpretación de la historia como predominantemente regresiva, en concordancia con su perspectiva fatalista. Para este, algunas de las instituciones de las naciones siempre van en franca decadencia, y subrayamos que sólo algunas instituciones, pues el declive o progreso en una nación específica siempre fue difícil de identificar para los intelectuales mexicanos, ya que por lo general mezclan características progresivas con regresivas en una determinada época y lugar, según su visión –y en ocasiones, conveniencia-. Todo esto no llevó a este autor a encontrar una ley sino únicamente a realizar una generalización con respecto a las instituciones administrativas.

¡La historia! ¿A qué se reducen los ejemplos, tanto antiguos como modernos? A probarnos que el poder administrativo, siempre que se introduce en la formación de las leyes, comienza por hacer observaciones, sigue por conquistar el veto y acaba por establecer la dictadura.¹⁸

Si tomamos a la dictadura como un hecho regresivo en la existencia de las naciones, entonces podemos confirmar que Ramírez hizo una generalización histórica de carácter pesimista. Y la dictadura fue siempre para este autor motivo de su desprecio, por ende, sí la podemos tomar como un mal al que para él tienden todas las administraciones. Para poner un ejemplo de ello toma las acciones de los dos últimos presidentes de los Estados Unidos,

¹⁷ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, Op. Cit., p. 350.

¹⁸ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas I, Escritos periodísticos 1*, Op. Cit., p. 5.

que para la época en que escribió su artículo eran Abraham Lincoln y Andrew Johnson¹⁹ y que al parecer, en su perspectiva, habían realizado acciones de carácter cada vez omnímodo. “Es una enfermedad con causa y síntomas conocidos: cuando por desgracia se ha establecido el principio de que el ejecutivo puede alguna vez tener razón contra el Congreso”²⁰, para este autor cualquier régimen siempre tenderá a la dictadura, empero sabemos que su generalización no fue atinada con respecto a los vecinos Estados Unidos, quienes aún no han tendido a la dictadura, ni fue correcta con respecto a otros países. Sus reflexiones fueron resultado de su carácter pesimista y escéptico para con la sociedad y la política.

La reflexión sobre el transcurso de los tiempos y el devenir no fue un tópico muy cultivado por Ignacio Ramírez, no obstante, es notable su estudio de la historiografía y los hechos del pasado, los cuales tomó de una manera pragmática y didáctica, utilizándolos para demostrar a los políticos de su época los errores y aciertos del pasado, para hacer un balance de los avances de la humanidad en su existencia o para criticar su presente con respecto al pasado. Para él los impulsores esenciales del cambio histórico fueron la actitud individual ante los acontecimientos, los descubrimientos y adelantos de la ciencia, el factor económico, los recursos naturales de cada nación, el determinismo cultural y de carácter de los pueblos, las revoluciones y, en parte, el destino o azar. Lo mencionado y muchas otras más circunstancias son para el Nigromante las causas de que exista un cambio constante en la historia, para bien o para mal, por ello es que su visión es más plural, diversa y acabada; no se circunscribió a declarar que unos pocos factores tienen que ser estudiados para interpretar y comprender la Historia; propugnó un análisis de las más diversas circunstancias -incluyendo unas como el azar- sin otorgarle predominancia a ninguna (no privilegió, por ejemplo, a los grandes hombres, al determinismo o a las revoluciones como causas coyunturales de que suceda una gran transformación). La historia fue para él tanto progresiva como regresiva, en cuanto progresiva no pareció darle nunca una meta final a la humanidad, y en cuanto regresiva no pronosticó una extinción o decadencia general del hombre.

Vicente Riva Palacio.

El nieto de Vicente Guerrero fue un individuo que deliberó bastante acerca de la variedad de factores que provocan y desencadenan los diferentes hechos de la historia, tanto políticos como sociales. No llegó a formular una teoría propia en relación a la *evolución* o *involución* de la humanidad empero sí dejó bastante claro cómo entendía el devenir y

¹⁹ Abraham Lincoln fue presidente de Estados Unidos entre 1861 y 1865, Andrew Johnson entre 1865 y 1869. El primero se caracterizó por poseer una enorme popularidad entre los estados del norte y comenzó a realizar acciones que ningún otro presidente había intentado previamente como oponerse directamente al Congreso y otras acciones que llevó a cabo por razones de guerra. El segundo también se caracterizó por una fuerte oposición al Congreso y fue el primer presidente acusado de *impeachment*, por sus ideales adversos al poder legislativo y fue el primer del que no aceptaron una propuesta de ley importante.

²⁰ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas I, Escritos periodísticos I*, Op. Cit., p. 5.

estuvo cerca de elaborar un sistema sobre el mismo, además dejó escrito sobre cuáles teorías estaba de acuerdo y con cuáles en desacuerdo y en qué, legándonos una percepción y un pensamiento más estructurado con respecto al cambio histórico.²¹

Atacó el determinismo, el providencialismo y el fatalismo en la interpretación de la historia, para Riva Palacio era inaceptable, en lo más mínimo, la aseveración de leyes inflexibles de la ciencia social o la participación del Destino o cualquier deidad en los acontecimientos humanos. Esto lo distingue de otros intelectuales, pues declaró explícitamente su refutación hacia las interpretaciones mencionadas, aunque en algún punto haya empleado términos como Providencia o Sino esto sólo lo hizo de manera literaria sin adjudicárselo a sus indagaciones históricas.

[...] el “estaba escrito”, y por consecuencia el destino manifiesto, la falta de libertad naciendo del conjunto de libertades; el libre albedrío de las unidades engendrando una entidad arrastrada ciegamente por el destino, como los personajes de Esquilo; las afirmaciones coordinadas produciendo la negación absoluta; en fin, la deidad ciega de la mitología, el *Alá* del islamismo; lo maravilloso también, y sobre todo más que lo metafísico, lo teológico; un Jehová disponiendo caprichosamente de la suerte de las sociedades. Eso no se puede admitir.²²

Con esta declaración podríamos incluso situar a Riva Palacio como fuera de la órbita de autores como Hegel o Vico quienes aún creyeron en una fuerza indefectible que actuaba sobre la historia y ajeno a Comte o Taine quienes *elaboraron* y creyeron en leyes sociológicas e históricas ineludibles. Por ejemplo Augusto Comte afirmó explícitamente que había descubierto “una gran ley fundamental, a la que se halla sometido [el ser humano] por una necesidad invariable, y que me parece poder determinar, sea sobre las pruebas racionales suministradas...”,²³ esta ley a la que se refiere es evidentemente la de los tres estadios, fundamental para comprender el cambio histórico dentro de la filosofía positivista. En Taine encontramos afirmaciones de índole similar, en especial en cuanto al arte se refiere, dijo que se pueden establecer reglas para entender una obra artística y a sus creadores, aseguró que “las artes aparecen y desaparecen al mismo tiempo que ciertos estados del espíritu y de las costumbres con quienes tienen relación”,²⁴ estableciendo así

²¹ Vicente Riva Palacio (1832-1896). Secretario del Ayuntamiento de la Ciudad de México en 1856, encarcelado por los conservadores en 1856 y 1857. Como general y como jefe del Ejército del Centro luchó contra los franceses durante la segunda Intervención extranjera. Combatió la administración de Sebastián Lerdo de Tejada desde los periódicos *El Ahuizote* y *El Radical* (1872-1876). Durante el gobierno de Porfirio Díaz fue Ministro de Fomento, Colonización, Industria y Comercio, gobernador de los estados de México y Michoacán, magistrado de la Suprema Corte y embajador en España y Portugal (1886-1896).

²² Riva Palacio, Vicente, *Cuentos del general. Los cerros, galería de contemporáneos*, México, Promexa Editores, 1979, p. 314.

²³ Comte, Augusto, “Curso de filosofía positiva”, en *La filosofía positiva*, 9.- ed., Colección “Sepan cuantos...”, núm. 340, México, Editorial Porrúa, 2003, p. 38.

²⁴ Taine, Hipólito, *Filosofía del arte*, México, Editorial Nueva España, 1944, p. 6.

normas para el estudio de las bellas artes. Riva Palacio no fue partidario de impulsar este tipo ideas ni intentó descubrir regla general alguna.

El general mexicano concluyó que no existían evoluciones sociales inevitablemente dispuestas por algún ente o soterradas en la realidad, sino que determinó que esas evoluciones estaban “sujetas a la combinación de los elementos que hacen de ellas la unidad más compleja y menos resoluta para el estudio científico”, adjudicando –al igual que Ramírez- a diversos factores el cambio histórico (en este caso progresivo). Sin embargo, existe un factor al que éste autor sí le da clara predominancia –lo cual lo distingue del Nigromante y de otros eruditos del país-, ese factor fue el del *grande hombre*, es decir, para Riva Palacio son los hombres, y en especial los grandiosos, quienes mayormente influyen en la evolución social. “En una evolución social, pueden considerarse muchas causas productoras, impulsivas, reguladoras, persistentes o variables”²⁵, escribió el general mexicano, empero son las grandes personalidades las que tienen mayor peso en el progreso de la sociedad. Mas esto, y hay que dejarlo bien en claro, no lo condujo a un determinismo, a uno que asegurara que existen ciertos hombres destinados a cambiar al mundo -lo cual explicaremos a continuación-, además recordemos que él nunca creyó en determinismos providenciales.

Para explicar su creencia en que existen personalidades grandiosas pero que éstas no han sido designadas por el Destino para cambiar la historia, estableció que además de los propios talentos y dones de esas personalidades era menester un ambiente y unos tiempos propicios para que se desarrollaran los mismos, es decir, los grandes hombres no estaban pre-determinados por el Destino sino más bien por la época, el lugar y la cultura en que nacieron. Así, decía, para él era difícil que surgiera un Beethoven de la África subsahariana, en cambio, de otros famosos de la historia aseguró que, extrayéndolos de sus circunstancias, prácticamente no hubieran podido conseguir sus logros. En un ejercicio de extrapolaciones, intrapolaciones, anacronismos y universos paralelos Riva Palacio extiende sus ejemplificaciones.

Los apóstoles predicando una reforma moral y religiosa, tan completamente radical en nuestro siglo, como lo fue el Cristianismo en el mundo pagano, no hubieran alcanzado el martirio ni la canonización; cuando mucho un proceso en un tribunal de policía, y algunos de ellos un buen lugar en un manicomio. Napoleón el Grande, viviendo en México por los años de 28 a 40, habría ganado la acción del “Gallinero”, habría derrotado a Torrejón, habría sido Presidente dos años y habría muerto honradamente de Director de Artillería o de jefe de la Plana Mayor. César viviendo en los Estados Unidos, sería empresario de ferrocarriles, presidente de tres o cuatro grandes sociedades anónimas, fumaría muy buenos puros habanos y no tendría que temer a más Brutos que a los que

²⁵ Riva Palacio, Vicente, *Cuentos del general. Los cerros, galería de contemporáneos*, Op. Cit., p. 315.

andan en cuatro pies. Sixto V de porquerizo en Tangancícuaro habría llegado a Cura de Uruapan, o cuando más a Canónigo de Morelia.²⁶

Con este ejercicio imaginativo que realizó podemos obtener una idea más diáfana de la interpretación de Riva Palacio sobre las actuaciones humanas. Se puso a pensar qué sucedería si insertáramos a determinado personaje en otro contexto e inventó (inventar sería el verbo más apropiado porque no hay manera de corroborar lo afirmado por el maestro) lo que acontecería con cada uno de ellos. Sin considerar que si, por ejemplo, colocáramos a Napoleón I en México, por este sólo hecho dejaría de ser Napoleón, por haber recibido otra educación, otra formación, o que si sacamos a Julio César del siglo I a. C. tal vez ni siquiera podría aplicar su talento ya que sus capacidades únicamente serían explotables en sus circunstancias, al sólo conocer a la gente de su tiempo y lugar o sólo las características militares de aquella época, entonces sus conocimientos y dones no podría aplicarlos a otros tiempos –a menos que hubiera nacido en otro siglo, recibiendo otra cultura, pero esto mismo también lo haría dejar de ser él mismo o el César de la Roma antigua-. Lo que realizó fueron reflexiones literarias que no dejan de ser útiles para la reflexión filosófica.

Riva Palacio mostró que concebía el avance de las sociedades de una manera lineal y a la vez continua, para él no existían saltos que llevaran de una etapa histórica a otra, sino que había un encadenamiento de hechos que tiene una lógica clara, esta lógica dictaba que la evolución podía dirigirse en una dirección o en otra sin que alguna fuera mejor, y que tampoco se daba en un período particular por sobre otro sino que era perenne.²⁷ Y criticó a los que pensaran que para explicar un gran acontecimiento histórico se tiene que recurrir al hecho más sobresaliente del mismo porque precisamente es el que mejor explica el acontecimiento, aludiendo que tenían temor de argumentar que cualquier hecho humano es contingente. Lo cual a su vez revela, de nuevo, que el maestro fue muy inclinado a cavilar y desarrollar extrapolaciones e historias *posibles* y no se dedicó a la exclusiva búsqueda de las causas de los hechos humanos como harían muchos historiadores.

De nuevo en el tópico de la predestinación y la teoría del heroísmo, hay que mencionar que nuestro autor entendió que la teoría de Darwin podía secundar las posturas del heroísmo y de la aristocracia de la sangre, causando malestar en los creyentes de la democracia. Y se mantiene firme en su idea, que ya mencionamos anteriormente, de que son las circunstancias las que predestinan a un hombre, dijo tajantemente: “la verdadera predestinación a la gloria no es más que el teatro en que se representa, es decir, la época y la sociedad”.²⁸

En otro pasaje de su obra encontramos una descripción bastante peculiar de su concepción del devenir histórico, la cual es en parte contradictoria con lo que referimos

²⁶ Ídem, pp. 324-325.

²⁷ Ídem, p. 317.

²⁸ Ídem, p. 324.

escribió sobre la evolución de las sociedades, en su carácter de evolución continua. Descripción que sin embargo está acorde a su idea de que no existe un sentido mejor que otro para el cual la sociedad se dirija y en que tampoco hay épocas particulares que sean más propicias para el avance. Esta descripción del devenir de la humanidad es propia de un mexicano literato y de su humor característico. Si Giambattista Vico describió al tiempo como una elipse ascendente, si el cristianismo lo describe como una línea con un principio y un final o si Comte entendió el devenir como un progreso infinito de la humanidad, Riva Palacio va a comparar el devenir histórico con el andar de una persona embriagada, una idea bastante ocurrente pero también bastante ilustrativa.

[...] lo que sucede es que la humanidad, colectiva o individualmente, camina siempre, siempre como un borracho, vacilante, unas veces dando un paso atrás y dos adelante, deteniéndose para buscar el equilibrio, perdiendo el camino recto, yéndose para uno y otro lado, y muchas veces, cuando sin dudar, sin buscar apoyo, sin extraviar camino, marcha rápidamente y se cree que todo va perfectamente, ¡cataplum! da contra un guardacantón, y gracias si no se queda sin conocimiento.²⁹

Sobre el papel de las revoluciones en la historia también encontramos un comentario muy literario por parte del general Riva Palacio, quien estableció que aquellas tienen un papel trascendental en el cambio aunque dejen una estela de sangre y caos. Decía que las revoluciones eran “como Saturno, que devoran a sus propios hijos, también es cierto que aquellas madres encuentran siempre un hijo que los sofoque entre sus brazos”. Por ejemplo, para este autor, la Revolución Francesa aniquilaba a sus vástagos hasta que uno de ellos la ahogó a ella: Napoleón Bonaparte. Las revoluciones propician, según su perspectiva, los cambios más radicales, directa o indirectamente, como con la ocurrida en Francia, que obtuvo grandes logros pero que a su vez perdió una buena parte de ellos por obra de Napoleón, quien a su vez realizó enormes transformaciones en lo político, en lo militar y en lo social, aunque muchas de las acciones de ese líder Riva Palacio las haya considerado negativas; “el pueblo volvió a gemir bajo el despotismo [...] allí de donde los pueblos esperaban un rayo de luz [...] salieron torrentes de bayonetas que llevaron hasta Egipto la conquista y la desolación”.³⁰ Bonaparte como un hijo de la revolución que modificó el mapa de Europa con sangre o que logró cambiar una nobleza antigua por otra militar.

Recapitulando, en Riva Palacio el devenir humano es igual al trayecto de un hombre ebrio; la humanidad a veces tiene avances, a veces retrocesos, a veces se estanca, no camina, a veces se ajusta para pensar bien su camino, a veces cae y con esto bien puede morir u obtener un buen golpe. Además, ese trayecto no puede ser predicho, como tampoco el andar de un alcoholizado, éste tipo de individuos van en general hacia adelante aunque se tambaleen, retrocedan o caigan, así entonces Riva Palacio fue optimista y confía en un

²⁹ Ídem, p. 232.

³⁰ Riva Palacio, Vicente, *El libro rojo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 298.

progreso aunque no seguro ni a través de senderos que el hombre pueda dilucidar, además de que ningún sendero o dirección es particularmente mejor que otra.

En cuanto a la historia, la encuentra explicable por medio de muchos factores y no le otorga preeminencia a los hechos sobresalientes de un periodo o acontecimiento histórico, para crear las explicaciones. Creyó que todo hecho era contingente o que cualquier acontecimiento bien pudo no haber sucedido, como pudo “haber sido de otra manera tan fácilmente que como fue”, y no entró en búsquedas causalistas de la historia y más bien fue un cultivador de la creación de mundos posibles. No obstante, creyó que todos los hechos están encadenados y tienen una lógica, la cual establece entre otras cosas que ninguna etapa es mejor que otra para el avance de la sociedad. De los factores que propician el cambio histórico dijo que eran diversos, y a los que mayor importancia les otorgó fue a las revoluciones y a las acciones de los *grandes hombres*, que estos últimos a su vez están determinados, en cuanto a su surgimiento, por sus épocas y sus sociedades. Y a lo que le restó importancia en su participación propiciatoria de cambio, hasta reducirla a cero, fue al Destino, al Sino, la Providencia y el determinismo teológico o metafísico. Así entonces tenemos una visión más amplia en cuanto a los temas que nos competen, por haber sido el general mexicano un asiduo estudioso de esos y muchos otros tópicos, pero más que nada porque se dedicó a comentarlos con mayor regularidad y extensión que otros intelectuales, de los que también podemos extraer sus perspectivas pero quizá no tan puntualmente como con este hombre.

Ignacio Manuel Altamirano

Este intelectual de origen indígena no abundó en sus escritos el tratamiento de los temas que nos competen,³¹ no obstante, podemos encontrar en sus líneas pasajes anecdóticos que nos permiten elaborar un panorama de su interpretación de la historia. Con estos pasajes y el análisis de otros textos de su obra, incluida la literaria, podemos compendiar su pensamiento al respecto de estos tópicos, para así conocer la postura de uno de los hombres más afamados en el campo del estudio mexicano. Aunque no fue un filósofo ni un historiador en el estricto sentido, ni, como se dijo, tampoco se dedicó a reflexionar concienzudamente al respecto, pese a ello, siempre es posible extraer sus ideas, pues en cualquier tipo de obra que elaboraban los intelectuales mexicanos del siglo XIX, sea una novela, un artículo periodístico, una pieza dramática o un poema, y aunque haya sido de cualquier tema, siempre plasmaban sus deliberaciones en torno a la Historia, a la humanidad y a la sociedad, fuera a manera de comentarios ocasionales o fuera que su pensamiento estuviera escondido bajo comentarios sobre otras cuestiones.

³¹ Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893). Luchó contra los santanistas (1856), contra los conservadores (1856-1861) y contra los franceses durante la Intervención (1862-1867). Diputado del Congreso de la Unión (1861), magistrado de la Suprema Corte de Justicia y cónsul en Barcelona y en París (1889-1892). Dedicó la mayor parte de su tiempo a la labor y promoción literaria. Fundador de la Sociedad de Libres Pensadores, promotor de la Sociedad de Escritores Públicos y la Sociedad Gorostiza.

En un dechado de lo que se acaba de mencionar, Ignacio Manuel Altamirano, en ocasión de un discurso del 17 de septiembre de 1867, compara el devenir de las naciones con el largo camino recorrido de un viajero, el cual cada tanto mira hacia atrás y contempla el sendero recorrido, recuerda los sufrimientos y contratiempos que ha pasado pero que a la vez tiene la satisfacción de haber avanzado varios tramos y de seguir avanzando aún más. En ese comentario, también muy literario, el intelectual demuestra su nostalgia por el pasado, por los hechos acontecidos en un país, en especial por su país. Siguiendo en su reflexión, afirmó que así como los viajeros contemplan su camino así los países piensan orgullosamente de su pasado, en especial cuando celebran acontecimientos heroicos, porque para el literato un año es para una nación como una hora de vida, porque para él los pueblos también lloran sus sufrimientos, como lo hicieron los griegos bajo la férula de los musulmanes, como lo hizo México en la Colonia (visión que exhibe su creencia en la existencia de un México con unidad nacional antes de la Independencia) y como seguirán plañendo todos los pueblos que no puedan avanzar hacia el progreso y la libertad, a los que lo único que les queda es la esperanza en un futuro mejor.³² Y ese camino que recorre cada pueblo tiene un final, Altamirano estableció que el devenir de las sociedades tiene un coto, una meta, que es el crecimiento y el éxito, esto es, tuvo una visión finalista.

En el mismo discurso continuó exponiendo el papel primordial que le da al progreso, porque no sólo concibió que las naciones se dirigen hacia un avance, también pensó que ese objetivo las libera, las llena de orgullo, de satisfacción y obtienen una felicidad, un entusiasmo y una seguridad que crecen cuando recuerdan su pasado y sus esfuerzos. Todo esto, continúa, les provoca un llanto de alegría, en especial cuando los pueblos están más libres y se dirigen al progreso, como Grecia tras su independencia, como Italia luego de su unificación,³³ como México tras su segunda emancipación lograda con la expulsión de los franceses –no es casual que Altamirano escribiera estas ideas pues era 1867, y los mexicanos acababan de lograr el triunfo sobre el Imperio-, y muestra sus buenos deseos para con otros pueblos; “¡Ojalá que la Polonia y Cuba llorasen así!”³⁴ Sus anhelos se cumplirían en buena parte puesto que la primera lograría una libertad, una paz y un progreso duraderos hasta casi la segunda mitad del siglo XX y la segunda lograría su independencia veintiún años después de emitir este discurso citado.

Apreció cómo van moviéndose las ideas y los ideales en las diferentes culturas, localizó la trayectoria de algunos de esos ideales, y señaló que pueden surgir y desaparecer en muchos lugares. Lo explicó en especial con la democracia, de la cual siguió su rastro e hizo una apología al mismo, entendible por ser aquel hombre un demócrata convencido.

³² Altamirano, Ignacio M., *Obras completas I, Discursos y brindis*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 154.

³³ Grecia obtuvo su independencia del Imperio Turco en 1829. Italia fue reunificada oficialmente en 1861.

³⁴ Altamirano, Ignacio M., *Obras completas I, Discursos y brindis*, Op. Cit., p. 155.

En cuanto a la democracia, no ha hecho más que transmigrar. Muerta en Grecia, prostituida en Roma, ahogada en las repúblicas italianas de la Edad Media, parecía haberse extinguido para siempre –porque la reyesidad llegó a enseñorearse del mundo-, cuando apareció de improviso, vergonzante en Holanda y en Suiza; terrible, aunque fugaz, en Inglaterra; tempestuosa y omnipotente en Francia; y joven, vigorosa e impaciente en el Nuevo Mundo.³⁵

Sin abundar en cómo y porqué transmigra la democracia, no buscó las causas profundas de estos procesos, otorgándonos una visión en la que parece que para él algunas formas de gobierno o ideas aparecen y desaparecen repentinamente en las naciones, dándonos también la sensación de que la democracia pudo extinguirse para siempre pero mágicamente reapareció. Quizá así lo creyó, quizá creyó que ciertos pensamientos y anhelos simplemente se esfuman o se materializan, aunque esta reflexión puede ser más bien producto de la ausencia de conocimientos más profundos sobre la historia, así como por el no haber cultivado con mayor profusión la investigación y la búsqueda de causas y conexiones en los hechos pretéritos, cuestión que no era su objetivo primordial. Así entonces buscó en otros medios una explicación más fácil, o al menos más poética, para la explicación de la historia y sus cambios, y ese otro medio al que recurrió fue la intervención del *destino*, tendencia que va a mostrar en varios de sus pasajes. En ocasiones utilizó el destino como fatalismo que determina ciertos acontecimientos y en otras como un camino ya establecido hacia el progreso y el bienestar, como en este caso: “ese es el destino, esa es la tendencia de la civilización, ese es el porvenir de la humanidad: ¡la democracia!”³⁶, obteniendo con esto la muestra de su apología de la democracia, defendiéndola a pesar de que este mismo maestro haya reconocido que había que derramar mucha sangre y hacer grandes sacrificios para disfrutarla.

Tenemos otro ejemplo de su manejo y mención de la categoría de destino, en la cual no se deja ver con mucha claridad qué tipo de influencia o quién tuvo impronta en Altamirano para su construcción de aquel concepto, pues no lo define explícitamente. Sin embargo, podemos afirmar, por la revisión de otras de sus líneas, que su idea sobre el susodicho concepto es muy cercana a la idea de Providencia cristiana; la influencia del catolicismo en este tópico fue mayor de lo que generalmente se cree o se ha dicho.

¡Morir...es el destino de la humanidad: esto lo sabemos desde que sentimos el soplo de la existencia, desde que comprendemos lo deleznable y mezquino de la materia, desde que se nos revela en nuestras esperanzas, [...]³⁷

La mención del destino de la humanidad tiene aquí una diáfana connotación finalista, de escatología cristiana, sitúa la muerte como a lo que todo el género humano nos dirigimos, al igual que en la visión del cristianismo el devenir humano se dirige indefectiblemente a la

³⁵ Ídem, p. 88.

³⁶ Ibídem.

³⁷ Ídem, p. 180.

llegada del Reino de los Cielos, de la Redención. En un fragmento de su novela *Clemencia* hizo decir a uno de sus personajes un monólogo en el que éste se quejaba de estar limitado por la fortuna –en ese caso, la mala- como si se tratara de un destino predispuesto por alguna divinidad o un ente abstracto incomprensible para los hombres. El ejemplo es de ficción literaria, no obstante, podemos extraer una muestra de la perspectiva del novelista, quien adjudica la existencia de ciertas situaciones como consecuencia de un destino ya escrito. Le hizo decir a su personaje de vida difícil y poco venturosa lo siguiente:

[...] Yo no sé si en buena filosofía estará admitida la influencia de la Fatalidad, yo ignoro esas cosas; pero el hecho es que, sin haber hecho nada que me hubiese acarreado el castigo del cielo, que sintiéndome con un alma inclinada a todo lo noble y bueno, he sido muy infeliz y he visto cernerse siempre la tempestad de la desgracia sobre mi humilde cabaña, al mismo tiempo que he visto brillar el cielo con todas sus pompas sobre el palacio del malvado, que se levantaba frente a mí, insolente en medio de su fortuna.³⁸

Hasta podría creerse que ese fragmento fue la expresión de lo que pensaba Altamirano aunque únicamente es lo que delibera uno de sus personajes, el párrafo está impregnado de ideología cristiana-católica, propia del mismo autor. Referencias al cielo y al castigo divino están presentes, y reflexiona sobre el determinismo como la parte decisiva para que un hombre tenga éxito o fracaso en su vida sin que tengan importancia sus cualidades morales o sus virtudes para el medro de las personas. Así tenemos cavilaciones con respecto a la fatalidad sin mayores complicaciones filosóficas.

En otro de sus discursos realizó comentarios acerca de lo que entendía por civilización y barbarie, como si fueran dos vertientes a las que alternativamente se inclinan los pueblos, como si una fuera opuesta a la otra y como si una nación fuera menos valiosa al carecer de cultura (como sea que entienda esta última categoría pues tampoco encontramos una definición de la misma). Criticó al zar Alejandro II por querer “dar una apariencia de cultura a su monarquía semibárbara”, criticó al nihilismo porque según él buscaba “un camino rápido hasta el bienestar de los ricos boyardos embrutecidos, [...] por medio del asesinato y el incendio”, otorgándole poder a los campesinos y proletarios instruidos con las ideas de Bakunin, Herzen y Schopenhauer para ascender hasta la monarquía absoluta.³⁹ Esto lo comentó en 1881 y es una manera sencilla de menospreciar las nuevas manifestaciones de la cultura que surgen en todo el mundo, como son el anarquismo o el existencialismo, doctrinas a las que otros mexicanos se van a apegar pero que para este intelectual, ya de viejo cuño para ese año, aparecen bastante poco atractivas. Una manera de infravalorar las nuevas ideologías que van provocando el cambio histórico en su época,

³⁸ Altamirano, Ignacio M., *Clemencia*, 2.- ed., Colección de Escritores Mexicanos, tomo3, México, Editorial Porrúa, 1964, p. 204.

³⁹ Altamirano, Ignacio M., *Obras completas I, Discursos y brindis*, p. 397.

sin percatarse de la trascendencia que tendrán en los tiempos que vendrían, y esto por haber cultivado un tipo de desdén por la novedad, por la novedad intelectual en este caso.

Luego, para Altamirano el cambio histórico es provocado esencialmente, y en esto se diferencia de otros pensadores y es bastante original; por las acciones de los hombres, pero en especial por los sentimientos de los hombres; por el orgullo hacia su historia; por el anhelo hacia la libertad; por la esperanza en el futuro; por la ambición de progreso; por la felicidad que le otorgan sus victorias... y con ello es impulsado a nuevos horizontes, a la realización de nuevos proyectos o a soportar recientes calamidades y así resistir a cambios negativos. Empero, las grandes transformaciones de las sociedades también están marcadas por un destino, por un determinismo o un fatalismo, que para este intelectual son cuestiones contra las que el individuo no puede hacer nada, categorías tomadas casi al calco de los conceptos de Sino de la época clásica griega o de la Providencia del cristianismo o catolicismo.

El *destino* fue para el maestro una categoría contra la cual poco podían realizar los hombres, y a diferencia de otros autores, sí se trataba de un determinismo de índole metafísico o teológico con toda su influencia inexorable en el devenir humano. A la historia o al tiempo los consideró de cierta manera lineales y siempre progresivos, los pueblos van hacia adelante –cada pueblo a diferente velocidad–, hacia un futuro mejor y más próspero, avanzan hacia la civilización y la cultura, en oposición a la barbarie, en la cual se quedan las sociedades que sufren de guerras, anarquía, dictaduras o calamidades y no hacen lo posible por progresar (aclarando que la perspicacia de este personaje lo llevó a declarar que el progreso podía ser empleado como instrumento y pretexto de dominación, por ende, no siempre sería benigno). Cabiendo resaltar que Altamirano identifica clara y entusiastamente a la democracia con el progreso y el destino de las naciones, así como identifica el progreso de México con la corriente ideológica del liberalismo, y por último hay que resaltar que recomendó situar como primer objetivo a la búsqueda de la verdad, por encima de ideologías y partidismos, cuando es realizado un trabajo histórico.

Francisco Bulnes

El controversial intelectual quien tuvo sus momentos más sobresalientes y activos durante la época porfiriana realizó los más diversos comentarios y discursos sobre la historia de las naciones y su desarrollo.⁴⁰ No fue un filósofo en el estricto significado de ese oficio, sin embargo, conocía bien a las filosofías predominantes en su época y siempre se consideró un crítico de la historia, así que con esas cualidades se permitió, no construir un

⁴⁰ Francisco Alonso de Bulnes (1847-1924). Ingeniero de profesión. Uno de los fundadores de la Escuela Nacional Preparatoria, defensor del gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada en artículos de periódicos (1872-1876), miembro del grupo de los Científicos durante el porfiriato, al triunfo de los carrancistas durante la Revolución salió del país (1916) regresó a México en 1920.

sistema sobre el devenir de los pueblos, ni otorgar un pensamiento estructurado u homogéneo al respecto, pero sí proporcionar las más diversas reflexiones al respecto.

A la historia la entendió Bulnes como conformada por varias capas, y la misma indagación histórica, según él, lo verificaba, eran en los diferentes restos de los diferentes individuos donde podemos palpar el transcurso de los tiempos: “Un casco remueve la historia de Palestina, un arcabuz la conquista de América, un pedazo de mármol ensangrentado la esplendidez de Roma”, y agrega, introduciéndose en los ámbitos de la psicología, “Las capas de la vida se levantan en esta especie de geología psicológica, mostrando las raíces de pasiones y de esperanzas alimentadas en el lodo humano depositado por las monarquías y el fanatismo”, el transcurso de los siglos es descubierto a través de las ruinas humanas, aunque para este autor es imposible identificar un trayecto claro de la historia o establecer uno que sea lineal y uniforme; “Cuando allá hubo fábula aquí hubo historia, cuando allá se trató de construir ya aquí se hablaba de ruinas”⁴¹, dijo de Europa con respecto al lejano Oriente, con esto aseveraba que no había un devenir igual en todo el mundo y por ende no se podía establecer con precisión la manera en que la humanidad *evoluciona*, mas esto lo escribió en sus primeros años como pensador, posteriormente va a modificar su forma de ver las cosas, en especial por la influencia del positivismo y el afán de buscar leyes en lo social, por la adhesión a esa corriente como parte de una moda o por transmigrar de ideas acordemente a sus conveniencias políticas y personales.

En 1903 realizó un discurso en el que sobresalen muchas cuestiones, en lo que aquí nos compete descuellan sus reflexiones acerca de las luchas sociales y de la muerte social como parte intrínseca del devenir histórico. Para Bulnes era indispensable una continua lucha de los individuos para obtener el progreso, y es que asegura que en el mundo natural, del cual también el hombre es parte, no existe la paz, la paz es sólo un momento transitorio en la vida de los Estados.

Sin la lucha orgánica es imposible el progreso indefinido. Sin lucha orgánica es imposible la vida sana e indefinida de las naciones. Sin lucha orgánica es imposible hasta la muerte. Los poetas creen en la paz de los sepulcros; nosotros los científicos, no, porque en cada sepulcro hay una lucha tremenda e incesante de microbios [...] La paz mecánica es forzosamente transitoria, porque significa la suspensión de supremas leyes orgánicas. La paz natural, que es la lucha orgánica, tiene indeclinablemente por alma la guerra política, y esto tiene que durar hasta que el género humano grite con todas sus fuerzas que ha dejado de sufrir y que le ahoga la felicidad...⁴²

⁴¹ Bulnes, Francisco, *Páginas escogidas*, Biblioteca del Estudiante Universitario, no. 87, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, p. 131.

⁴² Ídem, p. 112.

La lucha y la paz orgánica de la que habla es una forma de darwinismo social, la teoría evolutiva –de la que tiene evidente influencia- aplicada a la historia. Mas tampoco aterrizó en la elaboración de interpretaciones organicistas, entendidas como interpretaciones en las que concibiera al mundo como un organismo que nace, crece y desaparece. Asimismo aparece una visión que podemos considerar pesimista, pues al establecer que la lucha siempre existirá hasta que la humanidad alcance la felicidad, es como asegurar que la lucha durará eternamente, pues no parece que Bulnes crea, como no parece creer cualquier intelectual sensato, que la humanidad alguna vez se ahogue en la felicidad. Aquí también puntualiza su pertenencia a los científicos, con su filosofía positivista, esto lo hizo patente y lo mencionó el maestro con toda la intención, por ser los primeros años del siglo XX los del pleno apogeo del positivismo en México. Tenía sus consecuencias en la política y la élite del país el reconocerse como perteneciente a ese grupo y cultivar correctamente su filosofía.

Sobre el cambio histórico encontró una ley, en la que creía sin miramientos, esa norma que pensaba que nunca era modificada fue la alternancia entre dictadura y anarquía. Y exhibía cómo era verificada en la historia; decía que al militarismo de la Roma antigua siguió una impresionante anarquía -se refería a la dominación de la política por parte del ejército en los últimos tiempos del Imperio romano-, y esta gran anarquía a su vez terminará en un militarismo que fue el de las monarquías absolutas -que comenzaron desde los primeros siglos de la Edad Media-, que a su vez fenecerían con otra enorme revolución –la Revolución Francesa-, la cual para Bulnes produjo una cada vez más creciente anarquía que, predijo, desembocaría en una *catástrofe socialista*, la cual sería extirpada con un nuevo militarismo⁴³ (estas últimas predicciones sabemos que no se cumplieron, pero igual quiso acomodar su ley conforme los sucesos de su presente y del futuro). Cada cambio de rumbo, cada alternancia, sin embargo, proveyó de beneficios a la humanidad, según su interpretación: el militarismo romano creó el derecho público y civil, la anarquía bárbara liberó de la rigidez y disciplina romanas, el militarismo feudal formó las nacionalidades modernas, y la anarquía que resultó de la Revolución Francesa fue el mejor recurso contra los absolutismos. Así encontró una ley que define el transcurso de los tiempos y la política, y que a la vez trae beneficios, fueran cuales fueran, por cada cambio que sucedía.

En un párrafo de su obra *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, este autor nos describe cómo entiende a los pueblos, y escribió que los identifica como a todos iguales en cuanto a su moral y su justicia. Además todos tienen un mismo ideal que es “su progreso a costa del bien propio o del ajeno”, y continúa agregando que “todas tienen la misma religión: la fuerza; todas tienen la misma virtud: el egoísmo; todas buscan el triunfo de sus conveniencias en la lucha implacable por la vida”. El modo en que emplea progreso aquí no es en el sentido de un camino al cual un país sigue para arribar a una meta, sino el simple deseo de medro al que tienden cualquier nación del mundo.

⁴³ Ídem, p. 16.

Continuando con su perspectiva pesimista de la historia de los pueblos, especificó que estos tienen un derecho, uno que siempre ha existido y pocas veces se ha cuestionado con entereza; “su voluntad es siempre la de la bestia: saciar su apetito; las víctimas se clasifican como simples manjares; comer pueblos es un derecho tan sagrado como comer codornices”.⁴⁴ Estas líneas son una ejemplificación de su carácter crítico y su afán de atacar los vicios de la humanidad, sean estos propios o ajenos o universales, pero igualmente es una muestra de sus reflexiones con respecto a las materias que estudiaba (sean esas reflexiones sinceras o no, pues muchos de sus comentarios –como pudieron haber sido los comentarios de muchos otros intelectuales- estaban en varias ocasiones condicionados por sus conveniencias e intereses).⁴⁵

La influencia de la filosofía de Hobbes está patente, es la lucha del hombre contra el hombre la que está presente en el pensamiento de Bulnes, y siempre lo reiteró, concibió el mundo como una constante lucha por la supervivencia. No sólo fue una influencia venida de la teoría de la evolución sino que fue aún más una consecuencia de continuar con aquella idea de que el hombre es el lobo del hombre, de que el hombre es malo por naturaleza y hay que hacerlo vivir en sociedad y hacerlo progresar por medio de las leyes o por medio de férreas dictaduras. Francisco Bulnes no hizo pues reconstrucciones históricas sino más bien críticas de la historia, deconstrucciones, y cuando construye fue con una marcada intencionalidad historicista –por entender los diferentes hechos como inmersos en sus circunstancias y a veces señalando la incapacidad del hombre de verdaderamente juzgar el pasado-. Sobre lo que escribió de los diferentes pasajes de la historia del país o del mundo “Toca al lector señalar hasta qué punto las honra (o deshonra)”, y para leer a este autor he aquí unas recomendaciones que igual funcionan como ideas esclarecedoras de su forma de pensar y escribir:

1ª. Él, Bulnes, no hace historia sino “crítica histórica”. Y si bien es cierto que toda historia lleva ínsita su porción de crítica, y la crítica su porción de historia, lo cierto es que la segunda tiene un objetivo claro y decantado: “depurar lo que se llama historia y formular con ella generalizaciones que sirvan de enseñanza a los hombres de Estado y a los pueblos”.

⁴⁴ Bulnes, Francisco, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, México, Libros de Bachiller Sansón Carrasco, 1984, p. 138.

⁴⁵ En ocasiones los pensadores han creado argumentos a favor de las teorías de moda en los círculos intelectuales que están en el poder, esto para mantenerse dentro de ese círculo o para acceder a él. Como es el caso en México con los “científicos” quienes impusieron al positivismo como filosofía predominante y correcta para el país, y muchos pensadores se adscribieron a las ideas del positivismo para ser políticamente correctos o para darle más peso a sus comentarios y libros. No se puede saber con certeza si algunos comentarios de los eruditos eran honestamente por convicción positivista y fe en la evolución y la ciencia, pero es sabido que muchos no creyeron ciegamente en la filosofía de Comte o cambiaron de parecer con respecto a ella, como es el caso de Justo Sierra, Ignacio Ramírez y Francisco Bulnes.

2ª. La crítica informa “una necesidad mental de primer orden”; opera a través del análisis y la síntesis.⁴⁶

Aquellas generalizaciones de las que se habla corresponden en parte a lo que es denominado como filosofía de la historia, puesto que esa construcción de generalizaciones nos provee de una diáfana visión de lo que entendía el intelectual como historia y los atributos que le asigna a la misma aunque conlleven la intención de otorgar enseñanzas a “los hombres de Estado y a los pueblos”. Igualmente, Bulnes no fue un historiador en el sentido actual de la palabra, pues como tantos otros científicos sociales realizó predicciones sobre el futuro de las naciones (cuestión fuera de la competencia de los historiadores) aunque incluso haya mencionado que la historia es una ciencia, cuyos principales sostenedores son la objetividad y la búsqueda de la verdadera, “La historia es una ciencia tan recta como las matemáticas y en donde la humanidad debe leer claramente su destino, escrito de preferencia con los errores del pasado”,⁴⁷ escribió el mexicano. Esto de ver el destino como un objetivo de la disciplina histórica sería en lo que más acuciadamente se diferencia de los actuales historiadores –si es que alguna vez quiso pertenecer a este gremio-, empero es en donde con mayor nitidez muestra la ascendencia que tenía el positivismo en él, con los afanes de búsqueda de leyes y de predicción que conllevaba esa corriente.

La historia y el devenir fueron para este maestro progresivos, como en un avance lineal, y tal avance es observable a través de las diferentes capas que ha dejado una cultura. Nos dijo que en la historia hay permanencias y cambios, colocó como permanencias la naturaleza del ser humano, quien le pareció mayoritariamente perverso, vicioso y animalesco aunque algunas veces se sobrepusiera a estas condiciones. Otra constante es la perenne lucha del hombre contra sí mismo, de los pueblos contra los pueblos, que para este autor es una contienda beneficiosa pues, aparte de ser intrínseca de la historia, es la que produce la vida y la muerte mismas, y si no hay lucha alguna las vidas no serían sanas y las muertes no serían honorables.

De los cambios citamos uno que ve como constante y establece como ley: la alternancia entre militarismo y anarquía en la vida de las naciones. La cual establece también como una ley beneficiosa pese a sus consecuencias sangrientas, pues estos mismos cambios producen otros, tales como transformaciones en la forma de pensar, en la política, en el ejercicio de la justicia o la creación de nuevas culturas. Al creer encontrar esos cambios constantes y seguros en las sociedades, Bulnes, a su vez, se permitió predecir con seguridad las modificaciones que tendrían su país y el mundo. Esas modificaciones que creyó entrever son generalizaciones y bien entendemos que este autor estableció que todas las naciones tienden hacia el progreso pero dijo que cada cultura va a una velocidad diferente que las

⁴⁶ Curiel, Fernando, “Para leer a Bulnes”, en *Las grandes mentiras de nuestra historia*, de Francisco Bulnes, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, p. 19.

⁴⁷ Bulnes, Francisco, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, Op. Cit., p. 508.

otras, teniendo así un mundo diverso y explicando así el *atraso* de algunos pueblos. Este atraso de los pueblos fue concebido tal como los explicaría John Stuart Mill, como pueblos “atrasados de la sociedad en los que la misma raza puede ser considerada en su minoría de edad”⁴⁸; lo cual nos recuerda que Bulnes también consideró la mecánica de avance y retroceso como una cuestión racial, donde los pueblos del harina son superiores a los del arroz o el maíz, punto que hay que tener siempre presente. Sin embargo, el pensador británico nunca creyó que unas naciones tuvieran el derecho de imponerles el progreso a otras que no lo quisieran.⁴⁹

Victoriano Salado Álvarez

Este estudioso tampoco dejó muchas líneas que mostraran sus ideas sobre su concepción acerca del transcurso de los tiempos y de las transformaciones de las sociedades,⁵⁰ sin embargo en sus escritos de historia novelada podemos encontrar, a través de la voz de los diversos personajes, o de la propia, la perspectiva que predominaba en algunos sectores de los mexicanos, incluyendo la de este mismo autor.

Entendía la categoría de civilización como óptima, y a la cual deben de dirigirse los pueblos, es una concepción que compartía con sus contemporáneos –no sólo con los que compartía ideología-, como si lo contrario a ella fuera negativo y como si todo lo que ayudara a construir la civilización fuera bueno. Así, un personaje del partido liberal de su extensa novela histórica, lamenta la pérdida de ciertas construcciones físicas que fomentaron la educación y difundieron la cultura.

Llegábamos á la Huerta de San Francisco, cuando vimos un batallón de obreros, como cuatrocientos. Iban á derribar el convento que había albergado á los cristianizadores de México: á los Gante, á los Mendieta y á los Sahagún; el convento de donde había salido la civilización á iluminar el Nuevo Mundo, el convento de los padres de los indios y los consejeros de los criollos.⁵¹

Este personaje, que era liberal, recrimina las acciones de sus compañeros de partido por excederse y por derribar edificios que representan otra época y grandes beneficios para el pueblo, y al igual que el escritor, creía que la ilustración y la cultura eran grandes beneficios para las sociedades, era lo mejor, provinieran de donde fuera, incluyendo la religión. La búsqueda de lo civilizado es una constante en la historia. En otro pasaje se aprecia lo relativo al cambio y a la permanencia de las ideologías.

⁴⁸ Stuart Mill, John, *Sobre la libertad*, 4.- ed., El libro de bolsillo, número 273, Madrid, Alianza Editorial, 1984, p. 66.

⁴⁹ Ídem, p. 175.

⁵⁰ Victoriano Salado Álvarez (1867-1931). Escritor y político, participó activamente dentro del gobierno porfirista. Subsecretario de Relaciones Exteriores, embajador en Guatemala. Presidió la Academia de la Lengua de México.

⁵¹ Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano/2*, tomo 2, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 84-85.

En compañía de aquellos buenos muchachos, que del periodismo literario habían de pasar al político, de éste á las vías de hecho, y de las vías de hecho á tomar las armas y quizás á la emigración ó á los primeros grados del ejército; pero que entonces no eran sino soñadores simpáticos y graciosos, lo que hoy se ha dado en llamar bohemios, empecé á leer libros de política; Rousseau, que era nuestro ídolo, el abate Mably, y, sobre todo, Montesquieu, nos daban lima para largas disertaciones en que haciendo gala de ese furor iconoclasta que es propio de la juventud, sentíamos el placer de derrocar á los autores medievales, que todavía se deletreaban en el seminario considerándoseles como fortalezas inatacables contra las cuales nadie era osado atentar.⁵²

Así era descrita parte de la vida política e intelectual del México del siglo XIX, y es aquí donde Salado Álvarez presenta en voz de un personaje bien educado el cómo las ideas foráneas influyen en los hombres del país y cómo éstas a su vez o cambian la personalidad e ideologías tradicionales o proporcionan argumentos para afianzarlas. Demuestra que las ideas provenientes de los escritores de la Ilustración transformaron las ideas de los jóvenes mexicanos, en su momento, para hacer aparecer o secundar, entre otras, a las ideas liberales. Son las ideas del antiguo régimen, los pensamientos que vienen desde el medioevo desplazados por nuevas formas de entender el mundo.

Retrata por igual la creencia en la permanencia del carácter del hombre como inalterable, ya sea que ese carácter sea benigno o perverso, por ejemplo, hizo decir a Melchor Ocampo (seguramente a partir de alguna plática real de este hombre); “Claro que contamos con la bondad innata en la naturaleza humana; pero también contamos con la fuerza de un buen gobierno...” y a Ignacio Ramírez le puso en sus labios las palabras “¿Con que un buen gobierno? Si todos los gobiernos son peores” y que señalara “Acuérdate de lo que ha dicho nuestro maestro el ginebrino; no hay ni puede haber ley ninguna que obligue al pueblo todo, ni siquiera el contrato social...”.⁵³ Están dos posturas opuestas sobre el carácter del hombre, no parece adscribirse a ninguna de las dos, pero a ambas las describe con simpatía, así igualmente describe a sus propugnadores y a sus discursos, en especial por tratarse de individuos tan afamados como fueron Ramírez y Ocampo. El diálogo que les hace sostener en un capítulo de su obra está lleno de veracidad y concordancia ideológica resultado del conocimiento que tenía el autor sobre la historia del país. Resalta asimismo la ascendencia que tuvo Rousseau en Ramírez y cómo los escritos de aquel francés empujaron al mexicano a desarrollar su manera radical de considerar la política, destacando o al menos haciendo presente al lector el papel de ciertos autores en el cambio de pensamiento, permutación que a su vez deviene en cambios en la política y la sociedad, lo cual comenta constantemente en su obra.

⁵² Ídem, p. 94.

⁵³ Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano*/3, tomo 3, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 84.

Sin poner en claro con qué bando habría tenido mayor afinidad ideológica Salado cita las posturas tanto de conservadores como de liberales, menciona los razonamientos de cada partido y los móviles que los llevaban a contender, lo cual, como se ha visto, dio pie a un constante referir las formas de pensar de los hombres, así como a nombrar las modificaciones de las mismas y lo que hace que se reafirmen, todo como una constante en la historia. A Ocampo y a Ramírez los contrastó en su personalidad, la susodicha comparación nos sirve para entender mejor la idea de humanidad de Victoriano Salado y en especial el énfasis que pone en la destrucción de las ideas como parte de la historia.

Claro era que dos hombres tan opuestos tenían, si no que chocar, sí que estar en constante contradicción. El uno, negativista furibundo, enemigo de todas las instituciones y transigiendo apenas con las más avanzadas; el otro, creyente sincero y convencido en la grandeza de la humanidad, en la gloria de la humanidad y en el culto de la humanidad; el uno, sarcástico, cruel, duro é inexorable, [...] el otro, natural, franco, abierto á todos los ideales de verdad, justicia y bondad de que sentía hambre y sed su alma sincera; el uno, afirmando todo con la fe de los girondinos; el otro, demoliéndolo todo con la risa de Voltaire; el uno, naturalista y hombre de ciencia; el otro, metafísico y literario; [...] ⁵⁴

Aquí no describió una relación muy lisonjera para con Ramírez sin embargo no deja de aparecer palabras que no son exactamente insultos sino adjetivos veraces y cualidades indispensables de hombres indispensables para la vida y el devenir de las naciones, como podemos leer entre líneas que Salado sitúa a El Nigromante como un necesario Voltaire o Robespierre.

En otro pasaje encontramos una relación sobre las cualidades de Santos Degollado, el narrador de ese capítulo de *Episodios Nacionales Mexicanos* (quien en algunos capítulos es algún personaje ficticio de la obra pero que en este caso específico es el propio autor) en la parte referente a la Guerra de Reforma, exhibe explícitamente su admiración por Don Santos debido a que le considera uno de los más notables reformistas sobretodo porque conocía los problemas y situaciones del México de aquel tiempo. Cuestión que nos refiere que Salado apoyaba y cultivaba el conocimiento de todos los aspectos y problemáticas de una época y lugar, y lo plasmó en sus obras literarias. Expresó su fanatismo por Degollado, aunque no precisamente por la corriente liberal, debido al ya referido amplio conocimiento que tenía de los hechos del país, por analizar concienzudamente la situación de los propietarios y trabajadores y proponer qué es lo que hacía falta por hacer.⁵⁵ Esto a la vez nos hace apreciar que el narrador propugna la necesidad de cambios en aquellos tiempos, como en cualesquiera otros años, y admira a los que empujan los grandes cambios que hacen tanto bien a la vida de los pueblos, esto es por igual un aporte a la idea de que hay

⁵⁴ Ídem, p. 80.

⁵⁵ Ídem, p. 335.

grandes personalidades que realizan los grandes hechos de la historia, mas sin llegar a adscribirse a la teoría del heroísmo.

Una cualidad más que resaltó con frecuencia fue la caducidad de las naciones; lo efímero de la existencia de las civilizaciones es reiteradamente mencionado en sus textos, de una manera o de otra. En una de sus reflexiones personales, inserta en su novela, señaló que “el mayor mal que puede caer sobre un pueblo, es este del destrozo, la muerte, el incendio y la devastación”, y bien sabe Salado que las guerras son parte de la historia y por ello mismo enumeró los males que conlleva, arribando a una postura pacifista y a un ataque contra las ideologías que no preservaran la paz:

¡Malditos sean los que la presentan [a la guerra] como el fin de la carrera de los pueblos, y mil veces malditos los que atizan estas discordias entre hermanos, que apenas tienen disculpa cuando se trata de intereses tan altos como los que representaban los partidos cuyas luchas he historiado! ⁵⁶

Aquí vemos diáfamanamente que se reconoce como historiador y como historiador ataca a la hecatombe que le representa la guerra, pese a que sea parte del mismo devenir histórico. Su postura está en contra de Kant, Hobbes o Hegel, quienes o hicieron apologías de la guerra o la encontraron como cuestión indispensable de la humanidad; llegan a ser prácticamente injustificables los conflictos bélicos para Salado lo cual lo disponen como un preclaro pacifista, esta característica se ve reafirmada con su postura de apoyo al porfiriato porque según el consenso de las élites ese régimen era lo que preservaba la paz en México. De Hobbes no creería que el hombre fuera violento por naturaleza o de Hegel no estaba de acuerdo que era menester grandes guerras para construir un Estado poderoso. Las matanzas no eran permisibles según su moral empero lamentablemente son parte de la vida, una conclusión a la que llegó un intelectual que realmente conocía del tópico, pues a lo que se dedicó fue al estudio y relato de las guerras de Santa Anna, de la Reforma, de la Intervención Francesa y de las rebeliones posteriores a ésta.

Así, apreciamos que en este hombre la idea de devenir histórico está marcada por las ideas, los hombres y la inmutabilidad de la naturaleza de los mismos. Las ideologías como factores de influencia que hacen cambiar a las personas y a las sociedades o las hacen permanecer con los mismos pensamientos e inamovibles; el cambio o la permanencia de las sociedades, sus tradiciones y sus maneras de pensar, provocadas por las ideas foráneas o locales son procesos que siempre tuvo presentes. Los hombres como necesarios para fomentar y llevar a cabo las transformaciones que un pueblo necesita –o que no necesita-, también fue tema que citó múltiples veces.

Subrayó la constante del carácter del ser humano como un factor diverso y plural; él reconoce hombres tanto benignos y grandiosos como perversos y esquivos, pasando por

⁵⁶ Ídem, p. 417.

todos los de en medio, lo cual le otorga a la vida una pluralidad y riqueza pocas veces comprendida, pero que este estudioso hace ver en los cientos de personajes de los que habla en sus textos (personajes conocidos y desconocidos, reales –que son la mayoría- y ficticios).

De importancia fue el concepto de civilización, categoría que convierte a un pueblo en algo *mejor*, meta a la que recomienda dirigirse (y que no sólo recomienda ir sino que es al que cree van todos los pueblos razonables y no bárbaros) pero sin recurrir a la violencia, pues fue un denostador de la guerra aunque ésta a veces sea motivada y movida por ideales e intereses encomiables.

Antonio García Cubas

Este estudioso, cuya vida intelectual consagró especialmente a la geografía, se dio tiempo para reflexionar con profundidad de varios otros temas, sin llegar a la especialización con que penetró en la ciencia de la tierra; abarcó otros temas como los porqués de la existencia de las sociedades y su naturaleza, la reflexión sobre el transcurso de los años y los cambios que implica, sobre lo inmutable en la historia.⁵⁷ Muchas de sus líneas fueron producto de deliberaciones muy personales e inclinaciones propias de su carácter, lo cual nos proporciona una perspectiva no demasiado académica pero sí bastante particular y de muchas maneras bastante fresca.

Sus deliberaciones casuales estuvieron impregnadas de un desdén a las teorías filosóficas sobre el tiempo o el destino, en especial contra aquellas que le parecieron siempre demasiado académicas. Por ejemplo, elaboró con sorna y sarcasmo una teoría sobre una supuesta elipse, en la que se encuentran los humanos según su carácter e inclinaciones. A esa hipótesis la comienza a atiborrar de especulaciones, categorías de las ciencias duras, explicaciones eruditas y barrocas., en las que uno como lector descubre inmediatamente una sátira contra las construcciones teóricas de positivistas, idealistas, historicistas, etc.

En la mencionada rama de los grandes valores, distínguense las familias, unas por su honorabilidad y su amor al bien general, resultantes de su buena educación, de abolengo transmitida, y de sus virtudes cristianas y, otras, por su soberbia, su desprecio al pobre y su falta de caridad. Los que así proceden han

⁵⁷ Antonio García Cubas (1832-1912) fue geógrafo de profesión. Desde los dieciocho años ingresó a la Dirección General de Industria del Gobierno (1850), fue miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (esta asociación fue fundada en 1833, García Cubas ingresó en ella en 1856 año en que también concluye la Carta General de la República Mexicana), en la Intervención Francesa trabajó y colaboró con el gobierno de Maximiliano, de ahí se explican sus tendencias conservadoras pero después fue rehabilitado por el gobierno de Díaz; recibió de los franceses la Orden de Guadalupe y la Legión de Honor. Fue quizá el primero en iniciar la exploración sistemática de la geografía de México, cuestión que aún se desconocía sobremanera en el siglo XIX. Puso un gran esfuerzo en la promoción de la educación, en este caso de la difusión de la geografía, con la que pensaba también se estaba fomentando el nacionalismo, e impulsó la construcción de la imagen de la nación.

de tener presente que esas dos ramas del sistema social son las de una elipse, ambas sujetas por igual, á dos puntos fijos, conforme á la ley de su común destino. [...] ⁵⁸

Y así continúa construyendo una rebuscada teoría que inventa *deus ex machina*. Ni creía que existieran ciertas personas que transmitieran su honorabilidad con la sangre, ni pensaba que la humanidad toda estuviera escindida en dos grandes tipos de personas, ni que recorrieran elipse alguna, ni tenía su fe puesta en destino alguno: lo citado lo escribió para hacer mofa de los intelectuales que se pasaban especulando y creando sistemas de interpretación de la historia con un alto nivel de complejidad.⁵⁹ De su ciertamente divertida teoría termina de hablar sin llegar a ninguna conclusión, pues dijo que todo eso era provocado por la llegada de múltiples ideas que “forman un laberinto del que difícilmente se sale”, y agrega humorísticamente que por esa y otras razones es que “querido lector, conviene abandonar la discusión de la elipse en el punto en el que la dejamos”.

Pese a su desdén por los sistemas filosóficos, no dejó de hacer ilustrativos comentarios, como dijimos, sobre los temas que aquí competen. Del siglo XIX señaló que desarrolló “malas mañas e ilustración”⁶⁰ (por esto mismo estuvo orgulloso de que sus padres fueran nacidos en el XVIII), que no fue sino un cierto desprecio a algunas de las cualidades de su centuria y en especial contra las filosofías y teorías nacidas y esparcidas a través de sus años.

De las preocupaciones que tiene el ser humano por ser efímero, de la teleología cristiana, escribió que aquel no debía de consternarse demasiado por la fatalidad, la decadencia y la muerte. Para García Cubas lo más recomendable era tener siempre presente que del polvo somos y a él iremos, pues es demasiada ambición o vanidad en el hombre el luchar en demasía por obtener riquezas, porque ello sólo brinda mayores dificultades como guerras y desigualdad social, además agrega que estas características siempre han sido parte de la humanidad y que las excepciones surgen porque ciertos hombres siguen fielmente el llamado de la Iglesia –católica-.⁶¹ Esta es la tendencia del geógrafo de puntualizar los defectos de la humanidad llamándola presumida o indiferente, es también la tendencia naturalista de considerar a las sociedades como inmutables en ciertos aspectos tales como sus moralidades e inclinaciones (opinión que por igual refleja la moral mexicana de fines del XIX y principios del XX al deducir que el hombre contemporáneo a aquellos intelectuales es predominantemente maledicente) y sobresaliendo las inclinaciones religiosas del autor (que arremete también contra las filosofías escépticas y *ateas*).

⁵⁸ García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, no. 86, México, Editorial Porrúa, 1986, p. 144.

⁵⁹ No es casualidad que su teoría de la elipse nos traiga reminiscencias de la teoría de la espiral, de la concepción del tiempo histórico como una espiral, de Giambattista Vico.

⁶⁰ García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, no. 86, México, Editorial Porrúa, 1986, p. 629.

⁶¹ *Ibidem*.

El cristianismo-catolicismo que profesaba el intelectual está íntimamente vinculado con su idea de la civilización y el mundo. A la manera que lo hizo Chateaubriand, el mexicano valoró en alto el papel del cristianismo en el desenvolvimiento humano y realizó una interpretación de la historia con ello –interpretación de la cual sólo nos da grandes rasgos pues nunca se extendió mucho en el tema-. Opinó que todo lugar que había recibido el cristianismo, recibió por igual la civilización; así como los bárbaros a partir del siglo V d. C., fueron civilizados por influjo de la mencionada religión.⁶² Además, comparó el movimiento de la civilización y la cultura con el movimiento del agua en la naturaleza, pues ambas se desplazan provocando cambios físicos (y/o mentales), pueden destruir pueblos o sociedades, pueden quedarse estancadas sin provecho alguno y pueden ser conservadas para utilizarse posteriormente con mejores resultados.

Otro factor que encuentra importante en el avance de la civilización fue la imprenta, y aprovechando los comentarios sobre este gran invento vuelve a mencionar ciertos defectos que asegura el ser humano siempre ha tenido, como el ver el lado negativo de cualquier situación o desvirtuar los más nobles intereses.

Si el gran invento de Guttemberg ha sido el más poderoso agente de la civilización de los pueblos, también debemos convenir en que ha prestado su valioso poder por el mal empleo que de él han hecho los hombres, para avivar los resentimientos y recrudecer las pasiones, por que, desengáñate lector mío, los hombres siempre son los mismos para echar á perder aún las mejores instituciones.⁶³

De nuevo es patente la perspectiva de inmutabilidad de ciertas pasiones del hombre, como si no hubiera grandes divergencias entre los individuos del Renacimiento y los del siglo diecinueve. El cambio de las instituciones a través de la historia tiene en García Cubas una indeleble conexión con el declive y la decadencia, “No han existido ni existirán, mientras el mundo sea mundo, instituciones de todo género, que no tiendan a la relajación”, y las únicas organizaciones humanas que menciona no se inclinan a ello sino que pueden producir el efecto contrario son las órdenes monásticas.⁶⁴ Sobre el cambio de las ideas en los hombres tuvo por igual una opinión predominantemente negativa, pues si el ser humano es constante en sus bajas pasiones y ambiciones es inconstante en sus ideologías e inclinaciones políticas o filosóficas, pues aprecia que la historia ha demostrado que la humanidad “siempre está dispuesta a quemar hoy lo que ayer adoró, pues con facilidad se le alucina y convierte con la exposición de nuevas ideas, hábilmente presentadas”⁶⁵, un ataque a las corrientes que se presentan en su tiempo, contra el snobismo, y quizá contra el entusiasmo que provocaban ciertas filosofías nuevas, como el mismo positivismo. Por eso

⁶² Ídem, p. 46.

⁶³ Ídem, p. 479.

⁶⁴ En esto coincide con Ignacio Ramírez, sólo que éste hizo más énfasis en el decaimiento de las instituciones políticas, en especial las legislativas.

⁶⁵ García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, Op. Cit., p. 80.

es que llegó a aseverar que la sucesión y suplantación de unas filosofías por otras nunca cesará mientras el humano sea lo que es, de nuevo una crítica a la labor de especulación, que concluye en que ninguna filosofía o teoría sobre el devenir histórico va a satisfacer al hombre.

Esa crítica a la labor filosófica fue lo que lo llevó a no elaborar una teoría sobre el cambio histórico sino lo contrario, a criticar a los que hicieran una. La especulación no fue una actividad que practicara en demasía y en sus obras es notable esto. Pero lo que sí podemos asegurar es su constante muestra a referencias cristianas y su proselitismo católico, lo cual es precisamente nos da un panorama de su idea del mundo: la vida del hombre es breve y por eso mismo no debe de ocuparse demasiado del saber porqué, dejándose todo al fatalismo cristiano; el hombre es vicioso y tendiente al mal al menos que siga los preceptos católicos; todas las instituciones y buenas creaciones del hombre tienden a degenerar con excepción de ciertas organizaciones católicas; el cristianismo cambia a los pueblos civilizándolos. Cabe recordar que la civilización fue para él un ente que a veces existe en un pueblo y a veces no, pero que puede ser conservado y cuidado en épocas *barbáricas* como la Edad Media europea para después brotar y cambiar al mundo.

Justo Sierra Méndez

Este intelectual desarrolló varias ideas sobre el cambio histórico impregnadas siempre de influencias filosóficas y en especial sociológicas.⁶⁶ En sus reflexiones históricas podemos recoger tres tipos de transformaciones: el cambio de las ideas, el cambio producido por la ciencia y el cambio producido por la política.

En la consideración del primer tipo de cambio coincide con el pensamiento de Melchor Ocampo al declarar que en toda transformación de ideas el objetivo no es sólo modificar el pensamiento sino modificar el sentir de los hombres con respecto a las situaciones sociales y a las relaciones entre los individuos. En una muestra de lo mencionado, para Sierra la transformación ideológica buscada y en gran parte lograda por la Reforma fue obtenida mediante la modificación de la sentimentalidad de la clase burguesa para con el resto de la población mexicana, y esta modificación fue obtenida a su vez a través, entre otras cosas, por cierta identificación de los ideales reformistas con los ideales del cristianismo primitivo, tales virtudes fueron la proclamación de la pobreza como la mejor forma de vida, la promoción de la filantropía, la ayuda al prójimo, la consideración de la liturgia religiosa como cuestión secundaria.⁶⁷ Lo cual, reitero, influyó en que fuera modificada grandemente

⁶⁶ Justo Sierra Méndez (1848-1912). Tuvo activa participación en el gobierno de Porfirio Díaz, diputado (1884), magistrado de la Suprema Corte de Justicia (1894), ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes (1905-1911). Restableció la Universidad Nacional (1910). Falleció siendo embajador en Madrid ya representante del nuevo gobierno emanado de la Revolución.

⁶⁷ Sierra, Justo, *Juárez, su obra y su tiempo*, 4.- ed., Colección "Sepan Cuantos...", no. 146, México, Editorial Porrúa, 1980, p. 68.

la postura de muchos mexicanos para con la omnipresente y omnipotente Iglesia del XIX, por medio de la mencionada transformación de los sentimientos de la gente.

Del cambio que provoca la ciencia Justo Sierra siempre insistió y comentó mucho – como se aprecia en otras secciones de este trabajo-, pasando de un gran entusiasmo por las virtudes de la ciencia durante la juventud del maestro hasta un desencanto y una postura crítica ante ella en sus últimos años de vida. Encontró que las grandes transformaciones producidas por la investigación científica fueron impulsadas mayormente desde el siglo XVIII, al ser derribada la escolástica, casi definitivamente, en el campo filosófico y al cultivarse con predominancia el método inductivo en sustitución del deductivo. Incluso los avances y métodos de la ciencia, dijo el maestro, han sido paulatinamente adoptados por una institución tan conservadora como puede ser la Iglesia Católica.⁶⁸

El último tipo de cambio del que más escribió Sierra es aquel que es producto de la política, consideración de la que se habla con mayor precisión en otro capítulo de este texto. Junto con otros intelectuales le otorga un papel predominante al político en la consecución del progreso y el bien de la sociedad, una idea muy extendida en los pensadores del siglo XIX, y no sólo de los pensadores mexicanos, esto no es gratuito pues era una época en que la tendencia era la construcción del Estado-Nación y la tan estudiada y mencionada identidad nacional. Empero este pensador no sólo puntualiza el cambio socio-económico producido por la política –incluidas sus guerras y sus mitos-, sino que lo lleva a otras precisiones y asegura que también produce el cambio de la psicología, el carácter y la forma de ser de las personas de una sociedad:

Esto de *cogerse lo ajeno* debe de haber sido un defecto capital cuando lo han criticado tanto a los mexicanos, y todavía lo censuran, los de dentro y los de fuera: el desprecio a la propiedad individual, predicado con el ejemplo y la palabra por las órdenes mendicantes, es el origen del mal. Segunda, que una pasión de *igualdad*, un desconocimiento absoluto de que las distinciones entre mandantes y mandados tuvieran otra base que la injusticia y la fuerza era característica del alma naciente de la sociedad nueva; éste era el contingente psicológico del neo-mexicano, esto era lo que formaba el fondo de su espíritu, esto le hacía rechazar mentalmente toda autoridad mientras podía hacerlo positivamente. Como no podía hacerlo, adquirió el hábito del disimulo y de la adulación; no hay adulación que no envuelva desprecio: precisamente se exagera la expresión de la sumisión con el objeto de esconder la protesta interior. Desgraciadamente, estos hábitos congénitos del mexicano han llegado a ser mil veces más difíciles de desarraigar que la dominación española y la de las clases sociales por ella constituidas. Sólo el cambio total de las condiciones

⁶⁸ Ídem, p. 5.

del trabajo y del pensamiento en México podrán realizar tamaña transformación.⁶⁹

Esto es el dechado de cómo una situación política y social, en este caso el de los mestizos e indígenas durante la Nueva España, condicionó y modificó el carácter de los mexicanos de su tiempo. Llevándolo a términos psicológicos, este intelectual trató de desarrollar una teoría del porqué de los vicios y virtudes del mexicano de su época, del cómo y porqué de su *evolución política*, desde la época prehispánica hasta su presente. Para explicar la evolución mexicana escribió todo un libro de análisis histórico, y como evolución es cambio, deliberó profundamente sobre el cambio de su país, ese cambio que siempre consideró especialmente determinado por la política y con un carácter progresivo. La política, además, es parte de su explicación de los problemas del México de su tiempo, de que este país, pese a su relativo mejoramiento, aún no arribara a la prosperidad y mejor situación que todos anhelaban, lo cual sugiere sólo será logrado gracias a un gran cambio en la mentalidad del mexicano, en este caso no ideológico sino psicológico.

En sus construcciones sociales estuvo muy presente el positivismo con excepción quizá de sus últimos cinco años de vida, aproximadamente. Ese positivismo, a decir de varios estudiosos, no era más que “apariencia y andamiaje utilizado al servicio de realidades intuitas, no deducidas experimentalmente”⁷⁰, es decir, el positivismo como una labor social y como una política científica. Así también queda a la luz que a la mencionada corriente filosófica la siguió en la parte de la consideración de la sociedad como un organismo que evoluciona. Y esta evolución para Justo Sierra en particular es obtenida mediante la promoción de la justicia, la bondad, la libertad y la educación.

La evolución o cambio de la humanidad puede ser acelerado mediante una revolución, pero esta última categoría para el maestro es un progreso no natural y que cae en excesos, como lo aprecia en su revisión de la historia. El gobierno que imponen los revolucionarios radicales fue para Sierra una composición de “golpes de autoridad a expensas de la ley”, de procedimientos “por encima de las constituciones y de las garantías individuales”, por eso es que estos regímenes tuvieron para este autor cualidades negativas, de manera muy similar que en Francisco Bulnes, por lo que posteriormente de que cumplían su función social había que eliminarlos. Pues una revolución tenía el mérito de “precipitar la evolución cuando se ha retardado, y de hacer llegar al grupo social director al nivel de progreso que anhela”, pero cuando continúa por mucho tiempo desemboca según Sierra en un gobierno “anárquico y naufraga en el despotismo de un director”⁷¹, tal como fue en la Revolución Francesa y otras.

⁶⁹ Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, 2.- ed., Colección “Sepan Cuantos...”, no. 515, México, Editorial Porrúa, 2009, pp. 94-95.

⁷⁰ Yáñez, Agustín, “Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra”, en *Obras completas I, Poesías*, 3.- ed., Nueva Biblioteca Mexicana, no. 49, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. 193.

⁷¹ Sierra, Justo, *Juárez, su obra y su tiempo*, Op. Cit., p. 73.

Después del periodo de anarquía que pueden representar las revoluciones siempre sigue, a decir del maestro, una gran dictadura lo cual es como una ley sociológica del cambio histórico, que muestra la reiterada predominancia que dio el maestro a las cuestiones políticas. Y continúa diciendo que la dictadura puede ser en gran medida progresista, como cuando provee de una paz indispensable para la vida de una nación. La adjudicación general que se le ha dado a las dictaduras de insoportables la señaló Sierra como una teoría perteneciente a la *historia del pensamiento político* y no a la *historia política*, a la que verdaderamente le pueden aplicar los métodos científicos, y sólo cuando una dictadura atenta contra la justicia se le puede catalogar como insoportable.⁷²

La preocupación de este maestro por el devenir histórico la podemos identificar con su preocupación y ocupación de las cuestiones concernientes a la ciencia y a la política, dos asuntos en los que siempre mantuvo su reflexión y de los que deriva prácticamente todas las modificaciones principales de las sociedades, en especial las de su época. Siguió durante mucho tiempo y con mucho apego, las enseñanzas del positivismo, por ende, concibió que los cambios en las civilizaciones son de carácter progresivo, que puede haber leyes sociológicas que los pueblos siguen indefectiblemente, que el mejor estadio al que deben caminar los pueblos es al científico, que se debe de instaurar una política positiva, una educación generalizada y un gobierno científico para arribar al progreso. A todas estas ideas no aportó mucho, tampoco elaboró una teoría propia a partir de sus influencias, pero sí aplicó la teoría positivista a la historia, esencialmente a la historia de México, brindándonos una concepción e interpretación muy original e interesante al respecto.

⁷² Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, Op. Cit., p. 172.

II. Progreso y política.

Para los hombres del XIX el tema del progreso de las naciones, en especial México, fue una cuestión constante en sus reflexiones. Pero determinar el medio con el cual iban a lograrlo fue lo que causó discusiones y disputas. En ese siglo, los fines, planes, proyectos y esquemas políticos estaban constantemente unidos a la meta del progreso, del progreso de la sociedad mexicana o de la sociedad en general. Esta noción era comprendida de diferente manera por cada bando que se disputaba el poder, incluso variaba de persona a persona, pero existía un consenso claro y radicaba en que entendían que lo que se buscaba era el avance material, la emulación de las naciones industrializadas, el pertenecer al círculo de naciones *civilizadas*. En ocasiones, en demasiadas, se empleaban estos ideales como mera retórica necesaria en un discurso político, pero en otras los tomaban como un objetivo indispensable para la existencia.

Los trabajos y discursos de los intelectuales nos muestran su deseo por el Progreso, al cual sustentaban, defendían, elogiaban y explicaban. Pudieron haber caído en argumentos no objetivos al escribir sus obras historiográficas o literarias, empero su afán claro muchas veces fue adaptar sus escritos a la perspectiva progresista imperante más que lograr la objetividad. Así eran las cosas porque en la sociedad del XIX y principios del XX se exudaba un gran entusiasmo por lograr que los mexicanos obtuvieran con prontitud el éxito tecnológico, económico e industrial. El alcanzar o no tal éxito era para los intelectuales, no obstante, un punto diáfano y tajantemente político. Lo último mencionado, fue debido al hecho de colocar a los gobernantes como los responsables del avance –material- del país y esta es la razón principal por la cual los pensadores se ocuparon tanto y le otorgaran tanta importancia a la política.

Otra razón que hay que considerar es la participación reiterada en la política o en el gobierno de virtualmente todos los intelectuales –en mayor o menor medida-, o al menos de todos los que en esta investigación se consideraron con profundidad. Sirviéndonos esta circunstancia de gran enlace con los proyectos de los líderes o los partidos que gobernaron, al proporcionarnos una revisión de primera mano de los ideales de los gobernantes.

Desde los comienzos de la vida independiente mexicana los hombres del gobierno creían que lo que urgía era la industrialización del país aunque desconocieran cómo lograrla con certeza; personajes de la política y de las letras como el Doctor Mora, Lorenzo de Zavala, Melchor Ocampo, Manuel Doblado, Ignacio Comonfort, Manuel Altamirano, Benito Juárez, Iglesias, Riva Palacio, los hermanos Lerdo, Justo Sierra, Gabino Barrera, entre muchos otros, deliberaban y escribían al respecto. Discutían sobre los mejores senderos para lograr el progreso; yendo desde las maneras conservadoras hasta el liberalismo, pasando por el socialismo, el positivismo y otras corrientes del pensamiento.

Aquí trataremos de analizar la vinculación que hicieron los pensadores entre la política y el progreso, y los alcances o límites que ellos mismos señalaron en esa vinculación, lo haremos refiriéndonos a sus deliberaciones al respecto, a sus escritos sobre la política en las diversas épocas de México, e igualmente, en sus comentarios sobre la política mundial.

Remontándonos a la primera mitad del XIX, el mismo Antonio López de Santa Anna, en su levantamiento contra el presidente Manuel Gómez Pedraza¹ evoca el poco progreso que percibe en el gobierno de éste para llamar a sustituirlo;

[...] cuando con la renovación de los altos funcionarios de la Unión esperábamos ver darse nuevo impulso a la cosa pública, que había permanecido en un sueño de cuatro años bajo la imbécil administración actual, y cuando renacían por todas partes nuevas esperanzas de útiles reformas conformes a los progresos de nuestra naciente civilización, hemos visto levantarse sobre nosotros la más terrible tempestad que hasta ahora haya amenazado a la República.²

Reconocían que no se deseaba un régimen que no impulsara el avance de la civilización. La ausencia de progreso en una administración pudo y fue empleada como motivo para un levantamiento en armas, se alegaba que para la excelente marcha nacional era menester el reemplazo de sus dirigentes en caso de hallarse ellos en un sopor e inactividad. Muchos pensadores apreciaron con horror el surgimiento de la anarquía, la inestabilidad política y la continua aparición de guerras y enfrentamientos; estos desórdenes eran concebidos como males que impedían el desarrollo, empero males que para otros de ellos eran necesarios y naturales en la historia. Necesarios y naturales porque sin ellos los pueblos no hubieran podido erradicar la opresión, porque sin la guerra es prácticamente imposible librarse de un déspota. Sin gastar sangre pocos se han quitado la sumisión hacia un país extranjero. Esto, a decir de los estudiosos como Gabino Barreda o Justo Sierra Méndez, es lo marcado por ciertas leyes sociológicas o fatalismos indefectibles.

La buena salud y prosperidad de un pueblo es y fue juzgada por diversos medios y factores. Poniendo un ejemplo de ello, encontramos a García Icazbalceta considerando que la opinión juzga a la época de Revillagigedo como la de mayor prosperidad de la Colonia y dice no contradecir ese pensamiento “si la prosperidad de un pueblo ha de medirse por la suma de bienes materiales de que goza”³, el historiador sencillamente decide tomar el avance social como correspondiente al apogeo económico, sin mayores consideraciones o profundizaciones. Hemos de notar de nuevo que la consideración que hubo hacia el

¹ Santa Ana proclamó el Plan de Perote a favor de la expulsión de los españoles en México y el desconocimiento de Gómez Pedraza como presidente o vicepresidente del país por ser enemigo de las instituciones federales, esto en 1828. El progreso fue y es un tema recurrente para apoyar o denostar gobiernos según consigan o no este ideal.

² Zavala, Lorenzo de, *Albores de la República*, México, Empresas Editoriales, 1949, p. 217.

³ García Icazbalceta, Joaquín, *Opúsculos y biografías*, 2.- ed., Biblioteca del Estudiante Universitario, no. 38, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, p. 183.

gobierno mencionado, en éste caso el de Revillagigedo, es benigna precisamente porque pudo llevar al pueblo novohispano una prosperidad no vista antes. Los letrados del siglo XIX vinculaban indisolublemente el progreso como consecuencia de una bien conducida política.

Revisemos la historia decimonónica de México en cuanto a regímenes políticos y encontraremos inestabilidad, revisemos el pensamiento de los intelectuales de aquella centuria y encontraremos una mayor homogeneidad en sus preocupaciones y un mayor consenso en sus ideas. Es bien conocida la lid por el dominio del país entre dos grandes bloques que no son precisamente homogéneos: conservadores y liberales. Menos atención es puesta a la disputa entre conservadores contra conservadores o liberales contra liberales. Estas mostraban las grandes diferencias entre miembros de un mismo grupo. Muchas diferencias sólo eran debidas a ambiciones personales o a afanes protagónicos, no obstante otras se debían a profundas escisiones filosóficas, a caracteres personales o a fuertes y elogiabiles convicciones.

Manuel Payno, que en ciertos aspectos lo encontramos moderado, en muchos liberal y en otros tantos conservador, es un dechado de hombre no encasillable, fue un individuo que en repetidas ocasiones muestra su escepticismo en cuanto a gobernantes y proyectos. Desairado de su intentona con Ignacio Comonfort y tras haber presenciado la sobrevivencia de la República, en 1869 exhibe su desapego con respecto al gobierno de Juárez, sin embargo, la crítica que hace a la sociedad no nos deja sin esperanza, pues declara su inmutable confianza por el progreso, confianza que compartió con tantos otros hombres de la época, como se vendrá mostrando en este texto.

Tengamos fe en México en los caminos de fierro, y nos romperemos las costillas; tengamos fe en las quincenas y moriremos de hambre; tengamos fe en las escoltas de los caminos, y nos quitarán los ladrones hasta la camisa; tengamos fe en las lluvias, y se perderán las cosechas; tengamos fe en la compostura de los caminos, y se hará pedazos la diligencia; tengamos fe en los capitales extranjeros, y veremos salir los pesos de nuestras arcas..⁴

Sus ironías nacen del ataque a los vicios que aprecia en la sociedad de su época, de lo criticable del régimen de Juárez, y de las quejas que pudieron surgir en un opositor como fue él. Payno no se queda en el sugerir la desconfianza ante los sucesos, cae en un gran consuelo ya referido; “Es bien difícil tener fe en el siglo XIX; pero hablando seriamente, si es permitida alguna, es necesario que la tengamos en el progreso y en los futuros designios de nuestra patria.”⁵ Fe en el progreso, es lo que desean los intelectuales, progreso a toda costa es lo que van a intentar algunos, y el amor a la patria es lo que todos los grandes hombres van a sugerir, sean políticos o intelectuales, o con ambas cualidades.

⁴ Payno, Manuel, *Crónicas de teatro, Crónica nacional*, Obras completas III, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, p. 163.

⁵ Ídem., p. 163.

Leyendo a Payno podemos apreciar su certeza de que el mexicano del XIX, tras experimentar grandes contratiempos y desgracias, como la invasión norteamericana, los múltiples golpes de estado, la deuda externa, el estancamiento económico o las guerras fratricidas, sí pudo salir adelante. Dice del mexicano que nunca fue de los que se dejaban vencer con facilidad, que confiaba en sí mismo y hasta se excedía de confianza en sí mismo. Por ejemplo, refiere que un hombre como el presidente Comonfort vuelve del destierro para intentar limpiar sus culpas.⁶ Payno nunca ceja de tratar de justificar sus intervenciones en la política, éste pensador reivindica a su manera a su antiguo compañero y jefe, a Comonfort, mediante argumentos relativos al indefectible progreso.

Restaurada la República, Comonfort trató de volver a su país, de abrirse camino con nuevos servicios a la patria, y de borrar con la brava conducta el error personal que como presidente había cometido, sin apercibirse acaso de que no había sido más que un medio, un instrumento necesario para el desarrollo de una revolución social.⁷

Para Manuel Payno, el presidente Ignacio Comonfort es el que inicia el camino progresista, pero según su opinión no obtuvo más que sinsabores y otros obtuvieron el crédito o la gloria, y es que para el escritor, Comonfort había sido una especie de víctima del indetenible progreso social. El considerar que muchos dirigentes sólo fueron agentes o títeres del progreso, fue una reflexión muy común en los letrados y examinadores de la historia como hemos visto en el capítulo anterior. Además, aquí tenemos otro ejemplo de interpretación del desarrollo material como resultado directo de los acontecimientos políticos y de las directrices de los gobernantes.

Hacia 1871 Payno, dentro del *Libro Rojo*, hace varios comentarios acerca del progreso. Contradiciéndose un tanto con respecto a sus comentarios en periódicos, se dice orgulloso de haber nacido en su siglo, tan abundante en ilustración y en progreso, en comparación con lo que aprecia se vivía en la Colonia,⁸ y con esto podemos ver en su pensamiento un principio de justificación del cambio del régimen colonial a la vida independiente. Adjudica, por otra parte, al doctor Servando Teresa de Mier un progresismo mayor al de muchos otros hombres ya en 1870,⁹ y hace una justa diferenciación entre el liberalismo y el progresismo al atribuir al levantamiento del general Álvarez un carácter liberal pero

⁶ Payno, Manuel, *Retratos históricos*, 2.- ed., Colección “Sepan Cuántos...”, no. 605, México, Editorial Porrúa, 2004, p. 283. Comonfort había promulgado las Leyes de Reforma pero en un acto de retractación cuyas motivaciones no han sido todo claras, el mismo año de 1857 desconoció la Constitución y manda a apresar a varios liberales. Tiempo después deja la presidencia y se exilia en Estados Unidos. Cuando está cercana la Intervención Francesa regresa a México para ofrecer sus servicios, como un acto arrepentimiento, del que habla Manuel Payno. Murió en una emboscada de los imperialistas en 1863.

⁷ El literato le otorga al desconocimiento de la Constitución de 1857 por parte de Comonfort un carácter de causa de la revolución de Reforma, un incidente que *debía* desatar la Guerra de Tres Años. Payno, Manuel, *Retratos históricos*, Op. Cit., p. 283.

⁸ Payno, Manuel, *El libro rojo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 262.

⁹ Ídem, p. 353.

moderado.¹⁰ La mencionada diferencia entre alguien meramente liberal y alguien progresista, en Payno, sencillamente está en que alguien es liberal si cree en principios como la democracia o el constitucionalismo mas no es progresista si no lucha por implementar esos principios, si no busca un cambio rápido y tajante en las circunstancias sociales y políticas.

El resultado de los manejos políticos es traducido en avance o en retroceso, dependiendo de los ideales del que gobierna, de sus planes y de si los lleva a cabo o no, mas esto no es suficiente para catalogar los resultados de un gobierno según Payno. Pues siguiendo sus hipótesis es indispensable que otros factores estén en su punto para obtener, por ejemplo, un gobierno progresista, puntos como el estadio de la sociedad y el avance de las ideas. Lo cual nos permite leer que lleva su análisis social e histórico más allá de lo político; aseveró que no era posible en 1855 un liberalismo exaltado porque aún existían demasiados elementos conservadores que lo impedirían, mas era el principio, y a partir de ahí había que seguir avanzando.

Comonfort y otros deseaban una reforma sin verter sangre empero para Payno ello era una quimera habiendo tantos individuos que se opondrían. La Iglesia sostuvo una feroz resistencia y de ahí provino la lucha armada de los Tres Años; para los estudiosos y políticos deterministas de aquella época el desarrollo habría de venir cuando fuera el tiempo preciso, tiempo marcado por las leyes sociológicas, las leyes de los tres estadios, por el destino, la paz, la guerra o por cualquier designio en el que creyeran, pero esto no significaba siempre que según su interpretación el desarrollo vendría por sí mismo, habría que luchar y trabajar por él. Encontraremos en sus revisiones sobre el pasado de México y del mundo una mayor exposición de sus ideas de cómo la política afecta el avance de un pueblo.

Pensamientos sobre la historia de México.

Conocedores de la historia de otras civilizaciones, los intelectuales mexicanos, nunca dejaron de reflexionar acerca de cómo los pueblos aparecen, se desenvuelven, decaen y finalmente desaparecen, seguros de que los factores políticos y económicos son los de mayor importancia para medrar e impedir el decaimiento de las civilizaciones, se aprestaron a examinar esas cualidades, cotejaron sistemas, compararon naciones. Aquí mostraremos algunas de las reflexiones que hicieron acerca del pasado para así apreciar aún más cómo concebían una indudable conexión entre progreso y política, en cualquier época y lugar. Por otra parte, hay que recordar que es una época en la que los pensadores están construyendo la idea de nación, la identidad mexicana, por lo que muy frecuentemente emplean la historia con fines nacionalistas y de cohesión social, poniendo como dechado a otros pueblos y haciendo hincapié en que siempre consideraron que el porvenir político era el porvenir del pueblo.

¹⁰ Ídem, p. 415.

Entre las ruinas de Babilonia, Nínive, Troya, Atenas, Alejandría y Cartago; ante la resurrección del canal de Suez, ante la humillación de los venecianos, de los portugueses, de los españoles, admirando a esa China crisófoga, devoradora de oro sin producirlo, grabemos en nuestra inteligencia esta salvadora verdad: en todas las revoluciones sociales, cuando no domina un cambio geológico, flota como bandera una cuestión económica-política.¹¹

En esta cita de Ignacio Ramírez vemos cómo para él las revoluciones sociales son siempre entendidas para bien, porque un pueblo, si se anquilosa, muere, pues se autodestruye, es esclavizado, es conquistado. A una revolución social la considera como una aceleración del movimiento progresivo de un pueblo, por esto es que por lo general las consideraba benéficas –recordemos que Sierra Méndez también consideraba las revoluciones como aceleraciones del proceso histórico sólo que no las tomaba como enteramente beneficiosas-. El movimiento, el cambio, el progreso, es la vida, siguiendo su pensamiento. Luego, según el Nigromante, Miguel Hidalgo debe ser glorificado, pues es el que demostró a México el poder de la insurrección; “El culto que los mexicanos rendimos a su memoria, nos compromete a la imitación oportuna de su hazaña.”¹² El poder de derrocar al déspota que gobierne, es el poder eliminar las trabas al desarrollo, en nuestro pasado es donde encontramos muestras del impulso hacia adelante.

Las leyes son inútiles si no proveen libertad, seguridad, respeto, y con ello progreso según idea ya generalizada en el XIX. Las diversas formas de gobierno son inoportunas si no brindan a los gobernados los beneficios que esperan, si son del desagrado del pueblo, situación que derrumbó cientos de gobiernos contemporáneos, desde los regímenes coloniales de España hasta los regímenes comunistas dirigidos por el Kremlin, desde Luis XVI hasta la República de Weimar. Libertad y progreso son ideales que frecuentemente fueron presentados juntos en las ideologías modernas, otra cuestión que no hay que olvidar si queremos entender plenamente las reflexiones y anhelos que se suscitaron en torno al progreso. En sus últimos años Justo Sierra comprendió con mayor claridad lo que los más ilustrados de sus contemporáneos clamaban,

Los pueblos no saben vivir, no pueden vivir sin libertad. La libertad es la esencia de nuestra vida, el alma mater de nuestro progreso. Esperemos. Las sombras del despotismo nos envuelven por el momento; muy pronto la luz de los cañones alumbrará nuestra entrada en el campo fecundo de la Constitución.¹³

¹¹ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas III, Discursos, Cartas, Documentos, Estudios*, México, Centro de Investigación Científica “Jorge L. Tamayo, A. C.”, 1984, p. 271.

¹² Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, México, Centro de Investigación Científica “Jorge L. Tamayo, A. C.”, 1984, p. 275.

¹³ Yáñez, Agustín, “Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra”, en *Obras completas I, Poesías*, 3.- ed., Nueva Biblioteca Mexicana, no. 49, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. 60.

Validar a la guerra, a los levantamientos, a las luchas, en el pasado y en su tiempo, es lo que argumenta, pero sólo si los objetivos de los que se rebelan contra un gobierno son la libertad y sobretodo el progreso de su gente. Justo Sierra Méndez incluso llega a justificar las guerras que no buscaban libertad pero que sí produjeron desarrollo, tal es el caso de la Conquista de México, acontecimiento del que comenta trajo una “evolución absoluta” al introducir animales utilísimos a América, al brindar plantas que se propagaron ventajosamente en las nuevas tierras y al mejorar en general la producción.¹⁴ El maestro campechano sigue reflexionando acerca de la Conquista, y deduce que fue un acontecimiento sumamente benéfico, fue un hecho que trascendió, donde se encontraron un pueblo sumamente superior, el español, con otro muy inferior, el indígena. Con éstas deliberaciones nos otorga la diferencia específica que él entendía hay entre una evolución y una revolución pues el encuentro entre las dos civilizaciones torcieron “el lento camino que seguía la evolución indígena, produjeron una revolución”¹⁵, para él el choque de dos culturas fue benéfico porque aceleró el desarrollo de los nativos de América, encuentro que a su vez va a hacer que nazca un nuevo pueblo que posteriormente se desenvolverá hasta llegar a la edad adulta y que obtendrá la autonomía con respecto a la Madre Patria. La emancipación política y jurídica de los pueblos es para Sierra un proceso natural que es parte de la evolución de una sociedad, poniendo como ejemplo la independencia de las Trece Colonias y la de México mismo. Para él las colonias españolas, al igual que las británicas en América ya estaban listas para la emancipación administrativa y política desde finales del siglo XVIII. Contradice a Alamán¹⁶ en esta cuestión, éste decía que la nación mexicana había nacido antes de tiempo, no preparada aún, “según Alamán, la nación mexicana era un aborto: necesitaba una incubadora para suplir al desenvolvimiento intra-uterino.”¹⁷ Es evidente que Sierra secunda el logro de la Independencia, lo justifica con la lógica positivista, argumentando que la anarquía que se vivió los primeros años se debía a los desajustes naturales que suceden a una revolución –por estos trastornos es que las revoluciones no son totalmente beneficiosas para Sierra-, ve en el surgimiento de México algo bueno y consecuente con las leyes sociales.

En cambio Alamán asegura que México había nacido antes de tiempo, debido a que en los primeros años del México independiente Alamán apreciaba sólo caos y desorden sin justificación, postura que fue cambiando conforme fue participando en la vida política del país. Vemos la diferencia entre un positivista patriota y un conservador partidario del

¹⁴ Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, 2.- ed., Colección “Sepan Cuantos...”, no. 515, México, Editorial Porrúa, 2009, p. 70.

¹⁵ Ídem, p. 75.

¹⁶ Lucas Alamán era quizá el intelectual más renombrado del conservadurismo mexicano en las primeras décadas de vida independiente. Sus ideas monarquistas lo llevaron a considerar que hubiera sido mejor no independizarse de España, más tarde matizó sus inclinaciones pero siguió demostrándose tajante opositor de los movimientos democráticos y liberales en el país mas no por eso era enemigo del progreso sino uno de sus más grandes promotores.

¹⁷ Sierra, Justo, *Juárez, su obra y su tiempo*, 4.- ed., Colección “Sepan Cuantos...”, no. 146, México, Editorial Porrúa, 1980, p. 272.

antiguo régimen. Llevaron continuamente la historia al terreno de la política y al de las ideologías, manera de proceder a la que eran muy afectos la gran mayoría de los pensadores del siglo XIX.

La pasión por la historia de aquellos pensadores salpicó a sus producciones literarias, a sus escritos periodísticos, así como a sus actividades políticas, que la mayoría de ellos tuvieron. Los estudiosos decimonónicos tenían múltiples actividades, unas como consecuencia de otras, creían que los pensamientos sobre lo que reflexionaban habían de llevarlos a la práctica, ya sea mediante actividades sociales, políticas, artísticas o periodísticas. Eran hombres multidisciplinarios, con una curiosidad inacabable. *El libro rojo* es de cierta manera una colección de relatos historiográficos a la vez que literarios. Texto que también tiene sus fines políticos al no sólo relatar los hechos sangrientos de la historia sino relatar únicamente los que repercutieron en la evolución del país.¹⁸

Eruditos que mezclaban actividades políticas con intelectuales, acción que en muchas ocasiones les dio buen resultado. Costumbre que no era privativa de los mexicanos; en aquel siglo XIX, muchos europeos y americanos lograban un buen matrimonio entre actividad y estudio. Matrimonio donde no estaban ausentes los conflictos maritales, y que en ocasiones no producía vástagos tan elogiados como se hubiera deseado.

Hay algo más remarcable en las ideas liberales mexicanas; la creación de mitos y héroes nacionales para construir un fuerte patriotismo, construir la nación y ofrecer una identidad al mexicano. Muchas veces la objetividad histórica estaba fuera de los fines de los interesados en el pasado, al menos la objetividad como la entendemos en la actualidad, como fruto de la aplicación de un método de investigación histórica que conlleve verificación de las fuentes, uso de disciplinas auxiliares, entre muchas más cuestiones que los historiadores ahora aplican. A finales del XIX, en México, aún la historia no estaba tan academizada, y la gran mayoría de los estudios sobre el pasado tenían una carga política o ideológica evidente. Encontramos, de todos modos, en los escritos de José María Vigil y otros eruditos, reiteradas exhortaciones para conocer el pasado del país. En 1878 Vigil escribía que los pueblos tienen la necesidad de estudiar sus raíces para fundamentar su futuro, “para establecer con sinceridad las bases de su desarrollo personal”, empero puntualizaba que había que evitar tanto la creación de utopías y hechos míticos como evitar adentrarse en el fatalismo y el pesimismo.¹⁹ Este pensador jalisciense veía pues en el estudio del pasado, la construcción del futuro.

Altamirano identificaba el republicanismo con el progreso, sentía que la monarquía y el fanatismo eran enemigos de éste. Escribió que el país había sufrido un atraso material y

¹⁸ Montemayor, Carlos, “Prólogo”, en *El libro rojo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 11.

¹⁹ Vigil, José María, “Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria”, en *Memoria política de México*, de Doralicia Carmona, México, Instituto Nacional de Estudios Políticos, 2009.

moral en sus primeros cincuenta años de vida independiente, y que había que revisar la historia de ese periodo para dilucidar la causa de esa ausencia de progreso. Una muestra más de la concepción de la historia como progresiva, del concebir que una nación debe de ir avanzando y que si no lo hace es porque sus gobernantes, su pueblo y sus circunstancias no son los mejores, y por ende, deben ser cambiados. Además del monarquismo y el fanatismo, este autor identificó en el carácter de los líderes de la emancipación, en la inexperiencia en el gobierno autónomo y en la educación virreinal las causas de esa regresión.²⁰ Aunados a esa cierta regresión estaban los sectores de la sociedad que luchaban por preservar sus privilegios, que no gustaban de tener un gobierno con igualdad en el que eran rebajados al mismo nivel que el pueblo; los terratenientes, la nobleza colonial, el alto clero, fueron los que impidieron el avance de la nación, que subieron al poder a Agustín de Iturbide y que por ello provocaron un desquiciamiento en la política y una serie de levantamientos e inestabilidad según este autor.²¹

La cuestión religiosa, íntimamente ligada a la cuestión política desde los primeros días del México independiente, jamás escapa a los comentarios del guerrerense. Religión y política son dos factores históricos que han secundado o denostado al espíritu humano. Por eso Manuel Altamirano compele a erradicar el fanatismo y la opresión política, “dos manos de hierro que acaban siempre por ahogar al cuerpo social más vigoroso, y por postrarlo moribundo en la losa de la vergüenza, de la servidumbre y de la barbarie”,²² si no se exterminan estos vicios sociales, el pueblo tiende a desaparecer, así lo ve mostrado en la historia. Esto último lo pregonó en tiempos de paz, en 1871, cuando aún ve en peligro a la sociedad mexicana pese a los logros que se habían obtenido, como el triunfo de la Reforma y la expulsión de los franceses.

Subrayemos también que gran parte de los letrados muestran su desprecio a la *barbarie*, siempre recomendaron evitarla. Sean liberales, conservadores o positivistas, para ellos la barbarie es una cualidad, estadio o vicio que hay que sortear. Mostraban su desprecio o al menos su condescendencia hacia los pueblos que consideraban bárbaros, como opuestos a los civilizados, a los desarrollados –recuérdese el citado desprecio de Payno hacia los pueblos *primitivos*-. La civilización es a lo que hay que aspirar, según muchos intelectuales, y se llegará a éste ideal por medio del progreso. Altamirano continúa insistiendo en que lo deseado es la civilización y la manera más efectiva de obtenerla es con pragmatismo, y tiene confianza en que a México arribará bien pronto el progreso, pues compara la situación en 1871 con la que se vivió en la Intervención y explica que la de su tiempo es mucho mejor.²³ No se sustrae de ver a la historia con la lupa del positivismo. Otro que también

²⁰ Altamirano, Ignacio M., “Historia y política en México”, en *Memoria política de México*, de Doralicia Carmona, Op. Cit., (<http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/5RepDictadura/1882HPM.html>).

²¹ *Ibidem*.

²² Altamirano, Ignacio M., *Obras completas I, Discursos y brindis*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 234.

²³ *Ídem*, p.425.

emplea el mismo instrumento para la misma materia es García Cubas quien ve estadios positivos hasta en las juntas militares y conspiradores,

[...] á las juntas en él celebradas [en el Claustro de los filipenses], en Noviembre de 1820, entre personas influyentes bajo la dirección del Doctor y Canónigo Monteagudo, con el fin de derrotar a la Constitución española, juntas que fueron el preludio de la evolución política del Plan de Iguala.²⁴

Esto lo escribe en 1904, en pleno auge de la dictadura porfiriana, y por ende, en pleno apogeo del positivismo. Los positivistas mexicanos van a seguir el hilo de la historia en cualquier época que revisen, van a ver la continuidad y sucesión de las tres etapas comteanas. Los estadios teológico, metafísico y positivo, de los cuales Augusto Comte especificó que, entre otras cosas, no se podía pasar del estadio teológico al positivo sin pasar por el metafísico, que las concepciones que fueron elaboradas durante la etapa metafísica “no tienen utilidad efectiva” (como tampoco las teológicas), y que las concepciones y estudios realizados en la etapa positiva tienen como finalidad “captar todos los fenómenos como sujetos a *leyes* naturales invariables”.²⁵ Cuestiones en las que los mexicanos pusieron suma atención, puestas estas premisas, posteriormente ellos se solazarán buscando equivalencias de los estadios positivos en las páginas de la historia mexicana, aunque no siempre con intenciones de fundamentar su filosofía sino con evidentes intenciones políticas, como la justificación del régimen gobernante –porfirista-, de lo que hablaremos más adelante.

Uno de los más asiduos revisores de la historia fue Francisco Bulnes, autodenominado crítico de la historia, toma sucesos del pasado para sustentar argumentos con los más diversos fines. Siente el ímpetu de la historia, estudia civilizaciones desconocidas para muchos, como las Orientales, hace crítica de lo que llegaba a sus manos. “La crítica es una necesidad mental de primer orden en el individuo y en la colectividad. La inteligencia tiene dos funciones para conservar y hacer progresar a la especie humana: el análisis y la síntesis.”²⁶ El progreso siempre omnipresente en el pensamiento de los estudiosos, ya sea que se tome como un hecho o como una actividad de los humanos. Bulnes, en su afán siempre destructor, burlón y escéptico, para con el pasado y el presente, nos quiso hacer ver lo impredecible del desarrollo humano:

No era posible en 1822 predecir el gigantesco crecimiento de los Estados Unidos y aun cuando se le hubiera entrevisto ¿nuestro crecimiento no debía ser siempre superior en población, riqueza, cultura, dado que nuestro territorio era un fenómeno único de esplendidez en el planeta que siendo nuestros peones los mejores del

²⁴ García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, no. 86, México, Editorial Porrúa, 1986, p. 128.

²⁵ Comte, Augusto, “Curso de filosofía positiva”, en *La filosofía positiva*, 9.- ed., Colección “Sepan cuantos...”, núm. 340, México, Editorial Porrúa, 2003, p. 40.

²⁶ Bulnes, Francisco, *Páginas escogidas*, Biblioteca del Estudiante Universitario, no. 87, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, pp. 3-4.

mundo y nuestros soldados invencibles dirigidos siempre por genios militares; teníamos forzosamente que ser y mantenernos, la primera potencia guerrera, trabajadora y civilizadora del universo?²⁷

Bulnes aquí hace mofa de la confianza que los recién independizados mexicanos tienen de sí mismos. Así como desconfiaba de los méritos de los mexicanos del pasado así quizá desconfiaba de los de su tiempo. Emplea pasajes del pasado para demostrar que con la fe y la seguridad no se puede lograr lo planificado. El desarrollo de las naciones es infalible, además en éste ejemplo hace ver que el progreso de un pueblo en ocasiones ha de perjudicar ostensiblemente al de otro, tocándole lo peor de este caso a México y agravándose ese perjuicio con la subsecuente pérdida de Texas y demás territorios del norte. Continuó señalando la excesiva autoconfianza mexicana en la cuestión texana como si hubiera sido el factor de mayor importancia para la pérdida de aquellas extensas áreas; “Si los colonos nos ofendían, se les exterminaba, si esto no agradaba a los Estados Unidos se les castigaba severamente; el triste fin de Cartago nos era conocido. Basta leer la prensa que rendía culto al emperador Iturbide para ver que se le colocaba sobre Augusto y Marco Aurelio.”²⁸ La historia de Cartago quizá era conocida por él pero es probable que pocos mexicanos entre 1822 y 1836 la pusieran como demostración de que era imposible perder Texas. Lo que los periódicos dijeran de Iturbide se colige era mera adulación y no todos se lo creían, el creer que se tenía por gobernante a un Marco Aurelio aún tampoco haría pensar que impediría que una colonia se separara si tuviera el apoyo de Estados Unidos. Al sentimiento de seguridad y de un cercano porvenir de la patria, les da Bulnes un gran peso en la cuestión; una crítica contra la confianza que tiene el mexicano de cualquier época, confianza de que México tendrá un futuro cada vez mejor. Crítica soterrada que hace del mismo porfiriato, crítica que hace al mismo dictador por ser un supuesto mago que llevará a México al desarrollo y al progreso, y crítica que posteriormente hará extensiva a los ideales de la Revolución Mexicana. Carece de fe en el espíritu humano, aunque tenga fe en el progreso, y cree en el progreso porque lo considera como algo que de todos modos ocurrirá.

Bulnes, al igual que Sierra y a diferencia de Alamán, ve con buenos ojos el hecho de haberse concretado la Independencia de México, refuta a los que ven en ella una fuente de desórdenes y de demagogia, no porque crea que no haya creado caos y populismo sino porque para él los

mexicanos que consideraron la independencia como un azote, porque había lanzado al pueblo a la anarquía, incurrieron en el grave error de querer sujetar el progreso de los pueblos a su pequeño progreso personal. La anarquía sirve para

²⁷ Bulnes, Francisco, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, pp. 91-92.

²⁸ Ídem, p. 92.

destrozar y el progreso es destrozador y reconstructor, luego la anarquía puede ser factor de progreso [...] ²⁹

Hubo anarquía en la lucha por la independencia según Bulnes, pero con su lógica hace de esa anarquía algo óptimo y necesario. Y después de la anarquía viene la dictadura, que según él, logrando imponer orden hasta afianzar un gobierno o hasta que vuelva a haber una revolución. Sigue una lógica casi idéntica a la de Justo Sierra en ésta cuestión. Ve asimismo a la aristocracia y a la monarquía como etapas más bajas que la democracia, y lo muestra con la Guerra de Secesión norteamericana, al ver que el norte democrático y más industrializado derrota al sur aristocrático y esclavista. ³⁰ Quiere demostrar que hay formas de gobiernos más óptimas que otras. Así para él los pueblos, las facciones y los hombres proceden por codicia y otros procederán obedeciendo involuntariamente las leyes del progreso. Unas naciones medrarán, y otras decaerán por causa del progreso de las primeras, es lo que se aprecia en la historia. La causa de que unas lleguen al éxito, que otras se estanquen y otras desaparezcan se encuentra en la conducción de la política y en el aprovechamiento o desaprovechamiento de las condiciones económicas.

Los pensadores emplearon el estudio de la historia para demostrar sus ideas, acoplaron los procesos históricos a sus ideologías y ejemplificaron con sus producciones historiográficas sus filosofías. En ocasiones esto se hizo, y aquí hay que reiterarlo, para otorgar cimientos a la gente en el poder, para proveer de confianza al pueblo o para fomentar un patriotismo que siempre necesitaba de ser exaltado. El progreso es una de esas metas históricas a las que recurrieron para lograr una cohesión nacional mexicana, para justificar los proyectos políticos y para mostrar que es un ideal que se ha buscado siempre, en cualquier época y cultura, al cual pronto se llegará.

Los liberales.

El liberalismo mexicano fue una ideología de cambio, que quería llevar al país a una rápida introducción al capitalismo, para esto sus partidarios pugnaron por educar a las masas, lucharon por el individualismo, por la autonomía municipal, abogaban por una economía globalizante, abogaron por derechos políticos y atacaron los privilegios de la Iglesia. ³¹ Como se ha referido, las disputas políticas desde 1821 y hasta 1867, se dieron primordialmente entre este grupo y el de los conservadores, bandos no tan homogéneos como se pudiera creer. Los pensadores liberales habían de trascender grandemente en la vida política de México, en especial tras su triunfo en las guerras de Reforma y de Intervención. Difícilmente podemos encontrar un bando político en éste país como el

²⁹ Bulnes, Francisco, *Páginas escogidas*, Op. Cit., p. 17.

³⁰ Bulnes, Francisco, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, Op. Cit., p. 110.

³¹ Tutino, John, "Globalizaciones, autonomías y revoluciones: poder y participación popular en la historia de México", en *Crisis, reforma y revolución, México: historias de fin de siglo*, Leticia Reina, Elisa Servín, Coordinadoras, México, Taurus/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002, p. 46.

liberal de aquella época puesto que reunió a muchos hombres eruditos. Melchor Ocampo, José María Vigil, Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, Benito Juárez, son nombres presentes y sempiternamente recordados por haber sido convertidos, muchos de ellos, en héroes. Una generación que no ha tenido su correspondiente en cuanto a hombres que dominaban muchas disciplinas, poseían conocimientos profundos y realizaban constantes actividades políticas. Tenían sus propias nociones sobre el progreso, y así como defendían a éste, defendían las libertades, los derechos, el constitucionalismo, la democracia, la igualdad, pero lo que hay que remarcar es que prácticamente nunca ponían a estos ideales por debajo del progreso. Creían que para obtener el desarrollo del país había que derrumbar las trabas que se heredaron de la Colonia, principalmente los privilegios de la Iglesia, asimismo había que extirpar el militarismo.

El decidir con qué medios conseguir el progreso, fue lo que provocó una escisión dentro del partido liberal; los que querían que el cambio y la reforma fuera paulatina, los “moderados”, y los que deseaban un cambio radical, rápido y absoluto, los “puros”. El golpe de Estado de Ignacio Comonfort, provocó la llegada de los “moderados” al poder, lo cual a su vez sólo causó que ni “puros” ni conservadores estuvieran satisfechos. En 1857 se promulga una nueva Constitución, mas “El anhelo de encaminar al país hacia la modernidad y el progreso se proyectó, marcadamente, en la imitación de modelos extranjeros y en el predominio de la teoría sobre la realidad concreta.”,³² empero se trató de llevar las mejoras a la sociedad, y se fue logrando el proyecto, poco a poco. Los liberales introducen la tolerancia de cultos y otras reformas que afectan directamente al clero, de ahí deviene la reacción de los conservadores, reacción que llevó el pleito a la lucha armada.

El más radical, el más intransigente, el más consecuente de los llamados liberales fue Ignacio Ramírez, tan radical y de ideas tan avanzadas para su época y circunstancias que podría catalogarlo no sólo como un liberal sino como algo más; feminista, indigenista, ateo, poseía pensamientos que lo llevaban más allá de su partido, y cuyas ideas están más cerca de los luchadores y luchadoras sociales del siglo XX. Pues,

[...] cada vez que Ramírez intentó atacar la ley, los dirigentes del partido no se lo permitieron, pues sus opiniones se oponían al complejo ideológico que del grupo liberal moderado, que pensaba que la manera de hacer progresar al país era crear una nueva clase de pequeños propietarios y favorecer el crecimiento del sistema capitalista, sin importar el medio por el cual esto se llevara a cabo.³³

Muchos de los liberales veían a los indígenas como una carga que impedía el rápido desarrollo del país, incluso el mismo Juárez lo reconocía, mas Ramírez siempre defendió

³² Maciel, David R., “Ignacio Ramírez: un ideólogo del liberalismo social en México”, en *Obras Completas I*, de Ignacio Ramírez, Op. Cit., p. LX.

³³ Ídem, p. LXIV.

los derechos de los pueblos indígenas y creía que la educación es lo que iba a regenerar a los habitantes autóctonos además de que pondría a la sociedad al punto para elevarse y seguir adelante. En lo absoluto apreciaba a los indígenas como una traba sino que creía que mediante su ilustración y con el mestizaje esos pueblos tendrían un mejor futuro y aportarían grandes esfuerzos en la búsqueda del progreso. Pese a la carga que veía en los indígenas, Ramírez se percató o quería creer que de todos modos el partido liberal era el único que en verdad se preocuparía en los intereses de aquellos pueblos. En su famoso artículo *A los indios* que salió a la luz en *Temis y Deucalión* en 1850, insta a los indígenas a votar por los liberales, a confiar en los puros y nada más que en ellos;

Las elecciones del Congreso del estado se acercan, y vosotros, hijos de razas generosas y desgraciadas, debéis trabajar por el triunfo de los liberales *puros*: si aspiráis a recobrar la dicha y esplendor que disfrutasteis en los tiempos de Nezahualcóyotl; sin los rasgos de barbarie, que mancharon la cuna de vuestra sociedad, y con todos lo [sic] recursos en que abunda la ilustración del siglo, podéis recobrar el perdido imperio de la América.³⁴

Con su retórica, El Nigromante incluso promete a los oprimidos un futuro igual al que tuvieron en el pasado remoto, e incluso mejor, reflejo de apreciar la situación de su siglo como más óptima por gozar de los adelantos de la ciencia y la civilización. Le parece que la libertad ha de arribar a los indígenas por gracia de los ideales que traen consigo los liberales, que la discriminación habría de acabar con su triunfo, que no había nadie más que trabajara por su bien. “Los puros son los únicos partidarios que os aman, pues los santanistas, os quieren para soldados de su jefe, los monarquistas quieren reconquistarlos, y los moderados os quieren vender como han hecho en Yucatán con vuestros hermanos”, sigue diciendo Ramírez en el mismo artículo, evoca al glorioso pasado azteca para convencer de la igualdad indígena, aduce que ya no hay un Cortés que vuelva a sojuzgarlos, hace entonces uso de la historia con el motivo político de dar el triunfo a los liberales, de demostrar que los pueblos nativos son también propensos al progreso.

Compara a su partido con el resto de los que existían en México a mitad del XIX y muestra que ningún otro es viable para su futuro. Posteriormente Ramírez no va a estar a gusto con el bando liberal, tendrá conflictos con muchos de sus integrantes, esto porque los verá demasiado tibios, porque no aplicarán sus ideales con prontitud, pero quizá porque sus ideas estaban tan adelantadas a su tiempo, como el ideal de la igualdad de las mujeres, que no caben en ningún partido de aquella época y sociedad, el único grupo más cercano a su ideología siempre será el liberal, y se sentirá dentro de él pese a todo.

El partido liberal para Ramírez siempre será el de la libertad y el mejor en el país, pese a sus errores. Tras la Intervención Francesa y después de haber pasado las mayores luchas entre conservadores y liberales, estos últimos se tuvieron que escindir naturalmente en

³⁴ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas III, Discursos, Cartas, Documentos, Estudios*, Op. Cit., p. 400.

varios grupos. Cuando un grupo alcanza el poder eliminando casi completamente a su rival, el grupo empoderado tiene que dividirse en nuevas facciones que se disputarán el poder. Para Ramírez, en México hacia 1869 había dos partidos dominantes, uno que se quería mantener en el poder sacrificando las instituciones y el otro constitucionalista, que quería realizar expeditamente las reformas.³⁵ El primero era evidentemente el grupo de Juárez que según el Nigromante se quería perpetuar en el poder, el segundo era la oposición. Y los opositores y los conservadores supervivientes llaman a los liberales socialistas, comunistas, anarquistas. Para Ramírez esos adjetivos están fuera de la realidad, los propósitos liberales no coincidían con los de aquellos, y esas adjudicaciones las atribuye al pesimismo que impera, que predomina porque tras el triunfo de los liberales nadie ve por ningún lado los adelantos, el progreso y el desarrollo que se creía iba llegar con prontitud. Sin embargo, el intelectual guanajuatense continúa secundando los planes liberales y no deja de hacer diligencias para su cumplimiento. Seguirá siendo liberal por partido y por ideología, empero por metodología se declarará positivista, en un sentido de confianza por esta doctrina y tomando sólo lo que cree son sus mejores méritos redactó: “Yo soy positivista: todo hombre que no es infalible, absoluto, ni intolerante, debe ser positivista; es decir, debe buscar la realidad de las cosas.”³⁶ No se percatará de que muchos positivistas tendrán esas cualidades que precisamente dijo que no tenían. Para 1871 ya también él está muy imbuido de esa nueva corriente expandida en México.

Hay una descripción de Manuel Doblado³⁷ hecha por Manuel Payno, en donde expone cómo un individuo manejaba su religiosidad conjuntamente con sus ideales liberales. Dice de él:

Liberal de ideas, no había, sin embargo, aceptado la Reforma en su última expresión; los regimientos que había formado en Guanajuato tenían su capellán, y él mismo, con escándalo de los radicales, los conducía á la misa. Creía que se podía muy bien ser demócrata y católico, y en el porte de su persona y en el lujo de su casa y en sus relaciones con los más ricos mineros y con los restos de la nobleza antigua, era más bien aristócrata. Con todo y éste conjunto era enemigo jurado y terrible de los monarquistas, y el Estado de Guanajuato, donde era gobernador, estaba libre de bandidos y revolucionarios. El que caía en sus manos lo mandaba a fusilar irremisiblemente.³⁸

Un dechado de que el progresismo y la tradición se podían dar la mano y caminar juntos sin tantos inconvenientes, si se podía manejar esa situación. Aquí se muestra un liberal que es bastante fiel a su fe y podía tratar con todas las clases. Lo llama Payno contradictorio

³⁵ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, Op. Cit., p. 293.

³⁶ Ídem, p. 161.

³⁷ Manuel Doblado (1822-1865). Fue uno de los más renombrados liberales y uno de los hombres más cercanos a Benito Juárez, sin embargo ha sido señalado por haber tenido un dominio cacical en el estado de Guanajuato y por poseer cualidades que lo podrían identificar con los conservadores como señalaba Payno.

³⁸ Payno, Manuel, *Barcelona y México en 1888 y 1889*, Barcelona, Tipo-litografía de Espasa y Compañía, 1889, p. 51.

empero en el fondo exhibe su admiración por esa peculiar situación. El escritor se decía liberal, pero un liberal moderado y lo que Doblado logró en sus relaciones parecía lo ideal para él, quería tratar con las clases altas antiguas pero a la vez ayudar a las menesterosas. Quería que se conservara la religión pero implementar también las reformas indispensables. Adelantos y tradiciones para Payno podían llevarse muy bien, había que evitar los radicalismos. Admirador de las antiguas noblezas y de la historia, las respetaba. Mas podemos ver en sus escritos una resignación de que se debían aceptar los adelantos sociales y las nuevas formas de gobierno, pues se tenían que aceptar por inevitables. Gustaba del estudio de las costumbres y de los relatos anecdóticos, con estas aficiones pudo bien escribir *Los Bandidos de Río Frío*, donde junto a multitud de personajes pinta algunos que son ilustrados y otros que son progresistas, estos son los menos, con lo que hace sentir el enorme esfuerzo que es llevar a un país mayoritariamente ignorante y atrasado a la civilización.

Vicente Riva Palacio hace también sus descripciones de liberales y conservadores, y de una manera bastante elocuente les adjudica a los dos partidos la creencia en el progreso. Aquí una clara relación entre el progreso y la política, ambos partidos predominantes en la república son patriotas y ambos tienen como meta el progreso,

[...] el credo político es cuestión de apreciaciones, es una forma de patriotismo, que en último camino viene a convertirse en la creencia de que por tal camino, mejor que por tal otro, se puede llegar a la felicidad pública, estableciendo el gobierno más adecuado a las tendencias del pueblo, la administración más conforme a las exigencias nacionales.³⁹

Un gran mérito para un liberal el reconocer en sus oponentes, con ideas antípodas, una búsqueda del bien público. Reconoce que sus contrarios también desean lo mejor para México, pero con otros medios, con los que no está de acuerdo pero a los que sin embargo les da validez porque en el fondo ve en ellos intenciones de mejorar a la sociedad toda y no sólo a los que están en el poder o al clero.

Debemos admitir que los pensamientos de Riva Palacio muestran un gran humanismo en su persona, deja los prejuicios a un lado y admira lo que haya que admirar en sus enemigos. Por otra parte también advierte que hay que dejar un poco el asombro por los avances de la ciencia y la industrialización para admirar a ciertos conservadores, como Aguilar y Marocho,⁴⁰ que aunque son ajenos a su tiempo y quieren preservar todo tal cual está e incluso desean regresar a los tiempos de Felipe II e incluso más atrás, tienen sus virtudes a las cuales hay que admirar. Ningún hombre piensa igual que otro aunque profesen la misma doctrina, en los escritos del general podemos apreciar que no hay intransigencia, que no se

³⁹ Riva Palacio, Vicente, *Cuentos del general. Los cerros, galería de contemporáneos*, México, Promexa Editores, 1979, p. 257.

⁴⁰ Ídem, p.201.

cree poseedor de la verdad absoluta, y que lo que hay que juzgar es a los individuos pero no por sus ideas o por el grupo al que pertenezcan sino por sus acciones e intenciones.

Bulnes criticó la incapacidad de los liberales para educar a las clases bajas, mas no puso hincapié a que aunque algunos propósitos de aquel grupo a veces no llegaron al terreno práctico sin embargo sus intenciones dieron pie a que se trabajara por el bienestar de los mexicanos, y más importante, sus proyectos y logros trascendieron ingentemente en la vida social de México. Hemos revisado algunos apuntes de los intelectuales con respecto al partido liberal y su relación con el progreso, ahora reflexionaremos sobre algunas de sus notas referentes al período de la Reforma, para profundizar en el discernimiento de su percepción sobre la dialéctica entre política y progreso.

La Reforma ⁴¹

El período de la Reforma en México fue uno en el cual participaron gran cantidad de estudiosos, especialmente por tratarse de una época de conflicto caracterizada por la necesidad de basamentos ideológicos que sustentaran a cada bando. Lo que nos lleva a la necesidad de saber y profundizar en la opinión de los ideólogos, para conocer el papel que le otorgaron a la Reforma dentro del progreso de la nación o del universal.

Comencemos con el hombre de mayor radicalidad dentro de los liberales, con Ignacio Ramírez. En 1878, en los primeros años de gobierno de Porfirio Díaz, el sanmiguelense muestra su regocijo por el triunfo de la Reforma en el país, hay que recordar que él luchó constantemente por ella. Su mayor muestra de gozo yace en que los mexicanos se hayan librado de gran parte de la hegemonía de la Iglesia católica, en la cual veía motivos para el atraso del pueblo, concluyendo que el liberalismo trajo los frutos del progreso y de la paz. El romanismo, el clericalismo, el monarquismo, la anarquía, el militarismo, la ignorancia y el despotismo son para el Nigromante las cadenas que habían evitado el desarrollo de la nación mexicana. Hay que subrayar que Ramírez continuó planteando a la sociedad la reforma de la iglesia católica, puesto que nunca pidió la supresión absoluta de esa religión pues sentía que en ella estaba la confianza y fe de los mexicanos. Sin embargo, observaba el estado de corrupción y decaimiento de la religión, por lo que aún después del triunfo liberal siguió proponiendo la reforma interna del clero y proponía que el estado apoyara y patrocinara el establecimiento de otras religiones en el país, para que los mexicanos tuvieran más opciones y el catolicismo se regenerara al experimentar la competencia. Veamos el entusiasmo con que el erudito se explica en 1878:

Empero, si hoy que podemos, a la luz de nuestras instituciones democráticas, procurar para el bien del pueblo y de la nación, su reforma religiosa, no la llevamos a cabo; si hoy que nuestro querido México se levanta grande en el camino del

⁴¹ La Guerra de Reforma (1856-1861) representó una serie de batallas y desangre en México. Pero a su finalización logró imponer los cambios legales y los objetivos liberales por lo que marcó un hito en la mentalidad de la época y aún sigue teniendo una capital importancia en la historiografía y la historia nacional.

progreso y de la paz, debido a los esfuerzos del admirable e inmaculado patriota que rige sus actuales destinos, no aprovechamos nuestro adelanto para arrojar de nuestras espaldas ese cadáver momificado del romanismo, cuyo cuerpo ha tantos años traemos auestas, entonces, o se levantará más tarde ese tétrico fantasma de la tiranía clerical para castigar nuestra impotencia y cobardía, o los hijos de nuestros hijos arrojarán sobre nuestra memoria, el escarnio de su [sic] miserias y esclavitud.⁴²

Como refiere, predice que el clericalismo resucitará si no hace nada al respecto, por eso mismo es que sigue proponiendo reformas al respecto. Siempre temeroso a una reacción retrógrada, afirma que no hay acciones suficientes para acabar a los fanáticos, y en gran parte fue acertado puesto que los conflictos religiosos siguieron presentes hasta muchas décadas después de 1867, aunque encubiertos por los gobernantes. Admirador de la Reforma, no sólo en cuanto a los logros que obtuvo contra la Iglesia sino en todos los aspectos en que impulsó a que México caminara por derroteros más libres. Admira a sus autores, a su propugnadores, a sus colaboradores;

Es innegable que sus autores, guiados por las elevadas miras de su fecundo genio, no sólo ambicionaran el progreso de nuestras instituciones políticas, sino aún más la reforma radical de la Iglesia romana que, por su intolerable conducta, errores y fanatismo, había venido siendo constantemente una seria amenaza al bienestar del país en su régimen constitucional, y al del pueblo en su orden moral.⁴³

Afirmaba Ramírez en 1878, poniéndonos otro ejemplo de vinculación del progreso con la política. Muestra su anhelo de medro y de avance en las instituciones políticas. Además de reiterarnos que la cuestión religiosa continuó siendo de indudable carga política, su propósito fue claramente cuidar a la nación de la constante influencia clerical y de la obediencia al Papa que muchas veces era interpretada como pérdida de soberanía. Aludía a los cambios que Savonarola⁴⁴ o Crammer solicitaba para la Iglesia, es decir, pidieron el progreso de la misma Iglesia católica, su transformación, pues comprendían que esa institución continuaría ejerciendo su impronta sobre el pueblo y sobre la política, por ende, lo más saludable era reformarla incluso después de que obtuvieran la separación de la Iglesia y el Estado. La Reforma era para el estudioso un signo evidente del avance del país; “La Reforma es la Constitución que el pueblo se ha dado adoptando nuestros principios de progreso, ilustrándolos con la Ley Lerdo [...]”,⁴⁵ fue un hombre que claramente identificó los principios liberales con el progresismo y que a los conservadores no les otorga ninguna

⁴² Ramírez, Ignacio, *Obras Completas III, Discursos, Cartas, Documentos, Estudios*, Op. Cit., p. 369.

⁴³ Ídem, p. 364.

⁴⁴ Girolamo Savonarola (1452-1498), propuso una reforma político-eclesiástica, que redundó en su ejecución en la hoguera por complot de sus enemigos florentinos, quienes utilizaron sus ideas para poner a la Iglesia en su contra.

⁴⁵ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas IV, Estudios literarios y poesías, Poemas y apuntes inéditos*, México, Centro de Investigación Científica “Jorge L. Tamayo, A. C.”, 1984, p. 289.

cualidad de avance sino que los denomina el partido del retroceso. A diferencia de otros liberales Ramírez no ve que los conservadores estén intentando lograr también el desarrollo del país por otros medios como sería el régimen monárquico o preservando los fueros del clero católico sino que ve en los conservadores al grupo socio-político que impidió el progreso y que sólo buscaba mantener sus privilegios.

Para Manuel Payno, en cambio, la Reforma representó una *evolución*, un punto que *tenía* que llegar después de la Guerra de los Tres Años. Su postura refleja de nuevo un determinismo que proviene de las lecturas que hace de los positivistas. Para él lo que devino naturalmente tras la Constitución de 1857 fue la lucha liberal-conservadora, en la que no precisamente tenían que ganar los liberales, sino que lo que evidentemente iba a suceder era la desaparición de un partido a manos del otro. La Constitución fue como un catalizador que empujó a los mexicanos a resolver definitivamente sus diferencias:

Tras la guerra civil vino la Reforma. Era una *evolución* y tenía que resolverse definitivamente. O los liberales aniquilaban definitivamente á sus adversarios y conquistaban la libertad civil y religiosa, ó los conservadores reducían a la impotencia á sus enemigos y concluían por traer un monarca católico extranjero y sentarlo en el trono de Moctezuma.⁴⁶

Esto refiere Payno demostrando su gran confianza, compartida por muchos, en la posibilidad de predecir la historia, de conocer el camino que seguirá una nación; los nuevos conceptos venidos de naciones extranjeras los secundan grandemente a realizar sus interpretaciones.

Otro que hace gran uso de las nuevas nociones fue Justo Sierra, y es interesante examinar las aplicaciones que hace de ellas al interpretar a la Reforma. Sierra ya no se reconocía como miembro de la generación de la Reforma, respetaba a sus artífices y les elogiaba, pero veía que el partido liberal, tras la Intervención Francesa, había concluido su papel protagónico en el avance del país. En una misiva dirigida a Altamirano con motivo de un debate contra la vieja guardia liberal refiere del nuevo partido del orden que

Nuestro amor por la generación de la Reforma es puramente <altruísta>, como dirían los discípulos de Comte; mientras que en los miembros de generación que aún dirigen la corriente intelectual en el partido democrático es un sentimiento <egoísta>: es el amor propio.⁴⁷

Hace palpable su diferencia con los liberales de la Reforma, no porque él sea conservador, sino porque ve que ellos serán los que impedirán el desarrollo del país. Es que para él los liberales continuaron teniendo en mente ideas revolucionarias que ya serían

⁴⁶ Payno, Manuel, *Barcelona y México en 1888 y 1889*, Op. Cit., p. 26.

⁴⁷ Sierra, Justo, *Obras completas I, Poesías*, 3.- ed., Nueva Biblioteca Mexicana, no. 49, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. 70.

inútiles para la nueva etapa de México. Va a ser a la nueva generación, la de los positivistas, a la que consideró que manejaría de manera más óptima los negocios del país, debido a que pensó que no estaba conformada por estudiosos tan apasionados como lo fueron los que fraguaron la Reforma. En la misma carta a Altamirano de hecho afirma que “Hay una cosa superior a nuestros afectos y más grande, no vacilo en decirlo, que la reforma, la libertad y que la patria misma: la verdad”. Poniendo en mayor altitud la búsqueda de la verdad hace parecer a sus oponentes como demasiado radicales y enamorados de su ideología. Empero lo que afirma lo dice también para justificar la toma de un nuevo sendero por parte de los dirigentes de la República que encontró la paz y el orden.

La idea de Reforma nos trae a la mente las ideas de cambio, de progreso, implica el hecho de *volver a formar* algo, en éste caso la política, la religión y las costumbres. El concepto de *reforma* es entendido como avance y renovación, por ello mismo es que la Reforma mexicana es un suceso entendido como indisolublemente ligado al progreso. Las reacciones y opiniones de los letrados ante tal suceso son variadas pero hay que remarcar que todas coinciden en el gran cambio que significaron las leyes de Reforma y su implementación para la vida del país, y el peso trascendental que tuvieron para la historia de México.

Siguiendo en la revisión de las consideraciones de Sierra sobre la Reforma, podemos apreciar que continúa interpretando al devenir histórico como una sucesión de revoluciones, declarando que en el país no había habido mas que dos revoluciones o “aceleraciones violentas de su evolución”, que son la Independencia y la Reforma. La Reforma fue entonces una revolución empujada por la prioridad de afianzar una constitución, a decir de Sierra se necesitaba la libertad y el cambio social, lo cual hizo que estallara la guerra. De esa revolución dice que sus orígenes se rastrean en la invasión norteamericana, que probó la incompetencia de las clases dirigentes y la necesidad de una transformación.⁴⁸ Cualquier movimiento político y cualquier acontecimiento que era realizado por los dirigentes era visto en términos de progreso o retroceso, podemos citar múltiples muestras, la que nos otorga Sierra consiste en asegurar que la Independencia y la Reforma fueron hechos que brindaron avance. La disminución de poder que lograron los reformistas fue una victoria que fomentó el progreso, aunque para Sierra no sólo el Estado logró ventajas sino que también la misma Iglesia, esta interesante cuestión la plantea argumentando que la Iglesia también se deshizo de un obstáculo; que era el poseer tanto poder material como poder espiritual, las tierras le estorbaban para dedicarse a lo suyo. El maestro nos refiere que “de la Reforma a nuestros días el catolicismo consciente ha ganado más terreno en México del que poseía cuando era dueño absoluto del poder”⁴⁹, afirmación hecha en 1892 y producto

⁴⁸ Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, Op. Cit., p. 193.

⁴⁹ Ídem, pp. 230-231.

de las apreciaciones que hace de los manejos y convenios entre el Estado porfirista y el clero.

Continuando con el tema de la Reforma y de las revoluciones, nos dice Sierra que ellas no pueden llevarse a cabo sin la participación de las grandes personalidades, la aceleración histórica sólo es posible para él cuando los grandes hombres participan, por ende, la Reforma la cataloga imposible si no hubieran intervenido individuos como Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez o Benito Juárez.⁵⁰ Con esta afirmación el maestro parece estar de acuerdo con los lineamientos del heroísmo o teoría de los grandes hombres, cuyo, al igual que otros intelectuales, Sierra se siente inclinado a dar crédito y considerar las aportaciones de la filosofía mencionada, prueba evidente de que consideraban las aportaciones de diversas ideologías en la construcción de sus argumentos.

Cabe destacar que el papel de varias personalidades mexicanas es en Sierra trascendental, primordialmente las acciones de Benito Juárez, lo prueba su afán de vindicar al héroe ante los ataques que recibió de parte de Francisco Bulnes. Sabemos que el libro *Juárez, su obra y su tiempo*, lo escribió Sierra ex profeso para lo referido, cuestión que no hay que dejar de tener presente. Entonces, las actividades de los reformistas son puestas en alto, justificadas y apoyadas en un continuo patriotismo y orgullo que muestra el autor del texto. Los reformistas, dice,

Jugaban un gran albur, pero era el albur que les tocaba jugar. Desarmar al clero, desamortizar, no bajo el pretexto, sino por la necesidad de salvaguardar la vida de la patria, era una formidablemente trascendental medida política; no habría habido otra ni más hábil, ni más patriótica, ni más progresista en nuestra historia; era la honra de la patria asegurada y al par la Reforma tornada indirectamente en un hecho irreparable. Era el desarme de una clase para armar a la nación.⁵¹

Consciente de la importancia de la Reforma en la historia de México, hace hincapié en ello, lo señala continuamente, en especial porque el desempeño que tiene Juárez para su realización es enorme y con ello agiganta a este también. Adjetivaba a la Reforma como progresista porque los hechos históricos más grandiosos, para los estudiosos de la época, siempre traían mejoras a la sociedad. Esto es un pensamiento común en el siglo XIX. La Iglesia católica, vuelve a decir Sierra, impide el progreso por el que trabaja el Estado. Por eso es que debían de suprimir sus privilegios. En el pensamiento imperante, si algo impedía el avance, había que suprimirlo o modificarlo. Cuando nos describe cómo la Reforma había sido perseguida desde antes de la Ley Lerdo, podemos entender que para él existe una suerte de progreso de las leyes de una nación, de progreso legal.

⁵⁰ Sierra, Justo, *Juárez, su obra y su tiempo*, Op. Cit., p. 7.

⁵¹ Ídem, p. 48.

Toda la Reforma estaba implícita en una ley fundamental: la de nacionalización de los bienes eclesiásticos. Las que se dieron en el mismo mes de junio de 59, estableciendo el matrimonio civil, constituyendo en poder del Estado los órganos necesarios para definir el estado civil de las personas [...] Todas las tentativas de reforma desde la independencia la habían preparado; resultó un resumen de cuanto se había intentado en el país. No era, pues, un aerolito; era el fruto de un árbol plantado por la Revolución francesa en suelo abonado por la sangre de nuestros abuelos; por eso la llamaron LA LEY ROJA; tenía el color del terruño que le había dado su savia.⁵²

En el párrafo citado vemos la consecuencia que existe en el pensamiento de Sierra al traducirnos la Reforma como producto de una evolución constante que al fin desemboca en una revolución que apresura los movimientos del pueblo. Una revolución no es para él un movimiento que estalla sin tener ningún antecedente, es un movimiento que se puede rastrear hasta hechos que sucedieron largo tiempo antes, en el caso discutido desde la Revolución Francesa. La puesta en práctica de las nuevas leyes era a lo que se debía de llegar, sin embargo, el pensador no era partidario de una intransigencia jacobina como el desprecio absoluto a los conservadores, sino que explicaba que los políticos debían hacer uso de cualquier elemento que les fuera útil si lograban encumbrar sus principios. Por esto mismo admiraba a alguien como Manuel Doblado, en quien veía a un hombre pragmático que podía tratar con cualquier bando, incluso con los extranjeros, sin que con ello se coligiera que era un moderado o que se pensara sacrificara parte de su ideología.⁵³ Esta misma lógica la aplicaría a cualquier bando político cuyos fines fueran el bien público y el progreso; nunca había que ser radical ni intolerante, esto traía disputas y desunión, en un país siempre necesitado de solidaridad.

El partido liberal explicó sus propios procedimientos, justificó sus acciones y esclareció sus propósitos. En mayo de 1861, tras la guerra fratricida que devastó el país, Benito Juárez emite un discurso en el que pide por la concordia nacional y reafirma los propósitos progresistas del gobierno. No hay más que revisar las actividades de los reformistas para percatarse de la confianza que ponen en sus ideales, de lo convencidos que estuvieron en hacerles la guerra a los conservadores, no tenían ninguna duda de que sus procedimientos eran los mejores para México. Las palabras de Juárez en su discurso de 1861 nos muestran estas cualidades:

Al desencadenarse la guerra con todas sus calamidades en toda la extensión de la República, causó males profundos, hondas heridas que aún no pueden cicatrizar. Pero en el mismo ardor de la contienda, el pueblo sintió la imperiosa necesidad de no limitarse a defender sus legítimas instituciones, sino de mejorarlas, de conquistar nuevos principios de libertad, para que el día que fueran vencidos sus enemigos no volviese al punto de partida de 1857, sino que

⁵²Ídem, p. 290.

⁵³ Ibídem.

hubiera dado grandes pasos en la senda del progreso y afianzado radicales reformas que hicieran imposible el derrumbamiento de sus instituciones.⁵⁴

No había duda que se habían conquistado elementos necesarios para el avance del país, y que aún había que seguir luchando por ellos, esto estaba presente en la mente de los pensadores, y admiraban el rumbo por el cual caminaba México. En lo mencionado por Juárez apreciamos de nuevo la presencia del progreso como meta política, los liberales consideraron que si no se lograba por medio de la vía pacífica había que recurrir a la contienda bélica, para el Benemérito existía la necesidad de “extirpar los abusos del pasado”, la continuidad de las antiguas formas tenía que ser extirpada. Y de todo esto afirma que salieron a la luz las leyes de Reforma.

La admiración que muestra don Justo Sierra para con la figura de Juárez la argumentó reiteradamente, admiración que compartieron casi todos los hombres de la época, aunque algunos señalaran oportunamente los errores que tuvo el líder de los liberales mas esa señalización fue hecha como una crítica saludable. Altamirano, por ejemplo, puntualiza que no se hizo mucho por elevar la educación general del pueblo y que poco menos por elevar la civilización pero dice que “Alguna disculpa puede tener en esto por las revoluciones que constantemente turbaron la paz pública y por el poco empeño que tomaron los gobiernos locales en la propagación de la enseñanza popular”,⁵⁵ disculpa puede tener la nación juarista por haber padecido constantes y graves problemas que impidieron realizar muchos de los proyectos que tenían planeados. Estas señalizaciones las apuntó Altamirano en 1883, cuando ya estaba apaciguado el entusiasmo del combate por la libertad y la Reforma, que sin embargo no pueden ser interpretados estos comentarios como descalificadores de Juárez sino como una anhelo por referir la verdad.

Dice Altamirano, en la misma obra, que “Pocos progresos económicos y materiales se realizaron en su época, tal vez por iguales motivos, y se limitaron a la protección otorgada al ferrocarril de Veracruz”, el literato parece comparar la era juarista con la porfirista, en tal caso son claras las diferencias en cuanto a industrialización y economía, y él mismo lo sabe. Conocía de las dificultades vividas en tiempos de la Reforma y luego en la Intervención, por eso mismo su *tal vez por iguales motivos*, bien pronto puede ser convertida en una certeza; los adelantos no obtenidos en un gobierno de alguien tan bien considerado como Juárez se explican por las prioridades, y la prioridad en su tiempo era derrocar a la reacción.

Veamos un poco de las ideas de Bulnes con respecto a la figura de Juárez y la Reforma. Francisco Bulnes publicó en 1904 su obra *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, la cual provocó fuertes reacciones y que hizo que Justo Sierra

⁵⁴ Ídem, p. 210.

⁵⁵ Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas II, Obras históricas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 110.

escribiera su libro sobre Juárez para refutar muchos pensamientos plasmados en la obra de su rival. No es nuestro objetivo deliberar sobre las polémicas que provocó Bulnes sino reflexionar sobre lo que dice acerca del cambio y el progreso histórico en la época de la Reforma. Otorga el mérito a Juárez de ser el jefe del partido progresista:

El gobierno de Juárez representaba la regeneración del país por las ideas; pero la regeneración de un país por las ideas cuando éstas no están sostenidas por los capitales. El clero y los pretorianos habían sido vencidos; la paz, la dignidad y el progreso de la República exigían emancipar a México de la tiranía y la depravación diplomáticas.⁵⁶

Es el partido liberal el que va a cambiar para bien las formas en México, empero Bulnes aprecia que no son sólo las ideas las que modifican los usos políticos de un país sino que se necesita del apoyo de los detentadores del poder económico. Si el poder económico era lo que les faltaba a los liberales para su triunfo, éste hubiera sido más rápido, los recursos obtenidos por los reformistas no aceleraron la consecución de sus intereses, hay que decir que en ocasiones es más necesaria la absoluta fe en las ideologías y la convicción de poseer la razón que los recursos para que un bando político triunfe. Para el erudito, al igual que para la mayoría de los estudiosos, es indispensable eliminar los vicios políticos y sociales de un pueblo para que el progreso corra libremente.

Un comentario interesante hace Bulnes con respecto al progresismo, ve en Melchor Ocampo a un individuo con mejores ideas de avance que las de Juárez;

Ocampo es más político que Juárez, no es un político de facción, ni de camarilla, sino un político de la humanidad; conoce que cada reforma contra el clero y el ejército tiene que ocasionar una revolución, y su programa es ir de una vez a un gran incendio.⁵⁷

Se olvida que fue con la unión de partido, con la solidaridad entre hombres del mismo pensar que se lograron las reformas que creían indispensables para el avance de México, si los conocidos liberales no se apoyaban mutuamente, ni se defendían, si ni siquiera formaban un grupo, aunque no homogéneo como se ha dicho pero sí con los mismos propósitos, poco hubieran podido contra las viejas clases gobernantes ni contra las viejas ideas. Esto es lo que refiere sobre el progreso y la Reforma.

Salado Álvarez, en su colección de descripciones y relatos que conforman sus *Episodios Nacionales Mexicanos*, nos presenta, de manera literaria, lo que es su postura ante el período estudiado. Aquí hay que ir con cuidado porque en ocasiones no es su postura la que se trasluce en sus palabras, sino la postura de su época hacia el tiempo de la Reforma. Es decir, nos otorga la visión del porfiriato sobre su pasado reciente. Salado nos muestra

⁵⁶ Bulnes, Francisco, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, México, Libros de Bachiller Sansón Carrasco, 1984, p.25.

⁵⁷ Ídem, p. 502.

cómo cree que se veían entre sí los hombres de los años de la dictadura de Santa Anna hasta la Intervención Francesa, lo hace por medio de una muestra de los pensamientos de hombres de diferentes credos y posturas. De Comonfort, personaje del cual ya hemos visto varias opiniones de los intelectuales, dice que es

Un jefe de Estado que se consuela de estar mal con todo el mundo, diciendo que todos los que vean no sigue ningún partido extremo, se convencerán de que lleva la razón; que vive amancebado con la mentira, y forma de ella un sistema de gobierno; el que en esta tempestad deshecha no quiere mover su barca por no estrellarla contra un escollo ni dejar que las olas acaben con ella, y que la expone al mismo tiempo á encallar y á zozobrar, no puede salir bien de este peligro.⁵⁸

Lo citado es una crítica que Salado Álvarez pone en boca de Francisco Zarco, nos muestra entonces la crítica que pudo haber hecho un insigne liberal contra un político ya considerado por antonomasia como moderado, un político al que calificaban como tibio e indeciso. Pero más que nada contra sus acciones, las que consideraron como inapropiadas en unos años de dificultades para México y en el que era sentida una necesidad de actividades para lograr el expedito avance de la situación –los liberales- o la pronta implementación de acciones que preservaran la situación –los conservadores-. Nos pinta un no menos interesante diálogo ficticio, no muy separado de lo que debió ser la realidad, entre Comonfort, Iglesias, Baz y Riva Palacio, afamados pensadores y políticos que trascendieron en sus años. Aquí nos permitimos reproducir un fragmento del diálogo, que pinta muy bien las indecisiones de Comonfort y que sobretodo realza lo que es el debate en torno a la Reforma y los medios adecuados para empujarla.

Comonfort. Pues lo que no puedo hacer como hombre honrado, nunca lo haré como Presidente.

Iglesias. Entonces, échese usted en brazos del partido puro, que olvidará todo lo que ha pasado.

Baz. Pero es menester, en ese caso, declarar bienes nacionales los del clero, reducir las monjas, acabar con los frailes, echar á unas cuantas docenas de hombres de la República, y quizás fusilar á otras; en fin, entrar de lleno en el camino del progreso.

Riva Palacio. Y hecho esto, convocar una asamblea que dé una nueva Constitución al país; así aceptará el partido puro la revolución de Diciembre.

Comonfort. Imposible: ¿cómo voy á desterrar al arzobispo, para que se muera en el camino y me llamen asesino toda mi vida? ¿Cómo voy á hacer que los soldados peleen con valor y con fe, si saben que no los han de absolver á la

⁵⁸ Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano/2*, tomo 2, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 130-131.

hora de su muerte y que no los han de enterrar en sagrado? Yo no perderé el camino honrado, yo no iré para atrás, pero que se me deje tiempo y pensaremos cómo las reformas se van planteando, sin violentar la conciencia de la gente timorata.⁵⁹

El texto nos muestra un Comonfort liberal pero apaciguado, moderado. Como referíamos, este fragmento es un dechado de cómo los dirigentes discutían las formas de llevar el país hacia adelante, pero en el que concuerdan que el objetivo es el progreso. Un sueño compartido, en el que no se ponían de acuerdo en el método para conseguirlo. Éste escritor nos pone una exageración en el que los puros parecen demasiado radicales, los conservadores intransigentes y los moderados indecisos. Sin embargo hay una cierta verdad en la pintura, las características de los diversos grupos tuvieron su razón de ser y esta era precisamente que su forma de actuar reflejaba su manera de pensar, la manera en que creían que se tenían que conducir las riendas para un mejor resultado.

En otro pasaje de la obra de Salado encontramos una relación curiosa de lo que decía un liberal, en este caso no un liberal conspicuo sino uno de los de la base del partido, sobre el progreso:

Cuando la *mensajera del progreso*, coronada con su *penacho de humo*, corra por las *paralelas de acero*, seremos dichosos, muy dichosos... Yo me inclino á las doctrinas liberales, que vienen de las enseñanzas del mártir del Gólgota, de ese hombre insigne que en la cima del monte de la Calavera *selló con su sangre los ideales modernos*.⁶⁰

Aquí nos hace ver la manera en que ideas como la de libertad y la de progreso habían descendido a las mentes de los individuos de todos los niveles del grupo. Esas nociones no eran comprendidas realmente por algunos hombres, esto nos lo hace ver Salado al reflejar que muchas de las nociones sólo eran repetidas sin entenderlas; las palabras en cursivas de la última cita son las que el liberal sólo repite de memoria (en el texto podemos apreciar el discurso completo del “intelectual” emitido de esta manera), que ha tomado de las grandes palabras que se habían difundido en la plática cotidiana o que había leído en los escritos de los estudiosos.

Los pensamientos filosóficos también habían descendido a las masas pese a que la mayoría de sus integrantes no era ilustrado. Ideas como constitución, república, democracia, entre otras, hayan sido o no entendidas en todo su significado, tampoco fueron seguidas con unanimidad por el grupo liberal. Podían ser, por ejemplo, liberales pero no constitucionalistas como nos lo hace ver Salado Álvarez de José Baz a quien le hace decir de la Constitución de 1857 que “no se puede gobernar con ella. Si se trata de seguir el

⁵⁹ Ídem, p. 314.

⁶⁰ Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano*/3, tomo 3, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 207.

camino del progreso y de las reformas, tiene tales trabas y tales inconvenientes, que es imposible que el ejecutivo pueda marchar”, entonces, para unos las ideas eran formulismos. Pero el debate no radica sino en conocer qué medios son los necesarios para obtener el progreso. Mas hay un camino, que también nos subraya Salado Álvarez, que los liberales debieron de seguir para lograr la Reforma, ese sendero fue el de la guerra, y encontramos entonces un camino en el que todo el bando coincidió cuando los reaccionarios que impedían el progreso continuaron intransigentes –y a la cual también se lanzaron los conservadores al considerar a su vez que los puros eran los que impedían el progreso al propagar la anarquía-.

¡La guerra! ¿Qué cosa más tremenda?, ¡vive Dios! Hemos hecho lo que habría hecho cualquier partido en nuestro caso. Nosotros queremos el movimiento, el progreso, la vida; sacar á nuestra patria de la atonía colonial, hacerla semejante á los países en que los hombres adoran á Dios como les place, se tratan como iguales y gozan de deberes y de derechos.⁶¹

El intelectual del porfiriato, Victoriano Salado Álvarez, sabe que el progreso, el avance, la justicia, entre otros conceptos, son un lugar común en la retórica del siglo XIX, sabe que son palabras que fueron repetidas en los discursos y contiendas políticas, pero también sabe que son ideales en la mente de los dirigentes de los grupos políticos, son ideales que comunicaron y compartieron con el pueblo, con un pueblo que quizá no entendía con plenitud lo que era la democracia o la constitución, por decir algunos conceptos, pero que sí intuía y creía que eran ideales que debían otorgarles grandes beneficios. El movimiento es lo que era pensado preservaría con vida al pueblo, si continuaban con las formas de la Colonia el país fenecería, a ello aludían los reformistas, era visto en la literatura, el periodismo, la charla cotidiana, la Reforma se derramó a todos los ámbitos de la existencia mexicana y marcó una época, cuestión muy tomada en cuenta por los letrados.

La Intervención

¿Qué significó la Intervención Francesa en el progreso de México para los intelectuales? Es una cuestión cuya respuesta falta ser dilucidada a fondo, que en una primera impresión nos brinda opiniones divergentes de parte de los intelectuales mexicanos empero en los que sobresale en un sentimiento casi unánime para con ella; su rechazo. En la construcción del nacionalismo mexicano, la Intervención no debía significar un bien, un avance para México, porque aquel acto representaba una mancha en el honor de la patria. Aquí revisaremos unas cuantas opiniones sobre el acontecimiento, consideraciones que se volverán a tocar en otras secciones de este trabajo.

Como hemos comentado, los hombres de estudio de tendencia liberal, muestran una gran consideración por la lucha por la Independencia y contra la Intervención debido a que

⁶¹ Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano/2*, Op. Cit., p. 485.

son las guerras que construyeron a la nación mexicana. La expulsión de los franceses fue vista como una segunda Independencia por muchas gente, como Ignacio Ramírez, y aún más, como el triunfo definitivo contra los conocidos rivales conservadores. Para Ramírez, por ejemplo, es evidente que ni Napoleón III, ni Maximiliano, podían representar un progreso para México, aunque el mismo archiduque poseyera pensamientos marcadamente liberales. Refirió que únicamente por medio de la independencia ante otros Estados era que México llegaría a un progreso general. Lo que pasa es que El Nigromante vivió en persona, como muchos más, las tropelías de los invasores, pensaba que sólo llegaron para realizar exacciones, matar patriotas, fundar una colonia, exhibiendo entonces barbarie en lugar de civilización.⁶² Llega a criticar, con su agudeza y sarcasmo característicos, las características liberales de Maximiliano. En uno de sus discursos sobre los proyectos que armó para su imperio, el archiduque asegura que los principios en los cuales se sostendrá su gobierno serán los de

[...] inviolable e inmutable justicia; de igualdad ante la ley; el camino abierto a cada uno para toda carrera y posición social; la completa libertad personal bien comprendida [...]; el fomento de la riqueza nacional; las mejoras de la agricultura, de la minería y de la industria [...]⁶³

Continúa enumerando una serie de procedimientos y puntos que quiere llevar a buen término, a los que Ramírez refutó asegurando que esos son pensamientos a los que en conjunto se les puede llamar programa, pero teniendo este programa tan pobres cualidades, ideas tan trilladas y mentiras tan cínicas que el Nigromante hace una ingeniosa burla de él mencionando que es

[...] uno de esos planes de bienandanza que sabe hacer muy bien cualquier sargento que se pronuncia, cualquier jugador que conspira en un café, y hasta la más humilde vejezuela que se entromete en la política; oficio de charlatanes muy antiguo.⁶⁴

Es un proyecto tan lleno de embustes para él y también aprecia que todas las buenas intenciones encontradas son en realidad sólo para unos cuantos, para la cúpula conservadora e imperialista. Claro que este intelectual era acérrimo enemigo de los intervencionistas por lo que recalca lo endeble de los argumentos de los susodichos. Pero tengamos en cuenta que cualquier bando político podía usar la bandera del progreso.

Con lo que acabamos de mostrar podemos ver de nuevo, cómo los proyectos para brindar progreso o la falta de programas para la consecución del mismo son convertidos en armas políticas. En los últimos párrafos citados vimos cómo un gobierno –incluso invasor– para auto-justificarse hace énfasis en los proyectos de transformación que tiene (hayan sido

⁶² Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, Op. Cit., pp. 436-437.

⁶³ Ídem, p. 437.

⁶⁴ Ibídem.

bien meditados o no). Y vemos cómo un enemigo del gobierno en turno puede lanzar burlas y construir argumentos críticos contra el programa o discurso progresista enemigo para hacerlo ver mal. Una estrategia que surge también con frecuencia en aquel México, inclusive algunos de los que hacen uso del susodicho estratagema no tienen completa conciencia del valor del progreso como método de propaganda. El progreso siempre fue tomado, por miembros de cualquier clase de la época, como un bien, independientemente de cuál fuera la definición de progreso. Es digno de remarcar que Ramírez hace la crítica al discurso de Maximiliano en 1864, desde un autoexilio del centro de la República ocupada, lo cual implica el conocimiento del sanmiguelense de cómo dañar y desprestigiar a los enemigos.

En Ramírez hay que precisar su patriotismo, pues muestra un encono hacia los invasores europeos empero nunca deja de mostrar su idea de que por medio de la emigración extranjera se iban a obtener grandes beneficios para el país. De aquí podemos partir para igualmente marcar la diferencia entre nacionalismo y progresismo en el autor referido, ya que pone a los franceses y sus coligados como los malvados porque están interviniendo en México a través de la fuerza, y ello sin llegar a ser xenofóbico, pues su progresismo es caracterizado por recomendar una cierta colonización europea condicionada por el comercio y la industria y no a través de la conquista.

De manera similar, en los escritos de Justo Sierra Méndez, notamos la patriótica aversión por los invasores sin llegar a la xenofobia. Al igual que El Nigromante reconoce el provecho que puede acarrear el conseguir la llegada de europeos trabajadores, que exploten los recursos, que formen colonias, emulando a los Estados Unidos de América. Por lo mismo Sierra elogia a Juárez, pues el presidente siempre trató con fuerza a los intervencionistas y simultáneamente llamó al pueblo mexicano a tratar bien a los foráneos que trabajaban honradamente en el país.⁶⁵ Reflejo de que la corriente liberal mexicana, pensaba similar en cuanto a los extranjeros; podían establecerse en México mientras fuera para bien, mientras no se inmiscuyeran en la política y sobretodo mientras no vinieran como conquistadores o con un sentido de superioridad.

Sierra, al igual que Ramírez, cita los pensamientos de Maximiliano para hacer hincapié en las contradicciones que pudieran contener y también hace crítica a ellos. El archiduque, por ejemplo, cuando trató de llamar al bando liberal a sus filas dijo que se trataba de hombres que "...combaten, según dicen, en nombre de la libertad y por el principio del progreso, intentando inclinarles a que se sometiesen, como yo estaba pronto a hacerlo, al voto expresado lealmente por el resto de la población." Aseveraciones que refuta Sierra asegurando que Maximiliano estaba equivocado debido a una mala percepción de las opiniones; la mayoría de los mexicanos no estaba por el Imperio, además de que los proyectos del austriaco carecían de sustento para él porque no cuadraban con la situación

⁶⁵ Sierra, Justo, *Juárez, su obra y su tiempo*, Op. Cit., p. 290.

objetiva. El citar los textos de Maximiliano tiene su objetivo tanto en Ramírez como en Sierra, quieren demostrar que los líderes enemigos sólo usan conceptos como progreso, justicia o libertad como meras palabras carentes de un verdadera valor e intencionalidad, y que fueron usadas repetidamente para otorgarle belleza o credibilidad a un discurso.

El significado y la intención de llevar los altos ideales como la justicia, la igualdad o el progreso, a la dimensión de la realidad, son más palpables en los liberales mexicanos. En el relato escrito de los intelectuales hasta hay un gran optimismo por el progreso que está llegando a México. Para mostrar esto citaremos a Altamirano, quien en 1867, ya después de la expulsión de los franceses escribió:

Hoy, en México, esta nación que no necesita, como las otras, diez siglos para hacer su jornada; que atraviesa el espacio del progreso a pasos gigantescos, como los antiguos genios, se detiene una vez más, y mira la distancia que ha recorrido en cincuenta y siete años.⁶⁶

Con frases como la mostrada los intelectuales quieren hasta poner a México por sobre naciones como las europeas –Francia o Inglaterra-, de las cuáles se afirmó tuvieron que experimentar cientos de años de luchas hasta llegar a un gobierno republicano, representativo o democrático. En cambio, para Altamirano, los mexicanos tras la Intervención Francesa ya habían arribado a una etapa de democracia, libertad y progreso, con sus limitaciones, pero en un camino tempestuoso que duró tan solo cincuenta y siete años. Parece que ve la vida de las naciones como un proceso cuya finalidad es llegar a una etapa óptima en el que la mayoría del pueblo gozará de libertades y derechos, es decir a las naciones las contempla como en un devenir progresivo. Además, según la particular perspectiva de Altamirano, es por medio de la guerra, de los héroes y de los mártires como se exhibe el camino que un pueblo ha seguido y lo que ha obtenido en beneficios sociales y políticos, dice:

Hace cuatro años, se enorgullecía mirando la sangre de su primer época de independencia, la sangre de sus grandiosas guerras civiles, en la que los espíritus vulgares han visto el desorden; en la que los espíritus ilustrados ven la civilización; contemplaba la sangre de la Reforma, jornada que la alejó cien años del oscurantismo y de la barbarie colonial.

Pero hoy, en 1867, México ve además la sangre de la Reforma asegurada, fuerte, invencible.⁶⁷

Tras la Intervención fue vivido un espíritu de optimismo, en especial dentro del grupo triunfante. La victoria les parecía que había otorgado prestigio internacional a los mexicanos además de que los jefes liberales la consideraron como el fin de los conflictos y

⁶⁶ Altamirano, Ignacio M., *Obras completas I, Discursos y brindis*, Op. Cit., p. 155.

⁶⁷ *Ibidem*.

divisiones internas más marcadas. Así, las guerras de Reforma e Intervención son convertidas en pasos decisivos hacia la obtención de un mejor gobierno, más libre, justo, equitativo. Mucho de lo declarado por los liberales después de 1867 es una suerte de propaganda en pro de su bando, de los resultados que han alcanzado como grupo, de las ventajas que ha adquirido México, de lo que posteriormente va a ser traducido como beneficio social.

Lo citado aquí sobre la Intervención nos pone en la mesa algunos ejemplos de cómo era considerada esta etapa con respecto al progreso mexicano. También nos puede dar una idea de lo que opinaron sobre esa etapa en cuanto a su relación con el progreso mundial, ello por tratarse de un conflicto internacional. Igualmente es notable que todos por igual criticaron y atacaron a los intervencionistas, demeritando con bastantes argumentos las ideas progresistas que tenían, en especial las de Maximiliano. Así obtenemos una noción de lo que significó aquella guerra en los pensadores triunfantes.

El Porfiriato

Periodo caracterizado por un avance material y económico a costa de un sacrificio en los adelantos sociales. Lo cierto es que el verdadero bienestar económico era disfrutado sólo por unos cuantos, los demás aunque conocían y vivían “la pobreza y la miseria, tal vez vivía en mejores condiciones que sus padres”, es decir, las generaciones que vivieron entre 1880 y 1910, tuvieron una ligera mejora comparándolos con los que vivieron entre 1850 y 1880. Esto estuvo lejos de ser suficiente para evitar el estallido político y social con el que finalizó este periodo. La explicación de este estallido se encuentra entre 1890 y 1910, años en los que, pese haber presenciado una mejora económica rápida y donde las legislaciones impulsaron la inversión, se presentaron dificultades que provocaron gran malestar general; incrementó el precio de las tierras, la inflación se desató, la acumulación y acaparamiento de capital y tierras aumentó, sobrevinieron malas cosechas, los salarios reales cayeron,⁶⁸ todo esto impulsó el inicio de la Revolución. Y sin embargo pocos barruntaron el inicio de la misma, hasta ya muy cercano 1910, los intelectuales no fueron la excepción, durante esos años habían continuado con la misma fe en el futuro, en el progreso, la ciencia y la industrialización, fe que no siempre les permitió reflexionar sobre los malestares sociales.

En el porfiriato México se encontraba bastante politizado a pesar de los intentos del régimen por desaparecer esta politización. Así entonces encontramos que el ambiente académico también estuvo politizado: el periodismo, la literatura, la historia o la educación no se privan de esa característica pues con un gobierno que trató de controlar todos los aspectos de la vida mexicana difícilmente se podría lograr un desapego de la política. No obstante, al revisar los escritos académicos, nos encontramos que los estudiosos ya se ven

⁶⁸ Knight, Alan, “Tres crisis de fin de siglo en México”, en *Crisis, reforma y revolución, México: historias de fin de siglo*, Leticia Reina, Elisa Servín, Coordinadoras, México, Taurus/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002, pp. 96-97.

inmersos dentro del nuevo orden que se fue fraguando, y lo que logran asegurar es que ese nuevo orden es mejor que los anteriores.

Aquellos que vieron en el nuevo régimen algo peor a cualquier régimen antes visto, y que se atrevieron a decirlo, sufrieron las consecuencias; destierros, ostracismo, encarcelamiento. Tal es la razón por la cual muchos opositores a la dictadura van a ir guardando sus opiniones o las irán expresando de maneras muy sutiles, tal es la característica común en muchos artículos periodísticos o de investigación histórica. Asimismo en los primeros años de lo que se convertiría en la dictadura más larga de México van a venir sucediéndose un cambio en la postura de muchos intelectuales, van a pasar de apoyar a Díaz a ser sus opositores, o al menos a tener un alejamiento con respecto al gobierno. Una sencilla revisión a sus escritos nos permite sustentar ello, además de argumentar un desencanto que tuvieron con respecto a la política pese a que se estaban consiguiendo progresos e industrialización pero es que los pensadores también palparon la ausencia de libertades, cuestión que nunca pasaron por alto.

Podemos referirnos a una muestra de la espera continua, hasta en los lugares más recónditos del país, de la llegada de la modernización. En la famosa novela de Manuel Payno *Los bandidos de Río Frío* encontramos un texto literario donde su autor nos pinta lo anhelado en México desde antes de la época de Díaz y durante ella, pues la novela fue terminada en 1891, y Payno nos quiere decir que en esos tiempos se vivía un anhelo por la industrialización. Recrea, por ejemplo, en la reflexión de un abogado ficticio (personajes siempre inspirados o basados en personas reales) llamado Crisanto la aspiración de mejorar a su tierra:

No habiendo pleitos en el pueblo, estando los asuntos en corriente y todo el mundo en paz de Dios, Crisanto discurrió que era necesario que el progreso y la civilización penetrasen en el pueblo, que estaba poco más o menos salvaje, y que lo primero que debía hacerse era deslindar la propiedad y contener la codicia de los hacendados, que hoy se cogían un terreno, mañana otro, y así, sin sentirlo, iban despojando a los indios.⁶⁹

El pasaje es una evidente alusión y referencia al régimen porfirista, a la paz que creó Díaz y al crecimiento del poder de los caciques o hacendados. Debemos notar por igual que otra intención que tiene el escritor es demostrar que no todos los hombres eran políticos corruptos y voraces sino que existían personas que buscaban un bien para la sociedad, o al menos personas que se percataban de los males del sistema y estaban inconformes con ellos. ¿Y cuál es ese bien que algunos quieren para la sociedad? Pues es “el progreso y la civilización”, aunado con un deseo de justicia en todos los niveles. Los tan mencionados y alabados ideales humanos, sociales, políticos o filosóficos que pueden

⁶⁹ Payno, Manuel, *Los bandidos de Río Frío*, 19.- ed., Colección “Sepan cuantos...”, número 3, México, Editorial Porrúa, 1999, p. 128.

ser el progreso, la igualdad o la justicia, los vemos traspasar al ámbito literario, en éste caso a una novela costumbrista que tiene como una de sus principales intenciones pintarnos a una sociedad en todos sus aspectos. Es en esta novela donde también encontramos una excelente descripción de lo que es el progreso para Payno, por supuesto que relatado con métodos literarios empero es notable que hace salir, aunque sea brevemente, su opinión para con esa idea:

Lo que los políticos, con gran entusiasmo y agarrándose de él para medrar, llaman progreso, es una cosa que efectivamente existe y que empuja unas veces a la gloria y otras al precipicio; pero no importa, empuja siempre, y no hay medio de evitarlo.⁷⁰

Con un tono cómico donde el literato no define propiamente al progreso pero sí lo describe como algo real que siempre empuja, a donde fuera, reconoce claramente la vinculación que se había hecho de ese concepto con la política, otro reflejo nítido de la vida mexicana del XIX. El tono en que se pueden leer las últimas palabras citadas nos trae una especie de distanciamiento por parte de Payno, con respecto al ideal del progreso, distancia que en otros pensadores también encontramos. Los eruditos no demuestran ninguna ingenuidad en sus escritos con respecto al tema, como hemos venido viendo, creen en el progreso pero no siempre fanáticamente.

Hay más preocupaciones sociales en los pensadores además de la consecución del avance de la civilización. En Ignacio Manuel Altamirano hay varias expresiones de esa preocupación, en pleno porfiriato las pone a la luz. En un discurso de 1881 ante el Congreso asevera:

Pues bien, señores diputados, yo quiero el progreso en mi país; pero no lo deseo tanto, ni me ciega el entusiasmo al grado que crea que debe preferirse la construcción de una vía férrea inmensa, que traiga todos esos magismos de que se nos ha hablado aquí, a costa de la propiedad de los ciudadanos.

En los antiguos sistemas el bien procomunal era lo primero y el bien individual era secundario, estaba sometido al procomunal, pero en nuestro sistema democrático el derecho individual es lo primero y el bien procomunal se detiene en su presencia. Esto está consignado en la Constitución de 1857; nosotros hemos proclamado estos grandes principios del individualismo germánico, contra los antiguos principios del derecho romano.⁷¹

En los Congresos en funciones durante las administraciones de Manuel González y de Díaz era común discutir cuáles eran las mejores reformas para conseguir la industrialización del país y la forma más expedita de inyectar capital a México. Pero como se pudo haber leído, no siempre tenían acuerdos y en algunos sectores estaba creciendo una

⁷⁰ Ídem, p. 209.

⁷¹ Altamirano, Ignacio M., *Obras completas I, Discursos y brindis*, Op. Cit., p. 327.

preocupación por lo que ahora denominaríamos como voracidad capitalista. Es al individualismo egoísta a lo que hace crítica Altamirano no al individualismo que protegen las leyes contra los designios del Estado. Pues es a este último individualismo al que alaba. En cambio su maestro Ignacio Ramírez ataca categóricamente al individualismo, poniéndose a favor del bien común, en sus escritos sobre los derechos de propiedad es notable. Empero ninguno de los dos tenía duda en que desde el último cuarto del siglo XIX México ya estaba viviendo un gran progreso material, pese a otros malestares que pudiera estar causando el gobierno. El adelanto material era algo visible e innegable y de una manera crítica lo elogian. Altamirano mismo resalta que:

La república marcha ya por el sendero del progreso; la paz se establece y el interés de los pueblos y las esperanzas del trabajo la consolidan. El progreso material abre con el establecimiento de telégrafos y de ferrocarriles nuevas fuentes de riqueza pública, al mismo tiempo que el incremento de la agricultura y del comercio aumentan el valor de la propiedad en el interior y levantan nuestro crédito en el exterior, atrayendo capitales que buscan aquí aplicación productiva.⁷²

Ante los adelantos y la transformación que perciben es diáfana la admiración que sale de la pluma de los hombres de aquella época. No podían decir menos, antiguos liberales que habían vivido la mayoría de su vida en tiempos de guerra, después ven una época de orden y progreso. Tengamos en cuenta que muchos de los letrados fueron hombres viajeros, que asimismo se asombraban con los adelantos que había en otros países, lo cual deseaban para México. Consideremos también que el siglo XIX fue el siglo del buque de vapor, de la locomotora, de los avances médicos y científicos, a ello aspiraba la clase dirigente del país, con especial esmero los intelectuales. ¿Porqué estos últimos en especial? porque veían el apogeo comercial de la dictadura como resultado de los trabajos de la generación liberal, a la que muchos pertenecieron o de la que fueron alumnos directos. Otra ya conocida razón es la fuerte influencia (de la que no les era posible sustraerse) de las ideas exógenas que exaltaban el progreso y los logros de la ciencia, ideas circulantes en las primeras potencias del mundo desde hacía varias décadas. De la misma manera el nacionalismo es una noción imperante a la par que las otras, el saber a cuál de dos virtudes, al patriotismo o al progresismo, dar preferencia, sería una cuestión en debate a muchos niveles.

Puesto que Nación y Progreso son dos nociones de las que ya se iba hablando mucho desde principios del XIX, durante el gobierno de Díaz no serán cuestiones que se dejen a un lado, ni mucho menos, aunque parezca que se dio preeminencia al progreso material, las dos cuestiones nunca dejaron de ser pensadas y debatidas. En 1881 Altamirano, en un discurso, nos otorga una visión en la que le da preeminencia a la Nación;

⁷² Ídem, p. 371.

¿Para qué servirían sin la patria estas grandes mejoras que admiramos y en las que hemos vinculado nuestras más bellas esperanzas de felicidad pública? Sin la patria, los ferrocarriles, los telégrafos, todos los adelantos modernos se convertirían en otras tantas cadenas de la esclavitud.

El progreso material se tornaría en instrumento de dominación. El pueblo que no tiene patria no puede ser feliz aunque sea rico; su riqueza misma constituye su desgracia.⁷³

Parece que Altamirano llega bastante lejos con sus reflexiones, pues bien alcanzó a entrever los grandes perjuicios futuros que puede acarrear el progreso, llegando a prevenir de las “cadenas de la esclavitud” que crearía una modernización sin la protección del Estado. En efecto, en los años posteriores el mundo presenciara y experimentaría con mayor énfasis los efectos de una industrialización y modernización que fue y es más perjudicial que beneficiosa para algunos países cuando no poseen una estructura estatal fuerte. Entonces, como dijo Altamirano, el progreso podrá ser convertido en “instrumento de dominación”. Acertada afirmación, pues las sociedades llegaron a ver cómo con el pretexto de llevar el progreso material a todos los pueblos, las primeras potencias implementaron políticas que resultaron en una dominación económica de las naciones en vías de desarrollo o del tercer mundo, tras hacerlas endeudar, hacer que compraran los productos tecnológicos de las primeras (coerción de clientela), entre otras maquinaciones.

El maestro Ignacio Manuel Altamirano llega a tomar como menores los éxitos materiales cuando no hay manera de protegerse de lo que pudieran convertirse en daño a la sociedad, para él únicamente hay que conmemorar y congratularse por los adelantos cuando existe un Estado fuerte, cuando se privilegia al pueblo y no se pasan por alto los derechos individuales. “Por eso, cuando se solemniza la inauguración de una gran mejora, y se siente difundir en torno de esto el aliento de la patria libre, se respira el aire de la felicidad y se piensa en la patria como el numen que nos protege.”⁷⁴ A lo que llega el maestro es a expresar claramente que no desea una modernización a costa de sacrificar parte de la soberanía de la patria, ni vendiéndola a las exacciones de los extranjeros o perjudicando a los ciudadanos. Empero, sus ideales pocas veces fueron seguidos durante el porfiriato, o al menos pocas veces se llevaron al terreno práctico. Sigamos entendiendo las ideas de Altamirano; no sólo veía como perjudicial el avance económico cuando no se tenía la seguridad de la patria, pero tampoco confiaba en él si no había libertad, ambas ideas lo encaminaron a considerar que los héroes de la independencia de México, no sólo brindaron la libertad o construyeron a la nación,⁷⁵ sino que también, y por esas mismas razones, proveyeron las bases para un progreso seguro. Aunque con prevenciones y advertencias, nunca deja de apoyar la idea de que el gobierno debe de impulsar la mejora

⁷³ Ídem, p. 436.

⁷⁴ Ibídem.

⁷⁵ Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas II, Obras históricas*, Op. Cit., p. 306.

material, y lo hace con mayor énfasis en el advenimiento del porfiriato, hasta se puede leer en él que aboga por el uso de la fuerza por parte de los gobernantes cuando es necesario,⁷⁶ pues para el avance del pueblo es indispensable, según él, la seguridad en el país y la eliminación de la anarquía que pudiera surgir en la forma de levantamientos y asonadas.

Una idea semejante sobre la obligación de hacer uso de la fuerza -y otras estrategias- por parte del gobierno la tenía Ramírez, para quien no son útiles para el progreso los gobernantes débiles e ingenuos. El apoyo que parece dar a las dictaduras lo hace en ocasión de la de Díaz, a finales del XIX Ramírez, como Altamirano, están cansados de tanto desorden e inseguridad. Para ellos es indispensable un gobierno enérgico sin el cual, aseguraron, seguiría sucediendo lo que con la administración de Sebastián Lerdo de Tejada; todas caerían inmediatamente se presentara un levantamiento bien meditado.⁷⁷ Por eso para el Nigromante es indispensable un buen programa, en especial para un dictador. Dice que un gobierno fuerte sí cambiaría la situación general del país, tal gobierno debería de emplear todas sus herramientas para modificarla y que “a menos de ser un insensato no puede comprometerse a consumir tan grande empresa sin violencia, sin la corrupción y aún sin el crimen; lo único que puede asegurar es que lo más legal a veces será lo más necio”.⁷⁸ Palabras sorprendentes en un intelectual que siempre mostró una honda preocupación social, sin embargo siempre hay que tener presente las circunstancias por las que las afirmó, ansiaba ver una gran transformación para México y sugirió que algunas veces era recomendable pasar por alto algunas normas legales y conveniencias legales, no porque fuera fanático del progreso a ultranza sino porque a veces se tenía que ser drástico para la obtención de los objetivos.

“Miserables moralistas de café asustadizos y llorones, vosotros no habéis nacido para cambiar el mundo; y la República tiene que sufrir una transformación prodigiosa”⁷⁹, pregonaba el intelectual a aquellos políticos muy apegados a la legalidad o a la obediencia ciega a la Constitución. No perdamos de vista que para la década de los ochentas los levantamientos militares ya eran vistos como un atavismo, un impedimento para el progreso, pero primordialmente porque habían causado desesperanza y decepción, porque

⁷⁶ Ídem, p. 115.

⁷⁷ El levantamiento por el que cayó la presidencia de Sebastián Lerdo de Tejada fue el del Plan de Tuxtepec de Porfirio Díaz, empero este no fue el único levantamiento que lo empujó hacia su caída sino también el que realizó casi simultáneamente José María Iglesias en Salamanca contra el fraude (1876). El hecho de que Altamirano haya catalogado al Plan de Tuxtepec como uno bien meditado lo pone en el bando porfirista por elogiar esta revuelta que según su opinión trajo grandes beneficios al país. Durante la presidencia de Lerdo fueron reprimidas varias huelgas promovidas por el Gran Círculo de Obreros de México y fue sofocada la rebelión indígena de Nayarit acaudillada por Manuel Lozada, estos hechos fueron de gran influencia para que intelectuales como Ramírez, Altamirano, Sierra, Bulnes, etc., no se adscribieran a los movimientos socialistas o comunistas y que en cambio promovieran y secundaran una política fuerte para sofocar este tipo de movimientos que según su visión provocaban anarquía y retardaban el progreso.

⁷⁸ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas IV, Estudios literarios y poesías, Poemas y apuntes inéditos*, Op. Cit., p. 304.

⁷⁹ Ídem, p. 304.

tras largos años de luchas e inestabilidad en México, aún no se veía una radical modernización. Los frutos que debió brindar el triunfo sobre los conservadores y los extranjeros no fueron vistos claros y enormes como se esperaba.

No debemos interpretar las últimas palabras mencionadas de Ramírez como un apoyo incondicional al régimen de Porfirio Díaz, ni como apoyo a las intransigencias que se comenzaban a cometer durante el mismo, ni mucho menos podemos adjudicarle a sus palabras la intención de darle argumentos al gobierno para hacer un uso omnímodo e ilimitado de sus poderes en la dirección del país. Porque para el Nigromante, los principales y prácticamente únicos objetivos que debe de tener un dictador son la libertad, la independencia y realizar los ideales de la Reforma, aunque para eso sea necesario romper, en ocasiones, las reglas. Muchos ideólogos del porfiriato utilizaron argumentos como el de Ramírez para justificar la represión, cuando esto nunca fue la intención de los pensadores que los expresaron por vez primera, cuestión compleja y profunda cuando lo deseado es dilucidar si los pensamientos expresados por alguien eran por adicción a un gobernante o sólo para sugerir las mejores vías de obtener un progreso general.

Una dificultad análoga encontramos al analizar el pensamiento de Vicente Riva Palacio quien no únicamente secundó a Díaz sino que además formó parte de su gabinete como Ministro de Fomento, Colonización, Industria y Comercio, en 1876. Si en un principio se unió a la nueva administración confiando en los beneficios que pudiera proveer desde el gobierno, después se fue alejando de Porfirio ante los excesos de los dirigentes, de los caciques, gobernadores, empresarios, así como por su malograda tentativa de ser candidato a la presidencia de la República Mexicana. Riva Palacio fue un hombre que también tomaba a la paz como medio indispensable para el avance de la sociedad, pues al igual que otros pensadores, una de sus primordiales deseos para la nación era el desarrollo material.

En el tiempo en que estuvo en el cargo de Ministro de Fomento... mandó a realizar los monumentos a Colón y a Cuauhtémoc, creó el Observatorio Meteorológico, mandó publicar el *Boletín* y las *Memorias de Fomento*, impulsó la construcción de vías férreas y líneas telegráficas y trató de realizar una exposición internacional de lo que México producía.⁸⁰ Con ello es evidente lo que deseaba Riva Palacio, además es evidente que no apoyaba el régimen de Díaz incondicionalmente, pues cuando no le otorgan luz verde para su planeada exposición renuncia a su cargo. Posteriormente se fue alejando cada vez más del gobierno y sin embargo no dejó de alabar los adelantos que se llevaban a cabo ni de seguir apoyando los ideales progresistas, claro que atacando los sacrificios y excesos que aparecían debido a esos afanes. Con ello presenciamos una obvia diferencia que hizo este autor entre sus ideales y el partidismo, aunque con ello salgan a la luz parte de sus ambiciones personales.

⁸⁰ Ortiz Monasterio, José, "Prólogo", en *Cuentos del general. Los cerros, galería de contemporáneos*, Op. Cit., p. XIII.

Un estudioso que estuvo secundando de manera más activa, pero tampoco incondicionalmente, al régimen de Porfirio Díaz fue Justo Sierra, quien sólo hasta los últimos años de la dictadura mostró todo su desencanto y desapego para con el gobierno. Debemos señalar que tampoco fue un adicto a Díaz desde el principio, pues cuando sucede la revolución de Tuxtepec, Sierra se apresura a denominarla como incoherente, y siguiendo las reflexiones de otros intelectuales y políticos la toma como un signo de anarquía y desorden en una época en la que para ellos ya se debieron haber superado estas problemáticas. Es en ese tipo de afirmaciones donde debemos ver que no siempre se identificaban los pensamientos progresistas con un partido o bando político. Pues siguiendo al historiador Agustín Yáñez

El oponerse a los riesgos del anarquismo tuxtepecano está lejos de significar la adhesión de Sierra y su grupo al reeleccionismo del Presidente Lerdo de Tejada; por el contrario, *El Bien Público* desde su primer número enarbola el estandarte del legalismo, adverso a la reelección de don Sebastián, con actitud implacable, que cada día sube de tono hasta la franca subversión.⁸¹

Es que Sierra fue un antireeleccionista, seguía los preceptos de la Constitución de 1857, y ni apoyó a Lerdo ni apoyó a Díaz, pues en conformidad con las leyes constitucionales va a ser del grupo que abogue por la llegada de Iglesias a la presidencia, interinamente.⁸² Pero una vez llevadas a cabo las elecciones donde resultó electo el general Porfirio Díaz, Justo Sierra va a demostrar su apoyo al régimen. Apoyo que siempre hay que considerar con cuidado pues el maestro será uno de los que siempre afirmó que no secundaría el progreso material que se esté obteniendo si se sacrifican la legalidad, la justicia social, entre otras cuestiones. Ni tampoco identificará plenamente al gobierno de Díaz con el progreso, pues no encontramos que haya afirmado que aquel sea el único hombre en México capaz de mantener la paz, el orden, ni el único con posibilidad de traer el desarrollo al país. Por esto, es que vemos que el apoyo que da a la dictadura fue condicional, muy condicional, y para compensar a la sociedad de los males justificados por el arribo del progreso material, va a proponer un progreso espiritual. “Don Justo así lo reconocía y por eso trató de aunar el progreso espiritual, que conjurara el peligro del solo desarrollo material: sobre ser éste indispensable, inaplazable, después de medio siglo de abandono y atraso.”⁸³ Una actitud que no desmerece dejar de ser analizada, la situación de Sierra es una en la cual muchos académicos se han encontrado; recibir el apoyo de los gobernantes y sin embargo tratar de no ser unos acrílicos, mercenarios o aduladores del régimen en turno. Es una situación difícil de profundizar, en especial cuando el estudioso tiene opiniones a favor y en contra de lo que realizaban los detentadores del poder, empero lo que es remarcable es que nunca

⁸¹ Yáñez, Agustín, “Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra”, en *Obras completas I, Poesías*, Op. Cit., p. 59.

⁸² Cuando la rebelión de Tuxtepec el presidente Lerdo de Tejada renunció a su cargo y el que lo debía de suplantar constitucionalmente era José María Iglesias por ser el jefe de la Suprema Corte de Justicia hasta que fueran llevadas a cabo nuevas elecciones.

⁸³ Yáñez, Agustín, “Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra”, en *Obras completas I, Poesías*, Op. Cit., p. 196.

perdió su capacidad crítica y trató de realizar lo que pudo para lo que consideraba el bien de los mexicanos, desde dentro o desde fuera del gobierno.

Los ideales para Sierra fueron de suma importancia, y siempre los consideró en un alto grado, creía que en ellos radicaban las fuerzas cambiantes de la sociedad, puesto que para él fueron los que permitieron poner frente a las creencias católicas antiguas los nuevos ideales que permitirían asegurar el porvenir. Esos ideales a los que se refiere son los de la Reformas y las de los liberales, después vendría a asegurar que esos pensamientos deberían de tener continuidad pero se percató que asimismo muchas problemáticas crónicas, como los levantamientos y la inseguridad, seguían presentes en México durante el nuevo periodo de paz que era el porfiriato. Por esto es que refirió que los resultados de la paz estaban siendo muy lentos y aún “hervían los elementos malos”, mas nunca perdió su confianza en un futuro mejor.

Sus reflexiones fueron muy acertadas y pasaban no sólo por un análisis de la situación regional o nacional sino que abarcaban por igual las circunstancias internacionales que más repercutían en el país. Concluyó que desde mediados del siglo XIX, la nación necesitaba urgentemente de una modernización y de una pacificación que, si no se lograban, iban a acarrear la desintegración de México o la absorción de éste por los Estados Unidos de América. Veía que las vías férreas norteamericanas querían, con avidez, extenderse a tierras mexicanas, especialmente tras la Guerra de Secesión del país vecino, por eso es que se requería perentoriamente una estabilidad gubernamental y política que demostrara a los norteamericanos que existía un gobierno con el cual se podían realizar convenios comerciales e industriales con seguridad. Así que aseveró que cualquier conflicto interno, tras la expulsión de los franceses, significaría un peligro nacional,⁸⁴ y señalando, en particular, a los conflictos que hubo durante la administración de Sebastián Lerdo de Tejada escribió:

La guerra civil era, pues, desde aquel momento, no sólo un grave, el más grave de los males nacionales, sino un peligro, el mayor y más inmediato de los peligros internacionales. El señor Lerdo trató de conjurarlo acudiendo a la concurrencia del capital europeo; era inútil, fue inútil; el capital europeo sólo vendría a México en largos años, endosando a la empresa americana. La virtud política del Presidente Díaz consistió en comprender esta situación y, convencido de que nuestra historia y nuestras condiciones sociales nos ponían en el caso de dejarnos enganchar con la formidable locomotora *yankee* y partir

⁸⁴ Igual temor producía la mal llamada Doctrina Monroe, pronunciada por primera vez en un discurso por el presidente Monroe en 1823 por motivo de la reacción estadounidense ante las probables intenciones de la Santa Alianza -Austria, Prusia y Rusia- de restaurar las colonias españolas en América. Esta Doctrina no pudo ser ejercitada con plenitud por los Estados Unidos durante la Intervención Francesa por estar ellos enfrascados en la Guerra de Secesión. Un temor hacia la Doctrina continuó en varios mexicanos tras el II Imperio, por esto mismo argüían que el país debía solucionar sus problemas o de lo contrario el vecino del norte intervendría y por igual intercedería en caso de que la nación tuviera una demasiada cercanía con algún país europeo. López-Portillo y Rojas, José, *La Doctrina Monroe*, México, Imprenta I. Esclante S. A., 1912.

rumbo al porvenir, en preferir hacerlo bajo los auspicios, la vigilancia, la policía y la acción del gobierno mexicano, para que así fuésemos unos asociados libres obligados al orden y la paz y para hacernos respetar y para mantener nuestra nacionalidad íntegra y realizar el progreso.⁸⁵

En las últimas líneas citadas Justo Sierra elogia la visión de Díaz ante lo que llama el gran peligro internacional que representaban los norteamericanos en 1876 por la ausencia de un gobierno fuerte. Esto lo escribe Sierra en 1892, en los mejores años del porfiriato. Sin embargo es una opinión muy diferente a lo que escribió el maestro en su artículo de 1876, refiriendo, como ya se mencionó, que la revolución de Tuxtepec era otro signo de la propagación de la anarquía y el desorden.

Este cambio de perspectiva del levantamiento de Díaz contra Lerdo se interpreta de diversas maneras, Sierra quizá sí creyó, después de varios años, que Díaz tuvo una amplia perspectiva de la situación nacional, y también de la global, que motivó su levantamiento en armas. Cuestión que es bastante debatible pues no podríamos creer con exactitud que el general Porfirio Díaz llevó a cabo la rebelión de Tuxtepec para evitar que los norteamericanos se apoderaran del país. No obstante, tampoco me parece plausible que el cambio de opinión de Sierra se deba a que haya querido escribir unas líneas como apología del levantamiento, parece ser que después de pasado el tiempo y tras hondas cavilaciones, el maestro reinterpretó el acontecimiento y de una elocuente manera lo justificó. Además lo justificó como un evento que nos permitió continuar en el camino del progreso al preservar la nación de la voracidad extranjera, por supuesto que sus nuevas deliberaciones representan una manera de justificar también al régimen imperante, empero sin caer en la completa adhesión o en una apología de Díaz. No podemos afirmar que Sierra haya redactado varios párrafos para alabar al dictador pero sí para justificarlo, pues nunca pierde de vista que las objetivos precisos por los que se formuló el Plan de Tuxtepec fueron, a su decir, negativos pues consistían en la abolición de la Reelección, el Senado y el timbre, puntos que no podían sostenerse por sí mismos y que por ello los consideró momentáneos, pues debían y fueron olvidados al triunfo de la rebelión y tras el afianzamiento de sus líderes.⁸⁶ Pese a esto siguió colocando al levantamiento de Díaz como un paso indispensable en la transformación de México y hasta con repercusiones internacionales; y sigue refiriendo al respecto:

No había resultado de aquella honda y sangrienta conmoción, más que una situación nueva; pero esta situación nueva era una transformación: era el advenimiento normal del capital extranjero a la explotación de las riquezas amortizadas del país; y era ésta, no huelga decirlo aquí, la última de las tres grandes desamortizaciones de nuestra historia: la de la Independencia, que dio vida a nuestra personalidad nacional; la de la Reforma, que dio vida a nuestra

⁸⁵ Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, Op. Cit., p. 303.

⁸⁶ Ídem, p. 308.

personalidad social, y la de la Paz, que dio vida a nuestra personalidad internacional; son ellas las tres etapas de nuestra evolución total. Para realizar la última, que dio todo su valor a las anteriores, hubimos de necesitar, lo repetiremos siempre, como todos los pueblos en las horas de las crisis supremas, como los pueblos de Cromwell y Napoleón, es cierto, pero también como los pueblos de Washington y Lincoln y de Bismarck, y de Cavour y de Juárez: un hombre, una conciencia, una voluntad que unificase las fuerzas morales y las transmutase en impulso normal; este hombre fue el Presidente Díaz.⁸⁷

No sólo pone a Porfirio Díaz como el individuo que se necesitaba para llevar a México a la siguiente etapa, sino que lo sitúa como su salvador y el líder del levantamiento que permitió arribar a esa nueva etapa. En su panorámica visión positivista de la historia de los pueblos Sierra pone a cada cultura como necesitada de un individuo que empuje o guíe a los demás a un período más *positivo*. Por ejemplo, podemos leer que, para Justo Sierra, Inglaterra requirió de un personaje como Oliver Cromwell para llegar a ser una verdadera monarquía parlamentaria. Aunque esto no es preciso porque ese país ya tenía varias marcadas divergencias con el absolutismo imperante en Europa durante el XVII, diferencias como que “entre el pueblo y el Rey existía un acuerdo tácito en virtud del cual el Monarca hacía las veces de líder, pero no gozaba del poder absoluto”,⁸⁸ además de que “Inglaterra ya daba señales de diferencia, al optar no sólo por la independencia religiosa – ya establecida durante el reinado de Enrique VIII [...]”,⁸⁹ así que no podemos afirmar que era indispensable la dirección de un Cromwell para que aquel país *progresara* hacia los ámbitos democráticos. Esto es solo un dechado de cómo la erudición pudo haber sido empleada por los pensadores sólo para fundamentar sus argumentos. Por esto, la idea de Sierra de que “todos los pueblos en las horas de las crisis supremas” siempre necesitan de un gran líder como Washington, Napoleón o Cromwell puede ser cuestionada. No se puede asegurar que sólo por la intervención de Napoleón Bonaparte fue que en Francia se pudo acabar con el régimen del Terror, como tampoco podemos afirmar que únicamente por las enérgicas acciones de Porfirio Díaz México gozaría de paz y por ende de un progreso.

Existieron otros factores en nuestro país que permitieron la paz porfiriana, como fue el ascenso y afianzamiento de una burguesía que sostendría la dictadura de Díaz así como un grupo de ideólogos que aportarían argumentos para justificarla, en especial los positivistas mexicanos. Con lo referido no debemos de catalogar a Sierra como perteneciente a la corriente del heroísmo de Carlyle, pues aunque el maestro campechano nos asegura que siempre son indispensables los grandes hombres para dirigir a un pueblo a una nueva

⁸⁷ *Ibidem*.

⁸⁸ Alpert, Michael, “La mala cabeza de Carlos I”, en *La aventura de la historia*, año 11, no. 125, Madrid, Unidad Editorial Sociedad de Revistas, 2009, p. 52.

⁸⁹ *Ídem*, p. 56.

etapa, sólo aplica su argumento para los momentos críticos y claves de una nación y no para todo el desenvolvimiento histórico.

Pero Justo Sierra, con su sentido social y con una mayor visión, nos aclara que México ha tenido un progreso material mas no político, porque nos recuerda que hacia 1892 en el país ciertamente se gozaba de una pacificación y de un desarrollo económico. Pero –un gran pero por cierto–, una democracia real, la igualdad o las libertades para todos los habitantes aún no se palpaba, mucho menos en el sentido en que las vive una verdadera democracia del siglo XXI.

En suma, la evolución política de México ha sido sacrificada a las otras fases de la evolución social; basta para demostrarlo este hecho palmario, irrecusable: no existe un solo partido político, agrupación viviente organizada, no en derredor de un hombre, sino en torno de un programa. Cuantos pasos se han dado por estos derroteros, se han detenido al entrar en contacto con el recelo del Gobierno y la apatía general: eran, pues, tentativas facticias. El día que un partido llegara a mantenerse organizado, la evolución política reemprendería su marcha, y el hombre, necesario en las democracias más que en las aristocracias, vendría luego; la función crearía un órgano.⁹⁰

Encontramos aquí una crítica al gobierno de Porfirio Díaz empero, si seguimos leyendo su *Evolución política* vemos que hay muchos argumentos apologistas. La cuestión es que se propuso construir una historia evolutiva del país, donde Díaz desempeña un papel fundamental. Y su queja consiste en que el progreso no ha sido homogéneo, que sólo en unos aspectos se presenta, pero en esos aspectos lo califica como un progreso magnífico. Afirma que “era un ensueño cubrir al país con un sistema ferroviario [...]; era un ensueño la aparición de una industria nacional en condiciones de crecimiento rápido, y todo se ha realizado”,⁹¹ llega a afirmar que escribió su libro para demostrar que han sido encomiables los logros del gobierno hacia 1892, para demostrar cómo México había llegado al momento cúspide de su evolución, pues dice que ha sido testigo de la gran transformación, que nadie, unos años antes, hubiera creído posible. Defensor del sistema dominante, Sierra es uno de los paradigmas de intelectuales que durante largo tiempo (no siempre) se adhirieron al régimen porfirista y lo secundaron con las conclusiones que dejaron escritas tras estudiar la historia y la política.

Otro que apoyó Díaz y sus procedimientos fue el escritor y estudioso del pasado Victoriano Salado Álvarez, lo hizo porque compartió la perspectiva de hombres como Sierra o Altamirano de ver en el general oaxaqueño al salvador de la República y del devenir nacional. Salado llegó a dedicar, en 1902, su magna obra *Episodios Nacionales Mexicanos* a Porfirio Díaz, y declarar que fue por su obra que “cesó el estado de anarquía

⁹⁰ Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, Op. Cit., p. 309.

⁹¹ *Ibidem*.

que produjeron las revoluciones [...], y por quien amamos y comprendemos las instituciones que dimanaron de tan memorables sucesos”.⁹² De nuevo la visión compartida de que fue el general Díaz quien salvó la situación y propició el arribo de la paz y el progreso en la nación. La obra mencionada, no obstante, no trata de mostrar un camino progresivo en la historia de México, principalmente es una historia novelada de lo acontecido desde 1852 hasta 1867 donde dibuja pintorescamente las contradicciones políticas, religiosas e ideológicas que se vivieron en aquellos años, y prácticamente nunca exhibe comentarios donde ponga a una época como mejor que otra. Uno de sus personajes justifica la guerra, en ese caso la Guerra de Reforma, porque va a ser la que al fin de cuentas redundará en la llegada del progreso

Dentro de pocos años quizás desaparezcan estos inmensos conventos, estos caserones vetustos, estas calles estrechas, y entrará el progreso recibido y aclamado como un dios grande y justo.

Pero la labor previa es dura, es penosa, es terrible; nuestros cañones tienen que emprenderla, y que emprenderla llevándose consigo muchos muros que parecen firmes y muchas bóvedas que parecen bien trabadas; y en medio del polvo y la ruina, tienen que caer muchas preocupaciones que parecen de vida segura; muchas creencias que ahora consuelan y ayudan, tienen que venir al suelo en medio de la explosión de las minas y el estruendo de la piqueta.⁹³

Esta justificación del progreso no la narra Salado de manera gratuita, pues es el pensamiento de uno de sus personajes liberales, es lo que el escritor cree pensó un hombre de la década de los cincuentas del XIX en México en cuanto a la transformación. Le puso en su boca declarar acertadamente que habrá un futuro en el que el avance material va a ser elogiado, futuro en el que Salado se encontró, que conoció y admiró, y por lo mismo alabó al régimen de Díaz en cuanto a los avances que había obtenido. Al igual que Altamirano y Sierra, su personaje ve en la guerra un mal necesario que se tiene que padecer para llegar al progreso, que predice verán como un dios (probable crítica de Salado a la alta consideración que se tenía en su época de tal ideal).

Un apologista más evidente del dictador fue Francisco Bulnes quien elogió al presidente por permitir la entrada del capital norteamericano a México en oposición al Congreso proteccionista de 1880 que no lo deseaba, y con lo cual fue posible la construcción de ferrocarriles en el territorio nacional.⁹⁴ Y al contrario que Sierra, creyó que durante el porfiriato en México sí se estaba logrando un progreso político, aparte del material, representado en que la nación ya se había percatado de que “el jacobinismo ha sido y será

⁹² Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano/1*, tomo 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 2.

⁹³ Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano/2*, Op. Cit., p. 410.

⁹⁴ Bulnes, Francisco, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, Op. Cit., p. 463.

siempre un fracaso” y que “ya no pretende copiar fotográficamente la noble vida democrática de los Estados Unidos. El país está profundamente penetrado del peligro de su desorganización política...”.⁹⁵ Para Bulnes ya eran adelantos el sólo hecho de que los interesados en la política vieran con displicencia los actos revolucionarios y el desorden, en oposición a Sierra, no parece creer que se necesitara, entre 1880 y 1910, un partido opositor, ni encontramos que alguna vez admita que sea un bien para la vida política de México la creación de otro bando político (aunque sea opositor en apariencia). Según su deliberación lo que el gobierno estaba llevando a cabo era encomiable, y el modificar la situación en el ámbito político hubiera sido perjudicial. Ni siquiera admitía como rivales a los reyistas, quienes apoyaban a Don Porfirio pero que esperaban su final para asaltar el poder, pues para Bulnes los reyistas eran demagogos militares y populistas oportunistas, no lo decía sólo porque creyera que la situación política estuviera mejor sin ellos, sino porque los partidarios del gobernador de Nuevo León, Bernardo Reyes, siempre se caracterizaron por ser la oposición a su grupo dentro del régimen; los científicos.⁹⁶

En 1903, en su discurso para justificar la sexta reelección de Díaz, realza a un más la figura del dictador al decir que su éxito sólo se debe a dos cuestiones: “primera, su indiscutible mérito; segunda, las circunstancias favorables que ha sabido aprovechar”,⁹⁷ son sencillas alabanzas al presidente que no abundan en explicaciones como las de Sierra, quien al elogiar a Díaz da más razones, lo coloca como pieza clave dentro de la evolución del país y también critica sus errores.

El mismo régimen en sus discursos oficiales hizo propaganda de los logros de su gestión, Don Porfirio en su informe presidencial del 16 de septiembre de 1904 aseveró que la administración 1900-1904 “ha sido realmente un período de prueba para la vitalidad del país y para la firmeza y rectitud de su marcha progresiva. A partir de la consolidación de la paz y de la entrada franca de la República en la vía y en los carriles del progreso”.⁹⁸ El discurso oficial era la justificación de la dictadura; pues explicaban que sin ella no habría progreso y que sólo con ella continuaría esa marcha. El presidente, en otro informe de 1906, aclara el porqué de la intensa sofocación de las huelgas de Cananea y de la lucha contra el socialismo y el desorden. Esto no dejó de permear en la mentalidad de los políticos e intelectuales, en especial en los que estaban cercanos al poder, aún en las postrimerías del porfiriato. La idea secular de que el progreso debía ser promovido por los gobernantes fue acrecentada ingentemente con el auge de la ciencia, era deber primordial de los políticos el ver por el desarrollo de la nación aunque fuera sacrificados otros

⁹⁵ Bulnes, Francisco, *Páginas escogidas*, Op. Cit., p. 109.

⁹⁶ Rodríguez Kuri, Ariel, “Francisco Bulnes”, en *Ciencia, filosofía y sociedad en cinco intelectuales del México liberal*, de Carlos Illades/ Ariel Rodríguez Kuri, Biblioteca de Signos, volumen 9, México, Miguel Ángel Porrúa/ Universidad Autónoma Metropolitana, 2001, pp. 79-112.

⁹⁷ Bulnes, Francisco, *Páginas escogidas*, Op. Cit., p. 109.

⁹⁸ Díaz, Porfirio, “Informe del C. General Porfirio Díaz, a sus compatriotas, acerca de los actos de su Administración 1900-1904”, en *Memoria política de México*, de Doralicia Carmona, Op. Cit.

principios, “La realización de esas promesas es labor nacional a la vez que gubernamental; el Gobierno [...] se ha esforzado por secundar, en la esfera de sus facultades constitucionales a todos los obreros del progreso”,⁹⁹ decía el propio Don Porfirio.

Bulnes siempre nos trata de dar la idea de que todo lo que estaba aconteciendo durante el porfiriato era para bien, esto se explica más claramente al precisar que se debió, entre otras cosas, a que pertenecía al grupo positivista que trataba de legitimar al gobierno. Grupo que empleaba la mencionada filosofía importada de Francia como herramienta de un grupo social y político en contra de otros; una ideología que ayudó perfectamente a los argumentos que varios pensadores crearon para sustentar a la dictadura en cuestión.

Uno de los motivos del éxito del positivismo como doctrina nacional, ha sido la situación caótica en que se encontraba el país. El partido liberal transformado en gobierno necesitaba de un nuevo orden, de un orden basado en principios ideológicos que no fueron ya los del partido conservador vencido. Era menester un orden que satisficiera los intereses de la clase vencedora.¹⁰⁰

Y es que Bulnes pertenecía a la clase burguesa, clase que justificó su posición y defendía la continuación de su status quo a través de las reflexiones que sobre el positivismo realizaron algunos de los intelectuales. El progreso parece convertirse en un bien sólo perteneciente a la clase burguesa, los que estaban en la cima de la pirámide social durante la dictadura, Bulnes incluido, seguían propugnando por el progreso pero sin hacer un cambio en los demás aspectos políticos y sociales, porque ello no les convenía. “El burgués de la época porfiriana es un tipo cómodo, egoísta, que no quiere que en nada se le moleste, que quiere enriquecerse con el menor esfuerzo”,¹⁰¹ esta definición otorgada por Leopoldo Zea se podría aplicar al burgués de otras épocas y lugares, sin embargo, notó una peculiaridad en el burgués porfiriano; que a éste se le da todo, y se le da todo sin miramientos, cínicamente.

Las divergencias en las perspectivas de los diferentes intelectuales, incluso en aquellos que pertenecieron a la misma escuela ideológica, se deben en gran medida a su clase social. La situación de cada uno de ellos en particular, el contacto –o ausencia del mismo– con los diferentes estratos sociales, su crianza, su educación, como es lógico, les llevó a tener diferentes conclusiones con respecto a determinados hechos. Pero pocas veces vemos en una época una preocupación tan constante y general por una noción, en este caso, la noción de progreso.

Al revisar las diferentes posturas de algunos de los intelectuales mexicanos sobre diversos acontecimientos históricos, sociales y políticos llegamos a la postulación de varios

⁹⁹ *Ibidem*.

¹⁰⁰ Zea, Leopoldo, *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*, Sección de Obras de Filosofía, 2.- reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica. 1993, p. 75.

¹⁰¹ *Ídem*, p. 92.

puntos que tienen en común. Estos puntos también nos pueden mostrar diferencias que hay en el pensar de aquella época con la actual, debidas igualmente a los cambios que se han suscitado en los diversos métodos de análisis de las cuestiones sociopolíticas e históricas y que los individuos letrados de entonces no aplicaron, tales como el materialismo histórico o la historia de las ideas. La meta al escribir un libro sobre historia podía ser muy diferente entonces, muchas veces estaba impregnada de múltiples intenciones políticas y sociales. Esto fue debido, por igual –y aparte las intenciones ideológicas que siempre puede haber-, a que los hombres del XIX aún no vivían la profesionalización de la historia, de que no tuvieron la intención de realizar estudios más globales y abarcadores, de que no practicaron la politología como es entendida en la actualidad o a que sus reflexiones no eran puramente filosóficas.

Los puntos que hemos concluido sobre las visiones de los intelectuales en relación a la política, el progreso y la historia son los siguientes: 1.- Todos los intelectuales estudiados ponen al progreso como resultado de las acciones políticas principalmente; el vínculo entre política y progreso que ellos dieron por hecho está basado en su perspectiva de considerar que los políticos eran los únicos o los más indicados de realizar lo necesario para obtener el avance material. 2.- El vínculo entre política y progreso prácticamente nunca lo rompen debido a esa visión de que los gobernantes eran los encargados de ver por el desarrollo económico, y aunque analizaron con profundidad los otros agentes y sujetos que impulsaron la transformación material como los burgueses, las empresas, los extranjeros, las crisis, la tecnología, los científicos, entre otros, nunca lo hicieron dándole tanto peso e importancia como a la política. 3.-No estudiaron el progreso reflexionando en torno a la vida cotidiana, las creencias, la moral, lo lúdico, ni lo sexual. Ni aplicaron métodos antropológicos o psicológicos, ni realizaron teorizaciones historiográficas que permitieran explicar cómo es que para ellos toda la población de su época deseaba el progreso material. 4.- El progreso para ellos es más que nada material, económico y político, sí hablaron de un avance social, cultural o artístico, mas no profundizaron mucho al respecto.

Estas cuestiones nos dan una mejor idea del porqué le dieron tanto peso a la cuestión política, claro que también se debió a que prácticamente todos esos letrados participaron y se inmiscuyeron en el gobierno del país, como se ha señalado, lo cual sirve para tener una clara referencia de lo que los políticos tenían como proyectos y el cómo querían llegar a finalizarlos. Además hay que tener presente que, aunque algunos intelectuales se introdujeron en el área teórica y metodológica –en diversas ciencias, pasando por la semiótica, la lingüística o la lógica-, no podemos aseverar que hayan aportado una nueva técnica o método de análisis del pasado, de la sociedad, de la guerra, de la economía o de la política. Conocían las teorías filosóficas que surgían en Europa empero podemos decir que a las que les llegaban a las manos las politizaban y las trataban de acoplar a la realidad mexicana (lo hemos mostrado en varias ocasiones).

Sus escritos, literarios, históricos, periodísticos, teóricos o ceremoniales, reflejaron la ambición por el progreso, y justificaban esa ambición, aunque en muchas ocasiones llegaron a emitir aseveraciones muy parciales con respecto a determinados hechos del pasado y de su presente, con respecto a determinados personajes o ideologías, o llegaron a tergiversar ciertas cuestiones para adaptarlas a su discurso progresista. Lo que muchos estudiosos parecen reflejar en sus escritos son realmente los sueños y anhelos del país en su época, quizá no de la población en general, pero sí de la clase media y alta, de las clases instruidas. Anhelos de un avance de la civilización en México que para ellos no era sino el mejor bien para la nación, y el conseguir lo mejor para la patria, siempre ha sido una cuestión política.

III. Progreso, economía, ciencia e industrialización.

En las reflexiones de los intelectuales estudiados hemos hallado por igual preocupaciones en cuanto a los avances en materia científica e industrial, lo cual nos permite obtener un panorama de la idea que ellos poseían con respecto a las investigaciones que iban sucediendo. Tendremos la percepción del grupo intelectual, que no deja de ser un reflejo de la realidad pues sus deliberaciones son reacciones ante cómo está siendo transformado el mundo debido al adelanto científico. La susodicha transformación de las sociedades fue vista en general como un bien, y la mayoría de los pensadores también deseaban para el país ese cambio material, como hemos corroborado y como seguiremos apreciando en este apartado.

En la década de los cuarentas del XIX existió un renacimiento de la minería mexicana, se comenzó a industrializar el ramo textil, la globalización aceleraba su marcha pero los rancheros y hacendados aún dominaban la economía.¹ Tras el fracaso del proyecto de nación que representó la pérdida de la mitad del territorio ante los Estados Unidos de América, sobrevino una guerra civil, la cual fue ganada por el bando liberal, y tras esto vino la Intervención también ganada por los liberales, después de estos conflictos comenzó la reconstrucción de México a finales de los sesentas decimonónicos.

De 1820 a 1880 el país había venido integrándose a la economía global por una tendencia generalizada del “tercer mundo”, en el que éste fue absorbido con celeridad a “la nueva economía mundial centrada en Gran Bretaña y articulada a través de los ferrocarriles, barcos de vapor y telégrafos, así como por mercados de mano de obra, capital y mercancías.”² Hacia 1880 hubo un mayor auge comercial en todo el mundo, la globalización en expansión, en el cual México también se vio envuelto. En el último cuarto del XIX hubo cambios patentes en la economía; renació la minería de plata, la minería de cobre tomó gran importancia, el petróleo se convirtió en uno de los primeros productos de exportación, el café y el henequén fueron igualmente exportados a gran escala por primera vez, el ganado comenzó a ser comprado por los Estados Unidos, creció la industria textil, del papel, del hierro y del acero, pese a todo ello el país siguió siendo eminentemente agrario hacia 1910.³ Pero el objetivo era industrializarlo con mayor rapidez y que la modernización llegara a cada recoveco del territorio nacional. Estas cuestiones tuvieron su evidente gran impacto en la vida cotidiana y en la percepción e interpretación del mundo.

¹ Tutino, John, “Globalizaciones, autonomías y revoluciones: poder y participación popular en la historia de México”, en *Crisis, reforma y revolución, México: historias de fin de siglo*, Op. Cit., p. 43.

² Knight, Alan, “Tres crisis de fin de siglo en México”, en *Crisis, reforma y revolución, México: historias de fin de siglo*, Leticia Reina, Elisa Servín, Coordinadoras, México, Taurus/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002, p. 103.

³ Tutino, John, “Globalizaciones, autonomías y revoluciones: poder y participación popular en la historia de México”, en *Crisis, reforma y revolución, México: historias de fin de siglo*, Op. Cit., pp. 48-49.

El historiador Joaquín García Icazbalceta, en sus estudios sobre el pasado, ya reconocía un progreso desde antes del siglo XIX, en la época novohispana, pero cabe resaltar que a ese progreso lo identificaba con la mejora material

Los afanes de Revillagigedo no se redujeron al recinto de la capital, sino que también se extendieron a las provincias de todo el virreinato. A él se debe el camino de Toluca, la compostura de los de Veracruz, Acapulco y otros [...] Al mismo tiempo que llevaba a cabo esas mejoras que hoy se llaman materiales, procuró mejorar la condición del pueblo, fomentó su instrucción, persiguió la ociosidad discurriendo arbitrios para desterrarla, protegió el comercio, reanimó la industria, tratando de abrirle nuevos caminos [...] ⁴

Cuestión curiosa es que Icazbalceta nos pone en conciencia de que durante la Colonia las obras públicas o el fomento de cuestiones como el comercio o la industria no eran conocidas como *mejoras materiales*. Lo que nos interesa aquí, es reconocer que en el siglo XIX, en especial durante la segunda mitad, se tenía muy claro que el empuje de la actividad económica e industrial significaba progreso sin lugar a dudas. Además, un tema constante en los discursos y escritos, de cualquier índole, es la creencia de que por medio del crecimiento y mejoramiento de la educación se obtendrá infaliblemente el progreso. La economía y la educación fueron dos elementos que exigirán continuamente políticos e intelectuales, y también población en general por influencia de los primeros, como condiciones para la prosperidad de México.

Manuel Payno escribió sobre el dinero, sobre el oro, que era como una varita mágica, que podía lograr grandes cosas, pero que esa misma varita no sería sino producto de las condiciones de paz y riqueza de un pueblo;⁵ cuestión esclarecedora en cuanto nos remite a la fe en el poder del comercio. Justo Sierra, en cuanto a la educación, refiere que la recién fundada Escuela Preparatoria fue un gran avance para México, llegó a asegurar, con todo y su afecto al positivismo (y precisamente por esto), que la educación no debía de tener etiquetas, no debía de ser víctima de disputas filosóficas,⁶ se le reconoce que haya dejado por un momento su ideología, para hacerle (como él consideraba) un bien al país y su instrucción.

En Ignacio Ramírez existió no sólo un afán por el cambio político y social, sino también por metamorfosear las condiciones económicas y culturales predominantes, sobre todo las primeras, como veremos más adelante. Salado Álvarez apuntó del cambio material, de los ferrocarriles en específico, que habían transfigurado no sólo el aspecto físico de la nación sino también las formas de relacionarse entre los propios mexicanos; aseguró que entre 1858 y 1902 los vínculos entre estados y entre los mismos municipios fueron transformados, pues de haber “murallas de china inviolables é invioladas” se pasó a una

⁴ García Icazbalceta, Joaquín, *Opúsculos y biografías*, Op. Cit., p. 177.

⁵ Payno, Manuel, *Barcelona y México en 1888 y 1889*, Op. Cit., p. 299.

⁶ Yáñez, Agustín, “Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra”, en *Obras completas I, Poesías*, Op. Cit., p. 96.

homogeneización de México ya que dejó de haber diferencias entre los habitantes del norte, del centro y del sur.⁷

Dentro de la obra de Francisco Bulnes existe la misma preocupación por el factor comercio y su relación con la prosperidad de un pueblo, en sus apuntes sobre historia constantemente lo hizo presente, por ejemplo, creyó que el Imperio de Iturbide, como cualquier otro gobierno, hubiera podido sobrevivir si hubiera poseído “un gran presupuesto; no un presupuesto de servicios reales administrativos, sino un presupuesto de pacificación, de orfanatorio, de seducción, de altruismo, de beneficencia y de corrupción.”⁸

Una preocupación común en los pensadores fue la construcción de ferrocarriles por sus evidentes repercusiones en la economía y la política mexicanas. Los que veremos que más escribieron al respecto fueron Ramírez, Altamirano y García Cubas. Otra preocupación fue la colonización, de la que observaremos cómo Ramírez, Altamirano y Bulnes comentaron concienzudamente. El avance de la investigación de la ciencia histórica y sus repercusiones en la educación, la ciencia en general, la sociología y la política, fue tópico remarcado y teorizado con profusión por Riva Palacio, Altamirano, Ramírez y Bulnes según revisaremos.

Como hemos apreciado y seguiremos apreciando, fue común la revisión de la historia de otras culturas, muchas veces con la intención de fundamentar la idea del mundo como progresiva, pocas veces con fines de especialización en la historia de algún otro pueblo. Esto da pie al tener presente que los intelectuales no vivían aún en la era de la especialización. Por otra parte, aún no había grandes empujes para las ciencias exactas, ni para las sociales en México; los intelectuales poseían buenos conocimientos de muchas disciplinas, empero conocimientos que serían considerados insuficientes según cánones posteriores. Lo mencionado, y más, provocó que sus aportaciones a los campos que dominaban no hayan sido lo más acabadas o trascendentes que se hubiera deseado –en áreas como la literatura, lingüística, retórica, historiografía, filosofía, geografía, medicina, etc.–, perpetuó también la dependencia ideológica, filosófica y teórica de los mexicanos con respecto a Europa.

Así, es constante la preocupación y ocupación por el dinero y la instrucción, y por la obtención de una mayor cantidad de ambos, pues a través de ellos creían asegurarse el buen camino hacia la realización como país. Por supuesto que los hombres del XIX diferían al decidir cuáles métodos utilizar para obtener más prosperidad comercial e industrial y para mejorar y generalizar la educación. Lo notable es que es en trabajos de las más diversas índoles, como el periodístico, el investigativo, el histórico, el discursivo y el literario, donde hallamos las piezas para completar el panorama de las opiniones que

⁷ Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano/2*, Op. Cit., p. 15.

⁸ Bulnes, Francisco, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, Op. Cit., p. 347.

tuvieron en aquellos tiempos en cuanto a la ciencia, el comercio, la industria y la instrucción y lo que significaban con respecto al avance de la sociedad.

Es indiscutible que lo que opinaron aquellos estudiosos del XIX muchas veces tuvo una intención sesgada, y sus deliberaciones en varias ocasiones se presentan circunscritas a las situaciones, vivencias y conocimientos que cada uno de ellos tuvo, y como resultado del tiempo y del lugar donde vivieron, así como de las fuentes de que se nutrieron, empero la intención aquí es conocer los temas que continuamente estudiaron y el porqué de su preocupación para con ellos, esto para llegar a una buena construcción de la historia de sus pensamientos, de la historia de las ideas de los intelectuales en lo que a las nociones de progreso y cambio histórico se refiere.

La ciencia.

Veamos las reflexiones que Payno, Ramírez, Sierra, Altamirano, Riva Palacio y Bulnes destacaron en cuanto los avances científicos. En el primero existe una admiración y gran confianza en lo que las investigaciones recién habían aportado, sean aportaciones verificadas o aún no corroboradas. Payno muestra su aceptación de la teoría de la división de la humanidad en cuatro o cinco razas –blanca, negra, amarilla, cobriza y roja-, a través de la cual sale a luz su racismo cuando dice que, en contraste con la raza negra, en México y en Europa “por fortuna vemos muchos blancos, y con especialidad blancas y muy hermosas”.⁹ Lo subrayable en este comentario del intelectual, es que alaba esa nueva división del mundo en razas, aseveró que los investigadores se toparon con esa casuística gracias a las *luces* de los geógrafos, y ese hallazgo lo identifica como un progreso para la ciencia. En la actualidad la susodicha teoría ha sido catalogada como errónea y, en la comunidad científica y académica, pocos ya hablan de razas, lo que es remarcable es la aceptación, casi sin cuestionamientos, por parte de algunos de los más cultos hombres de México de teorías que posteriormente fueron desechadas, ello implica cómo en aquellos años aún no había una comunidad científica que estudiara a fondo los adelantos e ideas venidos del extranjero para aceptarlos o rechazarlos, e implica que muchas categorías importadas fueron sumadas al discurso culto sin mayores cuestionamientos.

Payno toma como cierta la noción de que los pueblos más primitivos son lo que no han desarrollado una ciencia o tecnología, escribió que los pueblos con técnicas agrícolas rudimentarios eran los “más atrasados é insignificantes”,¹⁰ cuestión que desde hace años ha sido puesta en duda por algunas corrientes de la antropología y de la etnología. Lo que ahora consideraríamos prejuicios científicos, en el siglo XIX fueron tomados por los hombres más leídos como otras más de las grandes aportaciones de la investigación. No se les puede culpar de considerar como ciertas algunas teorías o categorías, ahora política o científicamente incorrectas, esto mismo amplía el panorama en el que las ideas se deben

⁹ Payno, Manuel, *Barcelona y México en 1888 y 1889*, Op. Cit., p. 77.

¹⁰ Ídem, p. 333.

entender por su contexto. En su obra literaria de *Los bandidos de Río Frío* Manuel Payno presenta una descripción y calificación de los cambios que por obra de la ciencia fueron verificados, y es que el impacto de la rápida transformación material fue tan grande en la psicología individual y colectiva como lo sigue siendo más de cien años después.

EN LOS SIGLOS de la dominación española en el Nuevo Mundo no había ni remotas ideas de caminos de fierro, de puentes colgantes, de telégrafos, de teléfonos y de tantos otros maravillosos descubrimientos, que creemos, porque no podemos negarnos a la evidencia; pero que en esas edades habrían pasado por brujerías, y los sabios, de seguro, habrían tenido necesidad de hacer pacto con el diablo, y, conducidos ante el temible tribunal de la Inquisición, hubieran encontrado la corona de su talento en los martirios y en las hogueras.¹¹

Payno tiene conciencia del cambio de mentalidad entre la Colonia y su época, y nos lo hace saber deliberadamente, tal como si su propósito fuese demostrar que los tiempos en que vivía eran mejores que los anteriores, ya porque quería alabar los cambios materiales que se estaban obteniendo (recuérdese que *Los bandidos* salieron a la luz en 1891) o que pese a la enumeración de actos atroces, crímenes, injusticias, vicios y necesidades sociales que nos brinda su novela. Quiere hacer patente que hay muchos beneficios más en el siglo XIX que los que pudo haber en siglos anteriores y se sirve de una analogía, coteja los actos atroces de los siglos XVI al XVIII con los del XIX. Con sólo mencionar a la Inquisición y sus métodos quiere hacer pensar que los adelantos científicos hubieran sido imposibles sin la supresión de la temida institución. Además pone en la mesa que los temas debatidos y omnipresentes siempre fueron la lucha por mantener a la población fuera de herejías y disidencias, es decir, lo único que según él tenían en mente los novohispanos eran pensamientos en torno a la religión, que eran hombres fanáticamente piadosos, y que esto mismo impidió el estudio de las ciencias.

Por igual Ignacio Ramírez materializa su admiración por la ciencia y por los adelantos en esa materia que se venían dando desde siglos anteriores al suyo. En un discurso del 14 de septiembre de 1869 elogia la invención de la brújula, que permitió los grandes descubrimientos de tierras, así como la creación del termómetro, del barómetro, del microscopio y del telescopio, y concluye que “¡Así la humanidad se transforma!”¹² Es una benéfica transformación de la que habla, difícilmente pudo haberla considerado de otra forma; conocía de las doctrinas de Malthus y de los daños incipientes que estaba recibiendo la naturaleza, por esto es que a toda invención tecnológica la consideraba como un bien para la humanidad, aún no eran difundidos o conocidos los grandes peligros de la contaminación causadas por la industrialización avanzada, ni existían los peligros nucleares y la superpoblación mundial no se presentaba con sus completas problemáticas. Mas ya el Nigromante se ocupaba de la materia ecológica, pues en otro de sus discursos, en

¹¹ Payno, Manuel, *Los bandidos de Río Frío*, Op. Cit., p. 111.

¹² Ramírez, Ignacio, *Obras Completas III, Discursos, Cartas, Documentos, Estudios*, Op. Cit., p. 65.

uno de 1870, sugiere la creación de bosques y el cuidado de la selvicultura,¹³ asunto del que asegura redundará en un progreso para la república y agradecía la labor de instituciones como la Sociedad de Geografía y Estadística. Consecuentemente se evidencia el apoyo que tenían las instituciones científicas dentro de la clase culta.

En Justo Sierra el seguimiento de los métodos y teorías científicas es constante, y es mayor la aplicación de las leyes de las ciencias naturales a la historia.¹⁴ En 1908, en su discurso en honor a Gabino Barreda, reitera su seguimiento a la duda metódica pero, discurso emitido en uno de sus últimos años de vida, ya exhibe que no confía en la ciencia completamente, comentando de ella que es relativa y debatible,¹⁵ muestra del decaimiento de la creencia entusiasta en la ciencia. Para apreciar ese primer gran entusiasmo de Sierra hay que revisar su poesía, en la que un tópico recurrente es la ciencia, la cual no cesa de ser alabada.

¡Oh, yo daría el último sonido/ de mi lira al morir, al himno puro/ de la ciencia
y la paz, si en este día/ en vez, ¡oh Dios!, del porvenir oscuro/ tu sol se alzase al
fin, México mío!.../ ¡Oh ciencia!, tú la tierra, del espacio/ en los senos
profundos,/ encendiste cual chispa de topacio/ prendida en la corona de los
mundos;/ y tú has sabido en el misterio inmenso/ del cosmos penetrar, tú que en
el denso/ vapor que el cielo circundó en su giro/ como nube de incienso/
exhalada de una urna de zafiro,/ encontraste, en el átomo la estrella,/ y un sol en
cada estrella, circundado/ de astros que van tras su fulgente huella [...]¹⁶

Lo anterior fue escrito hacia 1876, cuando Sierra contaba con 28 años, muestra su ímpetu de juventud mezclado con su admiración por los logros de la ciencia, y expuesta de forma literaria, indica la pasión que tenía por conseguir el bien para su patria. Ese bien se debía obtener, según el poeta, estimulando la investigación científica, perpetuando la paz en el territorio y afianzando una filosofía que secundara a la misma ciencia, el positivismo. Siguiendo su pensamiento de juventud la ciencia es la que brindará el porvenir después de unos tiempos oscuros como fueron la época de las guerras intestinas y las contiendas internacionales libradas contra España, Estados Unidos y Francia. Pregonó de la ciencia que su “ruta el progreso es”,¹⁷ por lo que la identificación de ella como un factor progresivo es irrefutable en Sierra. No encontramos que le haya adjudicado a tal disciplina algún adjetivo de regresiva o perjudicial para la sociedad. En su retórica le atribuye el calificativo de deidad e impele a todos a su adoración. Sólo en el ocaso de su vida, más de treinta años después de sus poesías pro-ciencia, hay un alejamiento y desesperanza para con la ciencia –al igual que para con el régimen de Díaz-.

¹³ Ídem, p. 246.

¹⁴ Yáñez, Agustín, “Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra”, en *Obras completas I, Poesías*, Op. Cit., p. 246.

¹⁵ Ídem, p. 179.

¹⁶ Sierra, Justo, *Obras completas I, Poesías*, Op. Cit., p. 378.

¹⁷ Ídem, p. 379.

“Adorando la ciencia como la adoro [...] confieso tristemente que por la pequeñez de mis facultades no puedo traspasar los dinteles de ese templo del saber y de la fama”¹⁸ escribió Ignacio Manuel Altamirano en 1870. El grupo cultivado de México en el siglo XIX y principios del XX frecuentemente reitera su admiración por la ciencia, y lo que hay que remarcar para entender la dialéctica de la clase culta, es que la gran mayoría de ellos no eran científicos. Esta aparente contradicción viene a la mesa con la confesión de Altamirano, quien incluso se priva de utilizar términos científicos en sus escritos por reconocerse no cultivador suficiente de las disciplinas llamadas ciencias naturales. No hay contradicción porque los mexicanos cultivados admiren los adelantos científicos, aunque carezcan de instrucción propiamente científica, esta ausencia de conocimiento en la materia la ven precisamente como una necesidad del país, necesidad que cuando sea satisfecha proveerá, según su consecuente visión, de grandes avances para el país. En México no existía una verdadera investigación científica, todas las invenciones en tecnología, medicina e industria venían del extranjero, y esto significaba un gran defecto para los hombres ilustrados, defecto que sabían difícilmente iba a desaparecer.

Podemos destacar que pese a la ausencia de una formación debidamente científica en los intelectuales, muchos de ellos exhibieron un profundo conocimiento de temas científicos; Ramírez hace ver en sus obras un vasto saber sobre biología, zoología, química, botánica, economía y pedagogía además de que fue un erudito en semiología, lingüística y etimologías –que estas últimas no eran ciencias duras, así es, pero ya comenzaban a caminar por tal sendero. Riva Palacio dominaba los temas de anatomía, biología y lo fundamental en química y astronomía. Sierra también dominaba la biología. Gabino Barreda sí tuvo una formación científica pues estudió medicina e igualmente García Cubas fue científico, fue un reconocido geógrafo. Sabían que en México no había una investigación profunda y cabal de la ciencia, pues consideraban también que había que resolver primeramente muchos problemas sociales o políticos. Ellos mismos no profundizaron en las ciencias que cultivaban y no aportaron nuevos descubrimientos o invenciones a la humanidad, esto estaba fuera de su alcance y de sus objetivos primordiales, era además sumamente difícil en una época y lugar donde los eruditos tenían múltiples disciplinas cultivadas y múltiples ocupaciones, entre las que se incluyen la política y la guerra. Resultado de estos factores es su ya varias veces mencionada admiración por los avances científicos venidos de fuera, el interés por las teorías que se estaban desarrollando como el evolucionismo, el maltusianismo, la psicología o el materialismo histórico, y la adopción en su discurso de términos que nacieron con estas teorías. Además es notable en México la aún no tan tajante escisión entre ciencias naturales y ciencias sociales (producto, en parte, de la influencia del positivismo que propugnaba la adopción de los métodos de las ciencias exactas en las ciencias sociales).

¹⁸ Altamirano, Ignacio M., *Obras completas I, Discursos y brindis*, Op. Cit., p. 212.

La adoración a la ciencia fue durante muchos años una forma de patriotismo, pues creían que si se le impulsaba iban a lograr un bien para la nación. Pero no sólo de patriotismo sino una forma de orgullo universal en el que se alaba a todos los hombres que han realizado una aportación científica a la humanidad. En 1872 Ignacio Manuel Altamirano realiza una de esas alabanzas, en ocasión del fallecimiento de Samuel Finley Breese Morse, inventor del telégrafo bautizado con su nombre (creación de suma trascendencia para las relaciones entre las personas y que tiene su gran peso en la historia), en la cual refiere que:

El nombre del gran inventor americano resuena con gloria no sólo en la América que ha conquistado con él su derecho de primogenitura, sino en la culta Europa que sin vacilar se ha inclinado ante su genio; en la vieja Asia, donde cien generaciones de sabios se han levantado asombrados entre el polvo de sus vastos sepulcros para saludar en nombre de la pasada civilización a este sublime apóstol de la nueva, y en el África, donde el cadáver de otra opulenta civilización se ha sentido galvanizado al choque del progreso moderno, y donde un pueblo inmenso y desconocido que se creía condenado a la esclavitud o la barbarie, ha visto brillar en la chispa eléctrica la luz de la esperanza.¹⁹

Entonces la ciencia era para Altamirano una materia que ayuda al mundo entero, que vindica a los nuevos pueblos cuando brindan hombres que aportan invenciones, que renueva a las sociedades *antiguas* y que rescita a las muertas. Es de notarse por igual que le otorgó a los continentes adjetivos como *primogénito* o *viejo*, destacando su visión del mundo como sujeto a un proceso en el cual unas sociedades son más nuevas que otras, en el que se influyen mutuamente y en el que resalta el camino progresivo que les da a esas sociedades, consecuencia, en parte, de los adelantos o atrasos en el área científica. Por otra parte adjudica al progreso un calificativo de moderno que no se leería precisamente como el no reconocer un progreso en otras épocas de la historia, pero sí podríamos entenderlo como otorgar un mayor realce al progreso que se vivía en su tiempo.

Por otra parte, Altamirano vincula el progresismo en México con la ideología liberal; opina de la disposición de la ley en la que se ordena la fundación de la Academia de Ciencias y Literatura que ha sido un pensamiento que “significa que nos reconocemos deudores al espíritu liberal y eminentemente progresista que inspiró a los legisladores de 57, de los adelantos de nuestra enseñanza actual”.²⁰ Actual. Da de nuevo preeminencia a los avances y logros que se veían en su época y conecta, asimismo, la educación con el progreso.

En Vicente Riva Palacio existió la misma admiración compartida con sus colegas hacia los personajes que lograron aportaciones que, según su mentalidad, ayudaron al desarrollo mundial. Admiró a Aristóteles el Estagirita por sus logros en investigación

¹⁹ Idem, p. 245.

²⁰ Idem, p. 213.

sobreponiéndose a la ausencia de instrumentos precisos y estilizados y pese a la ausencia de los métodos que la ciencia adquiriría en las centurias venideras; elogió al químico Van-Helmont por crear la palabra *gas* que “tanto prestigio y tanta influencia ha tenido en el progreso de la humanidad”.²¹

El general es de los pocos que hablaron directamente de los avances de la disciplina histórica, considerándola ya como una ciencia, y desde su perspectiva, en la que podríamos reconocer en gran parte a un historicista, escribió: “La Historia en los tiempos que alcanzamos, ha tomado un carácter más elevado y más noble”, va reconociendo el nuevo carácter científico que se fue reconociendo en la disciplina histórica; “no es ya la relación más o menos florida de los acontecimientos que han pasado, ni el inocente pasatiempo del escritor y de los lectores”, le otorga otro rasgo más de científica al privarla de cualidades literarias, especulativas y lúdicas; “es el examen filosófico y crítico de las causas que han producido los grandes acontecimientos”, se apega a la tendencia de historia crítica y con ello a las nuevas –en su época- posturas tanto historicistas, al estudiar los eventos con especial atención a sus circunstancias; como a las positivistas, al fomentar el “estudio de las terribles y consecutivas evoluciones que han traído a la humanidad y a los pueblos al estado de civilización y de progreso en que se encuentran”,²² y mostrar su visión de la historia como una línea progresiva (con esto de nuevo apegado al positivismo y la división de la historia en estadios, cada uno superior al anterior), así como su interpretación de que los pueblos vivían una etapa más elevada que cualquiera de las pasadas.

Riva Palacio se puede clasificar como historicista, aunque él mismo no se haya reconocido como tal –no parece haber conocido los postulados de esta corriente-, como resultado de sus reflexiones sobre la historia y la ciencia, en una ocasión reflexionó: “El hombre necesita, antes que todo, conocer el medio en que vive”²³ y advirtió que la ignorancia y el fanatismo son los enemigos por antonomasia de la ciencia y el progreso.

Bulnes redactó reflexiones parecidas a las de Riva Palacio en cuanto a la disciplina –o ciencia- histórica, al método y a la objetividad. “La precisión consiste en extraer de una masa de hechos agrupados, articulados, confusos o regidos por un método, el hecho que se necesita, limpio, completamente aislado e irreprochablemente verdadero.”²⁴ También se apega a la historia crítica, y parece cultivar un determinado culto por el hecho. Aunque si uno lee sus obras sobre historia encontraremos bastantes juicios de valor, al parecer tenía en mente la importancia de la objetividad en la historia mas no siempre dio con ella. Habló de la integridad del investigador: “Lo preciso es el trabajo de erudición verificado con

²¹ El científico belga Jan Baptista van Helmont inventó la palabra *gas* en la primera mitad del siglo XVII y fue el primero en descubrir la verdadera naturaleza de los gases.

²² Riva Palacio, Vicente, *Cuentos del general. Los cerros, galería de contemporáneos*, Op. Cit., p. 375.

²³ Ídem, p. 286.

²⁴ Bulnes, Francisco, *Páginas escogidas*, Op. Cit., p. 4.

pureza de procedimiento y con pureza moral, es decir, con honradez”,²⁵ idea que según algunos críticos de Bulnes, como el mismo Sierra, no aplicó realmente. Empero Bulnes no se limitaba a un culto a los hechos sino que escribió que se debía de dilucidar todo lo que implicaban éstos, todas sus vinculaciones e influencias, con ello no se queda con tan sólo las ideas positivistas en cuanto al método histórico, al menos dejó constancia que tenía en claro esta cuestión.

Los intelectuales de México aquí analizados carecieron, en su mayoría, de una formación propiamente científica y no realizaron investigaciones científicas que resultaran en grandes descubrimientos o invenciones para la humanidad, pero su postura ante la ciencia siempre fue de elogio y alabanza. Por ello debemos asegurar que en los escritos de los estudiosos hemos encontrado tres principales puntos en común: 1.-La constante y reiterada admiración y alabanza hacia la ciencia. 2.-Su amplio conocimiento de todos los descubrimientos, invenciones y nuevas teorías científicas que se fueron dando en su época. 3.-Su apreciación de la historia del mundo como progresiva en correspondencia con los adelantos de la ciencia.

El primero de los puntos se entiende al apreciar que consideraron que la ciencia era como una panacea que curaría los males de la humanidad, que transformaba al mundo para bien, que acabaría con la ignorancia y la superstición y que mejoraría los resultados de ciertas disciplinas como la historia, la sociología o la política, si se les trasplantaban los métodos de las ciencias duras. En el segundo punto nos percatamos de lo bien informados que se encontraban los hombres de letras del país, que recibían con gusto los avances que se venían dando al otro lado del Atlántico o del Río Bravo, que se lamentaban de que en México no hubiera nada de investigación pero que se apresuraban y hacían lo posible para implementar y traer los nuevos descubrimientos e invenciones a su nación. En cuanto a las teorías y nuevas interpretaciones las profundizaban y en muchas ocasiones las sumaban a sus conocimientos y su lenguaje. Con referencia al tercer punto podemos decir que crearon una conexión, que prácticamente nadie cuestionaba, entre el progreso y el avance de la ciencia, pues al primero lo explicaban y lo entendían como una consecuencia de los adelantos de la segunda, y con esto reiteraban su perspectiva de la historia como un camino que siempre va hacia adelante. Hay que precisar que es al progreso material al que tomaron como producto indiscutible de los adelantos científicos y tecnológicos, pues a los otros tipos de progresos –cultural, social, moral- de los que en ocasiones reflexionaron, los presentaban como productos de otras mecánicas. Por último hay que precisar también que no fue una cuestión de snobismo el elogio a los nuevos adelantos de que tenían noticia, era una cuestión de mejora social, de patriotismo, pues realmente creían que era a través de la ciencia que la humanidad iba avanzando a etapas superiores de su historia.

²⁵ Ídem, p. 4.

Cambio material, la industrialización.

El cambio material de las tierras mexicanas suscitó muchas opiniones y reflexiones por parte de los hombres de estudio, las cuales nos brindaron una amplia idea de los anhelos de las clases altas y del círculo intelectual por *modernizar* e industrializar al país. Las transformaciones de la nación y del mundo evidentemente eran tomadas, por la mayoría de los hombres ilustrados del siglo XIX, como unas nunca antes vistas y con una aceleración de los procesos que sorprendía no pocas veces. Comparándolo con el siglo XXI, en aquellos tiempos sucedía una transformación lenta y paulatina, pero que para los individuos del XIX era inaudita y vertiginosa.

Los mexicanos del XIX, ante el ejemplo de la industrialización de la Europa occidental y sobretodo de los Estados Unidos, deseaban imitar los modelos de las naciones más *avanzadas* y convertir a México en una potencia o al menos en un país digno de tomar en cuenta entre todos los pueblos del mundo. El atraso tecnológico de México era sentido como un peligro para la misma supervivencia de la nación, pues por la desmedida diferencia de industrialización con respecto a las potencias mundiales había el peligro (muy real y reiterado) de ser invadidos y arrasados fácilmente. Ya desde los primeros años de vida independiente los intelectuales podían sentir el peligro que representaban los Estados Unidos y su potencial industrial. Lorenzo de Zavala, en la primera mitad del XIX, refirió que si México fuera conquistado por el país vecino del norte, esa iba a ser una “conquista de la *industria* y la *civilización*”;²⁶ hasta en las predicciones fatalistas había un optimismo por el progreso y la modernización. Las cuestiones mundiales como las modificaciones en la producción y las nuevas ventajas que brindaba la ciencia cambiaron paulatinamente el pensamiento del hombre y los mexicanos no fueron la excepción.

Conforme avanzaba aquel siglo, sin embargo, los avances materiales se iban haciendo más comunes –de alguna manera se trivializaron- y comenzaron a surgir críticas con respecto a ellos, mas no por eso dejaron de ser requeridos, solicitados o alabados por la mayoría de los sectores de la sociedad. Un dechado de crítica hacia el porvenir y el progreso, causado por las iniciativas comerciales e industriales, se lo debemos a la pluma de Manuel Payno:

Don Antonio Escandón decía que el porvenir de la República consistía en el camino de fierro de Veracruz, hasta que fundó su mayorazgo en la renta de aduanas, y ya pueden morirse de hambre los empleados y las viudas y ser el deficiente más profundo que los pozos de San Luis Potosí, que no se arrancará ninguna brizna a este porvenir. Brenan y socios con sus tierras baldías, cifran también en su empresa el porvenir de la República; por último, arreglados a poco más o menos algunos de esos porvenires, el porvenir de la República está cifrado hoy en los puertos de depósito y en la organización del Distrito. Los

²⁶ Zavala, Lorenzo de, *Albores de la República*, México, Empresas Editoriales, 1949, p. 52.

pacotilleros de California están esperando el porvenir en La Paz, y los siete canónigos racioneros del consejo del Distrito, esperan ya su porvenir.²⁷

Lo anterior fue plasmado en 1869, cuando ya eran claros el egoísmo y la ambición que podían ser desencadenados por el proceso de industrialización y libre empresa, y sus combinaciones con la política. Payno aquí nos recalca el cómo una idea, tan célebre y repetida como es el *porvenir*, también puede ser empleada para fines personales ajenos al bien común. Apreciamos el malestar que se sentía porque muchos de los progresos prometidos no llegaban pronto o nunca llegaban, esto era frecuentemente causado por la desunión y la multitud de proyectos regionales, estatales y nacionales. Además de que estos proyectos podían ser utilizados sólo con propósitos lucrativos. Esta crítica de Payno no significa, sin embargo, una completa desconfianza en el progreso. Él, como otros, confió en el avance material y lo consideró necesario para la evolución de los pueblos.

Con mayor precisión y exactitud, identificó el comienzo del progreso material en México con la administración de Comonfort -1855-, pues con las medidas adoptadas por aquel gobierno ve iniciado el proceso de cambio material: con “la desamortización eclesiástica, con la ordenanza de Aduanas marítimas, con la libertad de la siembra y manufactura del tabaco y con el contrato de línea de ferrocarril de Veracruz a México”,²⁸ medidas que evidentemente acarrearían grandes consecuencias en el ámbito económico e industrial. El literato también sugirió frecuentemente lo que necesitaba el país para su mejora: “establecer la seguridad en las ciudades y en los caminos, y plantear los estudios para el adelanto de las ciencias naturales y el perfeccionamiento de la enseñanza primaria y superior”.²⁹ En cuanto a la ciencia, ya se expuso el notable interés de los dirigentes por fomentarla y en cuanto a la educación reformada, la consideraban como la solución a gran parte de los problemas que se enfrentaban como el analfabetismo o la ausencia de una amplia difusión de la cultura y los conocimientos extranjeros.

Al analizar la historia de las diferentes naciones, Payno concluye que la civilización y el progreso al que han llegado la mayoría de los países, sólo fueron obtenidos tras recorrer los senderos de las guerras civiles y de las guerras con potencias extranjeras, sólo después de ello se han convertido en naciones con enorme poder e influencia.³⁰ Es claro que Payno había estudiado a fondo la historia de los pueblos europeos y de otras latitudes para poder construir una generalización como la que estableció, en la que el punto clímax de un país sería aquel en el que ese pueblo se encontrara con el máximo adelanto material e industrial.

La disposición de la creación del ferrocarril de Veracruz a México fue dada en 1855, empero éste no se terminó de construir hasta varios años después. En 1867, en un artículo

²⁷ Payno, Manuel, *Crónicas de teatro, Crónica nacional*, Op. Cit., pp. 205-206.

²⁸ Payno, Manuel, *Barcelona y México en 1888 y 1889*, Op. Cit., pp. 374-375.

²⁹ Ídem, p. 461.

³⁰ Ídem, p. 364.

de Ramírez publicado en *El correo de México*, el autor decía que la finalización del mismo seguía siendo “un deseo común de nacionales y extranjeros”, y el optimismo del Nigromante por la empresa era enorme, veía con su puesta en marcha una vasta transformación del país, una aceleración sin igual del comercio y una cuestión que se debía de atender de inmediato.

En el feliz resultado de esa empresa ve el comercio allanada la mitad de la comunicación interoceánica, y una ganancia segura, en tiempos y gastos, para todas sus exportaciones e importaciones; las colonias se acercarán naturalmente a los rieles, como las partículas de marmaja a una barra magnetizada; ya cada estación, en lo construido, es el germen de esa aldea. Y sin detenernos en otras ventajas que son muy conocidas, concluiremos indicando el provecho que resulta a la misma empresa y a las otras de su especie: se estudiarán y fijarán los costos en México, y los materiales ya no subirán en su precio dos tantos por los gastos de transporte. El ferrocarril es el ensueño de todos los partidos, cuando dejan dormir sus divergencias en la política.³¹

Los comentarios que hizo Ramírez en 1867 fueron producto de observaciones bastante precisas de los resultados que había provocado la construcción de ferrocarriles en otros países y de la visión de traer los beneficios que obtuvieron otras naciones a territorio mexicano. Esto era de especial interés tras haber logrado expulsar a los invasores extranjeros y demostrar al mundo que esta nación podía modernizarse y competir con las demás. Le parecía tan perentoria la construcción de los ferrocarriles que instaba a los mexicanos a poner esa cuestión como prioridad, aunque se hicieran sacrificios. Les enseñaba que el proyecto iba a producir grandes ingresos al gobierno con lo cual quizá pensaba suplir los ingresos que aún se recibían por las alcabalas, que aún no eran abolidas de hecho, y que fueron eliminadas definitivamente de los textos en 1896.³² Por obra de sus razonamientos el Nigromante pedía la pronta construcción de vías férreas, sabemos que posteriormente el ferrocarril tendría el mayor peso en el desarrollo del país al conectar las diferentes regiones y cómo se predecía, desarrollar nuevos centros poblacionales y agilizar y abaratar el comercio. Pero, y al igual que Manuel Payno, Ramírez podía hacer presente su espíritu crítico y demostrar que aquello en lo que se tiene esperanzas también podía acarrear dificultades;

¿Qué sucederá cuando toda la nación se mueva y la industria imperiosamente reclame su principal alimento? La confianza en los ferrocarriles es ilusoria; su propio combustible les es una carga pesada, el surtido ajeno no encuentra cabida

³¹ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas I, Escritos periodísticos I*, México, Centro de Investigación Científica “Jorge L. Tamayo, A. C.”, 1984, p. 49.

³² Xavier Guerra, Francois, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, tomo I, Sergio Fernández Bravo, traductor, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 307.

en los carros sino a crecido costo, y el monopolio aprovechará para sus funestas especulaciones todos los inconvenientes.³³

La pregunta la lanzó Ramírez en 1870 y nos da prueba de una mente que miró más allá de los beneficios de la industrialización, que adivinó y advirtió acertadamente la voracidad de las industrias y de los peligros ecológicos que se producirían. Pocos hombres tuvieron éstas preocupaciones, pero éste ya sugería el cuidado de los bosques y la reforestación ante la necesidad de una enorme cantidad de combustible para los ferrocarriles, con ello llega a señalar que la vida de un pueblo la debe a la naturaleza. Remarca por igual los peligros que las prácticas monopolistas harán surgir, y el afán por lucrar, que percibió por igual Payno.

Las críticas citadas no deben hacer pensar en un Ramírez opositor de la industrialización sino en uno que se ocupa de evitar los males que cualquier proceso socioeconómico u obra material pueda hacer caer sobre la sociedad. Quiere evitar males sociales al fomentar una política más sensata, que vea por el pueblo y no sólo por la modernización y el lucro. Siguió creyendo en la industrialización, lo evidenciaba su propia definición de progreso que a la vez sacaba a la luz su positivismo: “Los adelantos positivos del género humano son siempre materiales; y hasta las religiones procuran vestir sus teorías con el ropaje visible y tangible de la realidad.”³⁴ Además puntualizó que pese a las dificultades, cualquier camino era mejor que regresar al antiguo sistema económico, al estancamiento, “¿estaremos mejor reduciendo el curso de nuestros valores y su monto a los tianguis y ferias del gobierno colonial?”, preguntaba con burla, atacando de esta manera a los que criticaban la excesiva inversión extranjera y la dependencia hacia la misma. Para completar su argumento, repasa los beneficios que aprecia de la política capitalista y modernizadora:

Los libros sobre ciencias y artes van emancipando a nuestros artesanos de la rutina; los instrumentos en todos los ramos del trabajo se piden con cuantía al extranjero; la maquinaria venida de otros países produce en un día lo que todos nuestros brazos no alcanzarían en diez años; y en la sola capital sin aumento sensible en la población, se han centuplicado las industrias. Nuestro movimiento mercantil es diez, veinte veces mayor que hace cincuenta años.³⁵

Hay rasgos de exageración en el párrafo anterior, en especial con lo de centuplicación, pues sí hubo un aumento considerable de las industrias y el comercio mas no en la medida en que lo describe Ramírez, en especial porque cuando lo afirma, en la década de 1870, aún México no experimenta el auge económico que posteriormente vendría. Citemos al estudioso del tema Francois Xavier-Guerra para verificarlo:

³³ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas III, Discursos, Cartas, Documentos, Estudios*, Op. Cit., p. 254.

³⁴ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas IV, Estudios literarios y poesías, Poemas y apuntes inéditos*, Op. Cit., p. 316.

³⁵ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, Op. Cit., p. 461.

La expansión económica no ha comenzado en México con la llegada de Porfirio Díaz al poder [1876], pero es cierto que por su duración, y por el ritmo y la profundidad de sus cambios económicos, el porfiriato es un periodo clave en la modernización del país.³⁶

La descripción algo inflada del Nigromante era producto de su intención de hacer ver a sus lectores que la industrialización traía y seguiría trayendo enormes bondades a México. Que las potencias mundiales debían su fuerza precisamente a ese proceso tecnológico y económico fue su planteamiento. En su análisis de la situación internacional, en 1871, llega a referir un curioso comentario que nos permitiremos citar aquí, debido a que es evidencia de la profundidad de reflexión de Ramírez, y es un ejemplo ad hoc sobre la modernización en su tiempo, se refería a China, de la cual afirmaba que su afán por aislarse le impedía reconocer su potencialidad. “Ella ignora que el solo impulso de su industria desequilibra perpetuamente las empresas mercantiles y las combinaciones políticas que se agitan sobre la tierra”,³⁷ al parecer desde el siglo XIX se percató del poderoso impulso que puede significar la industria china. Y que en nuestros días ya significa poder, perpetuándose impredeciblemente tal poder en el futuro.

En 1883, en la administración de Manuel González, Ignacio Manuel Altamirano escribió que “el general Díaz ha unido su actividad en la parte administrativa, poniendo las bases del gran movimiento industrial y progreso material que hoy se nota en la república mexicana.”³⁸ Este comentario también muestra un optimismo con respecto a los cambios que se estaban suscitando en la república, pues el progreso ya era bastante ostensible en la década de 1880. Habla de los porfiristas como un partido que supo, primero, atraerse a sus antiguos detractores como los juaristas, los lerdistas y los iglesistas, pero primordialmente de uno que le fue dando cabida a muchos sectores de la política para lograr un consenso para con esto poder llegar a los avances que propugnaba.

En el mismo artículo Altamirano resalta que los avances industriales consisten primordial y afortunadamente en el desarrollo del ferrocarril, de los telégrafos y el fomento de la agricultura. Celebra las concesiones que se dan para la construcción de los tramos de vías férreas que iban de “México a Guanajuato, el de Morelos hasta Cuautla, el de Sullivan hasta Toluca, el de Irolo hasta Texcoco, el del Paso del Norte hasta Chihuahua”, con respecto a los telégrafos escribió que ya había líneas en la totalidad de los estados y en todos sus pueblos “al menos en sus centros más poblados e importantes”,³⁹ lo mencionado lo reproducimos al lector para evidenciar aún más el optimismo con que son tomados los actos de modernización del país.

³⁶ Xavier Guerra, Francois, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, Op. Cit., p. 324.

³⁷ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas III, Discursos, Cartas, Documentos, Estudios*, Op. Cit., p. 262.

³⁸ Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas II, Obras históricas*, Op. Cit., p. 124.

³⁹ Ídem, p. 126.

Sierra, como Ramírez, presenta un optimismo por la consecución de una pronta industrialización después de la Guerra de Intervención. Creyó que tras el triunfo contra los extranjeros inició en México un periodo de paz que permitió un progreso ostensible en diversas áreas. En 1905 escribió sobre 1867 lo siguiente:

Las condiciones políticas parecían inmejorables: el partido reformista, heredero del liberal, era dueño incondicional del país político; tenía su programa en la ley suprema, la Constitución del 57, a la que se incorporarían pronto las leyes de Reforma; tenía por jefe al hombre que había encarnado ante el mundo la causa triunfante [...] Juárez; sus individuos poblaban casi exclusivamente los puestos públicos federales y los gobiernos de los Estados, y no tenía enemigos; el partido contrarrevolucionario [...] no resucitaría jamás.⁴⁰

Con esas condiciones fue conseguida una estabilidad política y una paz que, a la vista de la mayoría de los analistas –Justo Sierra incluido–, traería la mejora y el auge económico de México. Empero con respecto a la aseveración de Sierra del no resurgimiento del partido contrarrevolucionario podemos decir que, desde cierta perspectiva, es errónea: el partido conservador sí sobrevive, sólo que con otra forma, se había transformado, y resurgió desde otro sector ideológico al cual el mismo maestro perteneció; el positivismo. Comentó Leopoldo Zea al respecto:

De acuerdo con la tesis de los positivistas mexicanos, el viejo partido liberal había destruido al partido de la reacción, al partido conservador, que representaba el viejo orden; pero una vez destruido este orden, el liberalismo mexicano se había mostrado incapaz de establecer otro nuevo. *Al viejo orden había seguido la más completa anarquía.*⁴¹

El grupo de los positivistas (muchos de ellos considerados a sí mismos liberales o descendientes de este grupo) se había convertido en el grupo de los nuevos contrarrevolucionarios, amigos de aquella paz que construía el progreso a la nación, y por ende, partidarios de la preservación –hacia las últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX– de la permanencia del status quo y de las mismas condiciones sociopolíticas que brindaban el tan ansiado progreso.

Estudiosos como Francisco Bulnes, Francisco G. Cosmes, Joaquín Casasús, José Yves Limantour, Porfirio Parra, Miguel Macedo, Ramón Prida o Rafael Reyes Spíndola destacaron en esta nueva corriente de conservadurismo, “la tentativa comteana de poner fin a la <anarquía liberal> concordaba perfectamente con los sentimientos de una gran parte de los liberales mexicanos”,⁴² dice Xavier Guerra, y aquellos liberales, después categorizados positivistas, acabaron con la susodicha anarquía y luego abogaron por la perpetuación del

⁴⁰ Sierra, Justo, *Juárez, su obra y su tiempo*, Op. Cit., p. 428.

⁴¹ Zea, Leopoldo, *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*, Op. Cit., p. 235.

⁴² Xavier Guerra, Francois, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, Op. Cit., p. 382.

entonces nuevo orden, entre muchas otras razones, para tratar de seguir industrializando a México y no distanciarse tanto en ese aspecto de las potencias europeas, en especial de Estados Unidos. Recuérdese el miedo de los liberales –y no sólo de ellos- hacia el país vecino del norte, Sierra incluido. Lo citado hay que tenerlo en consideración para entender cómo la idea de industrialización dividió a los dirigentes de la nación, pero sobretudo para tener en el panorama la noción de cómo la filosofía o ideología positivista pasó de pertenecer a un grupo reformador –los liberales, aquellos que emplearon las ideas comteanas para laicizar la educación a instancias de Juárez, para darle a la política características científicas, entre otras muchas cosas-, a ser propia de un grupo conservador –los científicos-.

Las bases para atacar esa anarquía que puede impedir la llegada al estadio positivo las dio el mismo Comte, cuando escribió que el fin de la física social era “descubrir el sistema de operaciones sucesivas, filosóficas y prácticas, que han de liberar a la sociedad de su fatal tendencia a la disolución inminente [...]”.⁴³ Disolución que los mexicanos del XIX veían coincidentemente tan cercana por el conjunto de asonadas, desorden, invasiones y criminalidad que con frecuencia vivía el país, por esta razón debían de buscar para México el camino del progreso que el positivismo tanto recomendaba. La guerra era reprobable y debía ser evitada según los positivistas mexicanos, el mismo Augusto Comte había establecido que en la nueva era los conflictos bélicos iban a desaparecer, pues las tendencias políticas racionales y las nuevas investigaciones llevarían a “una existencia esencialmente industrial”. He aquí otro de los orígenes de la justificación de la represión: mantener la pax porfiriana, evitar revueltas y evitar conflictos internacionales, para así hacer del país uno que basara su éxito en el comercio y la industria.

Comte hablaba del decaimiento del militarismo y del crecimiento de la actividad industrial en gran parte del mundo como “una doble consecuencia necesaria de nuestra evolución progresiva, que en nuestros días ha sido apreciada de modo bastante sensato”,⁴⁴ claro que esto no fue reflejado tajantemente en la realidad pues lo bélico siempre estuvo presente en el desenvolvimiento político del México de tales décadas.

Una de las causas torales de nuestro raquítico y trabajoso desenvolvimiento, fue la expectación de un choque mortal con el extranjero, que, creando hábitos necesidades y abusos militares, nos mantuvo en un estado que no podía evolucionar hacia el económico, para ver de emparejarnos con nuestros rápidamente gigantescos vecinos, sino por el medro de revoluciones, es decir, de oscilaciones incesantes del despotismo a la anarquía.⁴⁵

Lo anterior lo redactó Justo Sierra en el mismo sentido de marcar la necesidad de industrialización, la necesidad de orden y la necesidad de no sentirse tan menguados ante

⁴³ Comte, Augusto, “Curso de filosofía positiva”, en *La filosofía positiva*, Op. Cit., p. 62.

⁴⁴ Ídem, p. 73.

⁴⁵ Sierra, Justo, *Juárez, su obra y su tiempo*, Op. Cit., p. 266.

los Estados Unidos. Una vez saciadas, parcialmente, estas necesidades, surge un aspecto neoconservador y antirrevolucionario en los pensadores (aunque en Sierra se dio el caso de su posterior separación del positivismo y los ámbitos conservadores de éste).

Ese aspecto neoconservador surgido entre las filas de los mismos liberales es producto, entre otras cosas, del miedo a la mencionada anarquía, al caos, a la continuidad de la revolución. Ramírez, Sierra, Payno, Altamirano, Bulnes, no eran partidarios del comunismo ni mucho menos de las ideas anarquistas, no fueron partícipes de los incipientes movimientos obreros en México y algunos como El Nigromante criticaron explícitamente la teoría de la lucha de clases.⁴⁶

Victoriano Salado Álvarez, en sus *Episodios Nacionales*, muestra por igual la idea de que fue la paz conseguida tras la Guerra de Intervención la que brindó la posibilidad de una industrialización en México. Esa creencia generalizada en los pensadores del XIX de que sólo el orden y la paz podían traer un acelerado progreso al país era producto del anhelo por no continuar en la vía de los fratricidios y la inestabilidad. Al parecer prevalecía, no totalmente, un desconocimiento -razonable- de que es precisamente en las guerras –de la época industrial en especial- donde se aprecia un aceleramiento en las industrias de los países que las padecen y estos viven un desarrollo de nuevas tecnologías e invenciones. Ese desconocimiento es razonable en nuestra opinión debido a que los pensadores mexicanos no analizaron profundamente guerras como la civil norteamericana, la franco-prusiana o la ruso-japonesa, donde los triunfadores fueron aquellos que tenían o desarrollaron en el curso de la guerra una mayor producción industrial. Salado, por su parte, sí comentó que tanto la guerra como la paz desencadenaron grandes cambios en México:

Primero las guerras y luego la paz, cambiaron las cosas. Las guerras, que hicieron salir cogidos de leva ó huyendo de ella á muchos que de otro modo habrían envejecido y muerto en el terruño; la paz, que tendió líneas de ferrocarriles, facilitó el transporte, é hizo llegar el husmo de riquezas hasta los puntos más apartados.⁴⁷

Comentario sobre las guerras de Reforma y de Intervención que no exalta a los héroes liberales sino que subraya en especial la movilidad social que significaron, y por esto mismo un comentario interesante. El geógrafo García Cubas es otro de los entusiastas del progreso, y otro creyente del argumento de que fue con la paz con la que se pudo obtener el primero. En la introducción de uno de sus estudios sobre México dice “Ni celos ni

⁴⁶ Ninguno de ellos impulsó o participó en la fundación de organizaciones como el Gran Círculo de Obreros (organizado en 1872), ni en los periódicos en los que escribían aparecían artículos de corte anarquista, socialista o comunista. *El Manifiesto Comunista* apareció en México en el periódico *El Socialista* en 1884, publicación donde ninguno de estos intelectuales participó.

⁴⁷ Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano*/3, Op.Cit., p. 200.

rencores me animan, sino un buen deseo, cual es el del progreso moral y material de la República”, esto en 1904, y en consonancia con la ideología predominante de confianza en el avance material. Acerca de la idea de la paz como progenitora del progreso, idea que como hemos visto estaba extremadamente difundida, escribió:

En la presente época se ha llevado á cabo una obra colosal con el establecimiento de la paz. La barrera que obstruía el paso de la corriente civilizadora, fué por ella destruida, pero aún trae ésta en su impetuoso movimiento revueltas sus aguas que es preciso purificar. Hay que destruir diques y rompientes que en su cauce le forman aluviones procedentes de regiones incultas, para que, deslizándose pura y tranquila, pueda llegar sin obstáculo alguno á su deseado y final destino.⁴⁸

La confianza de Cubas en el progreso así como su apreciación de que México estaba progresando no hay que considerarlas como un apoyo total al porfiriato; fue un estudioso que apreció las contradicciones del sistema, “nuestro progreso, que realmente existe, y me complazco en reconocer, es relativo, mas no el que debiera, mediante la desaparición de ese mal que llamo enflaquecimiento social”, dice el geógrafo, y va más allá pues señala, en un acto de congruencia intelectual, algunos de los males que se padecían a principios del XX; “apatía reinante en todo y para todo, la pobreza, particularmente de las poblaciones pequeñas, que son las más, la poca alza de nuestra industria fabril, la debilidad del espíritu de empresa”.⁴⁹ Con esto muestra que no exalta al régimen y que, pese a haber sido beneficiado por el gobierno, le señala sus errores y defectos.

Propone soluciones como la mejora y la mayor difusión de la educación, empero, sabemos que aquellos señalados errores y defectos del régimen no iban a desaparecer y con el tiempo empujarían el estallido de la Revolución Mexicana. Los problemas de la pobreza, del crecimiento poblacional, de la educación, de la profesionalización en las zonas rurales (y con ello el aumento de la clase media que aspiraría a prosperar, que ya Cubas identificaba), van a ser unos de los factores esenciales que provocarán el gran movimiento de 1910.⁵⁰ Otra señalización realizada por García Cubas se refiere a los ferrocarriles, incidentalmente concuerda con Ramírez en criticarlos. Vimos que el Nigromante los criticó por motivos ecologistas, el geógrafo lo hizo por razones socioeconómicas;

[...] ese movimiento de trenes de vapor y eléctricos es resultado de una actividad extraña y meramente especulativa, profusamente alimentada por nuestros gobiernos progresistas y no por la sociedad, que ninguna participación ha tenido en ello.⁵¹

⁴⁸ García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, Op. Cit., p. 11.

⁴⁹ Ídem, p. 203.

⁵⁰ Xavier Guerra, Francois, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, Op. Cit., p. 299.

⁵¹ García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, Op. Cit., p. 203.

Una observación aguda sobre la administración de Díaz Apunte que hace hincapié en la ausencia de iniciativa social para la modernización de la nación, lo cual sin embargo no implica la ausencia de entusiasmo y admiración por el progreso de la gran mayoría de la población.

Bulnes fue alguien que deliberó profusamente sobre el avance material y la política de su época, y realizó un profundo comentario al respecto en 1903, para justificar la sexta reelección de Porfirio Díaz.

Desgraciadamente el principal argumento de la reelección, recogido en el campo de las conveniencias, aterra más bien que alienta. Se dice al pueblo: la conservación del señor general Díaz en el poder, es absolutamente necesaria para la conservación de la paz, del crédito y del progreso material. Nada más para acabar pronto con el crédito, que anunciar al orbe, que después del general Díaz, caeremos en el insondable abismo de miserias de donde hemos salido.⁵²

En efecto, parece ser que la preservación del dictador en el poder era necesaria, pero opinamos que sólo para obtener el crédito extranjero. Pues fue método común de Díaz pedir prestado a los extranjeros, así subvencionaba infraestructuras como las de los ferrocarriles, puertos y telégrafos, devolvía entonces el préstamo y posteriormente volvía a pedir crédito.⁵³ Empero el argumento de Bulnes de que si se anunciaba al mundo que sin Díaz no habría estabilidad y que esto provocaría que las potencias mundiales no secundaran más a México no parece sustentarse: los extranjeros no fueron demasiado simplistas como para creer que un solo hombre era el que mantenía a flote a México, esto se apreció en la actitud de varias potencias ante México durante la Revolución de 1910 al reconocer con prontitud a los gobiernos revolucionarios.⁵⁴ El punto es que, tras esa aparente crítica de lo que se le decía al pueblo con respecto al presidente, habría de venir una excelente retórica de parte de Bulnes para justificar la reelección de Díaz, refutando sus propios argumentos.

Alabanzas y críticas a la industrialización y hacia el cómo se obtuvo surgieron de las mentes de los intelectuales, lo hemos apreciado, hemos hecho una breve revisión de aquellos apoyos y señalizaciones. Lo expuesto evidencia la pluralidad de opiniones que existía en la clase pensadora, además nos señala que esas mismas opiniones surgen, a veces, por meras inclinaciones y gustos personales, o por conveniencias políticas que habría de analizar más a fondo. Por ahora pasaremos a revisar con brevedad otro tema que interesó a muchos letrados por creer que brindaría a México una mejora política, económica y social: la colonización extranjera del país.

⁵² Bulnes, Francisco, *Páginas escogidas*, Op. Cit., pp. 99-100.

⁵³ Xavier Guerra, Francois, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, Op. Cit., pp. 326-327.

⁵⁴ Actitudes como el mantenimiento de las relaciones diplomáticas con México pese a la inestabilidad del país.

Migraciones y progreso.

En tres de los intelectuales aquí estudiados existió una mayor preocupación por la colonización de las zonas despobladas del país, y manifestaron una creencia en que la inmigración europea iba a aliviar muchos problemas y redundaría en un progreso para la nación. Los que así en general pensaban eran Altamirano, Ramírez y Bulnes. El primero confió en que los legisladores de la administración de Manuel González, en 1881, impulsarían grandemente la colonización de regiones despobladas porque veían, al igual que él, que el poblarlas conseguiría riqueza y fuerza para México,⁵⁵ y en 1883 mostró su complacencia por el aumento de las colonias italianas, anhelando una colonización de anglosajones que encontrarían, dijo, tantas oportunidades como en Estados Unidos.⁵⁶

Ignacio Ramírez, por su parte, en 1867 deplora que el Ministerio de Fomento no hiciera lo suficiente para que fuera realizada una magna colonización, y refería que ésta “representa la primera necesidad y el centro de todas las empresas mexicanas”.⁵⁷ Tan tajante fue su postura al respecto. En 1865, en plena guerra, remarcó también la necesidad de crear nuevos puertos y colonizar las costas mexicanas para así apoderarse de verdad de los mares que bañan a la nación.⁵⁸

Por último, Francisco Bulnes en 1904, criticó las opiniones de que la colonización europea traería a la nación ruina porque los extranjeros sólo vendrían para enriquecerse,⁵⁹ lo cual también señala su confianza por la colonización y que ella crearía no dificultades sino un mayor progreso. El tema fue revisado y considerado por individuos de diferente bagaje intelectual, y los ya citados le otorgaron un gran apoyo. En estudios más recientes se ha corroborado que en gran parte tenían razón en impulsar el poblamiento de ciertas zonas de México para la mejora económica. El cómo, cuándo, dónde y con quiénes colonizar fueron las cuestiones en debate. La larga discusión resultante haría que no se llevaran a cabo varios proyectos de colonización. El poblar las zonas de baja densidad demográfica significaba poblar el norte, donde mayormente escaseaban los mexicanos, además de que

Con la colonización de toda la zona norte del país se obtendrían beneficios que mejorarían la situación económica y social de la clase menesterosa, ya que a

⁵⁵ Altamirano, Ignacio M., *Obras completas I, Discursos y brindis*, Op. Cit., p. 369.

⁵⁶ Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas II, Obras históricas*, Op. Cit., p. 126.

⁵⁷ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas I, Escritos periodísticos I*, Op. Cit., p. 84.

⁵⁸ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas III, Discursos, Cartas, Documentos, Estudios*, Op. Cit., p. 164.

⁵⁹ Bulnes, Francisco, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, Op. Cit., p. 470.

la construcción de escuelas, asilos y reclusorios para criminales, se sumaría la creación de un nuevo mercado para la industria mexicana.⁶⁰

El poblar ciertas regiones fue entonces una cuestión económica que en la mentalidad de varios hombres era indispensable para el impulso del progreso de México, en el que, entre otros logros, llevaría a los indígenas del norte a participar más activamente en el comercio, llevaría a que los productos de la parte septentrional circularan en el resto de la nación, llevaría a una reactivación del comercio a través de la participación de la laboriosidad extranjera, y para algunas perspectivas (que hoy en día pudieran ser estigmatizadas como racistas, como las de Sierra o Bulnes) habría una mejora al mezclarse los pobladores con más linaje europeo. Pues lo que propugnaban Ramírez y Bulnes –como alguna vez el mismo Benito Juárez- era la inmigración europea. Recordemos que la frase de “mejorar la raza” nació en el XIX por claras influencias darwinistas. Como se ve, se tenía la opinión de que la colonización redundaría en el impulso de la economía, cuestión íntimamente ligada, para los intelectuales (y también para posturas más actuales), con el progreso y el cambio, tal como se verá en el apartado siguiente.

La economía.

Es menester conocer cómo se fue desarrollando la economía y el mercado nacional para entender las opiniones de los hombres ilustrados de la época. En términos fácticos el crecimiento económico de 1857 a 1910 es innegable, aumentan enormemente –sobretudo de 1900 a 1910- el número de estaciones de ferrocarril, de minas, haciendas, ranchos, pueblos, colonias, fábricas, etc. Debemos recordar que hubo una crisis minera e industrial de 1906 a 1910,⁶¹ lo cual explica algo del desencanto de muchos hombres en estos años. Hubo un gran crecimiento demográfico tanto en áreas rurales como urbanas, y hubo algo muy significativo que recalcó Xavier Guerra:

El régimen se civiliza e interviene cada vez más en la vida económica y social. Signo también de los nuevos tiempos es el crecimiento de las inversiones públicas, que pasan de 1.2 millones de pesos en 1877 a 9.2 millones en 1910 y, en tanto por ciento, los gastos públicos, de aproximadamente 6%, a casi 10%.⁶²

El auge de la economía impactó en la psicología de las clases altas y medias. Percibieron más al gobierno como un régimen paternalista, artífice de la infraestructura social y de los beneficios que recaían en la nación. Esta idea del gobierno como el otorgante de la vida y el vigor nacional no sólo se puede circunscribir al porfiriato sino que aparece ya previamente. Esta manera de hacer y entender la economía fue secundada por un amplio sector de intelectuales y por las oligarquías.

⁶⁰ Maciel, David R., “Ignacio Ramírez: ideólogo del liberalismo social en México”, en *Obras completas I*, Op. Cit., p. XXXVIII.

⁶¹ Xavier Guerra, Francois, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, Op. Cit., p. 297.

⁶² Ídem, p. 306.

La política es, en el siglo XIX, un ámbito reservado a oligarquías sociales y a intelectuales surgidos de medios modestos, pero antes que la política está la administración pública como medio de vida y como medio para adquirir relaciones. Bulnes, que es uno de los pocos que ha percibido la importancia de este fenómeno, refiere que Manuel Payno, comisionado en 1867 por el gobierno liberal restaurado para estudiar las cuentas del Imperio, encontró ciento cuatro mil demandas de empleo. Como quería publicar las listas de los nombres, Lerdo de Tejada se lo prohibió diciendo: “Si publica usted esta lista, nos quedamos sin partido liberal”. La anécdota concierne a una categoría social más que a un partido, y no conocemos las peticiones que los antiguos conservadores hicieron a los gobiernos liberales triunfantes...⁶³

Evidencia también de que muchos intelectuales pertenecieron irremisiblemente a la clase política y sus opiniones y perspectivas derivan de este hecho. Los avances económicos y los cambios que a su vez desencadenaron son más abundantes desde la década de los ochentas del XIX, todo esto impactaría en la psique de los individuos que vivieron en aquellos años. Los grandes cambios siempre impactan la mentalidad de los hombres de cualquier época y lugar, los intelectuales mexicanos no se sustrajeron a esta circunstancia. Las impresiones sobre el comercio del país resultaron en propuestas para la mejora del mismo o para la creación de nuevas vías económicas, así como resultaron en críticas a la forma en que se estaba administrando la república.

Una ejemplificación de los cambios en el comercio cotidiano experimentados en México nos los dio Luis González Obregón quien cotejó el año de 1810 con el de 1910, en este último año redactó lo siguiente:

Las boticas con frasco de vidrio y con tarros de barro, eran bien modestas; las tiendas de abarrotes, llamadas en 1810 de pulpería, con sus tapancos repletos de pilones de azúcar, sus piqueras para la venta de licores y sus grandes balanzas metálicas colocadas en el mostrador, presentaban aspecto muy diferente: los cajones de ropa, feos y oscuros, tenían toscas armazones de madera; los estancillos de puros y cigarros, carecían de los escaparates y de los pavimentos de mármol y mosaico que tienen las modernas tabaquerías; las barberías, de los grandes espejos y de los cómodos sillones que ahora ostentan.⁶⁴

Así los historiadores y cronistas revelan los cambios que en la vida cotidiana trajo la economía, haciendo énfasis en las diferencias entre el pasado y su presente. Reiteradamente demuestran su admiración por esas diferencias, hasta su nostalgia por tiempos pretéritos o una cierta predilección por las comodidades de su tiempo “pero las

⁶³ Ídem, p. 311.

⁶⁴ González Obregón, Luis, *La vida de México en 1810*. Colección Metropolitana, no. 39, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1975, p. 40.

tiendas no eran lujosas como ahora, ni tenían los aparadores de grandes cristales que tienen hoy”, dice González Obregón en la misma obra citada.

En Manuel Payno abundaron las recomendaciones generales para la mejora de la economía del país. Durante una de las presidencias de Juárez, en 1869, sugirió al gobierno poseer un buen sistema de administración, preservar la paz, fomentar el trabajo, construir vías de comunicación, evitar monopolios, evitar la empleomanía,⁶⁵ entre otras cuestiones, y atacó las recomendaciones como aquellas que creían que una específica obra social o industrial sería la panacea para México. Riva Palacio, por su parte, describió el ambiente socioeconómico que existía durante el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada, esto en aras de hacer mejorar la situación. En 1873 escribió en el periódico *El Radical*:

[...] vemos una sociedad que ha perdido la fe en el porvenir, que burlada en una de sus más halagüeñas ilusiones, se siente ahora casi incapaz de creer en nada, ni en nadie, que teme forjarse una nueva esperanza porque está segura de tener un nuevo desengaño y que en su disgusto, ha caído en el más completo abandono respecto a los negocios públicos, se hace fatalista en política y piensa que pesa sobre México un destino manifiesto que no le permitirá jamás ser un pueblo grande y feliz.⁶⁶

Lo que describe el general Riva Palacio reitera el hecho de que la mayoría de la población de aquellos años quería el progreso en el país, pero según su visión esto podía ser un engaño no intencional, pues aludía a la existencia de un amplio sector de la sociedad que no era tan optimista y que no veía que llegaran las mejoras a su pueblo. Una muestra quizá del derrotismo mexicano o del complejo de inferioridad que según muchos poetas e investigadores posee México. El cómo influyó tal complejo en la consecución o refutación del progreso en el siglo XIX es un tema hartamente interesante para deliberar.

Sin embargo, Riva Palacio luego señala que existía otro sector, quizá minoritario, que sí creía que estaba llegando una era de porvenir y que estaba realizando lo posible para la modernización de México. Ese sector era el político, el administrativo y el intelectual; la percepción del escritor coincide con lo que se sabe de aquellas décadas, que en el territorio mexicano no todos se dedicaron a la consecución de la industrialización. “Y el comercio, y la industria, y la minería, y la agricultura, resienten el mal y la miseria y la desmoralización cunden, y la política es todo y la administración nada”,⁶⁷ nos dice en el mismo año 1873. Hay que tener presente las intenciones políticas personales que tenía Riva Palacio para atacar a Lerdo, no obstante no debemos dejarnos llevar por esas circunstancias para interpretarlo, hay que considerar lo escrito como una muestra de la idea que él también tenía de que lo mejor era llegar al progreso y al cambio. Mostraba su enojo porque aún no

⁶⁵ Payno, Manuel, *Crónicas de teatro, Crónica nacional*, Op. Cit., p. 208.

⁶⁶ Riva Palacio, Vicente, *Los Imprescindibles, Vicente Riva Palacio*, 2.- ed., México, Cal y Arena, 1998, p. 233.

⁶⁷ Ídem, Op. Cit., p. 235.

se conseguía esto. Denostó al gobierno de Lerdo por asegurar que los negocios marchaban bien, por aparentar que únicamente se dedicaba a las mejoras materiales, y porque en realidad sólo realizaba fiestas, espectáculos y convites.⁶⁸ Una aguda crítica proveniente de una de las mentes más activas que tuvo el México del siglo XIX.

Ignacio Manuel Altamirano no se dejó llevar por el entusiasmo ciego hacia el progreso económico sino que incluso desdeña al capitalismo cuando se presentaba rapaz. Su confianza la encontramos en la democracia, ideal en el cual ve la seguridad, la prosperidad y la dignidad del país. En 1881 critica a su vez al gobierno, en este caso el de Manuel González, al que le hace notar sus errores en las concesiones a extranjeros y capitalistas.

[...] vengan los empresarios americanos: pueden atravesar, por donde quieran, se les concede excepción para la introducción de sus materiales, se les concede hasta que puedan atravesar sobre las propiedades de los ciudadanos para hacer sus trazados, para hacer sus vías; no hay indemnización previa, no hay traba de ninguna especie; ¿llevaremos el delirio hasta este punto?⁶⁹

La crítica sarcástica de Altamirano tiene una congruencia ética, de quien no puede poner los derechos individuales por debajo de la mejora económica de la nación. Mas con esto no podríamos, en lo absoluto, situar al maestro como un detractor del avance material, sencillamente no es de los que pensaban en conseguirlo a como diera lugar. Deseaba la activación económica y en 1883 lo demuestra al argumentar en contra del llamado *sistema prohibitivo*,⁷⁰ que negaba la libertad de comercio en las Américas por parte de la Corona Española. Arguyó que aquel sistema fue muy dañino para la Nueva España y que si se continuaba con alguno similar las consecuencias serían malas.

Uno de los más abundantes analistas de la economía general en la época que nos compete fue Ignacio Ramírez y aunque no fue precisamente especialista en la disciplina, la dominaba con amplitud y estuvo bastante bien informado sobre lo que acontecía en la materia no sólo en el país sino en el resto de las naciones. Realizó hirientes reflexiones contra el poder económico de la Iglesia en México, contra el sistema capitalista, contra el comunismo, contra el socialismo, contra el descuido de la naturaleza por afanes de enriquecimiento, etc. Aquí se diferencia, él y la mayoría de los intelectuales liberales y positivistas, de la posturas de hombres como Rhodakanaty o Julio López,⁷¹ quienes secundaban el socialismo, el comunismo y la lucha agraria, estos estaban más

⁶⁸ Ídem, p. 267.

⁶⁹ Altamirano, Ignacio M., *Obras completas I, Discursos y brindis*, Op. Cit., p. 339.

⁷⁰ Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas II, Obras históricas*, Op. Cit., p. 22.

⁷¹ Julio López impulsó una rebelión agraria en 1868 que molestó al gobierno juarista, fue capturado y fusilado ese mismo año. Rhodakanaty era un intelectual mexicano de origen griego, conector de filosofía e interesado en la aplicación de sistemas fourieistas en México, como asociaciones y cooperativas. En 1876 publicó en *El Socialista* un artículo titulado "Programa social" que fue uno de los primeros manifiestos socialistas en México, abandonó el país en 1886.

comprometidos con los obreros o campesinos y menos comprometidos con el mantenimiento de la paz social o el orden.⁷²

Dentro de la crítica al capitalismo podríamos encontrar, si revisamos bien, a un Nigromante que no parece estar tan de acuerdo con el entusiasmo por el progreso, ni entusiasmado por la modernidad, lo cual también nos haría pensar en que fue un hombre contradictorio. Sus contradicciones tenían razón de ser en un hombre escéptico por naturaleza quien, como la mayoría de sus contemporáneos, vio en el progreso un bien e incluso en algún punto se reconoció como positivista según hemos visto. Mas su escepticismo lo llevó a no confiar plenamente en el sistema capitalista o en la modernización, y a remarcar lo que vio de dañino en estos.

Veamos, en 1867, alaba la creación y puesta en ejecución de varias leyes que provocaron beneficios económicos.

La sola ley de manos muertas ha borrado todo gravamen de las fincas rústicas y urbanas, y ha improvisado propietarios donde sólo había censatarios, inquilinos y arrendadores; las leyes sobre el comercio extranjero han abierto a los ciudadanos, por mar y tierra, las puertas de un comercio cuyos emporios antes sólo eran conocidos de los españoles [...] ⁷³

El mismo año de 1867 escribe: “Libertad, movimiento, vida; sin esto no hay repúblicas, ni aún monarquías en prosperidad.” Reiterando su apoyo a las leyes y acciones que fomenten la actividad, en especial la económica, vinculando así éste factor con el cambio. Además recuerda a sus lectores de *El Correo de México*, el 10 de diciembre de 1867, que hay una ley que aún no se pone en práctica, la ley agraria, lo cual seguirá provocando desorden en cuanto a la propiedad y a la producción agrícola, y recomienda al gobierno que imponga impuestos a las herencias, en lugar de los fijados para los hombres industriales.⁷⁴ Poniendo en la mesa su afán por hacer que en su país la situación socioeconómica medre y con ello apreciar un gran cambio.

En 1868, en el mismo tono de recomendación, señala a los proletarios el mal sendero que han tomado en la búsqueda de beneficios económicos y políticos al decirles que están siendo entreguistas al dejar la resolución de sus contratiempos a los hombres del ministerio, y más adelante puntualiza atinadamente que en los tiempos venideros, y por causa del capitalismo, ya no se estudiarán las monarquías o las patrias para entender a la sociedad sino a los bancos, compañías y sociedades empresariales y el bien se medirá en la construcción de medios de comunicación o edificios de beneficencia.⁷⁵ Ya en 1870, El

⁷² Illades, Carlos, “Plotino C. Rhodakanaty”, en *Ciencia, filosofía y sociedad en cinco intelectuales del México liberal*, Op. Cit., pp. 15-37.

⁷³ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, Op. Cit., p. 449.

⁷⁴ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas I, Escritos periodísticos 1*, Op. Cit., pp. 156-157.

⁷⁵ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, Op. Cit., pp. 371-376.

Nigromante continúa con su análisis económico nacional y mundial, admirando la actividad industriosa de los Estados Unidos y el cómo la coordinan con una buena planeación ecológica, en especial el cuidado que tenían para con sus bosques.⁷⁶ El mismo año, en el *Monitor Republicano*, escribe una gran diatriba contra el fisco, que nos da punto y seña de cómo relacionaba nuestro autor la recaudación de impuestos con el progreso y el retroceso.

¡El fisco es un monstruo esencialmente egoísta; estuvo contra la independencia porque bajaban sus rentas; estuvo contra la Federación, porque no podía cubrir su presupuesto; odia todavía las leyes de Reforma porque no se quedó, de un modo claro, con las rentas del clero; y niega la ilustración y niega la luz, porque no puede abrirles una partida en sus libros de caja! Nada de esto es extraño, porque el progreso de las naciones está en razón inversa del progreso del fisco.⁷⁷

Evidencia notable de cómo un estudioso vincula indisolublemente la economía con el progreso de los pueblos y el cambio. Aquí también está presente un ataque contra la política paternalista y de exacción de parte de cualquier gobierno. Contra la paternalista porque el Nigromante no concibe -y no le agrada- que los gobernantes sean los dadores de la vitalidad de una nación, más bien defiende la libertad de comercio, de industria, de trabajo. Se opone a la exacción porque no concibe que no se beneficie a la sociedad al gravarla con una excesiva carga tributaria. En esta cuestión sigue a Montesquieu en *El espíritu de las leyes*; aunque el Barón estableció que dependía del régimen de gobierno –monarquía, república o despotismo- para recomendar un mayor o un menor fisco, la idea de que la exacción fiscal arruina un país es igual en ambos. Pues el filósofo francés especificó que la recaudación tributaria, cuando es verdaderamente excesiva y arbitraria, siempre arruinaría a una nación, tuviera el tipo de gobierno que fuera. “Es necesario, pues, que el Estado se mantenga neutral entre su aduana y su comercio, para que la una y el otro no se perjudiquen [...]”, “El fisco puede acabar con el comercio por sus injusticias, por sus vejaciones, por el excesivo de sus impuestos; y además por las dificultades que opone y las fastidiosas formalidades que exige.”⁷⁸ Aquí se nota la similitud de las palabras del mexicano con el europeo, y es que es remarcable por igual que Ramírez haya atacado al fisco, al considerar que éste era un impedimento para obtener el progreso, el objetivo nacional.

En 1871 Ignacio Ramírez decía sobre China que sus habitantes habían “amoldado el suelo que hollaban a las exigencias de la vida humana”, refiriendo que modificaron, por causa de sus necesidades, la fisonomía de sus tierras, y que al agotar sus recursos buscaron otros en las zonas circunvecinas, surgiendo nuevas necesidades y haciendo que las

⁷⁶ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas III, Discursos, Cartas, Documentos, Estudios*, Op. Cit., pp. 256-257.

⁷⁷ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, Op. Cit., p. 290.

⁷⁸ Montesquieu, Barón de, *El espíritu de las leyes*, Libro vigésimo, Capítulo XIII, Lo que acaba con la libertad de comercio.

potencias foráneas se interesaran en ellos.⁷⁹ Dándonos una idea de su concepción del cambio histórico y la vinculación que le da con respecto al comercio y la industria. Apreciemos que el sanmiguelense pudo haber tenido influencias del materialismo histórico mas no se puede afirmar que lo siguiera a pie juntillas, puesto que la economía no fue el único factor al que le designó un poder de cambio sobre las sociedades, pero sí le da bastante importancia. En cuanto a otros periodos, realiza muchas explicaciones históricas a partir de la cuestión económica, “La España perdió sus colonias porque no quiso tener en ellos sino recaudadores, sacerdotes y mineros”. Generaliza sobre la misma cuestión; “en todas las revoluciones sociales, cuando no domina un cambio geológico, flota como bandera una cuestión económico-política”.⁸⁰ Enemigo de los monopolios de cualquier índole, en especial los empresariales, pregona que son sumamente perjudiciales al progreso, destaca que incluso pueden ser causa de decadencia para un pueblo. Podemos apreciar nítidamente su postura ante el materialismo histórico en un artículo de *El mensajero*, publicado el 6 de agosto de 1871, en el que asimismo apreciamos su desprecio tanto por el capitalismo exacerbado como por el comunismo, como se señaló al principio de este apartado, citaremos con amplitud el texto para una mejor apreciación:

La lucha entre el trabajador y el capitalista prosigue como antes, con mejores elementos para las clases desvalidas, porque la ilustración y la libertad han acabado por declararse neutrales. El derecho divino del propietario y del capitalista no puede sostenerse, porque hoy todas las instituciones dependen de la verdad, de la utilidad, y sobre todo de la voluntad del pueblo. Tampoco es aceptable el principio de que la propiedad es el robo, porque el robo supone propiedad; y si con ese principio se quiere proscribir la propiedad individual, puede modificarse o limitarse, pero jamás destruirse. Dos ángeles salvadores velan constantemente a favor de los capitales privados: los placeres personales que ellos proporcionan, y la multitud de productos civilizadores que desaparecían con ellos. Los trabajadores no se indignan contra el capitalista por lo que gana y puede, sino porque no divide con ellos su poder y sus goces. El trabajador comunista se esfuerza por elevarse; si pretendiera degradarlo todo, se encontraría aislado al día siguiente de su victoria.⁸¹

Podríamos decir que el citado autor es un tanto optimista al declarar neutrales a la ilustración y la libertad en esa lucha entre clases, bien sabemos que la alta ilustración ha sido y es en gran medida privativa de las clases propietarias, y de la libertad no podemos asegurar que esté extendida al grueso de la población mundial, sino que la gozan en mayor cantidad los que tienen mayor holgura monetaria (en el sentido más laxo de libertad). El párrafo citado nos muestra también que El Nigromante leyó a Proudhon a quien refuta tajantemente asegurando que el robo también es una propiedad o conlleva esta idea. En

⁷⁹ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas III, Discursos, Cartas, Documentos, Estudios*, Op. Cit., p. 262.

⁸⁰ Ídem, p. 271.

⁸¹ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, Op. Cit., p. 189.

definitiva no está por una revolución proletaria, mas no secunda tampoco al sector capitalista a rajatabla. Sin embargo le ve futuro al capitalismo (no porque crea que es el único camino sino porque no percibe más opciones) gracias a los llamados por él “ángeles salvadores”, que son los goces que fabrica y los productos *civilizadores* de los que ahora no puede prescindir la sociedad; quizá si hubiera reflexionado más al respecto hubiera barruntado los extremos a los que llegaría la mercadotecnia y la creación de productos fútiles que el marketing convierte en *necesarios* o *civilizadores*.

En otros tópicos socioeconómicos, propugna una mayor libertad política y de iniciativa para los municipios de México, aseverando que así los ciudadanos de cada grupo urbano lograrían más fácilmente realizar obras públicas al incrementar la actividad mercantil, innovar industrialmente, crear una mejor infraestructura, extender la educación, con esto y más, se obtendría un enorme progreso a decir de Ramírez.⁸² También realizó una punzante crítica hacia las importaciones mexicanas y sobre las inversiones extranjeras en México, sin achacarle ninguna culpabilidad a alguna administración en particular, sólo demostrando cómo este país dependía absolutamente de los extranjeros en materia económica e industrial, aunque no aseguró que esto repercutiera -no precisamente- de manera negativa en la consecución del progreso. Escribió amenamente que sin Francia México se quedaba sin jabones, pomadas y pelucas; sin Cuba, se quedaba sin puros; sin Inglaterra y Estados Unidos, se quedaba sin crecimiento industrial.⁸³ El Nigromante provee una serie de deliberaciones en cuanto a tópicos económicos que exhiben por igual su pensamiento sobre los avances y acontecimientos mundiales, exhibe una preocupación no sólo por su país sino por el entorno y el cambio constante que se sentía, así como exhibió posturas cambiantes por causa de aquellos hechos ocurridos en otras partes del orbe.

En la etapa con mayor bonanza comercial de nuestro estudio, el porfiriato, encontramos ejemplos interesantes de cómo vincularon los intelectuales la economía con el progreso o el decaimiento de una nación. Tengamos en cuenta que la postura de los pensadores estaba probablemente, aunque no en su totalidad, condicionada al apoyo del régimen de Díaz, lo cual se ve con mayor exactitud en Justo Sierra y en Francisco Bulnes. El primero justificó la dictadura, como ya se mencionó previamente, empero la explicó en términos económicos al argüir que al presidente dictador se le atribuyó la finalidad de guiar la mejora comercial, y para darle más peso a esto escribió en 1892 que hay que considerar su autoridad en cuanto a “la diferencia entre lo que se ha exigido de ella y lo que se ha obtenido”.⁸⁴ Continuó mostrando un apoyo a Don Porfirio, en concordancia con las necesidades industriales y económicas del país, según él había que considerar necesario el paso a la era de orden y de paz en que estaban durante el porfiriato, era necesario pasar “de la era militar a la industrial”, y a prevenirnos del éxito comercial de los vecinos Estados

⁸² Ídem, p. 215.

⁸³ Ídem, p. 224.

⁸⁴ Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, Op. Cit., p. 309.

Unidos que “tendería a absorbernos y disolvernos si nos encontraba débiles”. Por otra parte, en su revisión de las guerras civiles mexicanas, encontró razones económicas.

La gran excusa de la sangre derramada en nuestras guerras civiles para la minoría que buscó y quiso y realizó la Reforma, consiste en que vio claro que no habría progreso ya definitivo, ni orden ya orgánico, sino cuando la suprema cuestión económica estuviese resuelta. Planes revolucionarios saturados de promesas de felicidad, de protestas de honradez, de seguridades de orden [...] ⁸⁵

La guerra de los Tres Años adquiere una justificación económica con Sierra, que en cierta medida puede ser cierta, al considerar la mala administración que se venía dando en México en la primera mitad del XIX, la cual cuando era mejorada brindaba paz momentánea. Además, la época de la Reforma estuvo considerada como movida por la lucha por apoderarse de los bienes del clero para mejorar la situación del país, importante cuestión que no hay que perder de vista. Pero más importante es apreciar que en el maestro campechano la mejora económica vuelve a ser relacionada categóricamente con el progreso. Apreció en las liquidaciones de las deudas nacionales de México, la posibilidad de prosperidad, de los recursos del país llegó a asegurar que eran inútiles si no se empleaban en la “carrera de los progreso materiales”. ⁸⁶

Así entonces tenemos otra prueba de la unión entre economía y avance dentro de la percepción intelectual. Bulnes no escapa a ello, no dejó de vincular el avance comercial con el general de la historia de una nación, lo hizo de diversas maneras; criticó —a diferencia de Sierra— la confianza que se tenía en las riquezas mexicanas y refiere sarcásticamente que “si no éramos una nación de Cresos al hacer nuestra independencia, era por la ambición, la envidia, la tiranía, la barbarie de España [...]”, ⁸⁷ su propósito era hacer mella en la excesiva confianza que se tenía (y podríamos decir que aún se tiene) en los recursos del país y llegar de este mejor modo al progreso. Partidario del libre comercio a ultranza, admiró la política económica de Estados Unidos en el XIX, en la cual creyó radicaba su bonanza, especificó que sus gobernantes “desde su independencia hasta 1860 mantuvieron una tarifa liberal exenta de prohibiciones”, ⁸⁸ refutaba el prohibicionismo en el cual la mayoría de los políticos del siglo antepasado confiaba.

En el mismo talante, de la relación entre economía y progreso, se lamentó de las tropelías que realizaron los insurgentes durante la lucha por la Independencia, pues arruinaron parte del comercio del centro de la entonces Nueva España, se lamentó de “la ruina de todas las poblaciones ocupadas por los insurgentes y la destrucción de tantas

⁸⁵ Sierra, Justo, *Juárez, su obra y su tiempo*, Op. Cit., p. 13.

⁸⁶ Ídem, p. 208.

⁸⁷ Bulnes, Francisco, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, Op. Cit., p. 91.

⁸⁸ Ídem, p. 180.

fortunas”,⁸⁹ y llega mucho más lejos en su ataque contra la ruina económica, demostrando su preferencia por la prosperidad comercial de una región del mundo que a su propia independencia política, su autonomía o su libertad –pensamiento totalmente opuesto al de Altamirano quien daba primacía a la independencia de una nación por sobre el adelanto industrial.

[...] no hallar por todas partes más que haciendas saqueadas, casas robadas, minas y negociaciones de toda clase paralizadas. ¡No! Si la independencia no podía promoverse por otros medios, nunca hubiera debido intentarse, pues además de que por los que se emplearon nunca se había llegado á efectuar, siendo ella materia de pura conveniencia, no podía esperarse ninguna mejora, con respecto al estado de prosperidad en que el país estaba, comenzando por destruirlo.⁹⁰

Lo anterior lo escribió Bulnes en 1910, con motivo del primer centenario del inicio de la lucha por la Independencia, y precisamente redacta algo contrario a ese movimiento, ataca a los medios que se emplearon para lograr la autonomía porque afectaron a la prosperidad de una región. Aquí entonces tenemos una preferencia por los valores positivistas del progreso material en detrimento de los valores de la Ilustración o de los liberales, entre otros, que ponen en un mayor pedestal la libertad, el bien social o la igualdad. Pero Bulnes lleva a la exageración la creencia en el progreso como lo más benéfico y provechoso para un pueblo.

Los mexicanos aquí revisados se vieron inmersos en un conjunto de ideas que dieron por sentadas y que poco cuestionaron de fondo. Ideas como la identificación de los beneficios económicos como progreso, de los avances científicos como progreso, sin que ellos mismos definieran con exactitud qué entendían por esta última noción. Creyeron que la ciencia era la cura de las enfermedades que achacaban al país, por ello mismo su fervor para con ella. Creyeron que con la extensión de la educación iban a resolver muchos males sociales. Hemos visto que la ciencia no ha resuelto los problemas humanos y que la educación y la erradicación de la ignorancia han visto truncados sus caminos, por más que se haya pugnado por ellas. Tuvieron que pasar muchos años para apreciar cómo el mismo desarrollo de la historia en el campo científico y tecnológico decepcionaría las esperanzas y buenas intenciones de muchos estudiosos.

Los intelectuales decimonónicos, fueran liberales, positivistas o conservadores, no se sacudieron aquellas ideas dadas por sentadas; pensaron que el éxito comercial era prácticamente la única, o al menos la mejor, forma de progreso, sin que se cuestionaran mucho más al respecto. Pensaron que la industrialización significaba modernización – como aún se cree comúnmente- sin que pudieran ver nítidamente que esta identificación

⁸⁹ Bulnes, Francisco, *La Guerra de Independencia, Hidalgo e Iturbide*, México, Talleres lino tipográficos de “El Diario”, 1910, p. 19.

⁹⁰ Ídem, p. 21.

podía ser una imposición de la ideología Occidental, o de la burguesa. Pensaron que la historia era indefectiblemente progresiva, que sólo se podía entender la historia de un pueblo por su avance y mejora tecnológica o material, en esencia. Así como no dejaron de pensar de manera progresiva, así tampoco dejaron de cavilar de manera estatal, es decir, tampoco dejaron de creer que era el estado-nación quien tenía la responsabilidad de proveer el progreso.

Una cuestión que privaba en la mentalidad de aquellos hombres era el asombro, el asombro por los cambios que les parecían demasiado vertiginosos, en muchas ocasiones esta circunstancia les hacía demostrar su apoyo a los cambios o les producía una melancolía por los mismos. Asimismo cundía, digamos, una excesiva confianza por el futuro de México, por sus posibilidades, por los tiempos de paz venideros, por los tiempos de industria que se avecinaban, por el progreso por encima de muchas otras cuestiones, y, no menos importante, la gran confianza -excepto en Bulnes- en la riqueza y recursos del territorio. Así como exhibieron en sus escritos una enorme confianza generalizada, así exhibieron un temor generalizado por los Estados Unidos de América, por su aún más vertiginoso cambio industrial, por una nueva invasión, por otro cercenamiento del territorio nacional o por su absorción y desaparición.

IV. La decadencia.

La decadencia es y continuará siendo un tema recurrente en las obras historiográficas y en la mentalidad de los hombres contemporáneos por efecto de una idea generalizada: la de concebir al mundo como progresivo o regresivo. La cuestión que nos atañe no es el conocimiento profundo del concepto de decadencia sino el conocer en qué y en dónde apreciaron los estudiosos mexicanos cualidades decadentes. Es que estos tópicos siempre van a tener su vinculación con el cambio histórico, el retroceso no deja de ser un cambio. Existen matices en la idea de decadencia en cada intelectual, que por cierto, tampoco definen puntualmente, mas en cualquiera de las definiciones o descripciones encontramos que es como una contraposición al progreso. Más importante, lo que hayan considerado como una degradación para una entidad política o cultural o para el hombre, en múltiples ocasiones acarrea la muestra de inclinaciones personales, que para profundizarlas, sería necesario también un estudio psicológico y de vida de cada uno de los intelectuales considerados.

El mexicano y su decadencia.

Lo regresivo, lo bárbaro o lo degradante, fueron calificativos empleados para otorgárselos a cuestiones muy reales y precisas. La degeneración del hombre es una situación muy palpable en la perspectiva de los conocedores, quienes van a pasar desde una crítica a las tradiciones antiguas, a la moral, a la criminalidad desatada, a las nuevas costumbres, hasta llegar a ataque al arte y a la lengua. Tras las guerras de Reforma y de Intervención aún se pueden apreciar escritos cargados, tanto de fe en el progreso, como de desencanto y decepción por la situación del hombre de aquel tiempo.

El crimen rondaba en muchos rincones de México, situación que fue tomada como fuera de lugar y contradictoria, porque en el país ya se habían instaurado leyes que se aseguraba eran de las más adelantadas y civilizadas del mundo y sin embargo era imposible (hacia 1870) “salir con seguridad a dos leguas de las poblaciones.”¹ En el debate legislativo no había quien igualara a los mexicanos pero en materia de seguridad había un serio rezago que todos conocían y que también se hizo patente en la literatura, pues el crimen dio motivo a novelas como *El Zarco*, y es lugar común en otras como *Los bandidos de Río Frío* y el *Fistol del Diablo*. La no resolución del crimen desatado –organizado y no organizado- fue una de las problemáticas por las que más se pidió la pronta lucha y exterminio, como condición misma para el progreso de México.

¹ Payno, Manuel, *Crónicas de teatro, Crónica nacional*, Obras completas III, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, p. 226.

La permanencia de la delincuencia generalizada fue interpretada como la permanencia de la barbarie en el país, como un estancamiento en la materia o como una franca degeneración. En especial porque los crímenes eran cada vez más violentos, sangrientos o abundantes. De las buenas leyes que se tenían para punir a los malhechores pero lo mal que se administraba la justicia y el método ineficiente con que se perseguía a los delincuentes, escribió Payno que “nos parecemos a ciertos muchachos estúpidos que aprenden la lección de memoria y nada más”. El mismo autor hizo mayor hincapié en lo contradictorio de la sociedad de su época; aseguraba que era *extraño* que pueda haber grandes eventos de beneficencia dados en un completo lujo, elegancia, finura, bondad..., empero ya saliendo de la tertulia se podía encontrar a hombres de la más baja educación, salvajes, brutales, malhablados, que sólo se dedicaban al ocio y a la pendencia, logrando que la inseguridad y la falta de civilidad siguieran cundiendo.² Aquí hay una muestra de la inclinación personal de Manuel Payno por desear ver limpias las calles de la ciudad de México de hombres de baja ralea, de borrachos y blasfemos. Aunque sin llegar, nunca, a aprobar la violencia policiaca en el desalojo de los indigentes y bandidos, sí muestra su deseo de que hubiera un cuerpo policial como el de Nueva York, más eficiente y que, al menos, disimulara la degeneración y salvajismo que para él algunos hombres mostraban cínicamente.

El crimen era una cuestión que rebajaba a un pueblo e impactó en la elaboración de obras historiográficas y literarias. Ignacio Manuel Altamirano lo usa como esqueleto para la ya citada novela *El Zarco*, donde una de las protagonistas se degrada al tener relaciones amorosas con el jefe de una banda de salteadores, teniendo como moraleja el mal final que tiene la pareja y el premio que tienen las mujeres que hacen una buena vida al casarse con hombres honrados. Un dechado de la decadencia moral que los hombres de estudio opinaban se daba en su época.

En esa obra también encontramos un pasaje donde el narrador relata el decaimiento que una hacienda, Xochimancas, tiene ya en el siglo XIX. Más significativo es que muestra el ascenso y descenso de una población o punto comercial, un proceso común dentro del cambio en la historia.

No lo sabemos a punto fijo, Xochimancas, ya en ese tiempo, era una ruina, pero ella revelaba que en épocas pasadas, desde la dominación colonial seguramente, había sido cultivada por los españoles como una buena finca de campo que rendía pingües productos. ¿De cuándo databa su decadencia y su ruina? No lo hemos averiguado, aunque hubiera sido fácil, ni importa gran cosa para la narración de estos sucesos.³

La hacienda en la novela es un lugar abandonado, en otros tiempos encrucijada productiva, que alcanza para el autor su mayor degradación al ponerla como el refugio y

² Ídem, p. 230.

³ Altamirano, Ignacio Manuel, *El Zarco*, México, Editorial Planeta DeAgostini/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003, p. 157.

base de un gran número de salteadores y bandidos. Así, el crimen generalizado es lo que mayormente caracteriza a un lugar como decadente. El debate y las reflexiones de lo que era decadente, degradante o bárbaro en una persona o grupo social reflejan el pensamiento de la época. Por ejemplo, la opinión no calificaba de decadentes o bárbaros a los duelos, pese al hecho de que algún hombre ofendido en su honor podía matar al ofensor en el momento. La opinión era por lo general favorable a estas cuestiones. Privaba una tolerancia extendida a esos actos, en especial dentro de la clase alta. Decía Payno que había grandes personajes de la jurisprudencia y la política como Lafragua y Martínez de la Torre que estaban en contra de la pena de muerte empero con respecto a los duelos permanecían en silencio. Tales hechos dan pie a que Payno resalte de nuevo las contradicciones de su sociedad, de la que dice experimentaba un progreso e ilustración como nunca y que a la vez (hacia 1870) padecía males en una escala nunca antes vista, como un enorme problema de pobreza, de crimen, de secuestros, de duelos, de suicidios y de holgazanería.⁴ Trata de hacer ver a su lector que estaban inmersos en una sociedad tanto en progreso como con grandes taras y con un retroceso en otras áreas.

Otra cuestión vista como decadente y hasta barbárica es la ausencia de trabajo, el desempleo o el deseo de no trabajar. En Ramírez también el trabajo que no produce beneficios a la sociedad es degradante, pues dice que si no se realizan por medio de él acciones útiles como la creación de un camino o un ferrocarril entonces no hay un trabajo progresivo, y declaró que la elaboración de un templo es en sí nada beneficioso.⁵ En cuanto a la gobernabilidad apreciaron grandes deficiencias que pueden llevar a un pueblo a la decadencia, aquí cabe el comentario del mismo Nigromante quien establece que el abuso de los gobernantes corrompe a un país, que cualquier “época de miseria han sido provocadas por la mala fe que los gobernantes han empleado en sus compromisos”, que la mala administración provoca el decaimiento de cualquier país -ya sea uno libre como Francia o uno despótico como el Imperio Turco-, pues aseguró que “Un gobierno bandido prefiere a los bandidos que le sirven”.⁶

Muchos intelectuales siguieron atribuyendo el decaimiento de una sociedad a la irresponsabilidad de los gobernantes, y con regularidad como prácticamente único motivo. (Al igual que, como hemos expuesto, continuaron atribuyendo la estimulación del progreso de una nación a los gobernantes. Progreso y decadencia eran en mayor o menor medida producto de la política). Ignacio Ramírez no sólo encontró la culpa de la decadencia encima de los gobernantes de un estado sino en muchos más factores, su explicación del declive de España tras el siglo XVI nos lo muestra. Refirió que el fervor religioso, el conformismo, el favoritismo, la cerrazón, etc., empujaron a que los españoles ya no repitieran grandes

⁴ Payno, Manuel, *Crónicas de teatro, Crónica nacional*, Obras completas III, Op. Cit., p. 232.

⁵ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, México, Centro de Investigación Científica “Jorge L. Tamayo, A. C.”, 1984, p. 228.

⁶ Ídem, p. 254.

hechos como los de Granada, Pavía, San Quintín o Lepanto,⁷ dijo que se insultó a la humanidad con las persecuciones que desencadenó, y que fue alabada la superstición y la sujeción, privando así al Reino y sus colonias de un verdadero progreso y desarrollo de la industria.⁸ Para él la explicación del decaimiento de un pueblo radicaba en una gran variedad de factores humanos, carecía de una visión simplista.

La misma opinión sobre la corrupción de España y sus colonias tras el siglo XVI la podemos encontrar en Manuel Payno, quien por igual ve en otros puntos humanos como la ignorancia, la superstición o el nepotismo las causas de la destrucción del poder de la Madre Patria. Escribió la breve novela de *El hombre de la situación* para caricaturizar al régimen colonial y los manejos de la metrópoli, mostrando las malas cualidades humanas como provocadoras de su decaimiento y trató de demostrar que la emancipación de las colonias españolas y el republicanismo de los nuevos países independizados fue un salto hacia adelante en la historia de los pueblos. Aún con esto Payno no dejó de apuntar los defectos que también tenían los hombres del México independiente. A su ver los ciudadanos no interesados en la política tampoco deseaban el trabajo público, pues no quieren compromisos, ni molestias, ni quieren estar siempre obedeciendo, y ello era una forma de conformismo, una forma de apatía por el bien público que no significaba para él sino la división del hombre entre los que tienen un genio superior –encargados por lo general del gobierno y cuestiones importantes- y los demás. Esta situación, para el maestro, no dejaba de ser en México, porque “los pueblos pasan del despotismo a la libertad, de la paz a la anarquía, del valor a la degradación, y de la victoria a la derrota”.

Por lo que Payno considera el cambio histórico de una sociedad como un alternar entre una situación y otra, opuesta siempre la primera de la segunda y dependiente de “el hombre que los ha gobernado sucesivamente”, pues por ejemplo “Era el mismo pueblo romano el que se dejaba asesinar por Nerón y triunfaba con Aureliano”.⁹ La decadencia para Payno podía venir por igual tras un periodo de apogeo y podía seguir a ella un resurgimiento, todo dependía del grupo u hombres que gobernarán, porque en cada sociedad siempre existían para el pensador sectores que no se ocupen de los grandes problemas y que dejen que dependan de los que rigen sus vidas. Un dechado de cómo los intelectuales argumentaban que la decadencia o el progreso se debían a los gobernantes.

⁷ Estas batallas representaron hitos para la historiografía española y representaron asimismo los triunfos por los cuales se forjó la hegemonía española en Europa y su Imperio alrededor del mundo. La toma de Granada (1492) significó el fin de la Reconquista y la expulsión de los moros del Reino de Castilla y Aragón. La Batalla de Pavía (1525) fue una insigne victoria de las tropas de Carlos V contra las de los franceses de Francisco I y un derrumbe de las intenciones europeas para contrarrestar la hegemonía española o de las Habsburgo. La Batalla de San Quintín (1557) fue otra enorme victoria contra los franceses que afianzó el poderío español. La batalla de Lepanto (1571), en la que comandaban los austrias, fue una renombrada victoria de los cristianos contra los musulmanes, que en realidad militarmente hablando no fue tan decisiva pero que marcó un hito en la época. El hecho de que desde el siglo XVII los españoles ya no hubieran logrado victorias gloriosas representa para muchos otro rasgo irrefutable de la decadencia de su Imperio.

⁸ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, Op. Cit., p. 276.

⁹ Payno, Manuel, *Crónicas de teatro, Crónica nacional*, Obras completas III, Op. Cit., p. 285.

Así como la ausencia de fuentes de trabajo fue considerada como degradante así la ausencia de conocimiento y cultura era lo más retrógrado que pudiera concebirse, en especial para Justo Sierra, de quien se ha visto que realizó varias creaciones poéticas en honor al progreso y a la ciencia, y que refirió –en 1872 y de manera poética también– que “Cuando en hierro se vieron convertidas/ las ideas del hombre, el retroceso/ fue imposible a l’audaz inteligencia”,¹⁰ construyendo por igual un ataque a lo recalcitrante, a la carencia de educación.

Ignacio Ramírez habló secundando la idea de que la ciencia es el motivo del avance y que sin ella habrá un retroceso, empero en 1875 escribió que en México “todas las industrias del país están en decadencia”,¹¹ lo cual es significativo porque apreciaba que los manejos del país no eran los mejores, indicativo de su oposición al gobierno lerdistas pero también reflejo de sus ideas económicas antiproteccionistas. Era enemigo de los monopolios, incluyendo los estatales y creía que el proteccionismo llevaría a la barbarie, así como la falta de impulso a la investigación.

Y por la falta de educación en México, Ignacio Ramírez también se quejó, diciendo que los capitales humanos no podían reponerse como los materiales, tomando ejemplo la Antigüedad en la que al desaparecer “los Fidias, Apolos, Homeros, Sócrates, Milcíades, Demóstenes, en el suelo helénico, cayeron en escombros los teatros, los muelles, los palacios, las estatuas, los templos y los dioses.”¹² Relacionando el aspecto humano directamente con la decadencia pensaba que si una generación adolecía de una buena educación no podría seguir aportando para la preservación de su propia civilización. En esto coincidía con el pensamiento de Stuart Mill –de quien bien conoció sus escritos–; el filósofo británico también aseguraba que había que cuidar y fomentar el ambiente para que crecieran grandes hombres –como los mencionados griegos–, y entre las cualidades que debía tener ese ambiente estaban la difusión de la educación o la preservación de un clima de libertad, para tener hombres de genio había que “cuidar el suelo en el cual crecen”,¹³ decía el inglés.

La educación era entonces para el Nigromante uno de los pilares para evitar la decadencia y la regresión, aunque para él la ciencia, la educación y la cultura no eran lo único que entendía llevarán a una progresión o una regresión en el ser humano. Puesto que también concebía claramente al hombre como parte de una especie, la cual era producto de una serie de evoluciones que fueron conduciendo a la formación de este género humano, aunque en ocasiones se pudieran ver grupos de hombres que eran más salvajes que algunos primates, –Ramírez no identificaba progreso con evolución (aunque sí los ve a ambos con

¹⁰ Sierra, Justo, *Obras completas I, Poesías*, 3.- ed., Nueva Biblioteca Mexicana, no. 49, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, p. 326.

¹¹ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, Op. Cit., p. 38.

¹² Ídem, p. 25.

¹³ Stuart Mill, John, *Sobre la libertad*, 4.- ed., El libro de bolsillo, número 273, Madrid, Alianza Editorial, 1984, p. 5.

un carácter de avance) ni decadencia con involución (pero los ve con un carácter de retroceso)-, llegando a aseverar que “muchas naciones degeneran hasta confundirse con los monos”¹⁴, argumento que da a entender que concibe a los primates en un estadio inferior al del ser humano. Por igual el guanajuatense consideró al hombre dividido en varias razas – como comentamos lo hizo Bulnes, aunque en otro sentido más racista-, las cuales a su vez degeneran al no mezclarse entre ellas, y es que en sus estudio de la historia apreció que el ser humano es universal, por ende debe relacionarse para no desaparecer; las mezclas producen grandes transformaciones propias del cambio histórico y concluye que las generaciones venideras no podrán jactarse de un origen único, y que la fecundidad de los cruzamientos y el uso de un solo lenguaje harán posible este cambio.¹⁵

Referimos que el avance de la ciencia y los nuevos métodos que esto estaba provocando desde tiempo antes de comenzar el XIX causó un gran impacto en la mentalidad de los pensadores mexicanos, por esto mismo el hecho de no apoyar a la ciencia era indicativo de que una sociedad estaba en regresión. En Ramírez hubo un interés especial por lo científico debido a que aportaba pruebas del cambio, no sólo en el género humano sino en la naturaleza entera. Entendió que mientras una especie medra otra cae en decadencia, sin que ello implique que esos cambios son generales en la tierra, por eso es que no creyó que el homo sapiens tuviera un origen unitario o que tuviera su cuna en algún lugar del mundo.¹⁶ Se puede decir que llegó a barruntar varios orígenes del ser humano y un desarrollo y decadencia simultáneos, de las varias razas, en diferentes partes del orbe.

Volviendo a los pensamientos sobre la degeneración en la vida cotidiana del hombre, la crítica continuó proviniendo de los diferentes hombres de letras y dirigidas a diferentes ámbitos. Fueron criticadas las fiestas, el arte, la misma ciencia, las modas... El maestro Ignacio Manuel Altamirano, en un discurso del 16 de septiembre de 1882, puntualizó que la conmemoraciones cívicas podrían degenerar en fiestas populares si no se conservaba la costumbre de hacer que hombres instruidos relataran los grandes hechos del pasado: si los oradores de los pueblos y las ciudades de la república relataban la historia de la independencia y de las heroicas guerras en tales fiestas se las iba a salvar de la degeneración.¹⁷ Por su parte el literato Victoriano Salado Álvarez, hacia 1902, va a retratar en uno de sus personajes al mexicano inconforme con las nuevas costumbres, el que pensaba que esas modas brindaban decadencia a la vida cotidiana, esto no significa que pintara a un conservador y sus ataques contra las ideas liberales sino que relató sobre un hombre común pero algo instruido y temeroso de lo que podrían traer las recientes ideas y modas importadas.

¹⁴ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas III, Discursos, Cartas, Documentos, Estudios*, México, Centro de Investigación Científica “Jorge L. Tamayo, A. C.”, 1984, p. 75.

¹⁵ Ídem, p. 76.

¹⁶ Ibídem, p. 76.

¹⁷ Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas II, Obras históricas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 304.

-Aquí tiene usted al hombre de Rousseau, al famoso Espiridión Moreno, que piensa escribir un nuevo tratado acerca de la corrupción que han traído en la sociedad las ciencias, las artes, el dinero, las ciudades y todas esas tonterías con que viven embobados ustedes los varones sin nervio ni fuerza de voluntad. Espiridión, aquí donde usted lo ve, prefiere su pueblo, Lagos, á todos los lugares de la tierra, inclusive Londres y París.¹⁸

El párrafo anterior describe a un mexicano que prefería las antiguas formas sin que por ello lo pudiéramos calificar de retrógrado. Un individuo que prefería su humilde lugar de origen a las nuevas grandes urbes y sus costumbres, a las que veía con suspicacia y de las que pensaba provocaban una degeneración en el país. Salado Álvarez, quien relató historias de su pasado inmediato desde 1852 hasta poco después de 1867, nos refiere la perspectiva de él y de su época, invocando las cualidades antiguas de los mexicanos y exhibiendo su temor por la barbarie y la corrupción. En otro pasaje un personaje describe a un pueblo en franco declive, aquí el autor nos permite ver cómo una población, en un siglo que se creía era de avance y mejora, sufre irremisiblemente el decaimiento sin que pudiera hacer nadie algo por ella.

Cuando llegamos al pueblo, lo encontramos en un estado de atraso y tristeza que metían miedo. No quedaba de lo bueno que había habido, ni la audacia y el valor que habían sido distintivo del pueblo desde tiempo inmemorial.¹⁹

Es una forma más de concebir la degradación del humano, en la aniquilación de su propio hábitat, pese a que su lugar de origen haya tenido tiempos mejores, y precisamente por estos es más remarcado su ocaso. En los análisis sobre el pasado reciente resalta uno de 1904 –*El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*– de Francisco Bulnes, en el que éste opina sobre la ideología del mexicano en 1865, y nos da cuenta sobre las ideas de justicia y corrupción que aquí nos interesan. Esas ideas parecen otorgarnos un panorama del cambio de mentalidad que se iba suscitando en el país, escribió que en aquel año el mexicano poseía “todos los vicios de la anarquía, pero también las virtudes que de ella resultan” y que en él, como siempre, había un continuo anhelo por instruirse y progresar.²⁰ El cambio de postura intelectual radica en que, en una época como el Porfiriato, donde la anarquía fue considerada como el mayor de los males, un intelectual como Bulnes haya incluso resaltado las virtudes de ella. Fue de los que consideraban que la anarquía y la revolución eran beneficiosas en ciertos puntos de la historia de un pueblo. Porque los hacía llegar más pronto a un mejor estadio no encontraba en la anarquía de la

¹⁸ Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano/2*, tomo 2, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 126-127.

¹⁹ Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano/3*, tomo 3, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 302.

²⁰ Bulnes, Francisco, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, México, Libros de Bachiller Sansón Carrasco, 1984, p. 258.

revolución ningún rasgo de decadencia, pues era un desorden justificado y que no degradaba al hombre.

En los intelectuales mexicanos la degeneración del hombre abarcaba por igual el declive del arte y del lenguaje. La mayoría de ellos cultivaron una de las artes más prestigiosas de la época, las letras, y emitieron varias opiniones al respecto en ocasión de los cambios en la literatura y el lenguaje. Riva Palacio comentó que las letras pasan por apogeos y ocasos intercalados, adjudicando la decadencia de ellas al destino sociopolítico de cada pueblo que las cultiva, pero dejando en claro que no creía que esa decadencia o progreso pudiera calcularse o predecirse de manera matemática o geométrica, estableciendo que esas teorías eran risibles. Para el general el espíritu humano era tan misterioso y complejo que es imposible que se les pudiera encontrar algunas leyes que las rijan.²¹

Creyente en una decadencia de la literatura que no puede predecirse, Riva Palacio muestra su alejamiento de la interpretación clásica del positivismo que aseguraría que las artes tienen una progresión, sin lugar para regresiones (al menos no en el plano universal) y que asegura que esos adelantos del arte hasta pudieran ser vaticinados y estudiados con exactitud científica. Su opinión era opuesta a esto, aseguraba que en el México de finales del siglo XIX, las letras no estaban precisamente en el mayor esplendor, mas no por ello había una decadencia al respecto, y enumera a los escritores sobresalientes de su tiempo para ejemplificar esa situación.²² Acercándose al historicismo, deliberó que el auge en el arte de un pueblo se debía al auge de su política y economía, y con ello se verificaba aquello de lo que estaba seguro, que al hombre se lo debía de *juzgar* conforme a sus circunstancias y su época, incluyendo sus manifestaciones artísticas.

Altamirano por su parte declaró que no podría decir si la novela (el mejor exponente literario del XIX para él) indicaba avance o degradación de la civilización –en unos años en los que el género novelístico era mal visto por ciertos literatos y que tenía poco de haber sido introducido en forma al país-. El saber con certeza qué indicaba la novela socialmente hablando, prosigue, será tarea de las generaciones siguientes pues en su tiempo recién había llegado a su total desenvolvimiento. No vio con demasiada confianza ese género que estaba siendo cultivado por gran cantidad de hombres incluyendo a él mismo, siendo uno de los exponentes más sobresalientes de México, quizá por la variedad de temas de novelas que se estaban publicando o por la novedad del mismo género.

En Ramírez el propio lenguaje tiene su decaimiento -pese a la obediencia que se tenga hacia las leyes gramaticales- y puede ser empleado como herramienta de engaño cuando la

²¹ Riva Palacio, Vicente, *Cuentos del general. Los cerros, galería de contemporáneos*, México, Promexa Editores, 1979, p. 332.

²² Ídem, p. 328.

metafísica o la teología utiliza términos fuera de su lugar,²³ esto también es degeneración para él. Manuel Payno apreció una decadencia generalizada en la ópera italiana..

[...] y desaparecería si no fuera por los conservatorios que echan cada año al mercado infinidad de tenores, barítonos, bajos tiple y mezzo sopranos, que es menester que canten en alguna parte, [...] Rossini, Mercadante, Donizetti, Bellini y otros maestros por ese estilo, y al último, Verdi, escribieron muchas óperas olvidadas hoy, por haber pasado la moda, otras se sostienen todavía en el cartel.²⁴

El arte era un indicador para Payno, del nivel de un pueblo y de la humanidad en general. Sintió que la moda, lo pasajero, era señal de declive, y lo hizo patente en sus reflexiones sobre el arte, la música y los hechos recientes de su tiempo. Pudo adivinar el decaimiento general de la ópera pero creyó que era una regresión pasajera, pues bien se lamentaba que el público fuera a las representaciones para ver a un cantante o actriz famoso y no para disfrutar de la ópera en sí. La degeneración del hombre podía aparecer para ellos en cualquier aspecto de la vida, lo que sobresale es que pese a ver ese aspecto en -y por- muchos lados los intelectuales permanecieron mayoritariamente optimistas con respecto al hombre y sus vicisitudes, en especial cuando a México se refería.

La desaparición de la nación-estado en la historia. México.

La historia, objeto recurrente de las reflexiones e interpretaciones de la clase pensadora, provocó que fueran emitidas varias opiniones sobre a lo que a decadencia entendían. El surgimiento, apogeo, anquilosamiento y declive de los diferentes pueblos del mundo, en diferentes épocas, fueron los procesos que más empujaron a que los mexicanos vieran a la historia como en avance y retroceso. La degradación del hombre fue vista en muchos aspectos particulares de la vida individual, pero fue mejor apreciada en el hombre como conjunto, como sociedad, como nación. Con la revisión de la desaparición de las naciones a través del tiempo los estudiosos no solo pudieron corroborar que hay etapas de decaimiento en las diversas entidades estatales o agrupaciones culturales del globo, sino que también concibieron esas desapariciones como constituyentes básicas del cambio histórico.

El interés por la historia mundial no era únicamente por afanes de erudición, la cultivaron para entender mejor los procesos del hombre y, en algunos, para evitar que a México le pudiera ocurrir ese declive y posterior extinción que a todo pueblo le ha pasado. Algunos incluso escribieron lamentando la posible desaparición de nuestro país sino también lamentando la extinción de un México antiguo ante el advenimiento de un México nuevo producto de la industrialización. En 1910 el historiador Luis González Obregón se

²³ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas IV, Estudios literarios y poesías, Poemas y apuntes inéditos*, México, Centro de Investigación Científica "Jorge L. Tamayo, A. C.", 1984, p. 75.

²⁴ Payno, Manuel, *Barcelona y México en 1888 y 1889*, Barcelona, Tipo-litografía de Espasa y Compañía, 1889, p. 286.

admiraba de los cambios físicos de la Ciudad de México, de la desaparición de los acueductos de Santa Fe y Chapultepec, de las fuentes públicas, de las esculturas de nicho, de los antiguos hospitales, de los santos, vírgenes y patriarcas que se veían con mayor regularidad en las casas grandes, de las hospederías de caminantes...²⁵ Se lamenta que el paisaje y las costumbres de antaño ya no puedan seguir siendo disfrutados, resignándose a pensar que esos cambios eran inevitables, “¡De 1810 a 1910, cuánta ha sido la transformación de la ciudad de México, del México que alcanzaron a ver nuestros abuelos!”, se sorprende, y tiene conciencia que el cambio había sido drástico en un siglo, pero es un periodo de tiempo que para él es corto si considerabamos la infinidad del tiempo histórico.

En el siglo XIX algunos percibieron que la decadencia estaba presente en México, aunque muchas veces fue considerada una decadencia pasajera. Payno escribió en 1869 que había una anarquía general en la República, inseguridad, decadencia mercantil, déficit, y para rematar, el clero aún conservaba muchos privilegios.²⁶ La desaparición de la entidad política mexicana no es inminente en Payno aunque apreciara demasiadas deficiencias en su época. Diez años antes, en plena guerra de Reforma, Altamirano relaciona (como propaganda de un buen liberal) la regresión con los conservadores y el clero, pues este último provocaba caos y crimen en el país, según el literato por excomulgar a los líderes liberales, asesinar a la juventud, entusiasmar a los ignorantes.²⁷ Afortunadamente para los intereses de ese autor y de muchos, los conservadores perdieron la guerra y esto permitió que su partido, al que consideraba el único que luchaba por el progreso (y el verdadero cristianismo), realizara sus propósitos evitando que México cayera en el oscurantismo o pudiera extinguirse como nación. En 1883 también señaló la que creyó la causa esencial de que la nación no hubiera avanzado con celeridad tras la consumación de la Independencia: la continuidad del status quo en las clases aristocráticas, los latifundistas y los comerciantes,²⁸ pese a ello, el país no perecería y se sobrepondría, aunque tuviera que sufrir múltiples contratiempos en el XIX, que a su ver cesarían con el advenimiento de Porfirio Díaz.

Las naciones extranjeras apartaban de nosotros sus miradas con horror, o las fijaban sólo para vejarnos u oprimirnos con exigencias absurdas. El capital europeo se alejaba de estas comarcas despavorido, y mientras todos los pueblos se asimilaban las conquistas de la civilización moderna y marchaban a pasos rápidos en la vía del progreso, México presentaba ante el mundo el espectáculo de un pueblo estancado, pobre, sin crédito, a pesar de sus riquezas naturales, y

²⁵ González Obregón, Luis, *La vida de México en 1810*. Colección Metropolitana, no. 39, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1975, p. 45.

²⁶ Payno, Manuel, *Crónicas de teatro, Crónica nacional*, Obras completas III, Op. Cit., p. 205.

²⁷ Altamirano, Ignacio M., *Obras completas I, Discursos y brindis*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 49.

²⁸ Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas II, Obras históricas*, Op. Cit., p. 25.

atado al poste de la ignorancia, a pesar de su independencia y de sus libertades conquistadas.²⁹

Para Altamirano la decadencia estaba presente en la nación aunque no provocó la extinción de la naciente vida del pueblo mexicano. En 1883 habló con más optimismo del futuro aunque con desencanto hacia el pasado inmediato, a diferencia de 1859, cuando su discurso era más belicoso y donde los únicos culpables del caos eran los conservadores, su interpretación cambió y dedujo que si las dificultades económicas y comerciales no se hubieran resuelto México seguramente habría muerto. En los ochentas del XIX recordó que en el Congreso Constituyente de 1857 hubo exponentes del conservadurismo más retrógrado, que pese a sus intenciones, los constituyentes discutieron temas considerados recalcitrantes, incluso por parte de individuos inclinados a nuevas ideas.³⁰ A Ocampo, Ramírez o Zarco se les contrapusieron acendrados conservadores o moderados. El siglo XIX fue para Altamirano más caótico que decadente, factor que impidió que el progreso se esparciera por el país hasta la llegada de la pax porfiriana.

Ramírez, en 1871, aún apreciaba ausencia de avance, corrupción y degradación en México, escribió en ese año que la política sólo eran intrigas, que Juárez, Arteaga y otros veían en el gobierno únicamente gastos, nepotismo y sofocación de los levantamientos, cuando lo que se debía de realizar con prontitud era la construcción masiva de caminos, puentes y demás obras públicas.³¹ La ausencia de progreso fue en el Nigromante un tipo de regresión, atacó a los liberales que se circunscribían a pregonar discursos sobre el progreso, la Reforma y la Constitución sin llegar a más.

En un discurso de 1878 recalca que la Iglesia Católica continúa poseyendo una gran ascendencia en las conciencias mexicanas, incluyendo las de eminentes liberales, y temeroso pronostica que si ello continuara así se viviría una regresión pues el clero paulatinamente podría revertir los logros de las Leyes de Reforma.³² La recuperación del antiguo poder por parte de los altos mandos católicos significaba en el Nigromante un claro retroceso y la pérdida de gran parte de la influencia del Estado por tener dentro de él una Iglesia de nuevo no sujeta a él (México podría sucumbir hasta a los intereses del pontificado).

Al igual que Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra confiaba bastante en las riquezas naturales del país, explicando (en 1892) que la pobreza que habían padecido los mexicanos en el XIX era debida a las malas políticas económicas y sociales. Para él el factor económico era la razón primordial de cualquier evolución o regresión social, destacando que los intelectuales mexicanos de los primeros años de la vida independiente (e incluso

²⁹ Ídem, p. 49.

³⁰ Ídem, p. 59.

³¹ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, Op. Cit., p. 128.

³² Ramírez, Ignacio, *Obras Completas III, Discursos, Cartas, Documentos, Estudios*, México, Centro de Investigación Científica "Jorge L. Tamayo, A. C.", 1984, pp. 365-366.

varios novohispanos) comprendieron que el sistema prohibitivo y monopolista de España y sus colonias, era uno dañino y que si no se suprimía traería graves daños para la metrópoli y sus regiones dominadas.³³ Hay que subrayar que para Sierra el siglo XIX mexicano no tuvo grandes muestras de decadencia porque es precisamente en este siglo donde sale a relucir la *virilidad* de los mexicanos en sus intentos y en sus éxitos por eliminar el antiguo sistema comercial y las costumbres retrógradas que pululaban.

Sobre los moderados de la Reforma y su papel en el avance o retroceso de México, Francisco Bulnes opinó que

[...] había dos patriotismos en conflicto: el consistente en aplicar un remedio heroico, aunque pasajero e indigno, para salvar al país de su inmediata ruina completa, y el que consistía en dejar perecer a la sociedad muy avanzada en descomposición, más bien que aceptar del extranjero una fuerza que no podían dar los partidos nacionales, a quienes sólo debía el pueblo mexicano maltrato, desmoralización, pillaje, debilidad y vergüenza.³⁴

Recalcó que la degradación que el México del XIX vivió en cuanto a política fue tanta que ni importó a algunos recurrir a fuerzas extranjeras. Las dos opciones del moderado descritas por el intelectual no dejan lugar a dudas de que concebía la época de la Reforma como una de evidente decadencia política, y que la nación sólo se salvó de la desaparición por una buena fortuna y el esfuerzo de varios personajes. Aunque la utilización muy recurrente de términos descalificadores por parte de este intelectual hace que debamos ir con cuidado en la lectura de sus opiniones eso no impide decir que siempre localizó y etiquetó cualidades decadentes en el pasado y en su presente. De la guerra de 1838, por ejemplo, aseguró que tenían razón los conservadores que trataron de evitar la confrontación con Francia porque en el punto “enfermizo y decadente” en que se encontraba México en todo el XIX, lo que más se necesitaba según su opinión era sensatez, que no tenía por qué ser identificada con cobardía. La guerra de 1838 era más deseada por Santa Anna que por ninguna otra persona, ello por su intención de ganar mayores méritos ante una plebe vanidosa.³⁵ La decadencia no sólo estuvo presente en el México independiente, sino por igual durante la Colonia: Bulnes aseguró que para finales de tal etapa –siglo XVIII- España no contaba mas que con el apoyo del ejército, puesto que con el esparcimiento de las ideas de la Ilustración la opinión pública ya era adversa a la Corona. Contra esta situación no podría luchar el ejército y así por fin se terminaría con “el decrepito régimen colonial”.³⁶ La desaparición de una entidad estatal era normal en Bulnes y otros intelectuales, por ende era

³³ Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, 2.- ed., Colección “Sepan Cuantos...”, no. 515, México, Editorial Porrúa, 2009, p. 127.

³⁴ Bulnes, Francisco, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, Op. Cit., p. 274.

³⁵ Bulnes, Francisco, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, p. 562.

³⁶ Bulnes, Francisco, *La Guerra de Independencia, Hidalgo e Iturbide*, México, Talleres linotipográficos de “El Diario”, 1910, p. 304.

probable que le sucediera a México, la mayoría de los eruditos termina sorprendiéndose de que el país haya sobrevivido a las diferentes pruebas que casi lo llevaron a su ruina y concluyen elogiándolo por tal mérito. La nación no desapareció ante esas enormes pruebas, esto otorgó gran confianza en el círculo de letrados como para pensar en un buen porvenir de México.

La degeneración y desaparición del Estado en la historia. Otras naciones.

La revisión de la historia mundial provocó la continuación de la idea de que los pueblos nacían, se desarrollaban y perecían, ya que los mexicanos vieron en la vida de los diferentes Imperios del planeta esa sucesión de acontecimientos. Desde la Antigüedad hasta la Época Moderna toman paradigmas de esas situaciones, recorriendo desde los regímenes coloniales hasta las más industriales repúblicas contemporáneas. No encontramos que los eruditos comentaran con profundidad sobre una continuidad cultural, o de las permanencias que un pueblo que desaparece hereda a sus conquistados, a sus conquistadores, a sus vecinos, a sus sucesores o a sus admiradores. Poco se habló de los sincretismos a excepción del ocurrido en la América española que tanto fue comentado y sigue siendo objeto de debates. Los sincretismos son fenómenos que no fueron fuente de demasiadas deliberaciones.

La historia, como se ha repetido, fue por lo general concebida de manera lineal, de auge a decadencia, con influencias de la escatología cristiana, del positivismo y de la teoría de la evolución. A lo largo del siglo XIX se pueden percibir estos modos de concebir el mundo, y que siempre conllevan a la decadencia. Esta decadencia fue explicada por muchos factores desde el político y el económico (los principales), hasta el social, el religioso y el legislativo, o por medio de las diversas combinaciones de ellos. Fueron comentados los declives de la Roma imperial, de los virreinos españoles, de la Iglesia católica, de Bizancio y de Asia. Comentarios que prueban el arraigamiento de la idea de que cualquier entidad política, por más poderosa que haya sido, tiende a desaparecer.

El historiador Joaquín García Icazbalceta pensó que el declive del virreinato del Perú estuvo presente desde el principio del mismo, debido a la introducción de leyes inhumanas y sanguinarias en la región, por querer hacer de la colonia una fuente constante de riquezas y de obediencia hacia España. No creía que la decadencia de una región se debiera a las funestas actuaciones de uno o varios personajes de gran influencia –en ello coincidía con Riva Palacio-, “una sociedad no cede ni se deja destruir por la voluntad de un hombre”, y es en la pugna entre hacer acatar y desobedecer ciertas leyes injustas en donde para él perece un pueblo.³⁷

Altamirano por su parte escribió que las leyes reflejaban muy bien la historia de un país y que “marcan su prosperidad o decadencia”, que se conoce a través de ellas el espíritu de

³⁷ García Icazbalceta, Joaquín, *Opúsculos y biografías*, 2.- ed., Biblioteca del Estudiante Universitario, no. 38, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, p. 135.

ese país, que explican también los cambios de la nación que las emitió o las causas de su desaparición y que la derogación o emisión de algunas leyes evidencia las necesidades, los vicios y las virtudes de un pueblo.³⁸ Asimismo las legislaciones fueron vistas como una necesidad, sin las cuales una civilización no podría avanzar y que, con la ausencia de ellas existiría una forma de barbarie predominante, esta era la visión de Vicente Riva Palacio, quien en una de sus obras sobre Hernán Cortés nos comenta al respecto.

El terrible principio germánico que sale como una filosofía de Schopenhauer, “el derecho no es más que la medida de la fuerza”, es, tratándose de las relaciones de los pueblos entre sí, y de éstos con sus gobiernos, una verdad terrible, por más que nos empeñemos en creer lo contrario. El derecho es la medida de la fuerza; eliminada la fuerza, el derecho más bien sentado y reconocido desaparece como el humo. La fuerza sostiene los gobiernos, garantiza las propiedades, sanciona las libertades públicas e individuales; suprimida un momento esa fuerza, por un atavismo de civilización los hombres volverán al estado salvaje.³⁹

Una concepción realista y algo pesimista con respecto a las leyes, que toma con mayor interés el aspecto civilizador de las mismas, concepción que entiende a la cultura basada en el derecho como si fuera por definición progresiva, y que toma a las culturas carentes de una existencia basada en las leyes como si fueran regresivas o al menos como si estuvieran estancadas. Los hombres referidos poseyeron buenos argumentos para declarar que la legislación es reflejo del espíritu de un pueblo; el estudio de las leyes fue un método para apoyar su idea del mundo como inmerso en progresos y retrocesos, muchos de estos definidos por los avances y declives de sus legislaciones.

La ingratitud de un pueblo para con sus servidores podía provocar la desaparición del mismo; esto es lo que Altamirano escribió en 1864, lo cual no únicamente exhibe otro factor que para ellos llevaría a la decadencia sino que también exhibe la moral de la época. La moral, que de acuerdo con la opinión de los intelectuales, estaría inexorablemente conectada con el auge o el ocaso de una civilización. Por igual podía desencadenar la extinción de una entidad estatal.

En ocasión de un análisis de la América Latina, Manuel Altamirano desarrolló su interpretación de la ingratitud y de la ausencia de patriotismo y hermandad, los tomó como aspectos decisivos para la supervivencia de un país.

El ministro de una de las repúblicas de la América del Sur, la más adelantada quizá, decía hace pocos años a propósito de los honores que su patria

³⁸ Altamirano, Ignacio M., *Obras completas I, Discursos y brindis*, Op. Cit., p. 27.

³⁹ Riva Palacio, Vicente, *Los Imprescindibles, Vicente Riva Palacio*, 2.- ed., México, Cal y Arena, 1998, p. 491.

había tributado a los ilustres Carrera y San Martín, que “sólo son dignas de ser bien servidas las naciones que saben agradecer los servicios que le prestan.”

Ésta es una gran verdad que ha estado escrita siempre en la conciencia de todos los pueblos, cuya observancia ha elevado al pináculo del poder a los más grandes del mundo y cuyo olvido ha arrastrado a la degradación y a la ruina a los más famosos imperios.⁴⁰

Es en las normas básicas de moralidad y en las virtudes donde Altamirano encuentra igualmente las razones por las cuáles unas sociedades detentan mejores economías y mayor prestigio alrededor del orbe. Al patriotismo lo consideró como un arma contra el despotismo, como una cualidad que traía libertad y que sin ella una nación poco a poco desaparecería. Por igual encuentra que por la mediocridad puede surgir la decadencia, cuando las personas sólo trabajan para cubrir sus necesidades, cuando los intelectuales se quedan en sus particulares intereses y en la rutina, es cuando se cae en desgracia, en especial en un siglo como el XIX, de tanto movimiento.⁴¹

Continúa diciendo que esa mediocridad o estancamiento lo apreciaba en su siglo, sobretodo en las regiones de Asia menor, del Asia central, en África, en el Danubio, en Tartaria, en Australia, en Indochina, en el Indo y en Sudamérica, empero en todas esas regiones estaba arribando imperiosa la fuerza del progreso.⁴² Para el autor la misma parálisis (debida a arraigos culturales y malos gobiernos) de diversos pueblos iba a ser extinguida (evitando el derrumbe de esos mismos pueblos) por el inevitable progreso que se esparciría por todo el mundo. Esto podemos interpretarlo como una forma de profetizar atinadamente la globalización y la homogeneización industrial y comercial que se extendería alrededor del planeta sin respetar fronteras históricas ni nacionalidades.

En 1883 Altamirano ya ve al pasado con muchos rasgos decadentes y a su presente como óptimo, llegó hasta a comparar el México del XIX con el Bajo Imperio Romano por “La lista de pronunciamientos y de motines militares, el cambio de sistemas políticos, la frecuente elevación y caída de gobernantes, la confusión de las leyes [...]”⁴³, comparar a dos culturas tan diferentes era común en aquella época, en la actualidad no es tan bien visto este tipo de cotejo porque los resultados que se obtienen de tal son considerados más literarios que veraces. Y sin embargo la comparación nos otorga la reflexión del escritor en la que concluye que los vicios de los últimos años de Roma fueron tan grandes que provocaron su caída, y que por otra parte México felizmente se pudo sobreponer y sobrevivir para después gozar de una paz y avances materiales. Declarar que los mexicanos pudieron sobrevivir a los males que el más prestigioso imperio de la Antigüedad no fue sino una forma muy retórica de brindar optimismo y confianza a su sociedad.

⁴⁰ Altamirano, Ignacio M., *Obras completas I, Discursos y brindis*, Op. Cit., p. 191.

⁴¹ Ídem, p. 304.

⁴² Ibídem.

⁴³ Altamirano, Ignacio Manuel, *Obras completas II, Obras históricas*, Op. Cit., p. 48.

Regresando a las reflexiones sobre la historia de América podemos decir que los hechos referentes a su conquista prestaron más motivos para hablar de la decadencia y la desaparición de los pueblos. La extinción de grupos étnicos completos en diversas zonas de América empujó a Justo Sierra a escribir su explicación de este hecho.

[...] los repartimientos, inaugurados por Colón, habían sistematizado el exterminio, la despoblación del Archipiélago; el contacto brutal de una civilización embrionaria de la edad de la piedra y de otra de la edad del acero; el abuso estúpido de las fuerzas limitadas de los indígenas habían acabado con ellos. ¿Iba a suceder lo mismo en la Nueva España? No habría sucedido, porque se trataba aquí de grandes grupos sedentarios de más sólida cultura: no era embrionaria esta civilización, la sociedad estaba perfectamente jerarquizada; los ritos solían ser atroces; las costumbres de las masas eran buenas, eran sociales, es decir, eran morales.⁴⁴

Compara entre ellos a los europeos e indígenas del XVI y ve que los primeros son mucho más *avanzados* que los segundos, en especial sobre los del Caribe. De nuevo se ponen a las culturas en estadios diferentes. Luego consideró las costumbres y la moral como poseedoras de un gran peso para la supervivencia de un pueblo, tal como lo hizo Altamirano. La explicación de Sierra sobre la no desaparición de los indígenas en Nueva España también podría aplicarse a los del virreinato del Perú, donde se encontraban las circunstancias mencionadas por el maestro; sociedad jerarquizada y *buenas* costumbres. La desaparición de los indígenas de Norteamérica, dijo, se debió al salvajismo y la ausencia de moral que entre ellos pululaba. Observamos argumentos basados en la moral, pero más importante, tenemos una declaración de que los mexicas y otros indígenas de la Nueva España eran superiores a los del resto de América (quizá en un parecido nivel que los del Perú) en razón de sus costumbres y formas sociales.

En la Revolución Francesa Justo Sierra también observó características buenas y malas. Aseveraba que fue un proceso impulsor de la sociedad hacia adelante pero que degeneró en anarquía, propuso que si hubiera continuado así, grandes pesares habrían caído sobre Francia y el mundo.

Los jacobinos organizaron la Revolución Francesa; sin ellos la Europa coaligada habría ahogado la revolución y habríamos; los latinos, o retrogrado o detenidos un siglo; por ellos no fue así. Pero cuando el método anormal tendió a ser normal, el paso al cesarismo se verificó por grados rápidos, casi sin convulsión; del despotismo de un club que operaba en el nombre del pueblo, se pasó al de un soldado que también se llamó representante del pueblo, y era

⁴⁴ Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, Op. Cit., p. 69.

verdad. Y éste fue UN CESARISMO. Y todo jacobinismo que no sabe hacerse reemplazar por la ley, va fatalmente hacia Napoleón.⁴⁵

Recordemos con esto la comparación que realizó Sierra entre la historia de Francia y la de México, identificando a la etapa de la Revolución y El Terror con la etapa de las guerras mexicanas, desde la Independencia hasta la Guerra de Intervención, y la época napoleónica con la época porfiriana, para así declarar que el jacobinismo fue ya una degeneración de la lucha por los derechos del hombre y que si se perpetuaba esta etapa se redundaría en un mal para los franceses. Así como redundaría en un mal si las guerras, desórdenes y la anarquía hubieran continuado en México tras la expulsión de los franceses.

El hecho de que Sierra haya asegurado que después de cualquier revolución sangrienta y prolongada sigue una etapa de cesarismo, como si ello fuera una ley histórica, saca a relucir su positivismo, su intención de ver normas en los procesos sociales, como si no hubiera opción de que esas leyes ideadas por ellos no pudieran incumplirse. Las rebeliones de Tiberio y Cayo Graco no terminaron en cesarismos, ni después de la cruenta Guerra Civil Norteamericana los Estados Unidos vivieron gobiernos presidencialistas, ni al finalizar la Revolución Mexicana se vivió una etapa en que la política girara en torno de un único líder todopoderoso.⁴⁶ No podríamos aseverar que tras toda revolución, con excesos o sin ellos, una sociedad “va fatalmente hacia Napoleón”, la intención del intelectual fue justificar, de alguna manera, la dictadura de Díaz, un régimen con vicios y virtudes que al fin de cuentas funcionó en cuanto a gobernabilidad. El jacobinismo y el cesarismo tenían sus rasgos decadentes y progresistas para Sierra. Eran para él partes indefectibles del cambio histórico de las naciones. El Nigromante por su parte encontró otro ejemplo de decadencia en la historia mundial, en este caso la historia de los judíos:

Lo que caracterizaba al pueblo judío, y lo hizo sobrevivir a pesar de su impotencia, fue la energía con que entonces la opinión levantó sobre todas las preocupaciones un pensamiento vulgar que en otras épocas no había servido sino de asunto a la poesía. Cautiva la nación, en Babilonia, recordó que en otros tiempos un caudillo la había salvado de una más horrible servidumbre; y esperó la venida de Moisés segundo. Después, la situación de ese pueblo, aunque con diversas fases, se parecía a la decadencia; y los poetas cantaron el porvenir señalando entre las nubes de la esperanza al redentor deseado.⁴⁷

En el párrafo anterior apreciamos que el mesianismo, la fe en un futuro mejor y el finalismo, fue lo que para Ignacio Ramírez salvó al pueblo judío de su desaparición. Y apreciamos un rasgo más característico de lo que entiende por decadencia, aquí ésta no se presenta en un pueblo que está en vías de extinción, sino a uno que se encuentra en

⁴⁵ Sierra, Justo, *Juárez, su obra y su tiempo*, Op. Cit., p. 73.

⁴⁶ Pese a que algunos analistas hayan identificado a Álvaro Obregón o a Plutarco Elías Calles como tales líderes omnipotentes, ello no es lo mismo a asegurar que tras la Revolución Mexicana surgió un cesarismo.

⁴⁷ Ramírez, Ignacio, *Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, Op. Cit., p. 344.

momentos muy críticos; su decadencia, su cautividad y su desesperación, le dieron al pueblo judío más fuerzas para sobrevivir y seguir luchando, ya no como nación sino como pueblo, le hicieron elaborar y extender una creencia en un porvenir redentor que les dio unión. La decadencia, en esta reflexión, no conlleva la extinción de un grupo étnico (como fue el caso de muchos grupos indígenas prehispánicos citados por Altamirano), aunque sí la desaparición de una nación. El mismo Nigromante nos recuerda el ocaso del estado de Israel y la destrucción de Jerusalén por parte de los romanos -en una época, 1868, en que aún estaba lejos de formarse el estado moderno de Israel-.

Ramírez fue claro en relacionar la decadencia con el cambio histórico, independientemente de cómo defina a la decadencia, aseguró que: “La historia política refiere, señores, cómo nace, funciona y degenera el fenómeno llamado gubernativo en cada una de las sociedades humanas”,⁴⁸ y aún más, la historia para él también implica en algún punto degeneración, de los gobiernos, de la sociedad, de los individuos, de las clases y de las instituciones. El cambio es omnipresente para la perspectiva histórica del Nigromante – así como para cualquiera de los intelectuales del XIX-, y la decadencia la observa en la Edad Antigua, cuando eunucos y meretrices tenían más influencia en Roma que un general; al final de la Antigüedad, cuando los líderes militares fueron bárbaros; en la Edad Media, cuando el “cristianismo se paganizaba y el paganismo se hacía sofista”, cuando el pontificado de Roma se llenaba de degradación.⁴⁹ Empero lo que fueron tiempos de decadencia para unos pueblos –los europeos-, fue tiempo de regeneración para otros –los asiáticos-, y Ramírez muestra su admiración por Mahoma y su optimismo por el cambio en unas naciones, cuando en otras hubiese pesimismo.

En cualquier reflexión sobre la decadencia y el progreso siempre está presente la influencia del optimismo o del pesimismo. Ya sea del mismo individuo que reflexionó y provenientes de su carácter, su educación y su medio socioeconómico. O propio de la época y lugar en que se produjo la deliberación. Si los mexicanos tras las guerras de Reforma e Intervención hablaron más del progreso y el porvenir, más que en otra época anterior, fue también porque sentían optimismo.

García Cubas fue un pensador que compartía este sentimiento, habló, al igual que otros, de la historia de la Antigua Roma, de la de Estados Unidos, de la de Europa. En su perspectiva la decadencia y los vicios no producen el ocaso de una civilización, sólo ocurre raras veces, como con el Imperio Romano. Su condición de geógrafo le hizo comparar la fuerza de las naciones con el cauce de un río, y dice:

Muchos ríos del mundo, á pesar de sus fuertes aluviones, no se desbordan si tienen sus cauces bien consolidados y su régimen regularmente establecido, y si

⁴⁸ Ídem, p. 14.

⁴⁹ Ídem, p. 464.

por extraordinarias avenidas suelen desbordarse, pronto vuelven á encauzar sus aguas y proseguir su curso normal.⁵⁰

Fue un hombre más optimista que el resto de sus congéneres, no creyó incluso que el decaimiento de la moral, las costumbres y el gobierno pudieran ser suficientes para la desaparición de un pueblo. El imperialismo de las modernas potencias de Estados Unidos, Inglaterra y Alemania era resultado, según su lógica, de esas fuerzas desbordadas. Tampoco creyó que aquellas naciones capaces, como Suiza, pero que no desarrollaban un imperialismo, estuvieran decadentes o en peligro de ser destruidas.⁵¹ Su conocimiento de la historia, y sus sentimientos, no le hicieron más que mostrar su confianza por el futuro de las civilizaciones.

De la decadencia de los últimos años del Imperio Romano se explica más abundantemente, asegurando que los vicios de aquellos años y de aquella cultura eran demasiados, en un mundo donde la población estaba acostumbrada a las bestias, a las luchas a muerte entre hombres por entretenimiento, a no tener compasión, imposible era regenerar al hombre, y lo mencionado era debido a que “el valor digno y el patriotismo estaban refrenados por la corrupción, el perjurio, el latrocinio y tanto vicios como tenían enervada a la sociedad”, de nuevo, como en Altamirano y en Sierra, la ausencia de virtudes como el patriotismo son factores que generan la decadencia, y de nuevo esto es reflejo de la moral mexicana de finales del XIX e inicios del XX. Para García Cubas es muy difícil que la corrupción y los vicios lleven a la extinción de un pueblo, pero no imposible, por ello es que recomendó a sus lectores que hay que preservar que nuestra sociedad llegue “por el desprecio de los principios morales, á esa extrema degeneración”.⁵² Hay que notar que habla de “los principios morales”, como si la moral fuera una, homogénea y extendida por todo el orbe, una manera de pensar propia de su época y descendiente de la ideología cristiana. Volviendo a las comparaciones con la Antigüedad, Cubas señaló que Odoacro finiquitó con facilidad al Imperio de Occidente, mas no fue por sus fuerzas sino por el *vicio* romano.

En la obra del erudito Vicente Riva Palacio hay mayor número de pasajes que nos permiten conocer, más acabadamente, su visión progresiva de la historia y por ende su perspectiva de la regresión. Declaró que desde los inicios de la historia ha habido dos grandes bandos en cualquier civilización, que se disputan el poder y la forma de dirigir a su sociedad, los unos, que quieren traer el progreso al pueblo, los otros, que quieren conservar la situación tal como está. Esos bandos han tenido las riendas de las naciones alternativamente. Determinó que ambos grupos habían “impreso su sello a las épocas de la historia, y han sido el día y la noche, la luz y las tinieblas de la humanidad”.⁵³ Nótese que

⁵⁰ García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, no. 86, México, Editorial Porrúa, 1986, pp. 137-138.

⁵¹ Ídem, p. 137.

⁵² Ídem, p. 274.

⁵³ Riva Palacio, Vicente, *Los Imprescindibles, Vicente Riva Palacio*, Op. Cit., p. 413.

siempre le otorga un carácter negativo al bando universal que no llama por su nombre, pero que sabemos que es el conservador, el contrarrevolucionario, el reaccionario, de tal manera, que parece no admitir buenas cualidades para esta manera de pensar, como si todo fuera blanco y negro; tengamos en cuenta que era 1871 cuando escribió lo mencionado, no muy lejos de las crueles batallas entre liberales y conservadores se deja llevar por sus sentimientos y por su retórica generalizadora y maniqueísta.

El principio del retroceso y el espíritu del progreso han compartido alternativamente el reino de la tierra: ved a Prometeo que robaba el fuego de la inteligencia a los dioses para llevarlo al mundo; mirad a Eva que hacía comer el fruto del árbol de la ciencia a su compañero... En todas las religiones se encuentra ese símbolo, que bajo la forma de un mito, entonces, hoy es una realidad en las terribles luchas que todos los días y en todas las naciones estamos presenciando.⁵⁴

En un siglo como el XIX cabe aplicar una idea de contienda entre los que propugnaban los principios de progreso, democracia y liberalismo, contra otro que defendía los fueros, los privilegios, la monarquía y la aristocracia, empero generalizarlo a todas las épocas y culturas fue más bien un recurso literario. Riva Palacio también dejó una interesante deliberación sobre el carácter de las revoluciones y su doble papel tanto progresista como regresivo (percepción referida también por Payno y Sierra). Salió a la luz en un artículo de *El Radical*, no está por demás citarla.

Y el pueblo, inconsciente, forma el cortejo de ese mundo, abogando entre el ruido de sus representantes, de sus elegido y de los que debieran ser sus servidores, ese presentimiento de tempestad o de miseria que se alza en su conciencia; e indiferente a fuerza de decepciones, deja que los días y las semanas y los meses, transcurran entre fiestas, resignándose a esperar que esa marcha administrativa abra las puertas de la revolución, y la revolución la de las facultades extraordinarias, y lleguen con ella las levas, y las exacciones y los incendios y los combates y el hambre.⁵⁵

Aparte de las características progresistas y regresivas de una revolución, podemos encontrar en las perspectivas de Payno, Sierra y Riva Palacio una especie de círculo vicioso que padece cada cultura, círculo que estaría integrado primero por un despotismo, luego una revolución, después anarquía, siguiendo un cesarismo y de nuevo cayendo al despotismo, repitiendo la cadena, así más o menos y por siempre, y quizá truncándose el círculo cuando una nación se extingue. No obstante, Riva Palacio pensó que esas diferentes fases de la vida de un pueblo no siguen exactamente una tras de otra, de hecho declaró que en ocasiones parecía que se estaba llevando a México a una decadencia sin pasar por su siglo de Oro, y “contra todas las leyes de la naturaleza, arrancarle de la infancia, para

⁵⁴ Ídem, p. 413.

⁵⁵ Ídem, p. 269.

arrojarle en la decrepitud”. Haciendo uso de sus saberes en historia mundial, declaró que este país entraba en el Bajo Imperio, sin antes haber contado con unos Gracos o Escipiones, que entraría en una etapa como la de Felipe IV sin haber pasado por la de Carlos V.⁵⁶ La moralidad de nuevo estuvo presente en su ideología y se quejó de estar presenciando en México escenas como las narradas por Procopio en su *Historia secreta*. En una frase contundente nos resume (gracias a su carácter y a la citada moral) lo que no debe de ser el avance y el progreso para él “Tomamos por civilización y progreso los goces sensuales y sibaríticos de la decadencia y la vejez”,⁵⁷ decadencia y avance pueden ser confundidos en la mentalidad y gustos de un pueblo, y aquí los desenreda. Aunque con lo que respecta a las revoluciones, da sugerencias para que no se repitan tanto esos derramamientos de sangre, entre esas sugerencias están el promover la educación, la legalidad, la obediencia a las normas y un gobierno fuerte, incluso apoya el derecho a la sofocación de las rebeliones por parte de los gobernantes. Pese a ello, creyó que el hombre no tiene en su naturaleza la obediencia, que no es sumiso por naturaleza y por eso siente de cuando en cuando la necesidad de volver a la época de la completa libertad –de la que muchos griegos antiguos hablaron y Rousseau también-, necesidad que para Riva Palacio está en potencia hasta en el individuo más *civilizado*.⁵⁸

Una de las teorías más en boga en el XIX, y de la que ya hemos hablado varias veces, es la del heroísmo, cuyo principal exponente fue Carlyle. Riva Palacio se declaró no partidario de ella, y las argumentaciones que dio para ello nos ayudan a entender su concepción sobre la historia y los procesos progresivos y regresivos que determinó en la misma. No estaba de acuerdo con la idea de que eran los grandes personajes quienes determinaban el curso e inicio de las *evoluciones sociales*, sino que gustaba de entender al cambio histórico como producto de “lentas pero constantes preparaciones que acumulándose fatal e irremisiblemente llegan a determinar la manifestación aparente del fenómeno histórico o social que tiene como representante a un hombre”, así se puede hablar de las épocas de Mahoma, Lutero, Alejandro Magno, César, Washington o Napoleón. Regresa entonces a la explicación moral de la decadencia de los pueblos, y explicó:

[...] los pueblos débiles y corrompidos tienen necesariamente que ser la causa de la existencia de los conquistadores y de los tiranos: la corrupción romana y no Agripina dieron vida e imperio a Nerón, la debilidad del reino de los godos y no el conde don Julián llevó a España los ejércitos mahometanos [...]⁵⁹

En ocasiones pareciera que los estudiosos quieren dar una lección moral a sus lectores, en parte esto es verdad, pues en múltiples ocasiones seguían empleando a la historia a la

⁵⁶ *Ibídem*.

⁵⁷ *Ibídem*.

⁵⁸ *Ídem*, p. 472.

⁵⁹ *Ídem*, p. 474.

manera en que Cicerón⁶⁰ la utilizó, para aleccionar y orientar sobre la vida. Empero los juicios emitidos por los intelectuales también son producto de la identificación generalizada entre vicio y decadencia, pocas veces declararon que una *baja moral* coincidiera y conviviera con el apogeo económico, político y militar de una nación, cuando esto es de lo más común. Hubo hombres tan viciosos –o aún más- en la época de Julio César como en la de Calígula, la corrupción y la degradación eran cuestión común durante el *exitoso* siglo de Luis XIV; podemos decir que a un pueblo virtuoso no le corresponde precisamente un progreso, ni la degradación de las costumbres está peleada con el apogeo cultural o político.

Por último, Riva Palacio pone a su época como más avanzada que las anteriores, entre otras razones porque los conquistadores contemporáneos a él emplearon razones menos bárbaras para sus expoliaciones que las razones de otras épocas, porque sus contemporáneos se asustaban al leer las justificaciones de la esclavización de América por parte de los europeos. En los tiempos de Alejandro y César, reflexionó Riva Palacio, predominaba la conquista por la conquista, con Carlos V se hacía por motivos religiosos, con Napoleón con –supuestos- fines altruistas y diplomáticos, y en las postrimerías del XIX por intenciones económicas.⁶¹ De alguna manera él vio un progreso en el campo de la política mundial, pues el uso de la fuerza era para él un derecho de los gobernantes para evitar el caos y evitar regresar a un estado de salvajismo y completa libertad,⁶² y al ser, al fin de cuentas, la manera en que las naciones han dirimido sus diferencias y la manera como lo seguirán haciendo.

Hacia 1875 Francisco Bulnes asegura que Asia era un continente que se estaba sacudiendo su propia decadencia gracias al ejemplo, influencia e invenciones de Europa. Asia se estaba aprestando a dejar los crímenes y torturas que caracterizaban su degeneración, y desde entonces comenzó a prestar atención de nuevo a los pensadores, a la prensa, a sus antiguos libros y comienza a recibir con solicitud al progreso.⁶³ Tenemos una visión en la que la decadencia parece fácil de desterrar. Bulnes tampoco parece considerar a la decadencia como enfermedad crónica, ni como la causa más peligrosa de la desaparición de las naciones. El esclavismo fue para el maestro un rasgo recalcitrante de cualquier sociedad, por eso, y por muchas otras razones, es que para él el Norte le ganó a la Confederación en la Guerra Civil Norteamericana; los intereses “sanos, liberales, progresistas” tenían que triunfar sobre los viciados como el esclavismo.⁶⁴ Otro rasgo de degeneración y corrupción, que por igual se puede revertir, según su visión, es el de los *cuartelazos*; “El pretorianismo es una escuela de maldad y degradación, no un crisol para

⁶⁰ Como historia *magister vitae*.

⁶¹ Riva Palacio, Vicente, *Los Imprescindibles*, Vicente Riva Palacio, Op. Cit., p. 491.

⁶² En contraposición de las ideas rousseauianas del *buen salvaje*.

⁶³ Bulnes, Francisco, *Páginas escogidas*, Biblioteca del Estudiante Universitario, no. 87, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, p. 132.

⁶⁴ Bulnes, Francisco, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, Op. Cit., p. 261. No abunda este intelectual en dar razones de porqué el esclavismo era degradante para él.

sublimar virtudes”.⁶⁵ Pero revertir el pretorianismo no era tan sencillo, Bulnes concebía a la sociedad como un organismo, que era achacado por múltiples enfermedades, y la de los cuartelazos era una que pronto se convertía en crónica, difícil de extirpar porque sus síntomas ya no pueden ser apreciados notablemente. En un país que sufre de pretorianismo todo es degeneración.

[...] El heroísmo desaparece, el *espíritu de sacrificio* se convierte en espíritu de lucro ó de rapiña, el patriotismo desinflamado se convierte en *culinarismo*, la sed de gloria se vuelve sed de taberna, el culto medioeval al honor, se torna en culto á la defección, á la ingratitud, á la traición; y el valor personal no reconociéndose necesario para cultivar el arte de ser despreciable, desaparece de una escena en que todo se puede alcanzar por medios viles.⁶⁶

Una descripción llena de adjetivos que descalifican, de dicterios, característica natural de este pensador, y que también es ejemplo de la moral de principios del siglo XX. Comentó los peores vicios que una sociedad pudiera tener, y que es mejor evitar, para así impedir la desintegración de las naciones. En cuanto a otras formas de gobierno Bulnes escribió que la monarquía, la basada en el derecho divino, significaba un estancamiento y de alguna manera un decaimiento para el pueblo regido de esa manera ya que esa sociedad tenía que obedecer a sus gobernantes para no caer en traición y en herejía, puesto que los reyes representaban la voluntad divina. En esas sociedades si los soberanos no procuraban el avance de su nación poco se podía hacer. “Un pueblo sincera y fielmente católico está incapacitado para ser pueblo libre, por sus antecedentes que lo han sumergido en la abyección”.⁶⁷ Hacia 1910 declaró, con clara reminiscencia al materialismo histórico, que a la etapa colonial de “América Latina correspondía al periodo asiático de las castas, ya abolido en Europa desde las conquistas de la potencia romana”.⁶⁸ Encontró entonces que los europeos impusieron en sus conquistas territoriales en América un sistema que ya estaba superado en su continente. Concluye con ello que el avance introducido al Nuevo Continente, al menos en cuanto al sistema político y económico, no fue demasiado. Por ende, las colonias tenían que *evolucionar*. Llegando al círculo vicioso que hemos referido tenían las visiones de Payno, Sierra y Riva Palacio,⁶⁹ Bulnes también aseguró que para la evolución de la sociedad de los virreinos era necesaria la siguiente etapa: una revolución. Que a su vez caería en una anarquía necesaria para destruir completamente el antiguo sistema despótico asiático tan afianzado y estructurado, y que por último era indispensable la dictadura para realizar una reconstrucción. En cuanto a la anarquía, este proceso no significaba para Bulnes un retroceso, era un paso necesario en el cambio histórico de cada nación, un paso obligatorio hacia adelante, aunque fuera doloroso.

⁶⁵ Ídem, p. 313.

⁶⁶ Ídem, p. 313.

⁶⁷ Bulnes, Francisco, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, Op. Cit., p. 258.

⁶⁸ Bulnes, Francisco, *Páginas escogidas*, Op. Cit., p. 17.

⁶⁹ Visión que establece que en la historia de un pueblo siempre habrá las siguientes etapas que se siguen una a otra: cesarismo, revolución, anarquía y tras esta se vuelve al cesarismo o militarismo.

Si la anarquía lastima o destruye todo lo creado, en cambio abre las puertas para todo crear y a su tiempo la dictadura aparece aprovechando los materiales diseminados de los edificios abatidos, y aprovechando también los materiales de los genios que ha despertado la libertad. Una dictadura puede ser un progreso como lo es una anarquía y ambas alternándose son capaces, como lo han sido en la América Latina, de realizar un progreso que hubiera sido imposible por el método colonial español.⁷⁰

La destrucción es concebida aquí como propia del avance y no de la decadencia. En algunas de sus palabras hasta parece que Sierra influyó en Bulnes, porque ambos hablaron de la anarquía como un mal muy necesario, casi en los mismo términos. En el mismo año de 1910, poco antes de que comenzara la Revolución, Francisco Bulnes siguió deliberando sobre la historia colonial de España y escribió con gran retórica sobre su decadencia. Aseveró que en el XIX España ya sólo evocaba un pasado lleno de hidalguía “España que le ha sobrado gloria para desbordarla del caos con sus grandes vicios” y de la sangre que dejó regada en Nueva España. Sobre los criollos aseveró que transformaron su esencia, para bien o para mal “han olvidado todos los altares y convertido en oficinas industriales todos los templos”.⁷¹ Un cambio de ideas a través del tiempo.

Apuntó que todas las aristocracias decaen, llevando consigo el probable derrumbamiento del país que rigen, para nuestro estudioso la causa del ocaso de las naciones regidas por casas hereditarias era que éstas dinastías no se renovaban, y cuando esto no sucede entonces repentinamente las aristocracias se encuentran todas *podridas*, provocando que su pueblo sea conquistado o sea salvado por una revolución. Contempla en la historia de Inglaterra el ejemplo de cómo una aristocracia se puede renovar a sí misma. Renovación conseguida de la única manera en que creía se podía: admitiendo elementos plebeyos dentro de ella, nuevos integrantes que fueran *fuertes y ameritados* para suplantar a los caducos.⁷² Allí es donde encontró la forma en que podían salvarse las monarquías hereditarias. Encontró que el despotismo, el pretorianismo y las aristocracias caducas eran eliminados gracias a las revoluciones –salvando de la desaparición al pueblo que los sufre–; la anarquía se elimina con la dictadura –evitando con esta la desaparición del pueblo anárquico.

Las épocas analizadas por nuestros autores, y por muchos más del XIX, abarcan desde la época Antigua hasta la Moderna, causando especial interés la historia de Roma y de España, lo cual nos hace notar el gran conocimiento que tenían de la historia mundial y su dominio de los clásicos. Conocían bien la historia de los Escipiones, de Julio César, Tiberio, Nerón, Marco Aurelio o cualquiera de los antiguos emperadores, así como de la historia de las polis griegas o del continente asiático, lo cual les permitió ampliar su

⁷⁰ Bulnes, Francisco, *Páginas escogidas*, Op. Cit., pp.17-18.

⁷¹ Bulnes, Francisco, *La Guerra de Independencia, Hidalgo e Iturbide*, Op. Cit., p. 306.

⁷² Ídem, p. 336.

panorama e idea del mundo. A diferencia de la mayoría de los intelectuales o historiadores mexicanos contemporáneos, que carecen de una formación clásica y que poco dominan la historia del mundo fuera de su región (poco conocen el pasado de América Latina o de Asia) todos aquellos hombres del XIX y albores del XX dominaban las historias de los bárbaros Odoacro o Alarico, de los reyes Carlos II o Felipe IV de España, o de Jefferson y Bismarck y además, hombres informados de la política y acontecimientos de su época, pudieron con esto crear más argumentos para secundar sus ideas sobre el progreso y la decadencia, y no sólo sobre estas categorías sino sobre la justicia, la libertad, la tiranía, la religión, el derecho, etc.

Independientemente de sus inclinaciones ideológicas, todos emplearon sus conocimientos históricos para construir su percepción del mundo, deliberada o inconscientemente. Para explicar la decadencia emplearon muchos tipos de razonamientos entre los que sobresalen el gubernativo y el moral. Para ellos la decadencia se debe primordialmente a 1) los malos manejos de los dirigentes en cuanto a lo político y lo económico, por el decaimiento de la propia clase gobernante como principal causa, 2) la corrupción de las *buenas* costumbres, la creciente perversión de los humanos, la generalización de los vicios y la ausencia de virtudes, y 3) leyes inexorables que hacen que las naciones caigan en un ocaso y sean destruidas. Varios de estos razonamientos aún son empleados para explicar la decadencia. Más importante es decir que pocas veces encontramos estudios profundos de los mexicanos sobre lo que es esta situación de *decadencia*, y mayoritariamente los intelectuales siguen utilizando el término *decadencia* de manera pragmática y simple, para designar el declive, de cualquier índole, de un hombre, una sociedad, un estado, una empresa, un arte, una religión, el mundo entero, o de lo que fuere.

Conclusiones.

I

La concepción del cambio histórico plasmada en buena parte de la producción intelectual que salió a la luz de 1857 a 1910, estuvo bastante condicionada tanto por los procesos políticos como por los científicos e ideológicos. Los mexicanos de aquella época estaban condicionados por su pertenencia a la cultura Occidental y Moderna, es decir, ninguno pudo sustraerse a la visión Occidental de un mundo en pleno avance. La manera de pensar de la Antigüedad nunca planteó el ideal de progreso, ni lo siguió plenamente, así como tampoco lo hizo el mundo de Occidente durante la Edad Media. En la primera porque los griegos y romanos nunca confiaron en la perfectibilidad del ser humano, recuérdese la creencia que tenían en una etapa anterior en la que el hombre era más feliz, en la Edad de Oro, etapa previa a la subsecuente decadencia del humano. Además pocos eran los avances tecnológicos y de comodidades como para que se desarrollara una plena confianza en el futuro del hombre. En la Edad Media los hombres estaban más interesados en la llegada de una vida feliz ultraterrenal y poco se ocupaban en la consecución de la utopía en la Tierra. Esta perspectiva de fe en el progreso fue desarrollada a partir de la Época Moderna, desde que la ciencia fue comenzó su apogeo hasta nuestros tiempos, sin que aún se vean claros los límites de la misma.

Los mexicanos de aquella época poco hicieron, y quizá ni quisieron hacer algo, para despejarse de esa idea de que la ciencia y el progreso iban a resolver los grandes problemas de la humanidad hasta llegar a una época de plena felicidad. Lo curioso que hay que resaltar es que los mexicanos insistieron con mayor frecuencia que el progreso iba a resolver los problemas nacionales, e hicieron menos hincapié en la resolución de los problemas mundiales, una de las causas de esto es que esos pensadores estaban buscando soluciones de los constantes problemas de México como eran la inestabilidad política, el crimen o la amenaza de ser invadidos por potencias extranjeras. Además, estaban fraguando la consolidación de la identidad nacional y tratando de proponer las mejores medidas para mantener la cohesión del país. Resultado de una única conjunción de ideología, filosofía y política.

Para la gran mayoría las problemáticas mencionadas iban a ser resueltas mediante la llegada del país a los niveles de industrialización de las primeras potencias, por esto es que había que recibir la inversión extranjera y las invenciones más recientes con los brazos abiertos. Mas la consecución de estos objetivos fue elevando la desigualdad social, la explotación y el resentimiento, los cuales en cierto punto iban a permitir el estallido de la Revolución Mexicana. La industrialización y la mejora económica fueron objetivos que sabemos no fueron logrados completamente y que no solo brindaron problemáticas nuevas al país sino también a otros que ya estaban experimentando contratiempos como la sobreexplotación de los trabajadores o la sobrepoblación en determinadas áreas

industrializadas. Cuestiones que no han sido resueltas y parecen estar lejos de su solución. El mismo estallido de la Revolución puede ser explicado en parte por el declive de la fe en el ideal del progreso y por ser suplantado éste como prioridad por la *intelligentsia*, al no ser solucionadas cuestiones que estaban cobrando mayor importancia en la sociedad y que habían sido descuidadas en el Porfiriato como son la democracia, la educación, la igualdad o la justicia. Tales ideales fueron lo que buscaron los revolucionarios mas sin olvidar nunca el avance material. Podemos decir que posteriormente los ideólogos de la Revolución buscaron con un mayor ahínco lo que podría denominarse un progreso moral.

Las ideas socialistas, de igualdad y de democracia también tuvieron mucha fuerza durante el Porfiriato, esto mismo provocó que muchos hombres lucharan por un régimen más justo y libre. No es que los hombres que se oponían a los positivistas y al grupo de los científicos no pensarán y desearan el cambio, la transformación, el progreso y la industrialización de México sino que pensaban que esas metas tenían que ser conseguidas por otros medios aparte del libre comercio o de dejar el país en manos de los capitales foráneos como propugnaban los liberales o los positivistas mexicanos (los mexicanos porque la mayoría de los positivistas europeos, o al menos los ortodoxos, estaban a favor de una fuerte sujeción de los destinos humanos por parte del gobierno).

Los otros medios para el avance que propugnaban individuos como Ricardo Flores Magón, Francisco I. Madero, Emiliano Zapata, José Vasconcelos o Lázaro Cárdenas, van a ir desde la lucha por la verdadera democracia y la igualdad hasta llegar a un socialismo nacionalista, a un agrarismo o a un proteccionismo. La idea de avance no fue desechada con el derrumbamiento de Porfirio Díaz, ni mucho menos, además la Revolución va a simbolizar un avance histórico para la historiografía y la opinión común, ya sea considerada como una aceleración del progreso o un receso del mismo hasta que volviera una estabilidad con mejoras para la sociedad, y con ello retornara un nuevo seguir adelante.

En este trabajo hemos corroborado que pese a las distintas inclinaciones de los pensadores, a pesar de los diferentes hechos en los que participaron o apoyaron o denostaron, todos por igual creyeron en el cambio. Definieron a la historia y a la vida como cambio, que era para bien o para mal, empero siempre deseando uno *bueno*, deseando el adelanto, la comodidad y la mejora social o material. Ninguno de ellos arribó a una perspectiva en la cual lo mejor para una sociedad fuera el estatismo, como lo que la mayoría de los pensadores de la Antigüedad creían –Platón por ejemplo-, ni tampoco concibieron la realidad como un estadio cuya meta fuera alcanzar la vida eterna en otro mundo, sin hacer nada por mejorar este mundo. Esto no podía ser porque los eruditos mexicanos (y también la mayoría de la población general) ya estaban inmersos en la idea Occidental del mundo como avance.

El progreso estuvo indisolublemente unido con la vida del país, se oía en los discursos políticos, en las metas de los programas de gobierno, en la producción literaria, en la

poesía, se veía en las calles, en las casas... Quien no estuviera de acuerdo con la llegada de los adelantos a México, o era un inepto o era un loco, pero de estos casos prácticamente no había. Ni los conservadores monarquistas dejaron de desear el progreso, ni el más ferviente comunista dejaba de hablar de progreso. Por supuesto que no todos fueron tan optimistas como para que vieran por todos lados los beneficios del desarrollo, unos se pusieron melancólicos ante las transformaciones, otros apreciaron rasgos de decadencia y perversión en los acontecimientos que sobrevenían. En especial por esa cualidad que tienen las personas viejas de ver todo lo pasado como mejor que el presente. Mas nadie fue tan fatalista como para argumentar que había un estado general de declive y degeneración y nadie dejó de defender y desear el tan mencionado progreso, ni para sí mismo ni para sus connacionales o al menos, digamos, tampoco dejó de desearlo para su grupo social.

La reflexión nos llevaría a cuestionarnos el porqué aún se sigue hablando de progreso tras cien años del estallido de la Revolución, el porqué aún el grueso de la población aprecia los avances tecnológicos como algo óptimo, porqué la decadencia es algo que se sigue pretendiendo evitar. Tras el estallido de la Revolución se siguió luchando por llevar al país por el sendero de la industrialización y el avance tecnológico, al finalizar esta conflagración la nación experimentó una sensación de optimismo, o lo que es lo mismo, ocurrió el efecto contrario que en Europa tras la Primera Guerra Mundial donde vivieron años de desencanto y pesimismo. En México los gobernantes continuaron realizando lo necesario para cubrir el territorio de líneas de telégrafos, de teléfonos, de cables de luz, de vías férreas... y paulatinamente estos objetivos fueron consiguiéndose, luego llenaron al país de carreteras, puentes, presas, aeropuertos, etc. México fue convertido en un país en *vía de desarrollo*, fue vivido el “milagro mexicano”, y continuaba habiendo un gran optimismo hasta finales de la década de los sesentas del siglo XX. Se vivía un discurso político e intelectual sin lugar para la decadencia. Esto no fue únicamente producto de la situación económica y política internacional o regional; no fue solo producto de las necesidades creadas por la Segunda Guerra Mundial, de la institucionalización de los sindicatos o de los buenos proyectos sociales, sino que también fue producto de la continuación de la idea de un cambio para bien y de un progreso que seguía siendo visto con buenos ojos, no solo por esta nación sino por la mayoría de las naciones del orbe. A principios del siglo XXI tampoco nadie ha creado o enunciado un sistema o teoría que hable que en este país hay un estado general de declive y de degeneración, cuestión que es bastante sugestiva.

Actualmente cualquier país continúa compitiendo tanto política como militar y económicamente contra otros, porque desea medrar, desea progresar, desea lo mejor para sus ciudadanos. Tanto en el modelo socialista como en el capitalista lo importante es avanzar, tener la mejor tecnología, otorgar a los ciudadanos las mayores comodidades y hacer de la vida algo cada vez más placentero. Tras la desaparición de la Unión Soviética el capitalismo proyecta con más énfasis el ideal de progreso, y plantea su modelo como el

mejor para conseguir esta meta. Pese a que en ciertos ámbitos se habla de los límites del capitalismo, de los límites de la ciencia y del progreso, lo cierto es que la fe en el avance tecnológico y la mejora de la vida continúa con la misma fuerza en gran parte del mundo, en especial en México. En especial en México porque, pese a las graves crisis económicas experimentadas los últimos treinta años, en este país aún no se vive una gran decepción o desencanto por la ciencia, en general aún no se desconfía de los encantos de la tecnología. Es como si en este país también se estuviera rezagado en este aspecto, en que aún no llega la desesperanza hacia el progreso. Debido a que éste país aún no ha *gozado* de convertirse en primermundista es que quizá aún no se ha llegado a desconfiar de los frutos de la ciencia, es que se sigue teniendo el objetivo de transformar a la nación en una de primer orden, en la más rica, en la más progresista.

Como si no hubiera otros modelos a seguir, como si la globalización y el neoliberalismo a ultranza fuera lo que mejor le puede pasar a México. Pocos observan al pasado y ven en él la manera con la que se manejaban ciertos grupos oligárquicos como los “científicos” en su ciega confianza en el progreso. Aún se siguen manejando los mismos términos debido a que el mundo es regido inconscientemente por ciertos mismos ideales que hace cien años, que hace doscientos años, donde aquel que se opone al progreso sigue siendo tomado como un inepto o como un loco, y por ende, donde casi no encontramos alguien así.

Es de resaltar que lo que los hombres analizados pensaron sobre el cambio histórico no fue en la línea de considerarlo un concepto concreto para reflexionar. Sus deliberaciones con respecto al cambio histórico fueron más bien producto de sus reacciones ante hechos específicos que habían acontecido o que acontecían en su tiempo. Nunca definieron el cambio explícitamente y no fue para ellos una categoría para teorizar, sino que sus comentarios devenían siempre de las interpretaciones y opiniones que daban de las transformaciones. Por igual esas interpretaciones siempre dependieron de las distintas ideologías y corrientes del pensamiento de que se nutrieron, y de acuerdo a sus inclinaciones personales emitieron sus juicios y sentencias sobre el cambio en la historia. Así unos emitieron opiniones más optimistas otros más fatalistas, o anecdóticas, o cómicas, etc. El cambio, la transformación, las modificaciones fueron para aquellos intelectuales parte de la vida humana, parte de la historia, lo dejaron claro, aunque muy pocas veces describieron cómo era esa transformación histórica, cómo era ese camino que la humanidad tiene que seguir.

Pero por otra parte al Progreso sí lo tomaron los de la élite intelectual como a una categoría que debía de ser objeto de análisis en tanto entender en qué consistía, ya fuera vinculándolo con los hechos del pasado o considerándolo por sí mismo. Es una de las razones por las cuales se evidencia la importancia que tuvo este concepto, y que sigue teniendo, pues si lo cotejamos con otros conceptos como el de devenir o el de destino, pues la diferencia entre los estudios hechos en torno al progreso -en los textos contemporáneos- son incomparablemente mayores a los hechos para las categorías de devenir y destino.

Pareciera que fue el nuevo dogma que suplantó al de Providencia. Así también el concepto de decadencia, degeneración o declive ha tenido una relativa menor atención; esta idea es objeto de deliberaciones y comentarios pero no por ser un concepto que mueva al mundo, tampoco es el concepto más recurrente para el análisis de las ciencias sociales pero fue y sigue siendo objeto de múltiples comentarios por ser el opuesto a un concepto que sí mueve al mundo, el concepto de progreso. De ahí que se hable recurrentemente de la decadencia, pero como una idea o estadio que se debe de evitar, y no tanto de un ideal que sea indispensable construir, esto menos. Por ello es que a lo largo del siglo XIX y principios del XX no encontramos ningún libro con algún título como *Decadencia política de México*, o *México, su decadencia social*.

Para una mayor comprensión de las ideas aquí estudiadas es recomendable quitarles durante un momento el carácter de proyecto nacional que tuvieron en los intelectuales –en especial con la idea de progreso- para observar que no se sostienen por sí solas, que no son ideas abstractas que fueron objeto de la atención de los pensadores sino que fueron ideales indisolublemente vinculados con el deseo de la mejora del país y del mundo, con el deseo de la consecución de la felicidad en los individuos por medio de ese cambio histórico llamado progreso y con el evitar la decadencia que conllevaría un sufrimiento.

Esta manera de pensar aún está vigente y pareciera que difícilmente pudiera modificarse a corto plazo, quizá la transformación de la misma sea paulatina y se de en muchos años, pero en dado caso será una permutación de la cual con probabilidad pocos se percatarían que estaría sucediendo. Tendría que ser suplantada tal manera de pensar por otra en la que el ideal o dogma prevaleciente y exitoso no fuera el progreso. De lo cual poco podemos conjeturar. La misma fe en el futuro no deja de ser una forma de fe en el hombre y su perpetuación o progreso, tal cuestión por igual nos impedirá poder ver de qué otra manera pudiera la humanidad mover sus energías, si no es por la consecución de ese cada vez mejor porvenir.

Ni Ramírez, ni Riva Palacio, ni ningún otro mexicano creó o desarrolló otro dogma a seguir que no fuera el del progreso, el de confiar en el apogeo de las ciencias. Las corrientes ideológicas provenientes del extranjero poco permitieron tal creación. Aún ahora no se puede vislumbrar qué es lo que suplantaría al progreso como meta a seguir. Ciertamente muchos pensadores del XIX se hubieran sorprendido sobremanera de que llegara un tiempo en el que los mismos países de primer mundo, las naciones más industrializadas comenzaran a cuestionarse radicalmente su confianza en la ciencia y empezaran a dudar e incluso llegaran a atacar a los “beneficios” de la industrialización. Ahora tenemos la posibilidad de apreciar que de cierta manera la manera de conducir las cuestiones en una nación como México fue algo monolítica y cerrada al dejarse guiar la sociedad por la ubicua idea de avance material y científico. Lo último lo entendemos gracias a que observamos desde una cierta distancia. Aunque distancia insuficiente para disfrutar del panorama completo.

En la primera década del siglo XX en México aún estaban fuertes los pensamientos que predominaban en el XIX sobre el cambio histórico, el progreso y la decadencia, y más de cien años después aún no han permutado demasiado, continúa la visión de una historia lineal o progresiva, la visión de que todo cambio en la historia de un individuo o una sociedad siempre implica mejora o empeoramiento, de que el progreso es y debe ser provocado y promovido principalmente por el gobierno, o de que la presencia de decadencia en una sociedad es por motivos de baja moralidad. Empero es en las pequeñas y grandes diferencias en la manera de pensar con lo que construimos una historia de las ideas, la historia del cambio entre las percepciones sobre un concepto o un hecho histórico – aunque sean cambios pequeños- nos permiten apreciar cómo entre una época y otra se van alejando o acercando enormemente las perspectivas del mundo, ya sean perspectivas pertenecientes a una clase social, gobernante, intelectual, o a los individuos de toda una época.

Es el cambio de la perspectiva del mundo lo que también marca y divide las etapas de la historia, transformación debida al impacto que ciertos acontecimientos políticos, religiosos, científicos, etc., o que ciertas teorías y deliberaciones hacen posible. Nos corresponde delimitar qué hechos, pensamientos e influencias son los que más impactaron en el pensamiento de un grupo. Por ejemplo, en la historia del pensamiento intelectual mexicano podemos hablar de etapas de predominio del conservadurismo-monarquismo, liberalismo, positivismo, socialismo, etc. Etapas que necesitan de más precisiones puesto que una época no debería marcarse por la predominancia de una corriente ideológica y porque no todos los intelectuales pensaron homogéneamente ni fueron partidarios de las mismas corrientes durante determinado periodo. Propongo una división de la historia ideológica mexicana cuyo eje de escisión sea una idea predominante, independiente a las orientaciones de los intelectuales. Las etapas serían las siguientes: Época de asombro por la revolución y la rebelión (y permanencia del asombro hacia la religión) 1821-1833, época de asombro por la política 1833-1857, época de asombro por el constitucionalismo y las leyes 1857-1871, época de asombro por la ciencia 1871-1884, época de asombro por el progreso 1884-1904, época de anhelo de democracia 1904-1910. En las ideas predominantes de los escritos de esos años, fundamentalmente en los periodísticos, podemos hallar las bases para las divisiones propuestas. Con fechas tentativas que necesitan precisiones ya que los años están fundados en hechos políticos que sin embargo nunca dejaron de impactar en los intelectuales y la población en general. Esto último es más que nada un ejercicio de reflexión para hacer ver que una época no está marcada precisamente por una ideología, sino que puede estar marcada por la preponderancia de las deliberaciones y sentimientos de un pueblo o de un grupo hacia determinadas ideas, conceptos, ideales o categorías. La perspectiva sobre el cambio y la idea sobre la historia son diferentes en cada hombre, esto no impide que se pueda encontrar una homogeneidad de percepciones, de visiones con muchas similitudes entre unas y otras, aunque el encontrar esos puntos en común sea una labor compleja.

Esta escisión cronológica de los primeros ochenta años de vida independiente en México, es una que resalta las ideas predominantes que movían a la nación. En especial a las élites sean estas económicas, políticas, artísticas o intelectuales y de ahí pasaban las ideas al resto de la población. Así la Época de la Rebelión y la Religión es aquella en la que estaba latente el gran asombro y respeto por la lucha por la Independencia, en el que aún se respetaba sobremanera la autoridad de la Iglesia y en la que se tenía la idea de que la llegada al poder por medio de la violencia era algo respetable, esto, independientemente del bando al que se estuviera suscrito –yorkista o escocés- o al modo de administración que se propugnara –monárquico o republicano.

La Época de la Política sería aquella en el que el gran tema era la forma de gobierno que debía adoptar el país para disfrutar de una mejor suerte, en la que la atención de las mayorías estaba en los políticos y hombres de guerra –sean centralistas o federalistas o santanistas-. La Época de las Leyes sería en la que el tópico a discutir eran la Constitución y las leyes, fueran partidarios del constitucionalismo o no. En la que, sin importar si eran liberales, conservadores o moderados, lo que la inmensa mayoría pensaba era que la instauración de una ley o un determinado conjunto de leyes transformarían para bien o para mal el futuro del país (como así fue).

La Época de la Ciencia sería la que, tras la consecución de una estabilidad al haber expulsado a los franceses e instaurado la República las élites creyeron que es mediante la ciencia con lo que se podrá salvar el futuro de México, una etapa en la que el asombro por la ciencia va a ir desplazando a la política en los temas de discusión, porque los mexicanos ya habían presenciado demasiado derramamiento de sangre y porque encontraron en otros ámbitos dónde poner sus esperanzas. La Época del Progreso en la que esta categoría de progreso movió a la mayoría del país, y no sólo a las élites, ya que la modernización y la industrialización fue algo que estaba llegando a gran parte del territorio y a todos sus estratos. La mayoría había oído o visto los telégrafos, las locomotoras, los buques de vapor, etc., ávidos de que ese progreso pronto llegar a sus terruños.

La Época del anhelo de Democracia, sería aquella en la que la noción de progreso ya había empezado a perder ímpetu porque parte de las élites y mucha población en general estaban deseando otros ideales, que habían sido sacrificados en aras del avance tecnológico y económico, como son la igualdad, la equidad, la justicia o la democracia. En los que cada vez más estarán pensando ante los excesos del régimen, pero aquel tema en el que más pusieron su atención de 1904 a 1910 no fue sino que el de la sucesión gubernamental, el cambio generacional del gobierno. Cuestión que no se iba a solucionar y provocaría el estallido de la Revolución Mexicana. En cada una de estas épocas los escritos de los pensadores reflejaron bien la idea o ideas predominantes o, también podríamos decirlo, ellos mismos las hicieron predominantes.

Al no ser la concepción de la historia un tema del que siempre se escribiera explícitamente, al menos no entre los mexicanos, es creada una situación que empuja a tener que recoger en los más diversos textos las piezas para armar el rompecabezas ideológico de un individuo, un grupo y una nación. Concepciones y opiniones encontradas es lo que hay en los textos, empero el punto de unión y el corazón de la cuestión es que los más diversos hombres de México han deliberado, comentado y discutido del mismo tópico durante un determinado periodo de tiempo, esto indica que ese tópico fue la idea predominante en ese periodo, el encontrarlo y el conocer y explicar las razones porque ese tema o idea sea la predominante es la base de la construcción de la historia ideológica. Los hechos influyen para la elaboración de los escritos y los escritos influyen en la consecución de determinados hechos, el dilucidar quién influyó a quién también es parte de la misma tarea. Labores indispensables para la verdadera comprensión de una sociedad, en sus circunstancias, sus sentimientos, sus preocupaciones y sus perspectivas.

II

La investigación que resultó en esta tesis nos lleva a afirmar que el tema y categoría aquí abordados son unos que poco se examinan de la manera que lo hicimos. Estudiamos diversas categorías en ciertos autores mexicanos y las vinculamos a los hechos, acontecimientos y reflexiones sobre el pasado. Estudiamos por igual artículos periodísticos, como producciones literarias y ensayos históricos y reflexivos, discursos y declamaciones, para así obtener una visión más panorámica del pensamiento de los intelectuales Payno, Ramírez, Altamirano, Riva Palacio, Bulnes, García Cubas, Salado Álvarez y Sierra. Que fueron eminentes analistas de la situación del país en su época y en el pasado. Ahora bien, con esto pudimos pintar un panorama de las ideas predominantes en México en el ámbito intelectual, así como en el político.

Sin embargo, era deseable, para una mayor profundización temática y para agotar las posibilidades, no sólo haber examinado los textos de esos ocho intelectuales sino los de tantos otros que fueron importantes en la época y que por igual trascendieron en la opinión pública y en el forjamiento de la idea de que se tenía del país y del mundo. Esto evidentemente era una labor titánica, que sólo irá completándose con la labor de diversos historiadores, sociólogos, filósofos, politólogos, economistas y críticos, que puedan elaborar o hayan elaborado la descripción del pensamiento de tantos otros intelectuales que faltaron por examinar.

Empero es aún más necesario la labor de historia crítica y reflexiva que desemboque en una síntesis e interpretación de los diversos textos, para así tener una visión panorámica, difícil de lograr cuando los estudiosos sólo se enfocan en el estudio de un solo autor o de una sola corriente ideológica. Así pues para complementar este trabajo es deseable analizar los textos que vieron la luz en la misma temporalidad (1857-1910), pero elaborados por pensadores que aquí no fueron estudiados con plenitud, tales como los de: Guillermo

Prieto, José María Iglesias, Lafragua, Melchor Ocampo, Francisco Zarco, Icazbalceta, José María Vigil, Aguilar y Marocho, Gabino Barreda, Francisco G. Cosmes, Joaquín Casasús, Porfirio Parra, Miguel Macedo, Molina Enríquez, López-Portillo y Rojas, González Obregón o Ricardo Flores Magón. Así como también sería deseable revisar la producción literaria de la época sea de autores renombrados o no tan renombrados, para así conocer de una mejor manera lo que se pensaba y opinaba del cambio histórico. Esto bien podría arribar a la creación de varios tratados al respecto o a la elaboración de una necesaria visión de conjunto, de una historia de larga duración que asimismo sobrepase los límites temporales aquí tomados.

En un principio la intención era la elaboración de una tesis que hiciera un estudio de las ideas de cambio, progreso, decadencia, tradición y cultura en la historiografía mexicana del siglo XIX, sin embargo la temporalidad era demasiado larga por lo que se acotó a la segunda mitad del susodicho siglo y a la primera década del XX. Además de que las categorías de tradición, costumbre y cultura dejaron de ser de las principales para únicamente enfocarse en el cambio, el progreso y la decadencia.

El trabajo presente no fue circunscrito al análisis de la producción historiográfica, sino que mejor fue llevado a la revisión de otras áreas tales como la periodística, la literaria, la filosófica y la de simple oratoria como en los discursos y brindis. Hubiera sido deseable por igual revisar el ámbito legal; las producciones jurídicas, las leyes y los tratados legales para conocer qué noción dan o pueden dar del progreso y la decadencia. La dificultad de establecer y diferenciar las obras históricas de las que no lo eran en el periodo revisado (porque muchos de los estudios históricos de esos tiempos no consistían en una investigación con intenciones *objetivas* y *científicas*, sino que elaboraban sus estudios del pasado con claras intenciones políticas o partidistas, con la finalidad de crear argumentos que sustentaran sus ideologías o filosofías, con intenciones sociológicas o positivistas, con intenciones lúdicas o moralizantes, con fines nacionalistas, etc.), nos llevó a estudiar por igual las producciones literarias, de divulgación, periodísticas, propagandísticas, teóricas, entre otras. Existía una clara producción historiográfica en el siglo XIX, la cual construyó la idea de nación, la identidad mexicana, los mitos nacionales, etc. Aunque en la actualidad muchos incluso debaten si en aquella época había historiadores como los entendemos ahora, esto es tema para otro texto, el caso es que a la gran mayoría les encantaba la historia –seriamente o por afición– y no esperaban momento para sacar a colación sus conocimientos sobre el tema, creaban analogías, hacían recuentos y se solazaban reflexionando sobre el pasado del país y del mundo. Sea cual fuere la naturaleza de sus textos, la cuestión es que dan mucha luz para el tema que nos compete y son muy útiles para conocer el pensar de aquella época.

Entonces fue indispensable centrarse en unos cuantos intelectuales pero estudiando no únicamente sus producciones historiográficas –aunque en mucha medida de ahí partimos– sino también cualquier otro tipo de sus producciones de donde se pudiera extraer sus

opiniones con respecto a nuestros temas. En un principio creimos que en sus artículos periodísticos y en sus discursos poco se podría rescatar, empero fue sorprendente cuando en algunos intelectuales, como Ramírez o Payno, fue de donde precisamente más información se obtuvo. De sus producciones literarias también pudimos extraer bastante material, mas ahí siempre tuvimos que ir con cuidado, porque hay que dilucidar qué es ficción y qué realidad, y esclarecer dónde comienza la opinión del autor y dónde la del narrador. Esto mismo produjo el deseo de poder haber revisado más novelas, como las de Riva Palacio, para haber extraído una mejor noción del progreso aunque fuera desde un discurso de ficción.

El objetivo de este trabajo también era hacer una brevísima revisión de lo que comentaron los pensadores de lo opuesto al cambio, la permanencia. Es decir, era la intención que fueran estudiadas las nociones de tradición y costumbre en la intelectualidad mexicana. Sin embargo, esto no fue posible no debido a la escasez de información sino por lo contrario, pues se recabó bastante información (que posteriormente puede servir para otro trabajo) que pudo haber extendido mucho el trabajo pero que asimismo pudo enriquecerlo. En cuanto al concepto de cultura, que también se pensó abordar, no fue analizado con exhaustividad porque excedía los límites de la indagación. Además, los pensadores, como ya se ha mencionado, pocas veces definieron explícitamente lo que entendían por historia, devenir, decadencia, cultura, etc. Provocando una enorme dificultad que esperamos haber sorteado asimismo nos empujó a realizar una mayor labor de interpretación. Este trabajo tuvo entonces límites claros que fueron ensanchándose o estrechándose conforme la indagación iba en curso, pero esto mismo da pie a que se desee que continúen las reflexiones al respecto y que estos tópicos sigan siendo abordados de las más diversas maneras, que sean interpretados de otras formas para que con esto se elaboren más discursos y se planteen otras discusiones al respecto.

Fuentes y referencias.

Abbagnano, Nicola, *Diccionario de Filosofía*, 4.- ed., José Esteban Calderón, Alfredo N. Galleti, Eliane Cazenave Tapie Isoard, Beatriz González Casanova, Juan Carlos Rodríguez, traductores, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Alpert, Michael, "La mala cabeza de Carlos I", en *La aventura de la historia*, año 11, no. 125, Madrid, Unidad Editorial Sociedad de Revistas, 2009.

Altamirano, Ignacio Manuel, *Clemencia*, 2.- ed., Colección de Escritores Mexicanos, tomo3, México, Editorial Porrúa, 1964.

-*El Zarco*, México, Editorial Planeta DeAgostini/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003.

-*Historia y política en México*, en *Memoria política de México*, de Doralicia Carmona, México, Instituto Nacional de Estudios Políticos, 2009.

-*La navidad en las montañas*, 2.- ed., Colección de Escritores Mexicanos, tomo3, México, Editorial Porrúa, 1964.

-*Obras completas I, Discursos y brindis*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986.

-*Obras completas II, Obras históricas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986.

-*Revista literaria*, México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1899.

Arellano, Emilio, *Ignacio Ramírez El Nigromante, Memorias prohibidas*, México, Editorial Planeta Mexicana, 2009.

Bauman, Zygmunt, *La hermenéutica y las ciencias sociales*, Víctor Magno Boyé, traductor, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2002.

Bloch, March, *Introducción a la historia*, 4.- ed., Pablo González Casanova, traductor, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Bulnes, Francisco, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, México, Libros de Bachiller Sansón Carrasco, 1984.

-*La Guerra de Independencia, Hidalgo e Iturbide*, México, Talleres Linotipográficos de "El Diario", 1910.

-*Las grandes mentiras de nuestra historia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.

-*Páginas escogidas*, Biblioteca del Estudiante Universitario, no. 87, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968.

Bury, John, *La idea del progreso*, El libro de Bolsillo, núm. 4490, Elías Díaz, Julio Rodríguez Aramberri, traductores, Madrid, Alianza Editorial, 2009.

Carmona Dávila, Doralicia, *Memoria política de México*, México, Instituto Nacional de Estudios Políticos, 2009.

Comte, Augusto, *La filosofía positiva*, 9.- ed., Colección "Sepan cuantos...", núm. 340, México, Editorial Porrúa, 2003.

Díaz, Porfirio, "Informe del C. General Porfirio Díaz, a sus compatriotas, acerca de los actos de su Administración 1900-1904", en *Memoria política de México*, de Doralicia Carmona, México, Instituto Nacional de Estudios Políticos, 2009.

Droysen, Johann Gustav, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, Ernesto Garzón, Rafael Gutiérrez, traductores, Barcelona, Editorial Alfa, 1983.

Enciclopedia Oxford de filosofía, Carmen García Trevijano, traductora, Madrid, Editorial Tecnos, 2001.

Fontana, Joseph, *La historia de los hombres: el siglo XX*, Biblioteca de Bolsillo, no. 81, Barcelona, Editorial Crítica, 2002.

Gaos, José, *Historia de nuestra idea del mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

García Cubas, Antonio, *El libro de mis recuerdos*, no. 86, México, Editorial Porrúa, 1986.

García Icazbalceta, Joaquín, *Opúsculos y biografías*, 2.- ed., Biblioteca del Estudiante Universitario, no. 38, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973.

González Obregón, Luis, *La vida de México en 1810*. Colección Metropolitana, no. 39, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1975.

Gramsci, Antonio, *La formación de los intelectuales*, Colección 70, número 2, Ángel González Vega, traductor, México, Editorial Grijalbo, 1967.

Herder, Johann Gottfried, *On world history: an anthology*. Ernest A. Menze, Michael Palma, traductores, Nueva York, M. E. Sharpe, 1997.

Hobsbawm, Eric, *Sobre la historia*, 2.- ed., Biblioteca de Bolsillo, no. 87, Jordi Beltrán, Josefina Ruiz, traductores, Barcelona, Editorial Crítica, 2004.

Humboldt, Wilhelm von, *Escritos de la filosofía de la historia*, Jorge Navarro Pérez, traductor, Madrid, Editorial Tecnos, 1997.

Hume, David, *Diálogos sobre la religión natural*, tomo H 447, Carlos Mellizo, traductor, Madrid, Alianza Editorial, 1999.

Illades, Carlos/ Rodríguez Kuri, Ariel, *Ciencia, filosofía y sociedad en cinco intelectuales del México liberal*, Biblioteca de Signos, volumen 9, México, Miguel Ángel Porrúa/ Universidad Autónoma Metropolitana, 2001.

Krotz, Esteban, *Utopía*, México, Editorial Edicol, 1980.

Laski, H. J., *El liberalismo europeo*, Breviarios, no. 81, Victoriano Miguélez, traductor, México, Fondo de Cultura Económica, 1939.

López-Portillo y Rojas, José, *La Doctrina Monroe*, México, Imprenta I. Esclante S. A., 1912.

Meinecke, Friedrich, *El historicismo y sus génesis*, José Mingarro y San Martín, Tomás Muñoz Molina, traductores, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

Michelet, Jules, *El estudiante*, Colección Mínima, vol. 49, Aurelio Guzmán del Camino, traductor, México, Siglo Veintiuno Editores, 1972.

Nisbet, Robert, *Historia de la idea de progreso*, 2.- ed., Enrique Hegewicz, traductor, Barcelona, Editorial Gedisa, 1991.

Payno, Manuel, *Barcelona y México en 1888 y 1889*, Barcelona, Tipo-litografía de Espasa y Compañía, 1889.

-*Crónicas de teatro, Crónica nacional*, Obras completas III, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.

-*El hombre de la situación*, 2.- ed., Colección "Sepan Cuántos...", no. 605, México, Editorial Porrúa, 2004.

-*Los bandidos de Río Frío*, 19.- ed., Colección "Sepan cuantos...", número 3, México, Editorial Porrúa, 1999.

-*Retratos históricos*, 2.- ed., Colección "Sepan Cuántos...", no. 605, México, Editorial Porrúa, 2004.

Popper, Karl R., *La miseria del historicismo*, 2.- reimpresión, tomo H4437, Pedro Schwartz, traductor, Madrid, Alianza Editorial, 2008.

Ramírez, Ignacio, *Obras Completas I, Escritos periodísticos 1*, México, Centro de Investigación Científica "Jorge L. Tamayo, A. C.", 1984.

-*Obras Completas II, Escritos periodísticos 2*, México, Centro de Investigación Científica "Jorge L. Tamayo, A. C.", 1984.

-*Obras Completas III, Discursos, Cartas, Documentos, Estudios*, México, Centro de Investigación Científica "Jorge L. Tamayo, A. C.", 1984.

-*Obras Completas IV, Estudios literarios y poesías, Poemas y apuntes inéditos*, México, Centro de Investigación Científica "Jorge L. Tamayo, A. C.", 1984.

-*Obras Completas V, Teatro*, México, Centro de Investigación Científica "Jorge L. Tamayo, A. C.", 1984.

-*Reformas Políticas y Reformas Sociales*, en *Memoria política de México*, de Doralicia Carmona, México, Instituto Nacional de Estudios Políticos, 2009.

Reina, Leticia y Servín, Elisa, Crisis, coordinadoras, *Reforma y Revolución, México: Historias de fin de siglo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes--Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002.

Riva Palacio, Vicente, *Cuentos del general. Los cerros, galería de contemporáneos*, México, Promexa Editores, 1979.

-*El libro rojo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989.

-*Los Imprescindibles, Vicente Riva Palacio*, 2.- ed., México, Cal y arena, 1998.

Rudé, George, *La Europa revolucionaria 1783-1815*, 9.- ed., Ramón García Coratelo, traductor, México, Siglo Veintiuno Editores, 1994.

Salado Álvarez, Victoriano, *Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano/1*, tomo 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

-*Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano/2*, tomo 2, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

-*Episodios Nacionales mexicanos, De Santa Anna a la Reforma, Memorias de un veterano/3*, tomo 3, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

-*Episodios Nacionales mexicanos, La Intervención y el Imperio / 1*, tomo 4, 1.- reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

Sierra Méndez, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, 2.- ed., Colección "Sepan Cuantos...", no. 515, México, Editorial Porrúa, 2009.

-*Juárez, su obra y su tiempo*, 4.- ed., Colección "Sepan Cuantos...", no. 146, México, Editorial Porrúa, 1980.

-*Obras completas I, Poesías*, 3.- ed., Nueva Biblioteca Mexicana, no. 49, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.

Stuart Mill, John, *Sobre la libertad*, 4.- ed., El libro de bolsillo, número 273, Pablo de Azcárate, traductor, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

-*El utilitarismo*, 2.- reimpresión, tomo H4434, Esperanza Guisán, traductora, Madrid, Alianza Editorial, 2007.

Taine, Hipólito, *Filosofía del arte*, México, Editorial Nueva España, 1944.

Toqueville, Alexis de, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Jorge Ferreiro, traductor, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Urías Horcasitas, Beatriz, *Historia de una negación: la idea de igualdad en el pensamiento político mexicano del siglo XIX*, México, Instituto de Investigaciones Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

Vigil, José María, *Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria*, en *Memoria política de México*, de Doralicia Carmona, México, Instituto Nacional de Estudios Políticos, 2009.

Vilar, Pierre, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Grandes Obras del Pensamiento Contemporáneo, núm. 33, Dolores Folch, traductor, Barcelona, Ediciones Altaya, 1999.

Voltaire, Louis M. Arouet, *Filosofía de la historia*, Colección Clásicos del Pensamiento, no. 73, Martín Caparrós, traductor, Madrid, Editorial Tecnos, 1990.

Xavier Guerra, Francois, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, tomo I, Sergio Fernández Bravo, traductor, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

Zavala, Lorenzo de, *Albores de la República*, México, Empresas Editoriales, 1949.

Zea, Leopoldo, *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*, Sección de Obras de Filosofía, 2.- reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica. 1993.